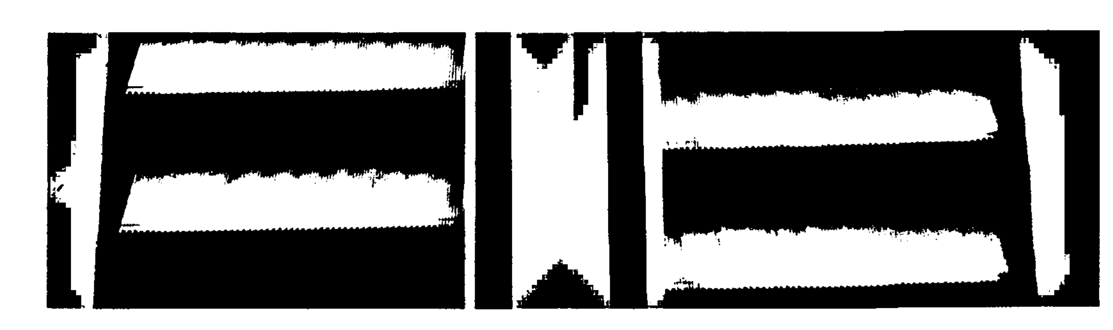
Marcelo Gómez

El REGRESO de las CLASES

Clase, acción colectiva y movimientos sociales

Prólogo: Maristella Svampa



Editorial Biblos

EL REGRESO DE LAS CLASES

Clase, acción colectiva
y movimientos sociales

Marcelo Gómez

EL REGRESO DE LAS CLASES

Clase, acción colectiva y movimientos sociales

Editorial Biblos

Gómez, Marcelo
El regreso de las clases: clase, acción colectiva y movimientos sociales. - 1a. ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Biblos, 2014.
306 pp.; 23 x 16 cm. (Pensamiento social)

ISBN 978-987-691-258-7

1. Movimientos Sociales. 2. Ciencias Sociales. I. Título
CDD 303.4

Diseño de tapa: *Luciano Tirabassi U.*
Armado: *Hernán Díaz*

Pasaje José M. Giuffra 318, C1064ADD Buenos Aires
info@editorialbiblos.com / *www.editorialbiblos.com*
Hecho el depósito que dispone la Ley 11.723
Impreso en la Argentina

Esta edición se terminó de
imprimir en Imprenta Dorrego,
avenida Dorrego 1102, Buenos Aires,
República Argentina,
en abril de 2014.

Agradecimientos

En caso que el lector no termine considerando esto un aporte, me lo debe agradecer exclusivamente a mí. En caso que termine considerando esto un aporte, debe agradecérselo fundamentalmente a Maristella Svampa, quien suministró desde orientaciones generales, indicaciones específicas, preguntas, bibliografía, hasta aliento para emprender este libro. También a Elizabeth Jelin, Sebastián Pereyra y Osvaldo Battistini, cuyos minuciosos dictámenes fueron medulosamente elogiosos como para convencerme de que valía la pena y suficientemente críticos como para que tenga mayores cuidados y precisiones que espero se vuelquen en este texto.

Aunque seguramente no lo sepan Ernesto Villanueva, Ástor Massetti, Octavio Gómez, Pocho Dasso *(in memoriam)*, Norberto Zeller, Adrián Piva, Marisa Blanco, Victoria González, Diego Maman, han dejado su semilla, diversos rastros de ideas, a veces sólo huellas sobre las que no volver a pisar, o ayudaron a ver senderos en la selva, o al menos a ayudar a creer que los había.

Mónica, mi compañera de toda la vida, que aun en circunstancias aciagas para su salud me ayudó en correcciones, redacciones, estilo, etc., además de estímulo y atenciones que siempre refuerzan la motivación, cuando no la inspiración. A ella se lo dedicaría pero supongo que me va a perdonar que se lo dedique a mi padre, José Camilo, que enfermó y falleció justo cuando empezaba a trabajar sobre el libro, y es el que me galopa por la sangre (como decía Atahualpa). De última, como decía José Carlos Mariátegui (¿o Arturo Jauretche?, se me mezclan a veces) "sólo se piensa cuando la sangre llega al cerebro".

Índice

Prólogo

Maristella Svampa

Este libro se propone como objetivo reelaborar una perspectiva de análisis de las movilizaciones colectivas en clave clasista. A algunos les parecerá quizá un tema anacrónico, a otros tal vez un objetivo teórico demasiado ambicioso, pero sin duda nadie verdaderamente interesado en los estudios de acción colectiva y, de manera más general, en la teoría social contemporánea, podrá permanecer indiferente o negar el gran esfuerzo conceptual, el rigor analítico y la síntesis erudita que nos propone Marcelo Gómez.

Parafraseando a Milcíades Peña, el tema que aborda Gómez en *El regreso de las clases* exige que reflexionemos "sin lagañas tradicionales". Ciertamente, hay conceptos que supieron ser hegemónicos y, aunque es de reconocer que hoy han perdido buena parte de su pregnancia o vigor teórico, nunca desaparecen del todo, en la medida en que continúan atravesando el lenguaje académico: la perspectiva clasista, y por ende el concepto mismo de clases sociales, es uno de ellos.

Gran parte del desinterés por indagar y reflexionar teóricamente desde una perspectiva clasista se explica por la crisis del marxismo, la que, como sabemos, no ha sido exclusivamente de orden teórico-epistemológico, sino también de carácter histórico-político. Uno de los campos privilegiados en el cual la perspectiva clasista fue expulsada –tal vez más tempranamente que en otras áreas– es el de la teoría de la acción colectiva y los movimientos sociales.

En efecto, en primer lugar, a fines de los años 60, el carácter explicativo del concepto de clase social fue cuestionado en favor de una perspectiva más cultural del conflicto, asociada a la noción de nuevos movimientos sociales. Esta lectura tuvo una enorme influencia en América Latina, sobre todo de la mano de Alain Touraine, Manuel Castells y, posteriormente, de Antonio Melucci. En segundo lugar, hacia los 90, el paradigma de la identidad fue

a su vez desplazado por un enfoque estratégico que privilegia la dimensión más política de las llamadas "protestas" o acciones colectivas. Sidney Tarrow y Charles Tilly son dos de los exponentes más conocidos de esta corriente que hoy domina el estudio de las acciones colectivas. En ambos enfoques –con sus respectivos cruces, bifurcaciones y ramificaciones eclécticas–, la clase social está lejos de ser considerada uno de los núcleos o dimensiones esenciales del análisis.

Por último, para el caso de una reflexión en clave latinoamericanista, la noción de clases sociales no desaparece del todo, aunque ésta raramente aparece teorizada. Al reconocimiento de la multiplicidad de actores colectivos movilizados –campesinos, indígenas, informales, clases medias, sectores obreros, desocupados, poco proclives a ser enclaustrados en una mirada normativa– le siguió el desarrollo de una visión más ecléctica que se despoja de todo lastre esencialista y enfatiza los procesos territoriales y las dimensiones más plebeyas de la acción –la política en la calle– ligadas a las dinámicas de transformación estructural.

Sin embargo, tal como reflexiona Marcelo Gómez, pese al abandono de un enfoque clasista, toda cartografía de las luchas colectivas requiere posicionar socialmente a sus actores. Por ejemplo, en la Argentina se insiste en señalar el carácter de clase de las movilizaciones, sea que éstas remitan a las clases populares (las organizaciones de desocupados) o a la importante presencia de clases medias (movimientos de ahorristas estafados o asambleas vecinales), pero no pocas veces estos señalamientos pretenden avanzar de manera peyorativa o descalificatoria. La clase social permanece entonces como una categoría descriptiva, aunque no de orden analítico. Así, pese a que ha dejado de ser la clave de bóveda del análisis de la acción colectiva, el concepto de clase social tendió a convertirse en un lugar común del lenguaje clasificador de las ciencias sociales.

En suma, la perspectiva clasista perdió sus letras de nobleza, privada de toda reflexión teórica innovadora, pero al mismo tiempo el concepto de clases sociales aparece como una "presencia ausente" que recorre el léxico tipificador de las ciencias sociales. He ahí la paradoja que sin duda dio origen a este libro-investigación, que se propone contribuir a la reelaboración teórica de una perspectiva clasista.[1] Un recorrido crítico que, bien vale la pena decirlo, no apunta a restituir el carácter central de la noción de clase social como piedra angular en los estudios de la acción colectiva y los movimientos sociales. Más bien, se trata, creemos, de dotar de espesor analítico a una dimensión –la clasista– que, pese a estar funcionando como

1. Aclaremos que al hablar de la permanencia de la noción de clase social no hacemos referencia a la lectura dogmática de ciertos enclaves de investigación o autores marxistas, que continúan una línea de análisis enfáticamente clasista, indiferentes a toda crítica político-epistemológica o demanda de renovación conceptual.

"presencia ausente", no ha sido objeto de reconceptualizaciones rigurosas y renovadoras.

En consecuencia, el libro de Marcelo Gómez acomete esta ardua tarea. Por un lado, apunta a desmontar o deconstruir críticamente los diferentes enfoques de la acción colectiva que dicen prescindir de una perspectiva clasista, señalando sus puntos ciegos y sus limitaciones. Por otro lado, su propósito es el de reelaborar y proponer una visión clasista en el análisis de la acción colectiva, rehaciendo un camino difícil, que toma como punto de partida el "naufragio analítico" de las perspectivas clasistas. Para ello, Gómez elabora un dispositivo categorial, fundado en un enfoque dinámico, que "no ve a las clases en posiciones sobre espacios estructurales deducidas de categorías trascendentales («trabajo», «capital» «tecnología»), sino exclusivamente en el antagonismo y la lucha". Por último, aunque son varios los autores que sirvieron de base a esta investigación, entre los cuales se destacan sin duda Pierre Bourdieu y Michael Savage, nos encontramos ante un aporte original. Uno de los ejes fundamentales es la recreación del concepto de "poderes causales", el cual sirve para avanzar en la elaboración de categorías de alcance intermedio, como las de "conversión" y "colectivización", que luego son aplicadas al análisis de casos concretos (los estudios sobre asambleas barriales y movimientos de ahorristas estafados en la Argentina de comienzos del siglo XXI). Estamos así ante un estudio capaz de aportar dispositivos teóricos y conceptos cuyos rangos de alcance explicativos son de escala adecuada, resultando potentes y eficaces para iluminar diversas dimensiones de los procesos de movilización, y que podrán ser utilizados con provecho en otros estudios sobre acción colectiva.

En suma, en *El regreso de las clases* Marcelo Gómez nos ofrece un libro inusual, sumamente logrado desde el punto de vista teórico, que ojalá pueda abrir un interesante debate sobre la necesidad de reflexionar en profundidad sobre el carácter de clase de las movilizaciones colectivas contemporáneas.

Presentación

Este trabajo pretende inscribirse en la ya nutrida gama de estudios e investigaciones sobre la configuración de los sujetos colectivos protagonistas del intenso ciclo de movilización social y política que se abre en la segunda mitad de la década del 90 en la Argentina. La movilización social generalizada y la crisis económica y política constituyeron el contexto de emergencia de formas variadas y novedosas de organización, identidad y acción colectiva que convirtieron a la Argentina de aquel momento en un "laboratorio experimental contestatario" a los ojos del mundo (Svampa, 2005: 264). La importancia de aquellos "tiempos extraordinarios" que eclosionaron en diciembre de 2001 se puede ver en que todavía hoy se discute si no alcanzan a impregnar las protestas antigubernamentales en la actual etapa posneoliberal. Quizá la principal y más llamativa de estas posibles inercias es uno de los rasgos típicos que acompañaron la crisis y caída del orden neoliberal: la movilización contestataria de las clases medias que van desde las "míticas" experiencias de las asambleas barriales y los cacerolazos que precipitaron la caída de un gobierno, hasta las notables movilizaciones del "13-S" (13 de septiembre del 2012), el "8-N" (8 de noviembre del 2012), "18-A" (18 de abril del 2013) contra el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner, pasando por las marchas y protestas por la seguridad ciudadana (especialmente durante 2004), en defensa del medio ambiente, en apoyo al sector agropecuario contra los impuestos a las exportaciones (2008), entre otros. La centralidad del protagonismo de estas clases medias urbanas en la protesta callejera es un foco permanente de atención para políticos, analistas e investigadores de los movimientos sociales.

Sin embargo, un examen de conjunto de los estudios sobre los diversos movimientos que protagonizaron ese ciclo de movilización muestra un desplazamiento y una secundarización de la cuestión de las clases y de las

determinaciones clasistas para la comprensión de esos fenómenos. Hay dos rasgos que caracterizan a los estudios de la movilización contestataria: 1) una deficiente, incompleta o insuficiente introducción de elementos de caracterización de clase y de composición de clase, y 2) una focalización analíticamente desclasadora de los aspectos considerados importantes o más significativos de estos fenómenos. Es decir, los aspectos importantes de estas movilizaciones se ven como completamente alejados o desconectados de cuestiones clasistas, y las cuestiones clasistas, siendo consideradas secundarias, están irrisoria o deficientemente incorporadas.

Respecto del primer punto podemos ver que casi toda la literatura existente sobre aquellos procesos de movilización del 2002 parte del supuesto de su contenido de clase. El contrapunto piquetes/cacerolazos, asambleas/organizaciones de desocupados, escraches/cortes de ruta, vecinos porteños/excluidos del conurbano, e incluso ahorristas/trabajadores, recorre los trabajos que se han producido, inscribiendo los análisis casi "obviamente" en una problemática de clases, separando las clases populares de las clases medias.

El contenido clasista aparece planteado de una manera puramente descriptiva y "clasificacional" basado en la elemental constatación de los espacios geográficos y sociales sobre los que se desarrollan los diversos grupos movilizados o, en el mejor de los casos, sobre alguna descripción no muy detallada de las características socioeconómicas y ocupacionales de los miembros de los grupos o participantes en las acciones colectivas. Con ello se corre el riesgo de caer bien en la falacia ecológica de atribuir pertenencias de clase basadas en distribuciones espaciales, bien en la falacia distributiva de atribuir intereses colectivos a sumatorias de intereses individuales. Asimismo, estos estudios destacan la heterogeneidad insanable de las clases medias involucradas en las movilizaciones, y esta sola y grosera apreciación parece suficiente para eximirlas de un abordaje más preciso en términos de clase.

El convencionalismo basado en la constatación "demográfica" de las localizaciones barriales y los supuestos economicistas de que si no son sindicalizados, no son desocupados y tienen ahorros entonces son clase media, resultan a todas luces insuficientes. De este modo las clases ingresan al análisis como variables "contextuales", simple punto de partida que sirve para dar una suerte de carnadura social descriptiva al tema, para después poder abocarse a otros tópicos que se analizan separadamente de cualquier contenido clasista.

Respecto del segundo punto deficitario vemos que los tópicos que han ocupado la mayor parte del interés analítico en los movimientos –como las formas de subjetividad, la organización, las prácticas de lucha, los nuevos lazos sociales, las producciones discursivas, etc.– adoptan una autonomía

conceptual respecto de las condiciones materiales de vida que resulta abiertamente desclasante.

Un elemental inventario de la producción académica sobre la movilización de las clases medias desatada con la crisis de 2001 muestra una primera anomalía: un notorio desbalance entre los análisis del fenómeno asambleario y la casi ausencia de estudios de los movimientos de ahorristas estafados[1] condenados a un insólito ostracismo sociológico que, en cierta medida, se explica justamente porque los focos del análisis se concentraban en los aspectos más lejanos a los intereses materiales. Así, el espectro de los estudios sobre los nuevos movimientos sociales surgidos en la crisis se concentran en los pobres urbanos, los desocupados, y en las nuevas experiencias dentro de la clase trabajadora (fábricas recuperadas), por un lado, y en el universo de la "pequeña burguesía asamblearia", por el otro. Pero lo llamativo aquí es que mientras la movilización de las clases populares se mantiene dentro de los cánones de focalización clasista de asociar prácticas y conciencia con condiciones materiales de vida, en el caso de la movilización de las clases medias este tópico desaparece del análisis o tiene un papel muy relegado.

Las hipótesis de la territorialización del conflicto y de la organización colectiva ante los procesos de desindustrialización, precarización y disciplinamiento en los lugares de trabajo, las formas de autoorganización para la subsistencia, las relaciones de conflicto y negociación con los aparatos del Estado, el uso del corte de ruta y la ocupación del lugar de trabajo como supletorio de la huelga, el surgimiento de identidades locales fundadas en la experiencia de lucha, etc., han sido casi universalmente analizados en la literatura como fenómenos asociados a los cambios en las condiciones de vida de las clases populares. Estos abordajes[2] muestran que para los trabajadores desocupados y de empresas recuperadas el análisis de las mediaciones entre estructuras-condiciones de vida material-prácticas-conciencia mantiene en general una impronta clasista.

No ocurrió para nada lo mismo con el fenómeno asambleario y de protestas de clases medias urbanas. Emilio de Ípola (en Di Marco y Palomino, 2004: 57 ss.) muestra sin querer este déficit cuando, con toda justicia, clasifica los enfoques que abordaron las movilizaciones a partir del 19 y el 20 de diciembre de 2001 en "más politicistas" o "más societalistas".

Los primeros hacen eje en los cambios en las configuraciones político-

1. Lo sorprendente de este "borramiento" es que no concluye con la investigación académica o militante sino que abarca incluso las muestras de arte sobre la protesta (Svampa, 2008: 193), a pesar de que los escraches a los bancos no han carecido de elementos fuertes de estetización.

2. Para una revisión amplia y crítica de los estudios sobre los movimientos sociales de bases populares y las limitaciones de los criterios analíticos que han seguido, véase Marcelo Gómez (2010).

que hay dos razones de peso teórico de enormes implicancias. Primero, la erosión y el desgaste que arrastra desde largo tiempo la categoría "clase", otrora estrella que orientó durante décadas a las ciencias sociales. Su progresivo eclipse teórico fue llevando a su abandono o a su relegación al campo metodológico de lo que en otro momento se llamaba sociografía, convirtiéndola en el pato de la boda de la crisis del marxismo y del estructuralismo, con las consiguientes consecuencias en el campo intelectual y de las apuestas académicas. La noción de clase ha ido perdiendo centralidad en el pensamiento social contemporáneo.[4] Segundo, uno de los terrenos donde más fuertemente el pensamiento social de los capitalismos avanzados combatió la gravitación de la categoría de clase ha sido justamente el de los movimientos sociales y la acción colectiva.

Debemos lidiar con las duras inercias de los paradigmas establecidos que entronizan el divorcio entre clases y movimientos sociales como conceptos alternativos o directamente enfrentados e incongruentes. Si la perspectiva del análisis de clase se encuentra en franco retroceso en general, con respecto a los movimientos sociales se encuentra en una situación de divorcio teórico.

El desplazamiento de grandes colectivos consistentemente homogéneos y relativamente centralizados (partidos obreros y sindicatos) como protagonistas principales de la movilización social ha arrastrado al desinterés por el peso explicativo de la lucha de clases, buscando en categorías de otro tipo ("género", "nación", "etnia", "subculturas", incluso "tribus urbanas") las explicaciones del conflicto y los desafíos al orden social. La aparición de demandas o aspiraciones que no se corresponden con posiciones fijas en la estructura económica reclaman algún otro espacio conceptual donde inscribirlas y darles sentido (identidad, cultura, subjetividad) y los conceptos de acción colectiva y movimientos sociales parecen facilitarlo y propiciarlo. Para la sociología americana la escotomización de la cuestión de clase se opera a través de conceptos como movilización de recursos, estructuras de movilización, enmarcados interpretativos y oportunidades políticas. La sociología europea incurre en el mismo defecto a través de los de identidad, acción histórica, y cultura. En ambas tradiciones el desclasamiento evidente de los actores histórico-políticos ha llevado apresuradamente a un desclasamiento del análisis de los procesos.

Aquí aparece la necesidad de separar dos cuestiones que se mezclan confusamente muchas veces: los movimientos/acción colectiva clasistas o "de

4. Un excelente planteo de este proceso de erosión y volatilización teórica aparece en Jan Pakulski (2007). En nuestro país, Ezequiel Adamovsky (2007) advierte sobre cierto tradicionalismo en el marxismo doméstico que conspira contra una renovación teórica. La poca recepción local de los aportes novedosos dentro del espectro neomarxista europeo sobre teoría de las clases favorece el desplazamiento de los enfoques clasistas en la investigación social e histórica.

base clasista" y el análisis clasista de los movimientos/acción colectiva. Se suele suponer distraídamente que uno lleva al otro y que el análisis clasista debe justificar los soportes de clase de los movimientos, demostrando que los emplazamientos políticos y culturales entran en correspondencia con posiciones estructurales o al revés. Este planteo lógicamente concluye que un análisis clasista no debería usarse para analizar movimientos que son heterogéneos e inconsistentes desde el punto de vista posicional.

Hasta dentro mismo del pensamiento neomarxista se sienten fuertemente estas tendencias al abandono de la dimensión clasista del análisis de los procesos sociales y políticos de lucha y movilización. Aunque para algunos los movimientos no reemplazan a las clases sino que simplemente comienzan a ser más importantes para explicar algunos procesos de cambio social, para otros, más cercanos a las tradiciones obreristas de la izquierda, hay que cavar una fosa teórica y considerar excluyentes clase y movimiento. Tomando características morfológicas de superficie de los fenómenos contestatarios (ecologistas, feministas, contracultura, etc.), reciben un trato como universos paralelos que no deben chocarse nunca con el de las clases sociales. Desde las fábricas y los lugares de trabajo la lucha de clases canónica sigue existiendo y sobredeterminando al resto, lo que brinda un cómodo refugio empírico a estos argumentos, a costa del peligro de reducción de la clase a un concepto atrapado en la sociología del trabajo y de la empresa.

La depreciación del análisis de clases se manifiesta también en la importancia que asume la cuestión actual del populismo potenciado enormemente por las experiencias de gobiernos latinoamericanos caracterizados por liderazgos fuertemente personalistas, movilización de masas, decisionismo plebiscitario, fuerte apoyo plebeyo y fuerte oposición de buena parte de las clases dominantes y las clases medias. La problemática de las clases queda excluida del análisis acusada de economicismo, estructuralismo, objetivismo anacrónico, y es sustituida por el análisis del discurso, las articulaciones hegemónicas y contrahegemónicas, la formación de identidades populares, etc. Como nunca en América Latina el protagonismo político recae en la movilización, la organización y la acción que transita por carriles alejados de las instituciones o de los formatos convencionales de poder (sindicatos, partidos). Las irrupciones de masas y los movimientos sociales en sus complejas y diversas formas y orientaciones mantienen el tenor principal de la dinámica de la escena política donde las clases sociales no juegan ya un papel relevante. Las teorizaciones centradas en el populismo tienden a desclasar el análisis del antagonismo social.

Aquí vamos a desafiar las tendencias prevalecientes. Este libro parte de la base de que seguimos viviendo en sociedades clasistas, es decir, sociedades donde los procesos de diferenciación entre individuos y entre grupos no pueden separarse del antagonismo y el conflicto social, y que estos antago-

nismos y conflictos despliegan relaciones de fuerza y de sentido en torno a las condiciones materiales de vida.

Acompañados por algunos teóricos, seguimos sosteniendo que la perspectiva de clase es una entrada privilegiada para el análisis de casi todos los fenómenos de cierta envergadura y relevancia para la vida social, especialmente para fenómenos como la movilización y la acción colectiva. En esto vamos a sostener resueltamente la posición de Eric Olin Wright (1997) de que "la clase cuenta" y de que el análisis de clases es para la comprensión de la sociedad lo que la "endocrinología" es para la medicina (Carabaña, 1995: 21 ss.). La clase aparece como una causalidad social pervasiva, ramificada y multifenomenal, que hace gala de su promiscuidad de posibles variables dependientes. En general, las determinaciones clasistas son –en términos explicativos– necesarias pero no suficientes, pues tienden a explicar "algo" de casi todo. No obstante, aunque el efecto de las hormonas y las glándulas abarca la totalidad del funcionamiento del cuerpo y sus órganos, ni cada órgano particular ni el cuerpo en su conjunto pueden explicarse cabalmente o exclusivamente por el régimen hormonal.

La invasividad del análisis de clase también es marcada por Alejandro Portes y Kelly Hoffman (2003) quienes, aun con las reservas de una posición nominalista sobre las clases, señalan que difícilmente los efectos diferenciales de cualquier fenómeno social lleguen a tener relevancia analítica si no los colocamos bajo la óptica de los clivajes clasistas. La lógica clasista "atraviesa" casi todos los fenómenos sociales. Ya no se trataría en buscar una correspondencia biunívoca entre fenómenos sociales y pertenencias de clases de sus protagonistas, sino en desmenuzar estos atravesamientos y sus dinamismos para explicar algunas de sus características más relevantes. Portes (2003) sostiene la persistente inevitabilidad de las clases para explicar el conflicto, la movilización y el cambio social, "aun cuando no se conviertan en fuerzas conscientes", puesto que la lucha por estabilizar o subvertir el orden es la esencia del análisis clasista de la movilización política.

No puede prescindirse del análisis de clase para casi ningún fenómeno sin el riesgo de que se nos escapen cosas importantes, pero parece aconsejable evitar convertirlo en un enfoque "fagocitador" que bajo lógicas totalizantes subsume todo proceso social.

Ahora bien, señalar la importancia del concepto de clase prácticamente no nos hace avanzar nada. El "descarte" del concepto de clase para entender las movilizaciones de nuevo tipo en las democracias capitalistas a partir de los años 60 no se produce sólo porque el concepto no encaja con el fenómeno, sino porque el fenómeno pone de manifiesto las inconsistencias y contradicciones del concepto. Es decir, no se trata de rehabilitar el concepto de clase tal como viene, sino de rehacerlo poniendo en marcha el propio dinamismo de las contradicciones desatadas. El naufragio analítico de la perspectiva

de clases no se resuelve simplemente reflotando al *Titanic* hundido con todo su esplendor, sino navegando bajo otros principios, otros instrumentos y otra arquitectura. El fenómeno de las clases medias y el fenómeno de los movimientos sociales heterogéneos y "sin intereses materiales" son los icebergs, las piedras de toque que obligan a repensar desde sus fundamentos ese proyecto de comprensión de lo social centrado en la noción de clase.

Este libro es una reconstrucción de ese naufragio y un intento de aprovechar sus enseñanzas para seguir navegando. Así nos proponemos una recuperación crítica y readecuación del análisis de clase, es decir, del análisis de la relación entre posiciones estructurales, prácticas y conciencia que articulan antagonismos y conflictos.

El análisis de los movimientos sociales que protagonizaron el ciclo de movilizaciones a partir de la crisis del neoliberalismo en la Argentina brinda una excelente oportunidad para realizar un balance teórico conceptual acerca de la cuestión de la adecuación de los instrumentos analíticos que provee la teoría de las clases para entender la naturaleza de este tipo de luchas. Para ello es necesario llevar a cabo un intento de revisión radical de la relación entre las teorías de las clases y las teorías de la acción colectiva, que es el leitmotiv de este libro, procurando sistematizar y ampliar líneas de trabajo teórico desarrolladas en la tesis doctoral (UNGS-IDES) "Asambleas barriales y ahorristas estafados, las formas emergentes de movilización de las clases medias en la crisis"[5] dirigida por Maristella Svampa.

El propósito general de la tesis fue el de indagar el campo de las prácticas políticas y reivindicativas contestatarias y la acción colectiva innova-

5. La tesis fue defendida y aprobada con las máximas calificaciones en octubre del 2011. El marco empírico está constituido por dos grandes fuentes relevadas: 1) a nivel cualitativo, sesenta entrevistas semiestructuradas a participantes y ex participantes de nueve asambleas y seis grupos de ahorristas estafados con información detallada sobre situación ocupacional, trayectoria social y laboral, niveles educativos, formas de afectación por la crisis, etc., y veintiocho entrevistas similares a no participantes de los mismos barrios o en la misma condición de afectados por las medidas bancarias, y 2) a nivel cuantitativo, una encuesta domiciliaria de seiscientos casos representativa del Área Metropolitana de Buenos Aires con preguntas cerradas sobre predisposición a la acción colectiva y al cambio social, cuyo cuestionario permite medir variables relacionadas con las experiencias de participación en organizaciones, movimientos, protestas y acciones colectivas durante la crisis de 2001, permitiendo cortes de clase ocupacional, edad, nivel educativo, etc. Además se analizaron documentos y material de difusión de cada uno de los grupos y se realizaron observaciones de actos, movilizaciones y actividades internas de los grupos activos, y de videos de protestas tomados por los noticieros televisivos de la época. El trabajo de campo se realizó entre septiembre de 2006 y diciembre de 2009, en el marco de los proyectos de investigación PICT "La constitución de sujetos sociales en la crisis: identidad, acción y organización colectiva en la Argentina 1991-2002" y PICTO "Las transformaciones de la relación entre movimientos sociales, Estado y régimen político en la Argentina" dirigidos por Ernesto Villanueva con participación de grupos de investigación del Centro de Estudios e Investigaciones de la UNQ y del Instituto de Investigación Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

dora de las capas medias desde el punto de vista del análisis clasista. Las formas de conciencia, identidad y subjetividad que emergen, los procesos de estructuración de la acción y la organización colectiva desafiante, sus relaciones con la política institucionalizada y el Estado, sus relaciones con otras clases y sectores, fueron analizados bajo el principio de su relación con la vida material y con los antagonismos que articulan. La pregunta ¿cuáles fueron las bases clasistas de la movilización colectiva en asambleas barriales y grupos de ahorristas estafados? conduce a indagar cómo la localización en posiciones estructurales, las trayectorias ocupacionales, las capacidades de acumulación, transferencia y utilización de propiedad, poder y cultura, la definición de intereses, de antagonistas y aliados, las contradicciones internas y los antagonismos externos, pueden iluminar aspectos y dimensiones fundamentales de estos fenómenos inéditos de movilización colectiva.

Pero a poco de empezar a lidiar con el trabajo de campo y las fuentes (encuestas, entrevistas, documentación, etc.) no tardaron en mostrarse como insuficientes o directamente inútiles muchos de los conceptos más aceptados de las teorías de las clases y de la acción colectiva. Los elementos de juicio empíricos emergentes del trabajo de campo resultaban refractarios a los conceptos teóricos convencionales, y aparecían "incómodamente" desalineados con los planteos del estado del arte, no tardando en hacer necesario comenzar por una revisión teórica y conceptual completa a los efectos de superar las evidentes limitaciones de los enfoques vigentes y poder dar cuenta de muchos de los datos y los fenómenos sorprendentes que nos proporcionaba la investigación.

Lo primero que se reveló como pobre e insuficiente fue la típica utilización de un concepto "cartográfico" de clase como sistemas de diferenciación de agentes sociales por medios estadísticos sobre la base de indicadores de propiedad económica, ocupación y educación, y sus correlaciones con indicadores de prácticas de organización y lucha, formas de conciencia, etc. El análisis estático de correspondencias entre atributos socioeconómicos y participación en la movilización mostraba enormes disparidades respecto de lo esperado por las teorías contemporáneas de las clases y de la acción colectiva. Las distribuciones de agentes según criterios clasistas estáticos y posicionales podían ser valiosas con propósitos de análisis macro de estructuras sociales en escalas temporales amplias, pero eran en gran medida irrelevantes para analizar acciones colectivas y movimientos sociales en coyunturas agudas puntuales. Muchos de nuestros entrevistados eran francamente inclasificables en términos de las categorías estándar: figuras como "empresarios desocupados", "desocupados empresarios" (que no es lo mismo que la primera), obreros o empleadas domésticas con plazos fijos en dólares, jubilados bonistas, profesionales "changarines" pluriempleo, etc., que pululaban entre los grupos estudiados, mostraban de nuevo cómo los

esquematismos y las nomenclaturas posicionales de asignación de lugares de clase chocaba con el iceberg. Ni hablar cuando se trataba de identificar las definiciones de los intereses en juego de los actores y las prácticas o estrategias con los que explicaban sus apuestas a la movilización y la lucha.

Asimismo, la sorprendente heterogeneidad entre movimientos y dentro de cada uno de ellos desafiaba los análisis clasistas: una misma base social estaría adoptando formas colectivas bastante disímiles y hasta luchando por demandas y aspiraciones enfrentadas (por ejemplo, ahorristas versus asambleístas), o sectores sociales con posiciones estructurales diferentes estarían compartiendo las mismas prácticas como participantes de un mismo movimiento (trabajadores manuales entre los ahorristas y empresarios o gerentes entre los asambleístas).

En definitiva, la determinación clasista sobre la base de posiciones estructurales no es que se hundía, ni siquiera llegaba a flotar, y no podía ser un punto de partida, obligando a descartar un enfoque estático y a arriesgarnos a proponer un dispositivo analítico que no ve las clases en posiciones sobre espacios estructurales deducidos desde categorías trascendentales ("trabajo", "capital", "tecnología") sino, exclusivamente, en el antagonismo y la lucha. Así, acometí la tarea de desarrollar un concepto dinámico de "lógica" clasista de la movilización que permita el análisis micro de acciones y organizaciones colectivas. Esto obligó a explorar los límites de los paradigmas teóricos aceptados e intentar reconstruir las mediaciones entre las prácticas y las acciones colectivas con las condiciones materiales y sociales de existencia[6] de los agentes movilizados; mediaciones y condiciones que no pueden tomarse simplemente como dadas sino como producidas en relaciones de antagonismo y lucha. El campo analítico de "clase" no sería la forma social grupal o colectiva que asume una coerción estructural sino la forma misma en que los agentes enfrentan las coerciones tanto individual como colectivamente. Es un campo de prácticas de lucha e intervención por el control de las condiciones de existencia material y simbólica frente a otros. La esencia de la clase no son las fuerzas objetivas que impactan distribuyendo determinados tipos de bienes estructuralmente relevantes entre agentes, sino lo que los agentes hacen con lo que tienen para incidir sobre esas distribuciones. En consecuencia, rechazamos la postura de aquellos que, frustrados por el fracaso en establecer correlaciones o correspondencias entre posiciones, acciones y conciencias, prescinden del concepto de clase o lo consideran incompatible con el fenómeno de la acción colectiva y los movimientos sociales.

Un análisis dinámico de los factores clasistas operantes en procesos de movilización descarta el planteo de una clase preexistente ya formada en

6. El análisis dinámico de las determinaciones clasistas supone plantear un vaivén entre estructura y acción (Svampa, 2008: 24).

tanto posición estructural que explica los atributos o rasgos que asumen esos procesos. El análisis dinámico supone que la condición de clase se constituye en el conflicto y que es a través del proceso de lucha que las "posiciones estructurales" y las condiciones materiales y sociales de existencia asumen el carácter de "poderes causales clasistas" (Savage, 1995, 2005), como veremos en detalle más adelante. En vez de analizar las prácticas, la conciencia, etc., desde posiciones estructurales prefiguradas y previas al conflicto y la lucha, fueron las prácticas de lucha desplegadas en contextos y situaciones críticas por los movimientos de asambleístas y ahorristas las que permitieron un acceso privilegiado a la naturaleza de las coerciones estructurales que soportan los movilizados.[7] Sólo a través del antagonismo y el conflicto se accede a las limitaciones y posibilidades, a las propiedades de los poderes causales de las clases y sus nexos con las identidades sociales y los recursos culturales puestos en juego en estas coyunturas.

En este sentido, la tesis podía ser presentada como un intento de hacer una microsociología de los poderes causales clasistas y sus dinámicas de activación en el marco de un conflicto y en el contexto de una crisis social y política aguda. En una retórica que apela a la inveterada analogía orgánica podríamos decir que se intenta hacer una anatomía y una fisiología clasista del fenómeno de la movilización colectiva.

Pero este libro no tiene el propósito de presentar la investigación sobre asambleístas y ahorristas estafados, sino que se focaliza en fundamentar y desarrollar los medios analíticos con los que se hizo tal investigación. Siguiendo con la metáfora organicista, podríamos decir que el libro se propone presentar los bisturís, las tijeras, los reactivos y los aparatos de laboratorio, explicar su funcionamiento y, de una manera pedagógica más elemental, mostrar cómo se pueden usar con provecho en el futuro.

La idea es ahondar los posibles saldos teóricos del análisis del ciclo de movilización que cerró la etapa del neoliberalismo en nuestro país, profundizando la crítica teórica *vis à vis* los resultados del trabajo de campo, y expandiendo y desarrollando la reflexión conceptual, la readecuación de instrumentos analíticos, su puesta a punto en términos de aplicabilidad. En cierta medida también se trata de proponer una cierta modelización del análisis clasista para los movimientos sociales y la acción colectiva que eventualmente permita la extensión de su alcance explicativo a otros procesos de movilización y a otros grupos sociales.

Nuestro esfuerzo a lo largo de estas páginas será fundamentar un replanteo profundo de las teorías de las clases y de la acción colectiva, proveer

7. En este sentido hay que recordar la observación de Niklas Luhman (1992: 191) en cuanto a que la sociedad se describe a sí misma a través de la protesta. A través del conflicto se asumen lugares desde donde pararse e intervenir en el orden social. No hay instancia social más "clasificante" que la lucha colectiva.

nuevos conceptos con mayor sensibilidad analítica para explicar los procesos de movilización y sus características, e ilustrar su potencial rendimiento explicativo aplicándolo a un proceso de movilización colectiva de sectores sociales posicionalmente difusos o estructuralmente esquivos como las clases medias en nuestro país.

En definitiva, podríamos precisar los objetivos del libro, es decir mis "ambiciones desmedidas": a) examinar críticamente la evolución, los límites y los problemas teóricos de las teorías de las clases y de la acción colectiva desde los fundamentos puestos por Marx y Weber hasta los desarrollos más recientes; b) recuperar la centralidad de los antagonismos sociales y el carácter dinámico del análisis de clase, sacándolo de la problemática de distribuciones y estructuras para relocalizarlo en la lucha y el conflicto, y c) proponer un nuevo cuerpo conceptual para un análisis clasista de la acción colectiva, esto es, de la relación entre las condiciones materiales y simbólicas de existencia con las condiciones de la movilización y las prácticas de lucha.

Desde el punto de vista expositivo, el trabajo se propone evitar la fatiga de las abstracciones conceptuales proponiendo de manera sistemática ejemplos, referencias históricas y aplicaciones al análisis de fenómenos y casos concretos (especialmente referidos a los movimientos de sectores medios a partir de la crisis de 2001), toda vez que la única manera de valorar un dispositivo conceptual es viendo cómo resulta en su uso y no mediante el concurso de citas de autoridad y de elaboraciones puramente especulativas que no superan la circularidad de las terminologías. Es por eso que la presentación de nuevos conceptos va a estar acompañada con recuadros de texto aparte que ilustran sus usos posibles. La integración de lo teórico y lo histórico es también un objetivo que ojalá se alcance satisfactoriamente.

A los efectos de anticipar la lectura se propone el siguiente itinerario.

El primer capítulo plantea las premisas sobre las que se apoyan los paradigmas de análisis más comunes de las clases y la acción colectiva tanto en sus formas clásicas como en las contemporáneas. Se plantean los ejes conceptuales más importantes y se repasan las contradicciones y limitaciones de los principales autores y referentes teóricos. Sirve de estado del arte y planteo del problema.

El segundo capítulo plantea una reformulación de la problemática de las clases proponiendo el abandono de los presupuestos teóricos que guiaron los paradigmas de análisis de clase hasta ahora y una rediscusión del problema del antagonismo social. Se trata de identificar la naturaleza específica de la perspectiva de clases con relación a la lucha y el antagonismo.

El tercero comienza a desarrollar un dispositivo conceptual para el análisis clasista y repasa los distintos tipos de poderes y las propiedades relacionales y estratégicas de los bienes asociados a los poderes causales

clasistas. Fuerza de trabajo, propiedad, educación, cultura, autoridad, etc., desfilan como elementos de la lucha y el antagonismo. Los conceptos son aplicados al análisis de diversos procesos históricos, políticos y sociales.

El cuarto termina de desarrollar el esquema conceptual incorporando las dos dinámicas de los poderes causales de clase que impulsan los procesos de movilización social: la conversión y la colectivización. Los procesos de conversión o inversión en tipos de poderes causales, su colectivización en términos de organización y prácticas de lucha, y los alcances específicos de esos poderes son ilustrados y especificados a partir de la aplicación de los conceptos a casos históricos y fenómenos detectados en la investigación empírica.

Las conclusiones sintetizan los principales aportes y formulan algunas perspectivas y problemas en su posible desarrollo y aplicación.

CAPÍTULO 1

Clase y acción colectiva: enfoques y problemas teóricos

Las muertes del concepto "clase"

La misma historia del concepto "clase" tiene un cierto tono trágico: quien fuera su primer y genial promotor ¡falleció sin terminar el capítulo específico de *El capital* que por primera vez iba a desarrollar sistemáticamente el tema! Un concepto muy atado a la potente tradición marxiana ha sufrido como ningún otro las contingencias históricas y políticas, haciendo que su destino parezca haber sido agonizar y resucitar una y otra vez. Categoría analítica destinada a vivir moribunda o morir saludable disfrutando de un eterno suplicio.

Es fácil encontrar en la "historia clínica" del concepto de clase tres etiologías fatales superpuestas… ¡sin que nadie se atreva a firmar el certificado de defunción!

1) Una muerte epistemológica. La objeción nominalista advierte desde siempre que predicar el carácter real u objetivo de un atributo colectivo es sólo una manera de hablar. Partiendo de aquí, el concepto de clase aborta o no llega a respirar nunca. La sociología empírica y profesional no obstante lo hace resucitar como "categoría" clasificatoria, vulgar herramienta heurística o forma de organizar estadísticas en escalas de estratificación, "manera de hablar sociológica", un mero recurso para hacer inteligible alguna otra cosa.[1]

1. Es muy interesante el planteo de corte nominalista de Portes (2003). Las clases no existen como colectivos reales pero son imprescindibles para entender casi todo y no son suficientes para entender casi nada.

2) Una muerte filosófica o ideológica. El concepto de clase ya había sido impugnado fuertemente por el anarquismo. El famoso anatema de Mijaíl Bakunin sobre la trilogía "Estado, clase y partido" como tres figuras intercambiables convertía la clase en una categoría autoritaria y liberticida detrás de la cual se esconde la mutilación del individuo, de la libertad y del pensamiento (Gómez, 2008a). La eficacia histórica de la clase se mantenía pero con su significado invertido: lejos de ser un apoyo para la emancipación humana, era una nueva forma de reclusión del espíritu de rebelión.[2]
3) Una muerte social e histórica que abarca varios fenómenos que conviene reseñar con cierto detalle. Si hacemos un breve repaso de los sucesivos golpes que pusieron a la clase en *knock out*, podemos mencionar:
   - la despolarización y el surgimiento de las clases medias dando por tierra con las predicciones clásicas de pauperización y polarización, habida cuenta de la elevación de los niveles de bienestar ya a fines del siglo XIX;
   - el incremento del peso relativo de los empleos asalariados con tareas administrativas, técnicas y de supervisión *(white collars)* aun dentro mismo de las empresas industriales;
   - la llamada "revolución managerial" a mediados del siglo XX, que tiende a separar la propiedad del control y a marcar la importancia de los niveles profesionales en la gestión de las empresas, y
   - la extensión de la propiedad financiera sobre las empresas, en las últimas décadas del siglo XX, a través de fondos de pensión, seguros, inversores institucionales, por las que los ahorros o los aportes a la seguridad social de los trabajadores son convertidos en derechos sobre las propias empresas. Los mismos trabajadores serían simultáneamente dueños de la empresa, beneficiarios actuales o futuros de su excedente, y fuerza de trabajo que es explotada para obtener ese excedente.

Estos golpes resultaron demoledores toda vez que atribuían las causas del propio "desclasamiento" a supuestos procesos estructurales.

Pero, además, se observa claramente en las últimas décadas una pérdida de peso explicativo de las posiciones de clase que van de la mano de cuatro fenómenos:

2. En cierto punto, la noción de "multitud" acuñada por los autonomistas italianos como Paolo Virno y Antonio Negri renueva la necesidad de superar filosóficamente el concepto de clase. En el mismo sentido también Ernesto Laclau (1987: 168) analizaba el "encierro clasista" como el gran pecado histórico del movimiento obrero.

1) la ciudadanía y la integración política de carácter universal asociada al "desclasamiento" del voto, de las preferencias y orientaciones ideológicas y de la acción colectiva contestataria (nuevos movimientos sociales);
2) la expansión de la economía de servicios y el conocimiento o "posindustrialismo";
3) las nuevas formas de organización del trabajo y la producción flexible o "posfordismo", y
4) el cambio cultural hacia la individualización y la preeminencia de identidades sociales más ligadas al mundo del consumo que al de la producción o "posmodernismo".

En el volumen de David Lee y Bryan Turner (1996) hay un inventario de tendencias estructurales de efectos "desclasadores": las altas calificaciones requeridas y los mayores niveles de autonomía en las tareas, la necesidad de achicar el tamaño de las empresas y la proliferación de profesionales y pequeños empresarios que aprovechan las ventajas de las nuevas tecnologías, la reducción del peso de la familia en la movilidad social a favor de un mayor peso de la educación, la desmaterialización del trabajo, la economía de los bienes simbólicos, el imperio de las necesidades artificiales y los valores posmateriales, la preeminencia del consumo y los estilos de vida como bases identitarias y de sentidos de pertenencias colectivas.

Terry Clark y Seymour Lipset (1996) alertan sobre el desclasamiento progresivo del comportamiento político y electoral. La política democrática basada en los partidos electorales de masas y el proselitismo, que desdibuja o cancela las identidades clasistas, son fenómenos ligados al ascenso de las capas medias. La centralidad de estos sectores en el capitalismo contemporáneo es señalada una y otra vez: asumen lugares preponderantes como electorado, como destinatarios del discurso político, como ejecutores de las nuevas formas de gestión del proceso de trabajo, y como consumidores y generadores de estilos de vida e identidades culturales (Gerteis, 1998).

En definitiva, la despolarización y la heterogeneidad rompen el dispositivo del papel fundamental del concepto de clase en la historia, a saber: la lucha o el conflicto en torno a los fundamentos del orden social, en torno a las distribuciones fundamentales y a las reglas que ordenan la posición de los agentes. La aparición estelar de las clases medias potencia las letales inclinaciones nominalistas, sociologistas y neoanarquistas. El devenir del capitalismo posindustrial y global, la sociedad del conocimiento y los servicios, condena a la irrelevancia a las posiciones estructurales por demás mutables e inestables en las biografías de los sujetos.

Dentro de la existencia accidentada y la prolongada odisea de la idea de clase, veamos cómo han sido planteados los problemas relativos a la acción colectiva que son centrales para nuestro planteo.

Clase y acción colectiva: ¿dilema teórico?

Plantea bien Anthony Giddens (1981: 105) que cuando hablamos de clases necesariamente debemos partir de las propiedades formales que atribuimos al concepto. Es decir, no tanto empezar por el qué designa efectivamente sino por el qué queremos designar. La intencionalidad analítica de la categoría "clase" pretende designar ciertos colectivos ("agregados", "grupos") de gran escala (nacionales o supranacionales), de carácter "abierto" (quienes los integran pueden entrar y salir) y cuya fisonomía o morfología viene determinada de manera principal por "relaciones impersonales" o anónimas, donde las posiciones y comportamientos de los agentes responden exclusivamente a sus posiciones recíprocas respecto de uno o varios criterios "sistémicos" y más allá de las interacciones personales entre sus miembros. En este sentido ecléctico y compendiado de la tradición sociológica elemental, la utilización de la noción de clase remite a "efectos de estructura", es decir efectos no de acciones particulares sino de patrones perdurables, sistemáticos y regulares que no son productos de acciones intencionales o deliberadas, sino de "circunstancias independientes de la voluntad", "tendencias", "leyes económicas", etc. Estos efectos son distribucionales en la medida en que trazan fronteras y localizaciones para los individuos. Pero estas localizaciones no son fijas sino móviles: las clases permanecen como colectivos pese a que sus integrantes se mueven entre ellas o se renueven con el tiempo.

Todos estos rasgos formales del concepto apuntan a dar cuenta de las especificidades de los procesos de diferenciación y conflicto propios del capitalismo. La categoría "clase" se constituye en el centro de la sociología como ruptura con las formas de entender la diferenciación social en las sociedades anteriores: clase designa una comprensión de las diferencias sociales y una forma de clasificar distintas por completo de las que proveen "estamentos" y "castas" como grupos cerrados e inmóviles, determinados por prescripciones fijadas a rasgos adscriptivos bien nítidos que van atados a comportamientos (costumbres, obligaciones) bien determinados. La clase es el pivote del proyecto sociológico de entender los procesos sociales de diferenciación, conflicto y cambio en el marco de la libre disposición de la fuerza de trabajo y la libre disposición de la propiedad junto con un orden social regulado sobre la base de un derecho universalista e igualitario que privilegia la acción electiva sobre la acción prescriptiva. La clase es una forma de clasificación que permite una representación de aquellos colectivos que componen una sociedad y son fundamentales para entender un orden presupuesto como autogenerado, es decir, no dependiente de algún principio extrasocial.

En este sentido, la determinación "clase" es un concepto seculariza-

dor[3] que tiene una consistencia fantasmal: no es propiamente un grupo porque no necesariamente incluye contacto o interacción personal entre sus miembros, estabilidad, proximidad, estructura, etc.; no es tampoco un mero conglomerado de individuos porque los individuos ni siquiera tienen que compartir tiempo o lugar; no es "público" u otros fenómenos de masa empíricamente detectables, sino que los incluye y excede a todos. La posible eficacia fáctica del fenómeno clase prescinde de la voluntad o las motivaciones de los sujetos e incluso pretende poder explicarlos sin recurrir a ellos. La clase actúa a espaldas de los sujetos. La atribución de pertenencias de clase carece de criterios inequívocos y no está en forma alguna prescripta sino que obedece a dictados de fuerzas "sistémicas" o "estructurales". Así, la clase se convierte en una noción paradójicamente inclasificable. No es ni concreta (ni grupo, ni sumatoria, ni agregación) ni abstracta (no es pura clasificación por criterio o atributo común porque no puede no asignársele una eficacia real, una fuerza operante).

En resumen, el concepto de clase como proyecto fundacional de comprensión de lo social no excluye una apertura hacia la acción, la actividad humana, en cuanto uno de sus componentes es la movilidad y la apertura de los colectivos de clase, que es lo que define su diferencia específica respecto de modos anteriores de diferenciación social. Pero este proyecto encierra la esperanza de hacer inteligible la movilidad y la acción en términos de una clave explicativa exterior ("sistémica", "estructural") que puede entenderse en sí misma. El proyecto que encarna la clase, su intencionalidad analítica, tiende a situar las condiciones de inteligibilidad de la acción fuera de ella misma y en esa tendencia, en esa tensión entre un elemento y otro del mismo proyecto, se cifra su historia.

En este capítulo nos vamos a dedicar a escudriñar qué pasó con esta intencionalidad analítica del concepto, si además de querer designar algo, lo logró y construyó un objeto de conocimiento que satisface estas propiedades (colectivos de gran escala, abiertos y sujetos a criterios distributivos impersonales y sistémicos) resolviendo las tensiones entre ellos, o si fracasó y terminó designando otras cosas, y si dentro de esa designación, fallida o no, qué lugar efectivamente hubo para la acción colectiva, la actividad humana, el antagonismo y la lucha.

3. Es interesante el paralelismo entre las formas tradicionales de pensamiento que postulaban una fundamentación extrasocial (religiosas, míticas) del orden y las teorías sociales de raíz positivista que intentan fundar el orden en algún principio trascendental unificador: el mercado, la ley del valor, etc. Las segundas cobran la apariencia de una versión secularizada de las primeras (Giddens, 1995: 210). Los dictados de la providencia de los dioses son reemplazados por designios de fuerzas intramundanas a los que hay que develar. La verdad en vez de ser ascenso al cielo es descenso subterráneo, aunque en ambos se requiere de augures.

Vamos a ver en detalle la historia, la trayectoria conceptual de esta tensión y de los intentos de resolverla.

A los efectos expositivos podríamos introducir la problemática como una serie de desplazamientos entre dos tipos polares de resolución de la cuestión.

Por un lado, la teoría social de estirpe "clásica" que pretende explicar la acción colectiva y el conflicto a partir de una plena determinación de las relaciones estructurales entre los agentes. La fuerza de la tradición sociológica hacía que la lucha social, las protestas, la movilización de masas, fueran "epifenómenos" de realidades más fundamentales en donde las clases tenían el papel protagónico en tanto colectivos de gran escala, bien definidos y separados, que en su enfrentamiento parecían ocupar la totalidad del espacio social. La acción colectiva en definitiva viene a completar la descripción de un proceso ya resuelto a nivel estructural sin su concurso. Es más, el lugar analítico del conflicto o las luchas era justamente reforzar la comprensión de esos procesos. Por tanto, había poco interés en focalizar explicativamente la lucha y el conflicto colectivo en sí mismo, ya que su sentido se agotaba en el de plasmar en la realidad histórica concreta tales claves de inteligibilidad. Desde el punto de vista argumental y retórico se invertía la secuencia analítica: la acción colectiva no era algo a explicar sino simplemente una determinación más de procesos de otro orden y se la trataba en cuanto tal.

Por otro lado, los enfoques contemporáneos de la teoría de la acción colectiva han montado sus dispositivos conceptuales minimizando esta posibilidad. Los fenómenos llamados "nuevos movimientos sociales" han dado pábulo a paradigmas analíticos, inspirados en otras ciencias sociales, especialmente la ciencia política, la historia, la psicología social, la lingüística y la antropología de diversos tipos, que minimizan o directamente no toman en consideración para su eficacia causal los elementos clasistas o posicionales. Las teorías del comportamiento colectivo, de la sociedad de masas, del actor histórico, del proceso político, de la movilización de recursos, de la elección racional, de los marcos cognitivos, etc., han colocado los elementos clasistas en el mejor de los casos como meras variables contextuales. El campo de los estudios de movimientos sociales y acción colectiva tiende a comenzar por una determinación propia de la génesis de la acción colectiva (habría una "lógica" de la acción colectiva) y de allí pasa a sus efectos sobre otros campos de inteligibilidad de lo social.

En los enfoques que se inscriben en el primer polo, la conceptualización se mueve de la estructura social hacia la acción colectiva, por lo que los caracterizaremos como "análisis ascendente". En el otro polo, encarnado en los enfoques más contemporáneos, se parte de la acción colectiva –el plano de las prácticas sociales de lucha– para pasar luego a sus efectos sobre las

relaciones sociales e implicancias políticas y culturales, es decir, lo que podríamos llamar un "análisis descendente".

En definitiva, hay un claro hiato teórico que separa ambas "analíticas" de la movilización colectiva que tienden a desproblematizar teóricamente la relación entre clase y acción colectiva, convirtiéndolo en un dilema.

Una buena manera de reproblematizar la cuestión es ver en cada uno de los enfoques cómo han sido planteados diversos intentos de abordar la intersección entre clase y acción colectiva. Es decir, cómo la acción colectiva ha sido pensada en las teorías de las clases y cómo las clases han sido tomadas por las teorías de la acción colectiva. Haciendo un repaso de la evolución de las "desventuras" de la omnipotencia inicial del concepto de clase y de sus intersecciones con el de acción colectiva podremos, por depuración y sedimentación, separar los elementos teóricos y conceptuales capaces de asistirnos en nuestra empresa analítica.

Vamos a comenzar por abordar los enfoques basados en las teorías de las clases.

La acción colectiva en la analítica de la teoría de las clases

En el primer tipo de enfoque podemos incluir el corpus teórico clásico bajo la influencia fundacional de Marx y Weber que tiene un predominio notable hasta mediados del siglo XX. Posteriormente, en el contexto de la Guerra Fría, el capitalismo avanzado con Estados de bienestar, el surgimiento de las heterodoxias del llamado marxismo occidental y los notables avances en diversos campos de las ciencias del hombre dan lugar a lo que podrían llamarse los enfoques posclásicos.

La teoría social clásica

Las formulaciones clásicas del concepto de clase social aluden al nexo entre los individuos y la vida social (economía, política, cultura) a través de su inserción posicional en la vida material. Esta determinación es "anónima", "impersonal", "coerción estructural" de relaciones sociales forzadas por la "objetividad" de distribuciones diferenciales de determinados recursos, y explica la acción, la conciencia, las oportunidades de vida, el conflicto y finalmente el cambio social. En la analítica de las clases, el lugar de nexo entre posición y acción es ocupado por la categoría de "interés" que, convertida en "demanda", "motivo", "reivindicación", constituye la mediación más directa entre estructuras y fenómenos de movilización.

Dentro de las formulaciones clásicas vamos a diferenciar la tradición

marxista de la weberiana. En Marx es el locus del trabajo y la producción el determinante de este nexo con la totalidad, y en Weber es el mercado o el ámbito del intercambio.

MARX Y EL MARXISMO: ENTRE LAS ESTRUCTURAS Y LA LUCHA DE CLASES

Atraviesa la obra marxiana una dualidad: por un lado, el paradigma explicativo centrado en el eje teórico modo de producción-proceso de acumulación y, por otro lado, la primacía de la lucha de clases como clave del cambio social e histórico.[4]

En los textos donde se aboca a desarrollar una analítica del capitalismo bajo el primer eje, aparecen los vetustos presupuestos objetivistas ("materialismo") según los cuales las clases son realidades estructurales ("relaciones sociales independientes de la voluntad") cuyo poder de determinación sobre el comportamiento individual y colectivo obedece a simples reglas de utilitarismo y/o conductismo (la coacción "proteínico-calórica" que obliga a vender la fuerza de trabajo, el "no tener nada que perder salvo las cadenas" que obliga a la lucha, etc.), dando muestras de una visión puramente positivista de la explicación del comportamiento social. Las diferencias sociales, las clases, tienden a hacerse burdamente dicotómicas, emergiendo de las ineluctables leyes de la reproducción ampliada y los procesos de valorización del capital con sus consecuencias automáticamente enclasadoras: polarización social extrema, crisis de superproducción, pauperización creciente e inevitable lucha revolucionaria.

La secuencia "leyes estructurales" - clases sociales - acción y conciencia padecía de un insalvable reduccionismo y una notoria hipostación de "la totalidad social" a partir de su "secreto" central (la ley del valor), sin contar que el paso del comportamiento individual al colectivo era planteado como pura agregación inevitable por semejanza de intereses individuales que lleva a sencillas ecuaciones como "crisis = hambre = revolución". La acción colectiva, la rebelión de clase, sólo puede ser entendida desde el enfoque que privilegia las coerciones estructurales como un imperativo biológico unificador revestido de necesidad histórica.

Estas ideas, sin embargo, no por ser las más divulgadas dentro de la tradición marxista, fueron las más importantes. Dentro mismo de los textos fundacionales de Marx y de muchos clásicos del marxismo se han encontrado múltiples puntos de vista alternativos, que apuntan al segundo de los ejes: la lucha. La rudeza descuidada de la tradición marxista más extendida ha llevado a Michel Foucault a manifestar su perspicaz desconfianza en forma

4. Jon Elster (1992b) y muchos otros ven en la obra de Marx una contradicción no resuelta entre la centralidad dada a la lucha de clases y el papel funcionalmente determinante del concepto de modo de producción.

categórica: "El marxismo deja en silencio qué quiere decir lucha cuando se habla de lucha de clases".[5]

En un sentido idéntico se había pronunciado el historiador Edward Thompson (1984: 37):

> En mi opinión se ha prestado una atención teórica excesiva (gran parte de la misma claramente ahistórica) a "clase" y demasiado poca a "lucha de clases". En realidad lucha de clases es un concepto previo y mucho más universal.

No es válida la apreciación de Rosemary Crompton (1994: 129) muchas veces repetida como vulgata –especialmente por Alain Touraine– de que el "eslabón débil" del marxismo es su "insuficiencia de la teoría de la acción". No puede decirse que en el marxismo se carece de reflexión sobre este punto aunque se pueda quedar insatisfecho con los resultados.

Lejos del dogmatismo posterior, Marx realizó de manera dispersa importantes indicaciones acerca de la cuestión "ontológica" de la clase, es decir, acerca de qué tipo de objeto social es la clase, fuera de los esquemas objetivistas y deterministas del canon doctrinal posterior. A contramano de todo economicismo, Marx tenía una idea muy clara del efecto disolvente que las presiones estructurales de la acumulación tienen sobre los individuos y los colectivos. El ciego poder impersonal de las fuerzas desatadas de la acumulación lejos de agrupar a los individuos, de dotarlos de una identidad, mancomunión en la acción, los separa y los enfrenta entre sí. Está muy lejos de considerar que estas fuerzas de por sí alcanzan para constituir clases e impulsar rebeliones. En sus trabajos histórico-periodísticos aparecen largamente analizados procesos de formación, lucha y alianzas de clases con una enorme riqueza de matices, bajo un apotegma bastante alejado del "proyecto clásico" de teorización de lo social: "Las clases se constituyen en la lucha". Pero aun antes de estos trabajos y del mismo *Manifiesto comunista*, en la crítica a la filosofía alemana poshegeliana esta concepción asoma nítida:

> Los diferentes individuos sólo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues por lo demás ellos mismos se enfrentan unos con otros, hostilmente, en el plano de la competencia [...] la clase se sustantiva frente a los individuos que la forman [...] se ven absorbidos por ella [...] Ya hemos indicado que la absorción de los individuos por la clase se desarrolla hasta convertirse al mismo tiempo en una absorción por diversas ideas, etc. (Marx y Engels, 1971: 60-61)

5. Sobre las críticas y reservas de Foucault a la idea de lucha de clases en el marxismo, véase Gómez (2008a).

Si se presta atención aún en la clásica cita de la *Miseria de la filosofía* de 1847 donde Marx plantea el famoso esquema de clase en sí y para sí, vemos el papel constitutivo de la lucha:

> Las condiciones económicas transformaron a la masa del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí misma. En la lucha, de la que no hemos señalado más que algunas fases, esta masa se une, se constituye como clase para sí. Los intereses que defienden se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política. (Marx, 1975: 120)

Es la dominación del capital –entendiéndola como una serie de prácticas de un colectivo ya unificado– y no la incidencia directa de una estructura o ley económica, lo que aglutina a la clase obrera. Son las acciones de las clases que antagonizan las que convierten la masa dispersa de la clase en sí en respuestas colectivas y clase para sí.[6] El capital constituido como clase ya opera en forma política, no solamente como estructura económica, ya intenta moldear a la sociedad y a la fuerza de trabajo de acuerdo con sus intereses; son estos intentos los que llevan a agruparse al proletariado y enfrentarlo. En ese proceso se constituyen para sí mismos.

Sin dudas el dispositivo "en sí/para sí" atenúa el papel de la lucha y se arriesga a reducirlo a mediación necesaria (un mero "llegar a ser lo que ya se era"), prestándose a los usos de una dialéctica hegeliana con su prestidigitación teleológica y transhistórica que tan bien han denunciado Ernesto Laclau y el posmarxismo.

Pero, aun así, es elocuente el hiato que separa "determinación estructural" y "lucha". La primera es disolvente y opera a través de la competencia. Solo la segunda permite la "sustancialización" de la clase. El colectivo clase puede advenir solamente del verse obligados a sostener una lucha común. En este caso el "verse" obligados no debe ser interpretado como una acentuación de la determinación por una exterioridad que sobrepasa su voluntad, típica de una teleología hegeliana, sino por el apremio de otro colectivo que los afecta. La competencia alimenta el individualismo de los intereses sólo hasta que debe enfrentar el límite impuesto por otras clases. La coerción estructural es refractaria a toda colectivización. Es el enfrentamiento contra otro colectivo, es decir las relaciones interclases, la clave para entender el proceso de constitución de clases que aparece como "sustancialización" de la clase frente a los individuos. En este punto, es muy clara la centralidad

6. Sobre el mismo punto, tomando los textos de Marx, son interesantes los comentarios de Adrián Piva (2008) y de Enrico Mora Malo (2008) que reivindican su completa actualidad.

de la lucha de clases en la formación de clases y la afirmación fuerte de que la consistencia interna de clase sólo aparece cuando la vida individual se encuentra atravesada por un conflicto colectivo frente a otras clases.

El carácter específicamente colectivizador de la lucha y la definición estrictamente relacional y conflictiva de la identidad de clase en contraposición con el estamento los plantean Marx y Engels (1971: 89) con claridad meridiana:

> Su personalidad se halla condicionada por relaciones de clase muy concretas y la diferencia sólo se pone de manifiesto en contraposición con otra clase [...] En el estamento (y más todavía en la tribu) esto aparece aún velado; y así, por ejemplo, un noble sigue siendo un noble y un villano, un villano, independientemente de sus otras relaciones [...] El carácter fortuito de las condiciones de vida del individuo sólo se muestran con la aparición de la clase.

Es necesario entonces remarcar el descuido teórico de aquellos que no encontraban en la tradición clásica del marxismo elementos para una teoría de la acción colectiva (Touraine, 1987). La lucha colectiva es justamente la llave de acceso a la comprensión de la constitución de las clases.

En este punto vemos que las críticas a las tradiciones más estructuralistas, positivistas o economicistas del marxismo tienen puntos de partida sólidos dentro de los mismos textos centrales de Marx.

Vale la pena hacer un apretadísimo recorrido que subraye la variedad de aportes y contribuciones de la problemática clase/lucha colectiva dentro del pensamiento y las discusiones del marxismo.

El debate entre Lenin y Rosa Luxemburgo es indicativo de esta "temprana" riqueza y preocupación por la problemática, riqueza derivada de la reflexión sobre la acumulación de experiencia revolucionaria en acción y organización colectiva. Lenin canónicamente rompe con el supuesto estructuralista: la clase obrera en sí misma no podría trascender su práctica tradeunionista de organizarse sindicalmente para defender sus intereses económicos inmediatos. Como ha señalado Sidney Tarrow (1997) al reivindicar los aportes de Lenin, la acción colectiva contenciosa requiere ingredientes "organizativos" y "políticos". En la figura de "el Partido" se condensan organización, cuadros dirigentes, conocimientos de la realidad social, ideología, experticia estratégica y táctica, etc., que son exteriores a las clases explotadas. La espontaneidad materialista de la rebelión forzada por la "coerción estructural" es débil y limitada, y no debe confiarse en ella.

Rosa Luxemburgo, atenta a los problemas de burocratización del poder soviético y las particularidades del proceso revolucionario en Alemania con las limitaciones del Partido Socialdemócrata Alemán, buscó las fuentes de la acción colectiva insurreccional en la propia acción, en la experiencia de lucha

y el aprendizaje autónomo de las masas. La clase se forma en la lucha y no en el partido (Kohan, 2006). La acción colectiva tendría una lógica "clasista" virtuosa que nos pone en las antípodas del vetusto marxismo vulgar.

Vale también una referencia al pensamiento de Mao Tse-tung que, atento a las particularidades del proceso revolucionario chino, retoma la tradición leninista jerarquizando el papel de la dirección revolucionaria. Sin embargo, ahora "el partido" no es una organización especializada que tiene una relación "externa e instrumental" de guía a las clases explotadas, sino que tiene una relación de "fusión" orgánica con las masas. Los dirigentes se mueven entre el pueblo "como peces en el agua" y se limitan a desarrollar y dar cauce a las potencialidades colectivas revolucionarias ya existentes y no a imponerles un rumbo predeterminado.[7] Aquí queda opacada la centralidad de la "clase" y el recupero político de la potencialidad transformadora deja de estar atado a las posiciones económicas para instalarse en el terreno más amplio de las masas oprimidas y de las múltiples formas contradictorias de las relaciones de explotación ("las contradicciones en el seno del pueblo"). El marxismo maoísta deconstruye completamente el dispositivo de la lucha de clases modificando los acentos: ahora es "lucha" el que constituye el término marcado y las clases son tomadas como elementos relevantes para la lucha. Invirtiendo el razonamiento originario marxista y leninista, ahora es la política la que demarca las fronteras y los agrupamientos de clases que pasan a ser "descriptores" estratégicos dentro de las nociones de "masas" o "pueblo". La revolución no parte de una caracterización clasista sino que la caracterización clasista parte de una estrategia revolucionaria. Las diferenciaciones importantes entre grupos no son las que surgen de su funcionalidad económica, sino por su relevancia para una estrategia y un proyecto de conquista integral del poder. La lucha de clases es analíticamente subordinada a la "guerra revolucionaria". Se sustrae con ello a las objeciones de Foucault: para Mao importa más qué quiere decir lucha y menos qué quiere decir clase.

En este punto, también deben considerarse los aportes deAntonio Gramsci: el papel de la dirección moral e intelectual es esencial a la movilización colectiva, pero el intelectual y el partido no pueden plantearse como "exógenos" al universo cultural y de creencias de los dominados. La inmersión en el sentido común, la capacidad de rearticulación y resignificación de las creencias populares, son esenciales para cualquier desarrollo de acción colectiva en términos de construcción hegemónica. Nuevamente ha sido Tarrow (1997) el que ha señalado certeramente los importantes aportes de Gramsci en este punto. Alejado por completo del iluminismo remanente

7. "He aquí dos principios: uno es las necesidades reales de las masas, y no necesidades imaginadas por nosotros, y el otro, el deseo de las masas y la decisión que toman ellas mismas y no la que tomemos nosotros en su lugar" (Mao Tse-tung, 1972, t. 3: 186).

de Lenin y los revolucionarios soviéticos y alemanes, aparece en Gramsci una sensibilidad cultural que muestra la productividad simbólica de la lucha y la productividad política de la cultura. La politización de la lucha de clases adquiere un espesor y una densidad analítica de orden superior: la introducción de la noción de hegemonía con su nexo necesario e inseparable de "fuerza" y "consenso" muestra por primera vez en la tradición marxista la secundarización analítica de la "muda coerción estructural". La lucha política y cultural adquiere una importancia decisiva. Lo que las clases "son", su identidad de clase, ya no pueden ser derivadas de posiciones estructurales, y no pueden entenderse al margen de las luchas hegemónicas en las que se inscriben.

Otras vertientes del marxismo como la teoría crítica y los historiadores ingleses han incorporado de manera resuelta elementos directamente superestructurales, culturales, ideológicos, etc. La llamada escuela de Frankfurt (fundamentalmente Herbert Marcuse y Theodor Adorno) profundizó la cuestión de la alienación en el capitalismo avanzado y cómo se convierte en una fuerza capaz de colonizar las dimensiones subjetivas más íntimas del hombre. Las problemáticas de la integración cultural, el conformismo, la sociedad y la cultura de masas sitúan lo colectivo en las antípodas de la acción colectiva desafiante y la impugnación del orden social. Como en gran parte del pensamiento social de la posguerra, víctima de los temores que todavía producían el nazismo, el estalinismo y el fascismo, asociados a los fenómenos de masas, la teoría crítica contribuyó a la desvalorización de las cuestiones de la movilización y de la lucha colectiva.

Sin embargo fue Herbert Marcuse, referente central del marxismo crítico, uno de los primeros en soslayar la cuestión de clase en las formas de rebelión contestataria, a tal punto que cifraba sus expectativas de lucha colectiva en las masas tercermundistas, los estudiantes "no mercantilizados" y los desclasados marginados del sistema (minorías, pobres). En este registro la acción colectiva desafiante sólo puede proceder de aquellos que de manera contingente permanecen fuera de la racionalidad unidimensionalizante del capitalismo avanzado.

En las antípodas de la teoría crítica se encuentran los historiadores marxistas ingleses (fundamentalmente Thompson) para quienes la incidencia de las creencias, tradiciones, costumbres, ideas morales, etc., tienen una eficacia importante en la explicación de la formación de la clase obrera. Las ya famosas fórmulas de Thompson: "economía moral de la multitud", "la clase obrera asistió a su propia creación" y "lucha de clases sin clases", como las indagaciones de Eric Hobsbawm, Georges Rudé y otros sobre el papel de la tradición en los movimientos de rebelión premodernos, muestran la importancia del universo de significados compartidos, de formas de vivir y sentir las relaciones de opresión y explotación, que no son reductibles a

"efectos" estructurales y que tienen una relevancia decisiva en las formas de movilización y lucha de clases.[8]

Las tradiciones, las creencias, los "sentimientos" que constituyen el fondo cultural de las clases oprimidas juegan un papel muy importante para elaborar sentido en torno a las coerciones anónimas del capitalismo, y se convierten en las bases desde donde combatirlas y resistirlas.

El tema de la conciencia asume un giro notable en estos trabajos de investigación histórica.

El trabajo de György Lukacs *Historia y conciencia de clase* había constituido durante décadas el punto de referencia de la reflexión sobre el tema. Su planteo desarrollaba con rigor dialéctico el planteo marxiano de *clase en sí* y *para sí*, demostrando que, por un lado, hay clases con conciencia revolucionaria (el proletariado en el capitalismo) que por su posición en los procesos sociales acceden a una visión de la totalidad social y de las fuerzas del desarrollo histórico y, por otro lado, hay clases "ciegas" (la burguesía) y conservadoras a las que les está vedada la conciencia de su verdadera posición por colocarse fuera del dinamismo histórico.

Pero Thompson prescinde de la posición estructural y de supuestos procesos históricos "objetivos" y define la clase exclusivamente por su conciencia, identidad y actuación común:

> Si el proletariado está verdaderamente privado de la conciencia de sí mismo como proletariado, entonces no se puede definir como tal. Para un "historiador marxista" atribuir el término "clase" a un grupo sin conciencia de clase o cultura de clase y que no responde a una dirección de clase, es una afirmación sin significado [...]
>
> Para expresarlo claramente: las clases no existen como entidades separadas, que miran en derredor, encuentran una clase enemiga y luego comienzan a luchar. Por el contrario, las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente pero no exclusivamente en modos de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónico, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como conciencia de clase. La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras fases del proceso real histórico. (Thompson, 1984: 8, 37)

Se reconoce aquí la lucha de clases incluso como previa a la formación de clases, y aquí clases se refiere exclusivamente a clases asumidas conscien-

8. Hay que recordar el debate entre James Scott, Bryan Turner y Nicholas Abercrombie: "la infrapolítica de las tradiciones autónomas" versus "la sorda coerción económica" (Abercrombie, Hill y Turner, 1990).

temente como tales que pueden deslindar un ellos y un nosotros. Pero esa conciencia es un proceso contingente que carece de toda necesidad histórica y que tampoco excluye la relevancia de elementos "en común" con las clases dominantes (Thompson, 1995). La lucha de clases concientiza como clase a diversos grupos antagónicamente enfrentados.

Estos planteos han sido muy criticados por el relegamiento de lo "estructural", dando lugar a importantes debates. Sin embargo, Ellen Meiskins Wood (1996) ha considerado a Thompson como fiel exponente del marxismo clásico que, contrariamente a lo que sugieren sus críticos, no subjetiviza sino que materializa la génesis de clase, distinguiendo entre constitución de clases por los modos de producción de la constitución como proceso de formación de clases donde utiliza el concepto mediador de "experiencia" como "el modo clasista de experimentar la explotación/opresión".[9]

WEBER: ECONOMICISMO MULTIDIMENSIONAL Y OLVIDO DEL CONFLICTO

A diferencia de Marx, Weber intentó formalizar el tratamiento conceptual del concepto buscando darle claridad dentro del sistema categorial de su ciencia de la acción social. Así es como propuso definiciones que establecieran su diferencia específica y sus relaciones con otras categorías.

En la clásica referencia de Weber (1972) "clase" es conceptualizada como situación de mercado compartida en relación con la posesión de bienes de producción, renta o calificaciones que definen "oportunidades de vida" comunes.

En *Economía y sociedad* se comienza por definir "situación de clase" como "conjunto de probabilidades típicas" de provisión de bienes, acceso a posiciones y destino personal "que derivan, dentro de un determinado orden económico, de la magnitud y naturaleza del poder de disposición (o de la carencia de él) sobre bienes y servicios y de las maneras de su aplicabilidad para la obtención de rentas e ingresos [...] Entendemos por «clase» todo grupo humano que se encuentra en una igual situación de clase" (t. I: 242).

Pero Weber, como Marx, es plenamente consciente de que "derivar" clase de distribuciones económicas termina con la posibilidad de asignarle alguna clase de consistencia interna y un papel socialmente activo a las clases. La "situación de mercado compartida" que coloca como criterio delimitador de clase inmediatamente choca con la fuerza explicativa que prometía el concepto.

El hecho de que Max Weber (1972; 1974, t. 2) haya conceptualizado

9. En Thompson hay una irresolución de las condiciones objetivas que son moldeadas por la experiencia común a nivel de la conciencia, pero que parecen sustraerse a la misma lucha de clases como procedentes de una inteligibilidad preclasista u objetiva. El reino oculto del modo de producción daría la materia prima "objetiva" de la experiencia de la opresión y explotación, pero no podría ser alcanzado por la lucha de clases.

"clase" en el mismo plano taxonómico que "estamento" ("estatus" para los americanos) y que "partido" dice mucho acerca de cómo pensaba la cuestión del orden social y el papel que las diferenciaciones entre los hombres jugaban en él. Es claro que la dimensión que permite agrupar las tres categorías es "poder". Clases junto con estamentos y partidos aluden a bases de distribución del poder: poder económico, poder "social" o reconocimiento, y poder político.

Para Weber las clases no tienen una prioridad histórica, ni mucho menos ontológica, como categoría analítica. Su punto de partida es una definición que prácticamente las coloca en el campo de la economía. Es claro que estamentos y partidos tienen densidad sociológica en términos de presencia de "lazo social", mientras clase parece completamente subsumida en lo impersonal de las fuerzas anónimas de la moderna sociedad mercantilizada de masas. Está por demás claro que la definición weberiana gana en simplicidad y nitidez pero a costa de sumergirse completamente en un crudo objetivismo economicista que, extrañamente, se aparta de sus enfoques sobre la historia de la economía en los que era mucho más sensible a las instituciones, la política y la cultura.[10] Ciertamente, en esta definición, "mercado" es tomado como instancia de asignación de valor que tiene su propio plano de inteligibilidad y que es típicamente exterior a las acciones de los hombres. Posiblemente sea muy clara la influencia de la economía marginalista –en auge en esa época– sobre el pensamiento de Weber en este punto que marca una cierta discontinuidad en su estilo sociológico. Pero una vez que las clases se reducen a agregaciones diferenciales de individuos efectuadas por el mercado, el problema es cómo hacer para que lleguen a cumplir algún papel explicativo social y políticamente relevante.

Este problema se ve reflejado en el absurdo salto conceptual que pega cuando enumera los tipos de grupos humanos que conforman clases: propietarias (rentistas, deudores y acreedores, etc.), lucrativas (típicamente

10. Es notable que Weber (1974, t. 2: 683) invoque "la ley de la utilidad marginal que rige la competencia mutua" para explicar las distribuciones clasistas de bienes. Aunque en citas diversas de esa obra suele dar por válidas las leyes del marginalismo en boga en aquellos días, en casi toda su sociología económica y más aún en su historia económica, es mucho más sensible a las acciones monopólicas, sus combinaciones con criterios estamentales, militares, políticos, y por supuesto con las creencias religiosas. Curiosamente Weber sociologiza e historiza brillantemente la economía, al punto de enfocar el concepto de mercado como "comunidad", pero "economistifica" el concepto de clase. Es posible pensar que la economización mercantilista de su concepto de clase parte de su suscripción al programa base propuesto por el marxismo y su intento de competir con él. Por otra parte, como es sabido, hay que advertir que los textos sueltos, apuntes y anotaciones que se han publicado después de su muerte como "Economía y sociedad" no fueron editados por Weber, ni tampoco fueron organizados y depurados por él, por lo que no se puede estar seguro que tal como están presentados allí estos conceptos reflejaran conclusiones definitivas o firmes y no meros papeles de trabajo o notas sueltas.

capitalistas y obreros) y... ¡"sociales"! (basadas en el "intercambio personal y entre generaciones") delatando que las primeras dos serían... ¡¿clases "económicas" y no sociales?!

Las situaciones de mercado sólo marcan "situaciones típicas de intereses iguales" y no son una base firme de "acción comunitaria" con eficacia histórica, sino una condición contingente. La solución que da a esto Weber difiere de la de Marx que la encuentra en el carácter constitutivo del conflicto, en algunos textos, y en la lógica de la acumulación, en otros.

En Weber la condición de clase fungía de "base posible" para la "asociación de interesados" y la acción colectiva. Propone cuatro factores que producen "conductas de clase homogéneas": contra "enemigos de intereses", situaciones de intereses semejantes en masa, "posibilidad técnica de fácil reunión" y dirección hacia fines claros por parte de políticos o intelectuales (Weber, 1974, t. 1: 245). Es evidente que Weber coloca las condiciones compartidas que de manera permanente facilitan el contacto social cotidiano (fábricas, barrios, instituciones) y la circulación o difusión de los agravios y problemas como el centro de la cuestión. Aunque tenía en cuenta la posibilidad de la acción común contra enemigos de interés, es claro que su esfuerzo teórico se orienta a establecer la formación de clases como una cuestión de proximidades y espacios sociales o significados culturales compartidos y que la lucha tiene un papel secundario o, al menos, no merecedor de enfatización alguna.[11]

La idea weberiana de "clase" recupera cierta importancia luego de haber sido "estamentalizada" (modos de vida comunes, estilos, cultura, etc.) y "partidizada" (organizada para ejercer poder) a través del recurso al factor de la continuidad intergeneracional en el tiempo, la convivencia, el *connubium*, la comensalidad, las oportunidades de compartir estilos de vida comunes, proyección política para sus intereses, etc., es decir, la clase se convierte en "clase social" a medida que se aleja del mercado. Es claro entonces que las otras dos categorías, estatus y partidos, en relaciones dinámicas con las situaciones de mercado permiten una base más firme de "acción comunitaria" con eficacia histórica.

El carácter anónimo, impersonal y "libre" de las relaciones sociales mercantiles permite su apariencia de mecanismo objetivamente neutro y premiador automático de la racionalidad y la eficiencia a la vez que se vuelve independiente de toda forma de acción comunitaria. Weber intenta corregir este sesgo que llevaría a disolver toda utilidad del concepto de clase y convoca a "lo social" principalmente en las formas suaves del estatus, los

11. Perla Aronson (2008) señala que el conflicto se encuentra en el corazón de las fundamentaciones weberianas, pero en su excelente artículo queda claro que la centralidad del conflicto está en la política y la cultura, y sólo de manera contingente en las clases.

modos de vida, la cultura,[12] etc. Así, abre la puerta al "pluralismo" de criterios estratificadores que intenta resolver el atolladero a que se llega luego de plantear la economía como una esfera autónoma con efectos socialmente clasificadores.

En Marx la competencia y la atomización del mercado sólo puede ser superada merced a la lucha de clases, es decir, cuando los límites no pueden ser removidos sino colectivamente en virtud de que tales límites no son acciones individuales de otros, sino resultado de poderes colectivos que imponen condiciones generales de organización social. La lucha de clases, y no los estilos de vida compartidos, es lo que genera solidaridades "clasistas" para la lucha política o económica. Esto es lo que está fuera de la consideración weberiana donde la lucha y la organización sólo podrían advenir luego de gestadas solidaridades comunitarias culturizadas y estamentalizadas.

En el weberismo se afinca la equívoca conceptualización sociologista de la lógica de la semejanza o la distancia, como principio fundamental del análisis clasista. Por el contrario, dentro del marxismo la semejanza de condiciones de vida o conciencia son contingentes en relación con la determinación clasista por la lucha. El peso de las fuerzas que enclasan sobrepasando las voluntades individuales se ve mucho mejor justamente cuando los sujetos involucrados son muy distintos entre sí y se movilizan enfrentando constricciones y poderes colectivos semejantes.

A diferencia de Weber –que busca en la cultura, los modos de vida, el estatus[13] y la búsqueda de poder las bases efectivas de acción comunitaria, de cohesión y de protagonismo histórico, que no puede encontrar en el mercado–, en Marx aparecen el antagonismo y la lucha como fuente de coaligación y articulación. Mientras en Weber la identidad de clase proviene de la vida común, y nada dice acerca de cómo esa identidad pueda estar condicionada por una vida común que significa en gran medida tener que enfrentar a otros grupos o clases, en Marx esa identidad sería estrictamente relacional en la medida en que sólo puede provenir del antagonismo y la lucha.

Asimismo, la noción de "oportunidades de vida" como descriptor de clase es escandalosamente economicista y desembozadamente "utilitarista" y "sistémica". Se supone que designa los límites de acceso de un sistema de reglas de asignación de valores para un individuo. Su contenido analítico presupone una total pasividad de los agentes: las oportunidades están definidas previa e independientemente de sus acciones, que se limitan a ajustarse a las oportunidades (estrategias individuales que se circunscriben

12. Es notable que Weber (1974, t. 1: 246) asocie nítidamente la educación y la cultura más con los estamentos que con las clases.

13. Por otra parte, es claro que la implícita incongruencia entre estamento y mercado hoy no tiene vigencia alguna: mercados de bienes posicionales, consumo ostentoso, marcas, etc., son formas de estamentalización que se canalizan cómoda y masivamente por el mercado.

a "aprovechar oportunidades"). De esta forma las "oportunidades de vida" son una extensión de la idea de mercado ya que los aumentos o las disminuciones de oportunidades vienen dadas por la situación de mercado, obviando el hecho fundamental señalado por Frank Parkin (1984) de que los sujetos no suelen limitarse a aceptar las oportunidades dadas –la reproducción de clases sería monótona– y ponen en práctica todo tipo de recursos que atentan contra el mercado para aumentar sus "oportunidades" de ascenso y reducir las de posibles competidores.

En definitiva, la centralidad de la coerción estructural, de las fuerzas anónimas que someten a los individuos, es reducida por Weber primero a una "situación" compartida de valorización de mercado de ciertas posesiones, y luego moldeada por atributos contingentes como la cultura o los modos de vida como condición previa para atribuirle peso determinante en la historia o la política. Es curioso pero, de esta manera, quien mejor plasma el viejo esquema "clase en sí-clase para sí" es Weber. La definición hipermercantil de partida puede hacerse equivalente a un puro "en sí" sin significado propio y, en vez de la estupidez de pensar el "para sí" como un simple adoctrinamiento a la manera de una epifanía a cargo de vanguardias transmisoras de una "verdad" a la conciencia de las masas, Weber lo ve como proceso histórico complejo, multidimensional, político y cultural.

El individualismo metodológico weberiano sólo puede concebir la acción colectiva como agregación inconsciente de posiciones de mercado primero y agregación consciente de preferencias o modos de vida después. La desconexión conceptual entre unas y otras las convierte en una mera yuxtaposición, una contingencia.

El enfoque weberiano se diferencia nítidamente del marxiano en el crucial tratamiento de la cuestión del "interés". Mientras en la tradición marxiana los intereses son transpuestos a los sujetos como límpidas coerciones estructurales, como "necesidades forzosas" explicables por las "condiciones independientes de la voluntad", en la tradición weberiana los intereses son siempre definidos por los sujetos en relación con sus posiciones económicas, pero no exclusivamente, y siempre sometidos a las contingencias de la cultura y el poder.

Así, la problemática de las clases pasa a formar parte de un sistema multidimensional de "estratificación" social que sería retomado e hipertrofiado por el funcionalismo de la sociología norteamericana.

Los sistemas de estratificación aparecen simplemente "dados" y no tienen un papel significativo en el cambio social. En todas ellas el papel de las luchas o la acción colectiva no parece encontrar lugar teórico sino solamente empírico e histórico.

El modelo de determinación subyacente –no explicitado– de la acción colectiva en estas teorías no pasaban de un neoutilitarismo cuyo exponen-

te más importante son las teorías de la "privación relativa" (Gurr, 1970) desarrolladas en sintonía con la sociología funcionalista y las herencias de la economía marginalista. Los parámetros de frustración de expectativas pueden rastrearse en términos de construcciones sociales, por lo que las posiciones estructurales "objetivas" resultan importantes sólo en la medida en que son percibidas y evaluadas comparativamente por los agentes. Ya no existen "intereses" estables o fijos, muchísimo menos objetivos o "históricos". Las disponibilidades "objetivas" de recursos o gratificaciones que ofrece el orden social pueden chocar con las expectativas y las aspiraciones de los actores. Entre las estructuras materiales y la acción ya no median intereses sino las evaluaciones de los actores que no pueden ser entendidas como meras construcciones subjetivas, una caprichosa especulación individual, sino que son producto de la interiorización de valores culturales, estándares de merecimientos y justicia, y de percepción comparativa con otros actores.

La privación relativa siempre incluye la elaboración y fijación de un criterio que compara la situación propia con otra de referencia. Los conceptos de grupos de referencia y grupo de pertenencia, tradicionales en la teoría funcionalista, operan de la misma manera: ya no existe una determinación directa objetiva entre posición social y acción, sino mediante una evaluación del actor y una formación de expectativas que pueden hacer que se comporte como los integrantes de un grupo diferente del que en verdad integra. El descontento no está atado a ninguna situación estructural y las situaciones estructurales no definen por sí ninguna clase de expectativa. En los típicos planteos regidos por la ley de hierro de la tendencia a la homeostasis, se afirma que si las expectativas suben mucho o las disponibilidades de recursos caen y se generaliza el descontento, los individuos tenderán a recurrir a la acción colectiva apartándose de las vías convencionales y del control social. Ante ello se puede reducir el descontento satisfaciendo las expectativas mediante el aumento de la oferta de recursos y gratificaciones, o se puede aumentar el control social (represión en lo inmediato) y bajar las expectativas cambiando los estándares normativos (acción cultural y educativa en lo mediato).

Uno de los primeros teóricos sistemáticos de la acción colectiva, inscripto claramente en el funcionalismo estructural estadounidense, Neil Smelser (1989), sostiene un "modelo" explicativo complejo basado en la "frustración": las tensiones estructurales entre expectativas generadas y oportunidades ofrecidas. Sobre éstas operan un conjunto de factores que convergen para explicar los "estallidos" colectivos: las condiciones de "conductividad" del malestar (libertades de asociación y expresión, de prensa, contacto cotidiano entre los descontentos, etc.), las creencias generalizadas negativas o de fácil identificación de los culpables de la frustración, el aflojamiento del control

social y de las posibilidades represivas, la existencia de un hecho detonante o catalizador del descontento.

Las luchas colectivas son tomadas como fenómenos fundamentalmente "anómicos", "no institucionalizados" o de reacciones episódicas. Como era esperable, el desdibujamiento de la determinación clasista es aquí completo y la acción colectiva no ofrece ningún vínculo con la problemática de clase.

LAS LIMITACIONES DEL PROYECTO DE LOS PADRES FUNDADORES

Aunque hay pocas dudas de que Marx, aun con sus ambivalencias irresueltas, ha sido el responsable de introducir la noción de clase con todo su esplendor explicativo ("la historia es la historia de la lucha de clases"), es el proyecto mismo de una comprensión "clásica" de lo social, cuyas primeras formalizaciones hay que atribuirle a Weber, lo que entra en una decadencia que abarca mucho más que el marxismo.

Lo que hemos llamado el "proyecto clásico" de inteligibilidad de lo social oscilará entre la lectura weberiana de Marx (alivianar la determinación estructural con el concurso de otros niveles de análisis) y la marxiana de Weber (endurecer los factores objetivos y el antagonismo) que están unidas por un núcleo común que conforma el alcance "legítimo" de la categoría "clase",[14] a saber:

- ciertos colectivos formalmente "abiertos" de gran escala y de fisonomía o morfología homogéneas;
- que viene dada de manera principal por "relaciones impersonales" o anónimas de carácter coercitivo, relaciones sociales forzadas por la "objetividad" de distribuciones diferenciales de determinados recursos o bienes, y
- donde los atributos y comportamientos de estos colectivos y sus miembros responden a uno o varios criterios (propiedad, cultura, poder) que los hace potencialmente privilegiados a la hora de explicar el cambio social.

Estas propiedades formales conforman una suerte de programática establecida por las tradiciones intelectuales y académicas que erigieron a Marx y a Weber como sus padres fundadores. Pero en esta matriz clásica ¿qué es en verdad lo que agoniza? Empezaremos por hacer primero un análisis de aquellas cosas que ya no pueden sostenerse ante las evidencias acumuladas por la investigación histórica y social, y finalmente hemos de ver que también la propia irresolución de las inconsistencias internas a sus propias postulaciones la terminan carcomiendo.

14. De aquí que Parkin (1984: 44) afirme que "dentro de cada neomarxista parece encontrarse un weberiano ansioso por salir".

El recurso a niveles causales de órdenes presociales (en Marx es el *locus* del trabajo y la producción y en Weber es el mercado o el ámbito del intercambio) producen un tranquilizador efecto de escape hacia "la espacialidad": las diferencias se convierten en espacios exteriores fuertemente separados entre sí e interiores fuertemente homogéneos. La determinación "anónima", "impersonal", "coerción estructural", produce diferenciación hacia afuera y uniformización hacia adentro. Para algunos las relaciones interespaciales serán de proximidad y distancia, para otros de antagonismo y lucha, para algunos se trata de explicar más el destino individual, las oportunidades vitales, para otros el conflicto social y el cambio político e histórico.

La representación clasista de la sociedad según este programa se cifra en las relaciones entre el tener y el hacer, sobre la base de la completa exterioridad conceptual del hacer y el tener. Marx y Weber comparten plenamente que el "tener" responde a un criterio distribucional y diferenciador completamente externo e independiente analíticamente del "hacer", sea basado en la escasez regulada por el mercado o sea basado en la generación y la apropiación del plusvalor. La idea de que las divisiones colectivas fundamentales derivan de las leyes del valor y la acumulación –en el marxismo– o la ley de utilidad marginal que fija intereses y valores mediante el mercado –en el weberismo-funcionalismo– aparecen como figuras de la exterioridad objetiva escindida típica de la "ciencia" económica que se basa en la ilusión de la "objetividad natural" de precios y cantidades, escasez y preferencias del agente racional, o en el carácter forzoso de la dialéctica entre valor de uso y de cambio, trabajo vivo y muerto, capital constante y variable.

Tanto Marx como Weber separan el tener del hacer y consagran la inteligibilidad propia del orden del tener como independiente de la del hacer.

Las diferencias surgen en la relación que se establece entre hacer y tener, luego de haber consagrado este principio. Mientras para las tradiciones marxistas más duras esta determinación del hacer por el tener es monológica, autosuficiente, para los weberianos funcionalistas se atenúa de manera contingente por la incidencia de otros factores culturales y políticos, porque en sí es insuficiente, pero esto no altera el *mainstream* clásico.

Esta programática de base prolonga un equívoco: buscan un nivel preclasista que fundamente la clase, un principio explicador de la clase que al mismo tiempo la haga explicativa.

Deducir las clases de la propiedad ("el tener") es simple pero engañoso, como enseñan la mayor parte de los enfoques posclásicos que veremos en el siguiente apartado: son las clases con sus acciones las que establecen el "poder de mercado" de algunos tipos de propiedad en vez de otros, sus distribuciones y límites.

La teoría social clásica tiende a pasar por alto el hecho de que el mercado

es también un objeto destinatario de las acciones de clase no sólo materiales sino simbólicas: es quizá su producto más perfecto y no una fuerza causal presocial, el reino de precios, cantidades y deseos.

En realidad es más propio del análisis clasista indagar cómo las clases generan un mercado y no al revés. Los individuos no se organizan en clases al emerger del mercado, sino que entran a él como clases (cosa que estaba perfectamente clara al menos en algunos textos de Marx).

Este defecto es aún mayor en las conceptualizaciones weberianas de situación de mercado como una exterioridad objetiva escindida naturalizada como autorregulación de precios y cantidades sometidas a las leyes del marginalismo. En este sentido, el economicismo del concepto de clase que propone Weber es muy particular. Por un lado, lo presenta atado a simples distribuciones de mercado. Pero, por otro, en su sociología general el mercado y la economía no tienen ninguna centralidad. Con ello invierte el economicismo de Marx en ese mismo punto de la relación clase-economía. Marx presentaba la clase como históricamente centrada en el antagonismo y la lucha, pero en su concepción general de lo social lo económico ocupa una centralidad innegable. Marx pensaba que el capital era fundamentalmente una relación social de apropiación y además ponía mucha atención al curso de las luchas de clases en sus trabajos histórico-periodísticos, pero el proceso histórico general seguía el ritmo de la acumulación. En cierto punto el economicismo de Weber es al mismo tiempo mayor y menor al de Marx.

Weber era consciente de este problema y su solución pasaba por asumir acríticamente la determinación monológica del mercado sólo para después sobreimprimirle determinaciones adicionales de otro orden (cultural, político). El callejón sin salida al que nos conduce "el mercado" lo obliga a convocar a "lo social" como residuo estamental que se adosa a la situación de mercado posibilitando el cierre social, justamente una acción contra el mercado. Pero hoy en día esto ya no puede sostenerse: las capacidades de mercado y la distribución de "oportunidades" son objeto y resultado de la lucha clasista y no sus puntos de partida. Las clases subsisten no por el mercado sino, en el mejor de los casos, a pesar del mercado y moldeando el mercado.

Los intentos de "estamentalizar" el concepto de clase "social" situando gustos y estilos de vida, costumbres, etc., en el centro del proceso de formación de clase olvida que lo que más se suele compartir son las condiciones adversas comunes en la vida material y en la lucha contra otros colectivos a los que se ve como responsables de esa adversidad.

No es menos criticable el supuesto del principio analítico de clase bajo el régimen teórico del marxismo vulgar según el cual las coacciones económicas tienen un efecto clasificador, diferenciador homogéneo y puro

sobre los agentes. Es decir, las relaciones de propiedad actúan por sí y de manera monótona, independientes de otras diferenciaciones y capacidades de condicionamiento. Además de que es difícil encontrar contenidos empíricos convincentes para una "coerción económica pura", nada de esto se cumple: el régimen de propiedad asume carácter étnico en los países colonizados, los empresarios maximizan su coerción apelando a diferencias étnicas, educacionales, tribales, sexuales, religiosas, e incluso sometiendo a esclavitud o servilismo mediante el empleo regular de la fuerza armada y el abuso legal al servicio de expropiaciones y pillajes. El arrasamiento de la propiedad tradicional y colectiva por la fuerza es esencial al capitalismo colonial. La propiedad no actúa nunca por sí en un mercado, reino de cantidades y precios, sin articularse con la política, la cultura, la capacidad de violencia física, etcétera.

También es vulnerable el supuesto de la coerción económica unívoca y monótona según el cual la posesión de alguno de los bienes materiales (medios de producción, fuerza de trabajo, calificaciones, autoridad) tiende monótonamente a reproducirse. El capitalista tiene interés en ampliar sus medios de producción, y controlar fuerza de trabajo, los trabajadores tienen interés sólo en reproducir su fuerza de trabajo y aumentar su control sobre el tiempo de trabajo para dirigirlo al ocio, la pequeña burguesía tiene interés en contar con mayores medios de autoridad y calificación, o acceder a la pequeña propiedad, etcétera.

La deducción de intereses que buscan la apariencia de "objetividad" al atarlos a la distribución desigual de bienes específicos, que se presentan como "estructurales" en el sentido que tienden a reproducir la misma distribución que les da origen, también debe ser desechada. No hay modo de explicar la movilidad y las tendencias a convertir un tipo de capital en otro (típicamente, fuerza de trabajo por propiedad o propiedad económica por educación y cultura) ni tampoco la necesidad perpetua de jugar posiciones en los campos de la política, la cultura, etc. Las distribuciones desiguales no pueden reproducirse *per se* si no es a través de condicionamientos de todo tipo desde el ejército industrial de reserva hasta la derogación de derechos, coerción por endeudamiento, abusos monopólicos, etc. Todas estas estrategias muestran que la propiedad en sí no tiene poder explicativo ni eficacia histórica alguna.

Este principio de la "desnuda coerción económica" circunscribe la génesis de las clases al plano del intercambio, las relaciones en la sociedad civil, haciendo abstracción de la política, con el agravante de que en este plano se definen los intereses solamente como racionalidad individual y la racionalidad colectiva se hace puramente equivalente a la mera agregación de intereses individuales.

La "propiedad" no existe por sí misma, no tiene materialidad en los

objetos,[15] tampoco puede asignársele una misteriosa fuerza estructural, ni se reproduce por las relaciones de intercambio naturalizadas entre privados como "sociedad civil". La naturalización de la propiedad es una de las consecuencias más nefastas del marxismo vulgar, su extracción de la lucha y del resto de las relaciones sociales parece convalidar una relación natural entre las cosas y los hombres. La propiedad tendría "objetividad", sería un nexo real fijo entre hombres y cosas, una cosificación de la propiedad. La propiedad no puede ser separada del conjunto de las condiciones de la lucha, a tal punto que no puede ser descripta más que como cristalización de relaciones de fuerza y resultado de luchas anteriores plasmadas como "derecho".

Veamos finalmente las críticas internas a la programática clásica.

La decadencia teórica de la clase, en tanto eficacia diferenciadora y homogeneizante al mismo tiempo de "fuerzas objetivas", hay que hallarla no tanto en las versiones marxista o weberianas predominantes sino más radicalmente en el nivel de las contradicciones entre las propiedades formales que postula. La axiomática "clásica" de las clases lleva a dos notorias contradicciones entre sus premisas, que se suponen esenciales o requisitos formales de las clases como categoría teórica de análisis de lo social:

a) Si las clases son colectivos producidos por efectos distributivos "forzados objetivamente", no podrían constituir colectivos efectivamente abiertos y si se mantiene que son colectivos abiertos, no tendría sentido explicarlos por distribuciones forzadas por criterios objetivos. La cualidad de que las clases no pueden ser fijas es el atributo que ni más ni menos las diferencia de otros modos de diferenciación social como las castas y los estamentos. El principio de que las posiciones no están atadas de manera definitiva por criterio alguno, que las fronteras entre clases son necesariamente porosas y formalmente inexistentes como derecho, hace que los individuos y grupos puedan cambiar de posiciones y evadirse o no responder a las coerciones estructurales.
b) Si las clases son colectivos potencialmente privilegiados para explicar la política, la cultura y el cambio, entonces en algún punto inciden sobre las fuerzas objetivas como determinantes presociales y así estas fuerzas objetivas dejan de ser "objetivamente presociales". Si las clases son elementos históricos activos, no pueden ser objeto de explicaciones presociales, y si son explicadas por fuerzas objetivas presociales, no pueden ser elementos históricos activos.

15. Aunque es obvio que la propiedad de la fuerza de trabajo sí se materializa pero en un sujeto.

Las respuestas a estos dos dilemas teóricos han sido muy precarias.

Los marxistas si no niegan o eluden directamente el primer problema afirmando el carácter puramente nominal o ficticio de la apertura, una mera cortina ideológica, intentan explicar la movilidad como efecto de las dinámicas estructurales y objetivas (desarrollo tecnológico, cambios en la acumulación, etc.). En este caso, además de separar la movilidad de los cambios (es decir, entrar en contradicción con la segunda premisa), se tiende a convalidar movilidades por los cambios pero no se logra explicar nada cuando no hay movilidades y hay cambios, o cuando no hay cambios y hay procesos de movilidad social.

Los weberianos y funcionalistas han "desclasado" el problema de la movilidad simplemente retrocediendo a un nivel presocial de capacidades individuales diferentes de aprovechar "oportunidades" o trayendo criterios estamentales adicionales. Es curioso, pero esta última estrategia se esmera en detectar las barreras que se forman para sostener el carácter fijo de las clases, explica por qué no hay movilidad, pero tiende a dejar sin explicar por qué la hay.

La idea de "oportunidades" es bastante falaz: ¿qué querría decir que las fuerzas objetivas del mercado generan oportunidades si justamente el mercado se encarga de fijar el valor de las posesiones de cada uno? Cayendo al abismo del economicismo extremo podría admitirse que los cambios en estos valores modifican las posiciones relativas de clase, pero esto no significaría que las clases son grupos abiertos sino que son grupos variables o inestables. Movilidad y apertura suponen lo contrario de lo que designa "oportunidad". Se trata de no aceptar las oportunidades dadas: realizar cambios y "apuestas" individuales a veces muy costosos o arriesgados. Además, los intentos de movilidad suponen la necesidad de colectivizar acciones y sostener conflictos. Precisamente son estas acciones inconformistas pugnando por la movilidad las que están imbuidas de "clasismo" porque plantean dosis variables de conflicto y lucha contra las clasificaciones heredadas y las fronteras entre posiciones que imponen.

Los weberianos han dado respuesta al segundo problema a través de las tendencias a la modernización-racionalización-burocratización como proceso paulatino, acumulativo, abarcativo, multidimensional, donde la movilización de clases no aparece como factor explicativo único. La influencia de las clases en el cambio social está muy recortada en los enfoques funcionalistas. Los marxistas en cambio han tratado de "diferir" temporalmente esta inconsistencia: hay eficacia estructural de la clase solamente en el momento revolucionario. Es únicamente en el paroxismo de las contradicciones y las crisis cuando las clases cumplen un papel decisivo históricamente. Para los primeros las clases simplemente acompañan procesos omniabarcadores, para los segundos asumen un rol decisivo en momentos culminantes

del despliegue de las contradicciones entre estructuras. En definitiva, en ambos enfoques el papel "activo" de las clases está sumamente restringido y traiciona las promesas del concepto.

La programática marxistizadora-weberizadora ha ido envejeciendo al compás de cambios de acentos y contenidos, enfermando y agonizando una y otra vez. Sin embargo, hay que advertir que ni en Weber ni en Marx aparece consumado este proyecto teórico, que luego sería investido con la dignidad de "pensamiento social clásico".[16] Sus verdaderas limitaciones no pasan estrictamente por la rigidez de sus conceptualizaciones, ya que ninguno de los dos desarrolló en extenso y estrictamente una teoría de las clases, sino por las soluciones defectuosas que dan a las paradojas que ellos tuvieron el enorme mérito de descubrir.

Teoría social posclásica: de lo posicional a lo relacional

El lugar de la acción colectiva en la analítica de las clases, la relación entre estructura social y conflicto va transitando por nuevos carriles. La vieja hipótesis de una determinación estructural de la acción y el conflicto ha sido paulatinamente dejada de lado con la influencia de los descubrimientos de la antropología acerca del peso de lo simbólico-ritual y del lenguaje en el comportamiento humano, con las indagaciones de la psicología profunda acerca de las motivaciones inconscientes, los hallazgos de la psicología de los procesos cognitivos y del aprendizaje (especialmente las teorías de la disonancia cognitiva y de las actitudes), y por las teorías de la elección racional y las teorías de los juegos estratégicos. La combinación de estos avances en las ciencias sociales y humanas con las heterodoxias de diversos tipos y los cruces y préstamos entre las tradiciones marxianas y weberianas, la reformulación de algunos elementos weberianos y las fuertes revisiones en el universo del marxismo occidental, hicieron que los estudios que he denominado "posclásicos" abandonen en buena medida los supuestos de la programática clásica y abran un nuevo panorama para la problemática de la comprensión de la acción colectiva.

Los estudios posclásicos han tendido a cultivar dos rasgos decisivos:

1) No separan estructura y acción. Como señala Crompton (1994: 213) para

16. Hay que recordar una vez más que Marx no llegó siquiera a terminar el capítulo de *El capital* sobre el tema y lo que se ha publicado de Weber no eran más que papeles de trabajo. En definitiva, los padres fundadores no llegaron a pensar la cuestión de las clases de manera directa y sistemática. La sociología académica ha tratado de convertir estos retazos heredados, este material de rezago del trabajo de dos genios, en los pilares de un proyecto de comprensión de la sociedad.

los nuevos enfoques sobre la estructura de clases, la misma estructura ocupacional, lejos de ser un hecho dado y fijo –emanado de los procesos económicos o como resultado del mercado o la acumulación– se convierte en “fluida”, en tanto las mismas distribuciones de recursos y lugares son constante objeto de luchas, estrategias individuales y colectivas. La misma estructura ocupacional no podría conocerse realmente de manera separada e independiente de las luchas de clases.

2) Hacen converger los criterios fundamentales de propiedad, conocimiento y poder, que entran en combinaciones y relaciones de superposición, sustitución o equivalencias cambiantes.

Veamos primero cuáles han sido los hitos teóricos que fueron cimentando estas nuevas perspectivas analíticas y luego cómo se han puesto de manifiesto en la discusión acerca de las nuevas clases medias.

CONTRIBUCIONES TEÓRICAS POSCLÁSICAS: REPENSANDO LA NATURALEZA DE LA CLASE

Podemos decir que el inicio de una trayectoria divergente respecto del paradigma clásico nace en el seno mismo de uno de los más creativos esfuerzos teóricos dedicados a preservar los postulados del marxismo: el estructuralismo althusseriano. A fines de los años 60, en plena efervescencia estructuralista, un discípulo de Louis Althusser publica *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, en el que por primera vez dentro del campo del marxismo las clases no son definidas en relación con las estructuras y mantienen un vínculo genérico con el concepto de modo de producción. En ese injustamente vapuleado trabajo Nicos Poulantzas (1985) anuncia el cambio de tesitura: las clases no son definidas en el campo de las estructuras sino en el campo de las relaciones sociales, y más específicamente en el de las relaciones de lucha económica, política e ideológica.[17] Es decir, “el estructuralista” Poulantzas no duda en constituir las clases fuera de las estructuras, avanzando mucho más allá de los marxistas más historicistas[18] o culturalistas y anticipándose muchos años a las tendencias modernas en el análisis de las clases. Poulantzas trabaja esforzadamente en darle forma teórica consistente a los textos histórico-político-periodísticos de Marx y de la tradición marxista en general, y rechaza con energía toda posibilidad

17. Todavía hoy se suele omitir este gigantesco paso en las discusiones dentro del marxismo. Véase por caso Piva (2008).

18. Por supuesto no se pueden obviar los trabajos de Edward Thompson y Raymond Willams, pero en rigor ellos no teorizan formalmente sobre la naturaleza del concepto, ni tampoco dejan de relacionar las clases con el modo de producción y las estructuras económicas, sino que ponen el acento en las dimensiones experienciales, culturales y subjetivantes de los procesos de formación de clase y de su conciencia.

de weberianización de la problemática. Con esta notable "movida" teórica se puede decir que aparece por primera vez de manera desarrollada un punto de vista relacional sobre las clases que las independiza de niveles de inteligibilidad presociales. Sin dudas, el hecho de que esto haya sucedido dentro mismo de las posturas más estructuralistas del marxismo delata en realidad el grado de agotamiento a que habían llegado los malabarismos de las gramáticas basadas en la objetividad de condiciones materiales, "intereses objetivos", "efectos de estructura", etcétera.

Aun más, a pesar de su engorrosa terminología y abstractas codificaciones formales, Poulantzas se mostró como vanguardista al considerar que es en el campo de las relaciones de lucha política donde las clases se constituyen como fuerzas sociales con "efectos pertinentes". De esta forma, para Poulantzas las clases se convierten de manera plena y acabada en el campo de la intervención sobre el orden social –lo político– y el concepto de clase presupone únicamente que los hombres luchan colectivamente para controlar, mantener, cambiar o alterar las condiciones de su existencia social. En este sentido podría decirse que las clases se configuran no como grupos realmente existentes o como puros agregados artificiales que hacen inteligibles fenómenos sociales, sino como un horizonte de prácticas de intervención sobre el orden social, y por tanto sólo se constituyen limitándose entre sí en el antagonismo y la lucha. "Las clases son en un único y mismo movimiento clases y lucha de clases" (Poulantzas, 1987: 13).

Como luego afirmaría Adam Przeworsky (1988) llevando aun más allá el razonamiento de Poulantzas: las clases no son luchas entre clases ya formadas en estructuras concebidas como preexistentes a las prácticas sociales, sino que son fundamentalmente luchas o prácticas sobre la constitución misma de las clases.[19] Las clases como tales no actúan, sólo lo hacen quienes las invocan, las organizan, las identifican y convocan (Crompton, 1994: 248) y por tanto es constitutivo del concepto de clase su propia inconclusión bajo la modalidad de un hacerse perpetuo.

Si Poulantzas se había animado a sacar las clases de las estructuras llevándolas al campo de las prácticas y la lucha, otros posclásicos dan un paso más y reconocen en la lucha a sujetos "diestros", capaces de estrategia y, correlativamente, reconocen el orden de las relaciones económicas y políticas sobre las que actúan como "fluido" y permeable a sus acciones. Las luchas pueden tener "efectos estructurales".

La jerarquización de la lucha de clases dentro del análisis del modo de

19. Las luchas de clases tienen por objeto privilegiado la misma estructura de clases. Las dictaduras militares practicaron políticas sistemáticas de "desestructuración social" y "estrategias de desigualdad" como respuesta a la movilización social desafiante de los años 70 (Lozano, 2001). Las alteraciones en la estructura ocupacional y en las distribuciones socioeconómicas obedecían a unos propósitos de neutralización de acciones colectivas potenciales de base clasista.

producción capitalista aparece en los aportes del temprano Eric Olin Wright (1978: 7-21), quien le otorga un papel decisivo en el interjuego triangular con estructuras económicas y estructuras político-estatales.

Vale la pena entrar en detalles para ver el giro copernicano que supone respecto del paradigma clásico. La lucha de clases se analiza en el mismo plano que acumulación económica e intervención política y no como un "efecto" derivado en un segundo plano. Wright propone seis modos básicos, sustancialmente distintos, aunque interdependientes, de determinación entre estos tres elementos, superando la grosera monotonía causal unidireccional del marxismo tradicional:

1) *Limitación estructural*: las estructuras económicas limitan las formas posibles de estructuras político-ideológicas, estatales o de lucha de clases. En el feudalismo, la democracia, la organización sindical, la huelga, eran imposibles por el modo coercitivo extraeconómico de apropiación, etc. Pero la limitación estructural es sólo de exclusión de posibilidades, no determina nada positivamente.
2) *Selección*: mecanismos que determinan o impiden resultados puntuales dentro de un conjunto de posibilidades. Típicamente, el Estado intenta operar una selección entre las formas de la lucha de clases (huelga regulada, negociación paritaria).
3) *Reproducción/no reproducción*: la estructura reproductora impide/permite a la reproducida ciertos cambios fundamentales, manteniéndola o no dentro de límites de variación. Típicamente, el Estado puede estar dentro de los límites dibujados por la estructura económica, pero puede presentarse como no reproduciendo esa estructura.
4) *Límites de compatibilidad funcional*: designa la relación de una estructura de Estado dada respecto de las estructuras económicas. Ejemplo típico es el de los trabajos de Perry Anderson mostrando que el impulso inicial del Estado absolutista a la industria y el comercio y sus nacientes clases (acción reproductiva) en algún momento dejó de ser funcionalmente compatible con la estructura económica madura desarrollada y requirió su transformación violenta.
5) *Transformación*: las luchas de clases, las prácticas de clase, afectan los límites estructurales y funcionales, la reproducción y la selección. La lucha de clases limitada por la estructura económica, y seleccionada y reproducida por la estructura estatal y política, a su vez remodela las mismas. La lucha de clases es intrínsecamente un proceso de transformación de las estructuras económicas y del Estado. El proceso mismo que establece los límites de la lucha clasista es a su vez y simultáneamente transformado por las luchas así limitadas. Las contradicciones de clases tienen efectos sistemáticos de poner en contradicción estructuras.

6) *Mediación*: una variable configura la relación entre otras dos variables y no solamente como una variable interviniente. La lucha de clases es mediadora de mecanismos de selección, limitación, etc. Altera las probabilidades de formas de estructuras estatales y económicas. En definitiva, la lucha de clases es omnimediadora respecto de relaciones de determinación entre estructuras e intervenciones estatales.

Estas terminologías abstractas, y seguramente difíciles de operativizar si no son en grandes procesos históricos, tienen dos enormes méritos:

1) Mientras el marxismo tradicional consagraba la fuerza objetiva de la estructura como autorreproducción, estricta limitación funcional, y mediación unilateral, Wright modula y matiza las formas de entender la determinación objetiva por la estructura económica, mostrando que no hay correspondencia entre estos tres atributos y que esta determinación no es en ningún caso autosuficiente, siempre va a estar mediatizada por las otras dos. La no correspondencia entre limitación estructural y límite de compatibilidad funcional abre la posibilidad de contradicciones entre estructuras: hay prácticas de lucha y de intervención política que simplemente no pueden aparecer, pero las que sí aparecen no necesariamente reproducen y son funcionales a las estructuras que las hacen posibles.
2) Lo más importante y que permite ver el abandono de los planteos clásicos: el esquema no incluye un límite de compatibilidad funcional con respecto a la lucha de clases. Es decir las estructuras económicas pueden excluir prácticas de lucha que no son posibles pero no pueden impedir que se asuman formas de lucha de clase e intervenciones estatales que atenten contra la reproducción de las estructuras, que las transformen y que sean incompatibles con sus condiciones de perpetuación o que sean disfuncionales.

Wright predica la asimetría de la relación entre estructura económica y lucha de clases: mientras la primera simplemente excluye posibilidades, es decir, determina lo imposible, la segunda la transforma de manera directa (las luchas obreras obligan a cambios en las formas de gestión de la fuerza de trabajo, la introducción de tecnologías, etc.) o indirecta a través de su capacidad de selección, transformación o mediación sobre el Estado y sus políticas. La única determinación de necesidad es solamente negativa como exclusión de posibilidades, todas las demás formas de determinación positivas de selección, reproducción, compatibilidad, etc., son contingentes y en todas incide la lucha de clases.

Al abordar teóricamente la relación entre estructura de clases y lucha de clases (Wright, 1983: 92 ss.) se replica la lógica anterior: la estructura

de clases fija sólo los límites de variación, las condiciones de posibilidad de la lucha de clases: define actores y objetivos posibles, excluyendo los imposibles. El resto depende de la formación de clase, es decir del desarrollo de capacidades estructurales y organizativas que se encuentra limitada por la estructura de clases pero transformada por el proceso de lucha y conflicto que imprime diversas formas sindicales, políticas, reformistas, etc. Así, las clases son objeto y sujeto de la lucha de clases. Las capacidades y la formación de clases son objetos de la lucha misma. A su vez la formación de clase puede adoptar tanto formas reproductivas como no reproductivas de la estructura de clases y la lucha de clases transformar tanto la estructura como la formación de clases.

Ya abriéndose a influencias ajenas a las tradiciones marxianas, quienes más han teorizado sobre el carácter "estratégico" y relacional de la constitución misma de las clases han sido los llamados "marxistas analíticos" (Roemer, Elster, van Parijs, Przeworsky y Wright). Rechazando como "basura filosófica" la dialéctica materialista y el punto de vista totalista tan arraigado en los textos icónicos de la tradición marxiana, no tienen empacho en utilizar herramientas del individualismo metodológico, de la economía neoclásica, de la teoría de los juegos estratégicos y sobre todo el modelo de la *rational choice*.[20] Pero el cambio es exclusivamente metodológico, ya que la empresa que emprenden consiste en dotar de "microfundamentos" de nuevo tipo a las hipótesis más clásicas de la tradición marxista: las clases dependen absolutamente de distribuciones de bienes, pero la determinación objetiva, en lugar de provenir de nebulosos procesos o efectos "estructurales" derivaciones de regularidades presociales (la ley del valor o de la utilidad marginal), proviene de los juegos de coerciones inevitables que se entablan entre los grupos con distribuciones desiguales de esos bienes. Son los patrones de intercambios forzados entre los grupos que poseen desigualmente determinados tipos de bienes estratégicos los que generan los enclasamientos y las relaciones de antagonismo de clases. De esta forma la ortodoxia de las tesis marxistas se mantiene incólume pero sobre otros fundamentos y se rechazan los criterios pluralizadores y culturalistas.

En estos planteos el problema de la "coerción estructural" sobre el individuo se sostiene abandonando los groseros esquemas biologicistas, las teleologías hegelianas e, incluso, también desechando los sustentados en la lógica totalizante de la acumulación capitalista, sin renunciar a tomar las relaciones de explotación como punto de partida y considerando al individuo con capacidad de elección como elemento fundamental.

Las estructuras de clases son analizadas como sistemas de coerciones estratégicas donde las distribuciones de partida de determinados bienes

20. Estas vertientes intentan reformular las tesis más importantes del marxismo en el marco de las tradiciones pragmatistas del pensamiento anglosajón.

ejercen constricciones decisivas sobre los agentes en tanto "tiranía de las reglas no escritas" (van Parijs, 1995: 194). Las clases son vistas como productos de relaciones de explotación que coercionan a conjuntos de individuos sometiéndolos a tipos específicos compartidos de "juegos estratégico" (de Francisco, 1995: 9).

Fue John Roemer (1989) quien introdujo una metodología formalmente depurada para modelizar relaciones de explotación como apropiación asimétrica de recursos y esfuerzo en secuencias de interacciones estratégicas guiadas por expectativas racionales. Según cuáles fueran estos recursos, Roemer construyó sus modelos según las "reglas de retirada", es decir, qué pasa si las partes deciden retirarse del juego y qué pasa si la distribución del bien en cuestión fuera igualitaria. La naturaleza del bien en cuestión tiene implicancias estratégicas y eso es lo que permite diferenciar las explotaciones capitalistas de las feudales o esclavistas. Mientras los primeros monopolizan bienes de producción y dejan libre a la fuerza de trabajo, los segundos sujetan la fuerza de trabajo servil atada a la gleba, y dejan libres los medios de producción (es un supuesto del modelo). Los resultados de estas originales teorizaciones asistidas con herramientas lógico-matemáticas son sugestivos: las distribuciones de partida de los bienes de producción pueden generar intercambios con resultados desigualantes aun cuando no haya dominio explotador sobre la fuerza de trabajo, es decir hay mecanismos explotadores puramente mercantiles de apropiación del esfuerzo de otros, sin necesidad de sujeción efectiva del trabajo a la soberanía del capital. La dominación del capital sobre el trabajo no es condición necesaria de explotación. Incluso, con otro modelo, Roemer también demuestra tendencias a la explotación en la distribución desigual no de bienes de producción sino sencillamente del "crédito". Mientras las formas de explotación feudal o esclavista requieren una dominación sobre la fuerza de trabajo para extraer excedentes, la forma mercantil capitalista no la hace imprescindible: puede haber explotación de no asalariados, puede haber explotación entre asalariados,[21] etcétera.

Más allá de las conclusiones heréticas para la ortodoxia doctrinal del marxismo sobre la teoría de la explotación, la pregunta que debe hacer todo análisis clasista es, desde este abordaje teórico, no cómo se comportan los agentes sociales, sino a qué tipos de juegos de coerciones están expuestos de acuerdo con las distribuciones de bienes vigentes y qué estrategias tienen a su disposición para preservar sus intereses (Carabaña y de Francisco, 1995: 164). Otra forma es preguntar qué tipo de bien mal distribuido "obliga" racionalmente a entrar en juegos cuyos resultados son distribuciones

21. Esto pone en problemas a todos los que subsumen la problemática de clases en la relación trabajo-capital y a ésta en el principio de subsunción del trabajo al capital. Al respecto véanse, por ejemplo, los planteos de Piva (2008).

asimétricas de frutos del trabajo (van Parijs, 1995: 192). No se trata ya de estudiar lo que los individuos o agentes "hacen" con los recursos distribuidos que les tocan en suerte, sino lo que están "obligados" a hacer estratégicamente dado el patrón de distribución.[22]

Estos planteos reflotan uno de los aspectos más cuestionados de las formulaciones de los padres fundadores: la existencia de intereses "objetivos" de las clases. En efecto, el supuesto de un agente racional maximizador que juega estratégicamente en una relación de explotación permite "atribuir" intereses más allá de las preferencias subjetivas concretas de los actores. La noción de interés es central en esta teoría ya que sobre ella pivotea la estrategia e introduce la necesidad de la lucha y la acción colectiva clasista: un agente maximizador debe identificar los oponentes, y formarse una orientación o preferencias acerca de cómo organizar la sociedad en función de esos intereses.[23]

Entre aquellos que han innovado más en términos teóricos y avanzado considerablemente en los puntos de vista relacionales, incluso retomando el pluralismo de la determinación clasista y la focalización en los tópicos extraeconómicos de la educación y la cultura, está Pierre Bourdieu.

Sería imposible sintetizar los aportes que trajo con su idea de campo y espacio social, donde las clases dejan de ser grupos o colectivos y son procesos de enclasamientos, desclasamientos, de tomas de posición y emplazamientos en múltiples dimensiones.

> Las clases sociales no existen [...] lo que existe es un espacio social, un espacio de diferencias en el que las clases existen no como algo dado sino como algo *a hacerse.* Esto quiere decir que el mundo social, con sus divisiones, es algo que los agentes sociales tienen que hacer, que construir individualmente y, sobre todo, colectivamente, en la cooperación y el conflicto [...] hay que añadir que esas construcciones no se operan en el vacío social como parecen creer ciertos etnometodólogos: la posición ocupada en el espacio social, es decir en la estructura de la distribución de los diferentes tipos de capital, que son también armas,

22. Otra forma de aplicar los principios metodológicos del marxismo analítico ha sido el formidable análisis de los posicionamientos y las estrategias de la socialdemocracia europea llevado a cabo por Adam Przeworsky (1988).

23. Esta idea es controvertida. John Goldthorpe (1995: 253), siguiendo la tradición weberiana, dirá que los intereses no pueden ser imputados sino estudiados "como surgiendo en los procesos de formación de clases y a través de sentidos subjetivos". Bourdieu (1991c) tiene una noción distinta de estrategia. No se trata de un sujeto "universal" maximizador-calculador que permite acceder al conjunto de opciones que se le presentan y se comporta de manera instrumental, sino de un sujeto "con sentido práctico" que plantea sus acciones y evaluaciones desde *habitus* internalizados. El concepto de *habitus* coloca la "estructura" dentro mismo del sujeto como sistema de disposiciones que ordenan sus prácticas.

dirige las representaciones de ese espacio y las tomas de posición para conservarlo o transformarlo. (Bourdieu, 2003: 38)

Bourdieu se interna en la cuestión de las prácticas (especialmente las relativas a la educación, la cultura y el "gusto") no para analizarlas en su correspondencia con posiciones o posesiones económicas, sino como formas de enclasamiento y desclasamiento a través de las cuales los agentes logran tomar posiciones o las pierden. La teoría de los tipos, las especies y subespecies de capital (económico, social, cultural y simbólico) y el estudio de las clases según volumen (cantidades de capital), estructura (composición, perfiles dominantes de distintos tipos de capital) e historia (trayectorias según procesos de competencia, conflicto y cooperación dentro de cada campo), sumado al enorme continente analítico abierto por los estudios sobre los procesos de conversión y reconversión entre tipos de capitales y sus subespecies, proporcionan un utillaje conceptual que implica un salto cualitativo en el estudio relacional de las clases sociales. En este dispositivo conceptual "el hacer" (las prácticas) termina perdiendo las ataduras "estructurales" al "tener" pero sigue condenado a reproducir relaciones sociales a través del crucial concepto de *habitus*, por el cual los agentes tienen incorporados o internalizados sistemas de disposiciones inculcadas ("estructuras mentales estructurantes") que les permiten orientar su hacer, sus prácticas en los campos, de forma tal de reforzar las relaciones de fuerza que dieron origen a esas "estructuras mentales".

Bourdieu rechaza todos los planteos clásicos y posclásicos que rehabilitan la noción de coerción estructural (especialmente los neoweberianos que cosifican el mercado o los juegos estratégicos que tanto gustan a los marxistas analíticos) y trabajan bajo la hipótesis neoutilitarista del agente calculador racional construyendo sus conceptos a través del individualismo metodológico. Los agentes llegan al campo y se debaten en el espacio social munidos de una historia y de una dotación de *habitus*, entre los cuales puede estar el de la maximización de ventajas, tanto como el del goce estético o la satisfacción moral.

Michael Savage retomando a Bourdieu y sosteniendo un concepto multidimensional de explotación que excede al trabajo y la economía, intenta analizar la formación de clases como "propiedades causales generadas por distintas formas de explotación". La propiedad, el poder burocrático y la cultura son los factores causales fundamentales originados en distintas formas de relaciones de explotación (apropiación de excedente, "deleting the labour",[24] monopolización de credenciales o saberes) "que no generan siempre necesariamente colectivos enfrentados sino sólo definen poderes causales

24. Forma específica de explotación burocrática por la que el "superior" capitaliza para sí y aprovecha los méritos o aciertos de los subordinados pero invisibilizándolos.

potenciales que se realizan efectivamente en «condiciones contingentes de emergencia» [...] entre las que hay que tomar en cuenta: el Estado y las relaciones de género" (Savage *et al.*, 1995: 6).

El análisis clasista estudia las propiedades de poder causal derivadas de las formas de explotación y las condiciones en que transcurren. Aunque Savage es dubitativo respecto de esto, el concepto de "poder causal de clase" se independiza del mercado y de criterios exógenos: los cambios en las circunstancias contingentes podrían modificar las posibilidades de aplicación de los distintos poderes causales.[25]

Un aspecto importante de estos planteos es que el poder causal tiende a orientarse hacia el control de las condiciones contingentes y la pugna por las reglas de distribución y de valorización de los distintos tipos de capitales.[26] Esta capacidad de luchar sobre las reglas de valorización de distintos poderes de clase parte de lo que Bourdieu llamaba el "capital simbólico", es decir la capacidad de generar, imponer y distribuir significados que indican las jerarquías de valor de los distintos capitales y sus especies y subespecies. O sea, los agentes en tanto pertenecientes a clases no sólo luchan por los recursos o capitales sino que lo hacen por legitimar o imponer las reglas de valorización de los mismos. El papel de intelectuales, científicos, formadores de opinión, "intermediarios culturales", en este sentido cobra una importancia inusual. La lucha por el control de la distribución de significados se convierte también en un terreno estratégico para las prácticas de clase.

Del lado de la tradición weberiana también se notan cambios y se reintroducen los elementos agonales y "perspectiva de poder" en los esquemas de estratificación, lo que facilita una convergencia con las tradiciones marxistas. Hay que partir de señalar los conocidos aportes de Ralf Dahrendorf (1979) sobre el fenómeno de la separación de propiedad y gestión, el papel de la dominación burocrática en la gran industria de posguerra, y los cambios en las relaciones de conflicto y negociación entre clases.

Más tarde resultaron fundamentales los aportes de Frank Parkin (1984) con su teoría del cierre social: los grupos beneficiados por la valorización de determinado recurso buscan estratégica y activamente restringir el acceso al mismo mediante prácticas de "cierre social" que muchas veces no tienen nada que ver con la acción económica en sí misma sino con la raza, el idioma, la religión, el sexo, la educación, etc. De esta manera la acción colectiva busca permanentemente generar, congelar o monopolizar ventajas

25. Ejemplos típicos se señalan en la caída de los socialismos reales donde el poder burocrático y de calificaciones se reconvierte en poder de la propiedad productiva.

26. Años más tarde, recostándose sobre Bourdieu, se comenzó a impulsar un "giro" del análisis de clase desde lo macro a lo micro, y desde las formas de explotación a las formas de aplicación individual de "capital, assests and resources" (por lo que comenzó a llamarse enfoque CAR) (Savage, Warde y Devine, 2005).

diferencias, por un lado, o "usurpar" esas ventajas y derribar las barreras que establecen esas diferencias, por el otro.

El procedimiento de cierre y los intentos de usurpación implican capacidades de organización, de justificación y habilidades políticas para alcanzar las garantías y protecciones legales, consenso, habilidad táctica para presionar y negociar, conseguir la aceptación de terceros, de la opinión pública, etc. Parkin es quien mejor se percató de las falencias del enfoque weberiano en términos de capacidad de lectura del conflicto social y su teoría del cierre social –justamente una acción contra el mercado que busca consolidar la apropiación de oportunidades monopólicas merced a barreras y exclusiones "legítimas"– plantea la posibilidad de un retorno de la problemática del conflicto. Parkin se da cuenta de que la formación de clases no tiene que ver mucho con las condiciones de valorización de bienes sino con la capacidad de excluir, por un lado, y las capacidades de superar esas exclusiones, por otro, y que esas capacidades nos remiten a la organización colectiva, la capacidad de lucha, la intervención del Estado y la vida política y cultural.

El conflicto de clases es centralmente la lucha por controlar o acceder a aquellas instituciones que gobiernan la distribución de ventajas simbólicas y materiales. Es notable el avance que proporciona su enfoque al darse cuenta de que la "solidaridad" movilizada y "la capacidad de perturbar el orden" volcadas en la acción colectiva son recursos extramercantiles pero que pueden lograr muy eficazmente ventajas o accesos y mejoras para los sectores excluidos, incluso más efectivamente que los recursos valorizados por el mercado (el aumento de las certificaciones educativas, por ejemplo). En este sentido, acciones extraeconómicas tienen resultados económicos directos demostrando la falta de autonomía absoluta del mercado respecto del conflicto social.

En los últimos años, además de las corrientes inclinadas a bajarle el perfil al análisis clasista, reducir su "alcance legítimo" y orientarse de manera creciente a las cuestiones culturales y simbólicas (Lee y Turner, 1996), están aquellos que se esfuerzan en elaborar una conceptualización que abandona la teoría de las clases, el "post-class analysis" (Pakulsky, 2007), abogando por una teoría de la desigualdad compleja apropiada para "la condición posmoderna".

En cambio, los que siguen sosteniendo su centralidad e importancia, lo hacen mediante una radicalización de las posturas relacionales y agonísticas furiosamente antiweberianas. Por ejemplo, Stanley Aronowitz (2003) lleva al extremo el razonamiento de que la clase es puro proceso sin localización. Aboga por la disolución de toda dimensión "espacial" de la clase y con ello rechaza toda forma de "cartografía" o de distribuciones de lugares y recursos que crean la ilusión de "emplazamientos atemporales". En la constitución de las clases el espacio sería una función del tiempo y no al

revés: las estructuras son leídas como frutos de la lucha de clases, las clases son propiamente procesos y por tanto se consuma la promesa de las teorías posclásicas en tanto que las clases quedan subsumidas en la acción colectiva, las estrategias, reconversiones e intervenciones políticas. Los movimientos sociales y sus actividades deben tomarse como modalidades de la lucha de clases y de la formación de clases poniendo nuevas cuestiones concernientes a la orientación institucional y cotidiana de la vida. Siguiendo a Stuart Hall, afirma que "los movimientos sociales son la modalidad en la cual las políticas de clase son puestas en acto". Algo semejante puede encontrarse desde fuentes teóricas distintas en Sergio Tischler (2004), para quien la forma clase no puede separarse de la de movimiento.

En la misma tónica de exaltada defensa del concepto de clase debemos mencionar al llamado "marxismo abierto", una vertiente impulsada por marxistas latinoamericanos y europeos contemporáneos. Pivoteando sobre la crítica del fetichismo, es el que lleva más lejos las promesas de los enfoques posclásicos: la misma categoría de clase debe ser vista como forma fetichizada a la que hay que abrir para "descubrir las luchas sociales que oculta". En este registro fuertemente teñido de improntas filosóficas se plantea "clase como un polo del antagonismo social, como lucha, y no sociológicamente como grupo de personas... [entendiendo] clase como un proceso autoantagónico" (Holloway *et al.*, 2004: 12).

Este enfoque reintroduce una cuestión clásica que el marxismo siempre ha mostrado destreza para tratar: la construcción social de la "objetividad" de las fuerzas que imponen relaciones, agrupamientos y clasificaciones a los sujetos, es decir, la "fetichización".[27] El proyecto de "desfetichizar" la misma noción de clase es elocuente: "La lucha de clases [...] atraviesa todo, incluyendo al concepto mismo de clase". Asimismo la formulación del marxismo abierto rescata el lado activo de la noción de clase: "La noción de clase nos interpela como hacedores, como sujetos activos [...] señala nuestra capacidad de cambiar el mundo" (Holloway *et al.*, 2004: 15). Sólo una perspectiva de clase, en tanto que relación social de antagonismo, obliga a interrogarnos en relación con la posición que tenemos frente al orden social.

LAS CLASES MEDIAS EN EL CAPITALISMO AVANZADO: LA NUEVA VEDETTE DEL TEATRO POSCLÁSICO

Los cambios en la estructura de clases de los capitalismos avanzados han absorbido gran parte de la atención de los debates posclásicos. Con diversos contrastes y terminologías, el punto de vista sobre la sociedad

27. La clase es "lucha contra el ser clasificados" (Holloway *et al.*, 2004: 79) y por tanto las clases son formas de lucha contra sí mismas, formas de autoanulación del ser clasificados. Toda acción (movilidad o lucha) es simultáneamente un clasisticidio: los sujetos buscan superar el sometimiento enclasador.

emergente del gran capitalismo de posguerra (posindustrialismo, sociedad del conocimiento, etc.) fija la atención en el desplazamiento de la producción a los servicios sociales y personales, de la valorización del trabajo manual productivo directo a la valorización del trabajo inmaterial indirecto, de las calificaciones y el conocimiento. Con ello el peso y la gravitación política y simbólica se traslada a las ocupaciones vinculadas a los servicios y a las actividades como la cultura, la comunicación, la ciencia y el entretenimiento.

La combinación de saber experto y autonomía, mando y jerarquía, ha concitado diversas esperanzas acerca de la cuestión del poder en la sociedad contemporánea. La emergencia de un nuevo actor con múltiples denominaciones como "tecnoestructura" (Bell), "nueva pequeña burguesía" (Wright), "nueva clase" (Gouldner) y, sobre todo, "clase de servicios" (Goldthorpe) ofrece una serie de elementos relevantes para la discusión de la relación entre clases y movilización social.

En torno a las nuevas clases medias se han planteado básicamente dos ejes de discusión que enfrentan posiciones distintas: el grado de homogeneidad o heterogeneidad interna (y las fronteras que eventualmente las separan) y si sus orientaciones políticas y culturales responden o no a posiciones materiales o intereses estructurales. Es decir, los dos grandes temas teóricos a los que apuntan las teorías de la nueva clase son en qué medida hay cohesión en las posiciones ocupacionales posindustrialistas, de la sociedad de servicios, la tecnoestructura, etc., y en qué medida las características de las ocupaciones son la base de definición de intereses, posiciones políticas o intervenciones colectivas.

Por un lado está el tradicional supuesto de la congruencia entre ambos ítems: hay cohesión en posiciones políticas y las posiciones políticas responden a intereses posicionales, en línea con una "conciencia de clase" adecuada a las posiciones que detentan, como podrían ser las teorías posindustrialistas deAlvin Gouldner o Daniel Bell que tienen esperanzas en un desplazamiento del protagonismo de las clases obreras a favor de estas clases medias que combinan conocimiento y poder, abriendo la posibilidad del advenimiento de la hegemonía política de una "nueva clase" que finalmente se expresaría en la lucha por el poder.

Sin embargo, este enfoque se opone a otros menos audaces y menos apegados a los razonamientos de los paradigmas "clásicos". Ya Wright Mills (1961) en su formidable estudio sobre la clase media estadounidense había detectado cierta mentalidad política común de las clases medias pero justamente en términos de desafección y desinterés, reticencia a la colectivización y a la lucha, apatía que él relaciona con aspectos culturales y no con intereses ocupacionales o económicos. La posicionalidad no es fuente de formación de intereses. Muchos años después, Anthony Giddens y David Held (1982) o Ronald Inglehart (1991) ven lo contrario de la apatía

señalada por Mills, y le atribuyen reivindicaciones universalistas o "pos-materialistas" y fuerte compromiso en varios temas, pero sus contenidos o tomas de posición están desenganchados de los intereses materiales y de la naturaleza de las ocupaciones que desempeñan, limitándose a señalar los efectos del "exceso de bienestar", "más tiempo libre", "más acceso a la información", etcétera.

Wright (1995a, 1997) no ve uniformidad posicional y puede determinar tres tipos de clases medias con perfiles y orientaciones ideológico-políticas sumamente dispares: los managers (combinan autoridad con fuerza de trabajo asalariada), los empleados (combinan educación con fuerza de trabajo asalariada) y los técnicos semiautónomos y expertos (combinan educación con independencia). Las posiciones ambiguas y fragmentadas derivadas de la introducción de criterios pluralistas en la determinación de clases –tributo a una notoria influencia neoweberiana– hacen que el alineamiento de las nuevas clases medias frente al *statu quo* sea más dependiente de la lucha de clases y de la formación de clases.

Si los teóricos de la nueva clase asociaban las profesiones vinculadas al conocimiento y la cultura con posiciones liberales y favorables al cambio social y al cuestionamiento del conservatismo de las elites (Gerteis, 1998), Bourdieu (1991a) complejiza el enfoque al introducir el balance entre capital económico y capital cultural[28] como factor decisivo para explicar sesgos ideológicos o políticos: "trabajadores de la cultura, el arte y los servicios sociales" versus "managers, ejecutivos e ingenieros" es el contrapunto que inspira este esquema. Dos elites de la clase media compiten entre sí por hacer prevalecer su específico tipo de ventaja: la educativa y cultural o la económica y burocrática, reflejándose en posiciones políticas opuestas. Los cambios en la relación entre campo escolar y campo económico explican fenómenos como la sobreproducción de diplomados, la devaluación de títulos y posiciones universitarias, el aumento de posiciones subalternas, etc. Lo mismo ocurre con la valorización del capital educativo sólo mercantilizable en el interior de la gran corporación. La gestión del conocimiento está fuertemente burocratizada y codificada en segmentos privilegiados del mercado laboral, lo que deja libre y desmercantilizado buena parte de las calificaciones y el capital cultural excedente que busca convertirse en capital político y simbólico a partir de la acción y la organización colectiva.[29]

Los ingleses David Lockwood (1962) y luego John Goldthorpe (1995),

28. Tampoco esto sería estrictamente propio del capitalismo avanzado. Jürgen Kocka (1995) muestra cómo en Alemania la fuerte separación entre "clase media económica" y "clase media educada" viene de muy lejos.

29. Este aspecto de los planteos de Bourdieu es muy relevante para los casos de la movilización de las clases medias educadas a partir de la crisis en la Argentina.

bajo cierta inspiración tanto marxista[30] como neoweberiana, enriquecen la discusión de los factores estructurales introduciendo, al lado de la posición respecto de la propiedad de los medios de producción, la cuestión de la "situación de trabajo", los tópicos diferenciadores por tipo de contrato, seguridades, estabilidades, aspiraciones de ascenso, carrera, lealtad, confianza, etc. La especificidad de la relación laboral y funcional de la clase media los ha llevado a desarrollar la noción de "clase de servicios" asociada tanto a cambios en la estructura tecnoeconómica, como basada en la existencia de una "relación de servicio" donde prima la delegación de autoridad, aplicación de conocimientos y autonomía técnica. Las evidencias empíricas y estadísticas laboriosamente recogidas por el grupo de Nuffield comandado por Goldthorpe, y las discusiones posteriores, dieron lugar a una caracterización de "la clase de servicios" que dispondría de potencial identidad social, cultural y política.[31] Incluso algunos han encontrado en esta clase las bases de apoyo para los movimientos feministas, ecologistas y pacifistas. Más adelante Scott Lash y John Urry (1998) intentan demostrar cómo las hipertrofiadas clases de servicios surgen de las necesidades del capitalismo organizado de la posguerra pero se convierten en impulsoras y conductoras del "capitalismo desorganizado" contemporáneo, encontrándole un sorprendente papel histórico en la etapa del capitalismo "informacional" global de "acumulación reflexiva", flexibilidad productiva, circulación, caducidades aceleradas, individualismo y vaciamiento posmoderno de sentido.

Esta adscripción de clase, llámese "clase de servicio" o "nueva clase", ha sido vista como "el semillero" de la movilización social y fuente potencial de agentividad política y cultural, asociada a la participación y al apoyo de los nuevos movimientos sociales antiautoritarios del Primer Mundo, intentando establecer correspondencias entre las demandas o reivindicaciones de los

30. Los antecedentes de la consideración de la especificidad de la clase media, de su particularidad funcional y consistencia interna, hay que buscarlos en las discusiones políticas del Partido Socialdemócrata Alemán: una postura marxista militante planteaba la simple expansión de la definición del proletariado hasta abarcar a todos los asalariados manteniendo la hipótesis de la polarización y la disolución de la pequeña propiedad; la otra postura, encarnada por el socialismo académico, deslindaba estos grupos "intermedios" de asalariados no manuales, cuyo crecimiento compensaba la caída de la pequeña burguesía tradicional, y a los que se les asignaban intereses distintos de las grandes clases y una función moderadora y estabilizadora. El ascenso del nazismo motivó un nuevo impulso al análisis del papel de las clases medias. Theodor Geiger publica su artículo canónico sobre el "pánico" de estos sectores frente a la gran corporación de un lado y frente a la movilización sindical obrera por otro, agudizándose el miedo a la pérdida del estatus que los separaba de los obreros y los llevaba al rechazo del discurso contraproducente de lucha de clases haciéndolos receptivos al discurso nazi. Es evidente la filiación de las teorías de la nueva clase con aquellos planteos.

31. Maristella Svampa e Inés González Bombal (2000) introducen el concepto para analizar algunos fenómenos propios de los cambios producidos en las capas medias por las políticas neoliberales en la Argentina.

movilizados, sus perfiles sociodemográficos, con definiciones de intereses posiciones estructurales, funciones económicas y espacios sociales compartidos. El clásico trabajo de Claus Offe (1988) sobre los nuevos movimientos sociales de las décadas del 70 y 80 analiza las implicancias políticas de las nuevas formas de movilización contestataria y sus nexos con las pertenencias de clase donde descuellan las posicionalidades de "nuevas clases medias" y "clases medias desmercantilizadas".

Por último, no todo es tan esperanzador, la evolución de la estructura de clases en los años 90 fue señalando tempranamente algunas contratendencias de las teorías posindustrialistas. Gøsta Esping-Andersen (1993) explica con claridad meridiana un proceso que para muchos economistas está en la base de la crisis estructural actual por la que está pasando actualmente la economía comunitaria en Europa. La pérdida notoria de competitividad respecto de otros bloques económicos, especialmente el asiático, parece relacionarse entre otras cosas con la productividad más baja en el sector que más se expande (justamente los servicios). La llamada "enfermedad del costo" es la pérdida de competitividad productiva por el lastre de servicios improductivos caros que presionan a la proletarización (precarización, baja salarial) de los empleos ocupados por la clase media con altos niveles educativos. La caída de los retornos esperados por acreditación educativa va demostrando rápidamente límites o tendencias contractivas hacia los segmentos intermedios de la estructura de clases. De modo que tampoco quedaría claro si las nuevas clases medias de servicios tienden a converger o divergir de la clase obrera industrial y de las oportunidades de ascenso social y mejora en el bienestar.

INSUFICIENCIAS DE LOS ENFOQUES POSCLÁSICOS Y RÉMORAS WEBERIANO-MARXIANAS

Los enfoques posclásicos tienen el enorme mérito de haber trabajado sobre el carácter aporético del concepto "clase" dejando de lado la problemática de las estructuras e instalando las acciones de clases como modos de intervenciones en su propia formación. Deducir las clases de la propiedad es engañoso; son éstas con sus acciones las que establecen el poder de mercado de la propiedad, calificaciones, etc., sus distribuciones y límites. No hay un sistema de reglas o procesos económicos que se conviertan en sistemas de diferencias y agrupamientos. Los enfoques posclásicos superan estas limitaciones merced a su mayor sensibilidad a las interacciones y mediaciones entre estructura y acción, y al reconocimiento de que las acciones tienen un rango amplio de incidencia sobre las mismas estructuras.

Sin embargo, de un modo general, advertimos que el sesgo específico de los enfoques clásicos, su punto ciego, es la débil incorporación o la subteorización de la lucha y el antagonismo como formación de clase. Así, las

especificidades, las diversidades y las modalidades de la acción colectiva contenciosa tienen dificultades a la hora de ser "enclasadas".

Podemos agrupar los distintos enfoques de acuerdo con cómo se manifiestan estos sesgos.

En un primer grupo podemos incluir las heterodoxias que no terminan de romper con los supuestos marxistas clásicos.

El principal defecto de las formulaciones rupturistas de Poulantzas es que se limitaron estrictamente al campo teórico y a las ejemplificaciones con casos históricos pero cuando tuvo que analizar problemas concretos de estructuras de clases (al igual que otros innovadores como André Gorz y Guglielmo Carchedi) recayó penosamente en la discusión de los mejores criterios de "agrupación" y "diferenciación" como explicativos. La centralidad del principio de determinación en última instancia, y la búsqueda del tesoro teórico de los "antagonismos fundamentales", termina en la ridícula discusión acerca del trabajo "verdaderamente productivo"[32] y su relación con la identidad y los posicionamientos políticos de la clase obrera, si incluyen o no segmentos de clases medias o cuál es la articulación posible con ellas. Todo esto lleva a regresiones materialistas burdas como la diferenciación de trabajo manual e intelectual con la que Poulantzas (1987) separa clase obrera y nueva pequeña burguesía, o al objetivismo de fijar el "valor-trabajo" (el trabajo productor de valor) como criterio político revolucionario.

Por otra parte, Poulantzas sigue con la preocupación típicamente estructuralista de la reproducción ampliada de las clases sociales que están compelidas a reproducir los lugares propios de una estructura, además de la de los agentes que ocuparán esos lugares.

Muchos marxistas heterodoxos intentan escapar del weberismo al adosar dimensiones analíticas nuevas, pero no lo logran. El mismo Wright (1995a), aún muy influenciado por Roemer, terminó por multidimensionalizar los criterios de diferenciación de clase, al recaracterizar la estructura de clases de manera estática adicionando criterios de separación entre clases: a la explotación de la fuerza de trabajo y de los bienes de producción agrega en combinatorias diversas nuevos tipos específicos de explotación como la "renta de calificación" (educación), la "renta de lealtad" (autoridad burocrática) a la manera de los neoweberianos, haciendo total abstracción de la lucha de clases.

Las heterodoxias dentro del campo neoweberiano también merecen ser

32. En algunos de estos análisis siempre se roza la petición de principio: el criterio del "trabajo productivo" es que produce plusvalor y sólo hay plusvalía si hay trabajo productivo, etc. (véase el excelente trabajo de Martin Nicolaus, 1972). Por otra parte, en Pulantzas hay notables hallazgos y observaciones sobre el "secreto del saber" y la aplicación de la delegación de autoridad entre las capas de la nueva pequeña burguesía que lamentablemente no están bien integradas a la teoría.

analizadas con atención. Goldthorpe, más allá de la teoría de la clase de servicios, realiza importantes descubrimientos sobre la movilidad social entre clases, la famosa “zona de amortiguación”, etc. Pero sus teorizaciones remiten a un pluralismo estratificador sin mayores réditos que los descriptivos.

En cambio, Parkin merece un examen mucho más detenido y cuidadoso. Con su teoría del cierre/usurpación ha sido quien ha logrado desprenderse más categóricamente de todo influjo o tentación estructuralista, y colocado la lucha y el conflicto en el centro de la idea de clase. En este sentido se ubica en el límite mismo de lo posclásico. Parkin desmitifica y desobjetiviza el concepto mismo de propiedad privada al plantearlo simplemente como un cierre social, no un dato inmediato y positivo sino una exclusión social e históricamente concreta donde concurren elementos de lucha política, jurídica, ideológica, cultural, militar, etc., y sobre todo eternamente condenada a una tensión permanente por parte de los excluidos que intentan sus estrategias de usurpación. Esta simple constatación de que la propiedad es simplemente una relación de fuerzas quita definitivamente toda carga o aura estructuralista a la determinación por las distribuciones de bienes clave. Pero lo curioso aquí es que, estrictamente, Parkin es en este punto tan antimarxista como antiweberiano: tampoco el mercado como asignador de valor tiene ninguna importancia para él. Su weberianismo viene de que utiliza con rigor un pequeño concepto de la sociología económica y de los estamentos (cierre social) que aparece en la obra weberiana y reconstruye con ella desde sus mismas bases el concepto de clase. El enorme mérito de Parkin se maximiza si tenemos en cuenta que en vez de las suaves maneras weberianas pluridimensionalistas homogeneizantes introduce crudamente el conflicto y la lucha.

No deja de ser paradójico que mientras los heterodoxos en el marxismo peleaban denodadamente contra las tiranías de los principios objetivistas y las inercias estructuralistas, a las que seguían rindiendo secreto culto, era en el campo del weberismo donde el antagonismo, la lucha y el conflicto pasarían al primer plano de la conceptualización teórica. En este sentido podríamos decir que mientras el marxismo posestructuralista trata de romper con lo peor del paradigma, Parkin logra recuperar lo mejor del weberismo que estaba en los márgenes de sus trabajos y sienta las bases para una teoría de las clases dinámica y definitivamente libre de los lastres positivistas y objetivistas.

Más allá de las críticas que se le han hecho por la posibilidad de fragmentación y de anarquía de luchas que podía terminar haciendo inútil la teoría para entender procesos sociales de escalas más vastas, es posible detectar debilidades o vacíos que sólo pueden verse a partir de los nuevos procesos de lucha y movilización. Un primer defecto teórico es que explica

muy bien la acción clasista de cierre defensiva pero no hay mayores pistas sobre cómo sería un cierre social "ofensivo". Es decir, la teoría es penetrante para entender cuando un grupo ejerce un poder enclasador sobre otro excluyéndolo de algo, lo que significa que se quita un poder de disposición previamente existente. Pero no es tan fácil replicar la misma lógica cuando la exclusión no se realiza sobre tal disposición previamente existente, es decir, se hace sobre "nuevos" bienes o disposiciones. El monopolio tecnológico, estético, científico, cultural, simbólico, se asienta sobre esta cuestión. Las luchas de usurpación sobre estos bienes (patentes, inclusión simbólica, derecho a la información y a la comunicación, etc.) ¿están de por sí bajo el control de quienes los crean? ¿Los que tienen el control sobre la creación de algunos tipos de bienes no tienen también el control del tipo de luchas de usurpación sobre los mismos?

Otra vacante teórica es que la dominación de clase tiende a quedar definida de manera exclusivamente negativa: por la capacidad de excluir, pero ¿no hay dominación en determinados tipos de inclusión? ¿Será posible pensar los procesos de enclasamiento no sólo por la sustracción sino también por la adición? Los incentivos, las recompensas, las ventajas, los premios, no funcionan también como diferenciadores sociales. ¿No hay dominación clasista en la apertura social? Los fenómenos de concesiones de derechos no reclamados ¿no tienen significados clasistas?

Entre los marxismos decididamente rupturistas hay que comenzar por el marxismo analítico que recupera la centralidad de la explotación y el antagonismo pero lo hacen de manera especulativa, a través de modelos abstractos. Convierte la relacionalidad absoluta en un axioma formal del concepto de clase inexpugnable a todo weberismo, culturalismo o pluralismo, y preserva como nadie el carácter antagónico que da pie a la introducción de la lucha.

Pero la misma rigurosa metodología que produce límpidos efectos de consistencia teórica introduce enormes problemas y distorsiones a la hora de integrar conceptualmente la acción colectiva y la lucha.

La primera de las limitaciones de este planteo son las derivaciones del supuesto de racionalidad combinado con el de la existencia de estructuras o procesos que preexisten a los intercambios de bienes (las distribuciones de partida) que son los que forman las clases a través de los imperativos estratégicos del juego que se entabla. La descontextualización y la deshistorización por completo del análisis reducen al sujeto a capacidad de cálculo. En consecuencia, el sometimiento final a las distribuciones de partida es muy bueno para explicar por qué se reproducen las clases pero muy malo para explicar los casos históricos en que no lo hacen, quedando solamente la hipótesis de perturbaciones exógenas.

Los juegos conceptuales simulados instalan inmediatamente el problema

de la génesis de las clases en el mundo del intercambio, el mercado, despolitizando y desocializando. Así, existe un supuesto empíricamente discutible de distribuciones fijas con criterios únicos que dan lugar a juegos coercitivos estratégicos bien definidos.

El "interés objetivo", como opciones de mejora o defensa de bienestar como producto de decisiones de trabajo/ocio/consumo, termina definiendo el antagonismo como "bienestar que no puede evitar hacerse a través de la reducción del bienestar de otros". La fraseología neoclásica y marginalista busca "naturalizar" la "objetividad" de los propósitos posibles en que se basan los juegos, pero esto no pasa de una notoria ingenuidad teórica.

Es evidente que la colectivización del interés de clase redefine intereses que guían la acción individual, en general en un sentido de cambio de prioridades. De lo contrario, por los mismos postulados de la teoría, reinaría el *free rider* y sería muy difícil que en algún momento individuos y colectivos salieran a la lucha. Lucha y colectivización pueden modificar intereses de manera ostensible y en contra del criterio de optimizar esfuerzo, bienestar, etcétera.

Esta notable concesión al naturalismo absurdo de la economía neoclásica, como si el bienestar fuera una medida objetiva, tiene relevancia política: mientras se considera que todos luchan por lo mismo (más bienestar y ocio y menos trabajo y esfuerzo), en realidad se oculta una lucha previa y estratégicamente más importante como fijar el contenido de cada una de esas palabras que, haciendo abstracción de las relaciones de clases, no significan nada.

Las clases dominantes deben tener por objetivos fundamentales fijar los parámetros simbólicos y prácticos (organizacionales, políticos, culturales) de esas palabras, por algo que Parkin entendió perfectamente: fijar estándares para los demás significa en acto que no hay estándares para ellos. Las industrias del entretenimiento, del consumo, de la realización personal, etc., muestran que el ocio, su control y la articulación con el trabajo y la subjetividad, forman parte plena de las relaciones de antagonismo. Inventar representaciones y prácticas de bienestar y ocio son fuentes de poder de clase enormes. Gran parte del ocio y el bienestar es representado justamente como un lograr diferenciarse de los demás, por lo que asume también un significado típicamente clasista. Las clases dominantes tienen interés en fijar esos estándares y naturalizarlos, y su estudio es mucho más importante que los "cálculos racionales" absurdos de balances de trabajo y ocio.

Finalmente, hay dificultades para explicar el cambio desde estrategias dentro del juego hacia posibles estrategias de lucha e interés en el cambio de juego. Este tipo de análisis hace descansar las decisiones de los actores en las matrices de pago del juego y la única explicación para entender el interés por abandonar el mismo es la caída en la opciones más costosas de

esas matrices de pagos, lo cual tiende a replicar las viejas y descascaradas hipótesis marxistas que conectaban pauperización con polarización y revolución.

Si en el marxismo analítico se conserva la relacionalidad y el antagonismo pero de manera solamente abstracta y condenada a seguir la gramática hueca del racionalismo utilitarista, en las teorías posclásicas más innovadoras que mezclan libremente influencias marxianas y weberianas aparecen otros problemas.

En Bourdieu y Savage la proliferación de dimensiones de análisis y mediaciones con los que se sale de la órbita gravitatoria de las estructuras, resuelve buena parte de las limitaciones clásicas pero da lugar a toda una larga serie de sociologías "constructivistas" que ofrecen otros problemas: las clases son conceptualmente fabricadas como actores que se van constituyendo a través de campos de inteligibilidad secuenciados (mercado de trabajo, comunidad, estilos de vida, cultura, ideología, política, etc.). Simplemente se produce una multiplicación refinada de efectos de enclasados/desclasados cuyo término final era la lucha, el conflicto y el cambio social. La misma lógica que se aplicaba al campo económico se replica en otros campos. El esquema clásico no estaba mal sino que pecaba de insuficiencia.[33] De manera algo ingenua no había un secreto sino muchos, y cuál era el más importante era una cuestión de gustos o de sesgo metodológico.

Estas sociologías constructivistas subordinan claramente las luchas de clases a los procesos de formación de clases y con ello tienden a menoscabar conceptual y temáticamente la cuestión del conflicto y la lucha. Bourdieu prácticamente nunca se detuvo en la dimensión histórica del espacio social ni analizó conflicto alguno. Lo mismo puede decirse de Savage aunque intenta compensarlo con la idea de "multiplicidad de antagonismos y explotaciones" ("deleting labour" de la burocracia, rentas monopólicas de credenciales educativas de los expertos profesionales, etcétera).

La relacionalidad posclásica en estas teorías tiende a desantagonizarse y a expresarse como "distancia" social multidimensionalizada entre formas de vida homogéneas. El constructivismo sin dudas espanta teóricamente la cuestión de la lucha y le cuesta ver su incidencia en la misma formación de clase y en los campos donde se produce.

33. La clase es genéticamente analizada como "desarrollo" partiendo de la estructura de clases, sigue un proceso de formación de clase, luego la conciencia de clase y por último la lucha de clases y el cambio social. Una expresión pobre de este pensamiento ecléctico y facilista, amén de esquemático, es Giddens (1981), quien simplemente se limita a superponer "factores estructurantes" (propiedad, control técnico, autoridad, demografía, conciencia, etc.) como si fuesen filtros cuyo residuo final serían las "verdaderas" clases en donde el marxismo más rígido se esconde detrás de un absurdo ropaje weberiano. La mayor profundidad y sutileza de Bourdieu, Poulantzas, Dahrendorf o Goldthorpe, no terminan de eximirlos de caer en esta misma serie posclásica.

En los enfoques posclásicos el momento ascendente aparece corporizado en las acciones mismas, repertorios, tradiciones, valores, identidades, es decir, lo que en los enfoques clásicos era conceptualizado como estructuras, campos de inteligibilidad con reglas propias, ahora es visto como la trama que se corporiza en las prácticas concretas. En el lenguaje de Bourdieu, las estructuras de los clásicos pasan a entenderse como estados incorporados, matrices inculcadas, *habitus*, *ethos*, etc. Las estructuras no se toman positivistamente como orden legaliforme objetivo sino como formas reguladoras internas de las prácticas concretas inculcadas en los agentes. Este tipo de planteos no hace imposible pero si más difícil la incorporación conceptual del conflicto y la lucha, ya que los agentes vienen en gran medida "troquelados" por los *habitus* impresos a partir de la violencia simbólica ejercida como inculcación y que reflejan las relaciones de fuerza y dominación que le dan origen.

Obsérvese que, como en los enfoques ascendentes de estirpe clásica marxista-weberiana, las sociologías constructivistas siguen viendo el momento "descendente" únicamente en "el quiebre de las estructuras", es decir, el cambio social, la revolución para unos, la modernización-burocratización para otros. Sólo en esas coyunturas la acción colectiva aparece como emergente y finalmente disruptiva sobre el espacio social.

La falta de articulación teórica del conflicto y la lucha se observa muy claramente en las teorías de la nueva clase y la clase de servicios que mezclan criterios multidimensionales con análisis estructural pero dejan considerables dudas. En casi todos los casos se parte de esclarecer la posición funcional, estructural, ocupacional, y luego se salta a buscar correspondencias con alineamientos políticos y preferencias culturales e ideológicas.[34] Se trata de una "decodificación" de los cambios en el plano de estructuras sobre los grupos y las prácticas donde no se observan indagaciones sobre el tipo de conflictividad y las acciones colectivas de estos sectores.

El punto de vista relacional posclásico, que arrastra residualmente los esquemas clásicos y los convierte en un constructivismo, termina siempre en el mismo atolladero: ver clases "nuevas", es decir colectivos potenciales, cuyo poder socioeconómico, su presencia e importancia a nivel estructural no tiene correspondencia con su protagonismo político o cultural. Es decir, hay siempre una potencia estructural no realizada política e históricamente.

34. Pero quizá la principal revolución en el universo de la clase media es en términos de capital simbólico: el valor del bienestar consumista sustituye al ahorro, al esfuerzo y al mérito, propios de la pequeña burguesía tradicional. No está de más recordar que muchos análisis olvidan que las orientaciones hedonistas tienden a reducir la capacidad de presión de la fuerza de trabajo a través de tres vías: el endeudamiento vía crédito del que pasa a depender su estándar de vida, la pérdida de dedicación a otras formas de capital (especialmente social y político) y la reducción de la propensión a la colectivización.

Siempre hay una clase que construir sobre pilares que supuestamente están ya puestos en las estructuras.[35] El viejo tema germaniano de la incongruencia entre peso social y económico y gravitación política vuelve una y otra vez con los debates sobre "la clase de servicios", "la nueva clase", "las nuevas clases medias", etcétera.

En conclusión, los enfoques posclásicos vistos o tienden a prescindir del antagonismo como dimensión constitutiva de las clases a favor de una multideterminación relacional secuencial (constructivismo), o se lo integra de manera solamente teórica y defectuosa como condiciones estáticas de partida a nivel de estructuras de clases modelizadas como juegos estratégicos. En definitiva, pesa de nuevo el desbalance hacia el concepto de "clase" y la postergación o diferimiento del de "lucha". Los conceptos clasistas siguen siendo descriptores de lucha, pero los de lucha no logran ser descriptores clasistas.

En esta subtematización de la movilidad y de la lucha es que vemos las limitaciones de Bourdieu que apela a conceptos "espaciales" que son buenos para describir ubicaciones, distribuciones, conversiones, movilidades y relaciones pero ofrecen dificultades para intentar explicar el antagonismo o lo reducen a una pura pugna distributiva por "capitales". En otro sentido podemos ver las limitaciones de Wright cuyos conceptos "stock" discretos permiten establecer antagonismos pero su carácter estático y fijo no tiene capacidad de captar la dinámica del conflicto y la lucha.

Finalmente la rehabilitación del concepto de clase del marxismo abierto tiene el gran mérito de sincerar su carácter aporético y paradójico y de no transigir con la centralidad del antagonismo, pero el intento de fundamentar la teoría en categorías estrictamente filosóficas y la ausencia de referencias históricas o casos empíricos la hace proclive a una fuga hacia una fenomenología del trabajo humano. La clase y el antagonismo quedan presos de la teoría marxista del trabajo alienado.

Las clases en la analítica de las teorías de la acción colectiva

El pleno establecimiento de la acción colectiva como campo disciplinar en las ciencias sociales fue un camino bastante largo, pero es útil repasarlo a los efectos de entender su nexo con la problemática de las clases. Como veremos la génesis teórica como objeto separado, la gestación y la delimi-

35. El furor posindustrialista hace olvidar que la sociedad de los signos y la cultura de los servicios inmateriales es también un negocio, por lo que es difícil establecer cuál es finalmente el papel dinámico de la nueva clase. Parte de los managers y expertos de la "nueva clase" son los que han impulsado la economía de la comunicación y los servicios, son ellos los que "venden" los valores que la clase media cultural toma como referencia.

tación de un campo disciplinar es un proceso que no puede aislarse de las luchas y las movilizaciones de las décadas del 60 y el 70, que inciden en el campo académico y van redireccionando las teorías.

No se trata tanto de presentar el desarrollo de las corrientes de análisis de la acción colectiva como objeto de estudio en sí mismo, sino de sus implicancias con la cuestión clasista. Es decir, nos proponemos recorrer el camino inverso al de la analítica de las clases, ¿cómo plantear/omitir la clase desde los desarrollos teóricos de la acción colectiva y los movimientos sociales?

Los orígenes: entre turbas y muchedumbres

Los trabajos precursores sobre estos temas se remontan a fines del siglo XIX con Hippolyte Taine, Gustave Le Bon y Gabriel Tarde a los que más tarde en la década de 1920 deberían agregarse William McDougall y Sigmund Freud.[36] El marco común característico de este período fundacional es la psicología transindividual que plantea las correspondencias "individuo = razón, realismo, normas" y "grupo = emoción, ilusión, distorsión, ira". Ernesto Laclau con razón denomina todo este período "la denigración de las masas" en tanto que se parte de asociar las acciones de masas, muchedumbres, multitudes, con el desquicio, la criminalidad, el desenfreno, la manipulación, el engaño, etc. Bajo los efectos de la Revolución Francesa, las insurrecciones proletarias de 1848 que rematan con la Comuna de París y las olas de movilización obreras de fines de siglo, estos pensadores no podían dejar de sentirse amenazados por fenómenos globalmente denunciados como "irracionales". No hace falta aclarar la total ausencia de la cuestión de clases, y la inscripción de toda la problemática en comportamiento normal versus comportamiento patológico. No obstante, hay que advertir que a través de todos estos trabajos circula una secreta concesión al poder que ostentan las "masas" desenfrenadas sobre la psique normal.

Las elucubraciones de Tarde sobre la imitación y los nexos interindividuales fueron hipertrofiados por la psicología social norteamericana que fue profundizando sus estudios sobre los "contagios", las manías e histerias colectivas, el rumor, la sugestión, las reacciones circulares, etc., como mecanismos grupales "universales" y por tanto, también, desclasantes. Estos mecanismos seguían colocando las acciones colectivas no previstas en el campo de lo irracional, lo patológico y lo peligroso.

En la inmediata posguerra la vívida experiencia del nazismo, el estalinismo y el fascismo agregó su cuota demonizadora que reforzaba la vigencia de los viejos planteos burdamente racionalistas. La Escuela de Frankfurt con

36. Véase el excelente y pormenorizado tratamiento de Laclau (2007: 37-88).

sus estudios sobre la "personalidad autoritaria" y las teorías de la sociedad de masas (Kornhauser, Riesman) veían que el avance de la modernización, la gran industria corporativa, las relaciones anónimas y despersonalizadoras, dejaban a los individuos carentes de pertenencias identitarias firmes y a merced de las manipulaciones de los medios de propaganda, de agitación, etc. Resonaban los grandes temas weberianos de la racionalización-burocratización y la dominación carismática.

Mientras las sociedades industriales estuvieron atravesadas por graves conflictos sociales y nacionales y no se lograban estabilizar mecanismos de integración social y estabilidad política, la tendencia a estudiar los fenómenos de movilización de masas urbanas como peligrosas e irracionales se mantuvo. Pero ya después de la Segunda Guerra, la generalización de los Estados benefactores, el reconocimiento sindical y la regulación más efectiva del conflicto laboral, junto con la expansión económica, permitieron abandonar los abordajes satanizadores y mostrar mayores ambiciones analíticas.

Los nuevos tipos de conflictos raciales de posguerra en Estados Unidos fueron la piedra de toque para el desplazamiento de los estudios del "comportamiento colectivo" desde la psicología de las actitudes y la psicología social hacia la sociología funcionalista o interaccionista. La movilización negra por la igualdad de derechos cívicos y políticos y contra la segregación en el Sur, primero, y las violentas revueltas negras en los guetos de las ciudades modernas del Norte, después, obligaron a un reenfocamiento completo del estudio de este tipo de fenómenos con enormes implicancias sociales, culturales y políticas.

El funcionalismo de la sociología americana enmarcaba el problema con la sencillez acostumbrada: hay un desacople entre las oportunidades que brinda el sistema social y las expectativas y aspiraciones de diversos grupos. Las posibilidades estructurales de satisfacción de demandas ampliadas se van estrechando y los canales institucionales no pueden asimilar la frustración y el descontento derivado.

En este marco, el comportamiento colectivo fue objeto de dos grandes aportes clásicos que inauguran la incorporación del tema a la sociología académica o sistemática. El de Herbert Blumer (*Collective Behavior*, 1958) y el de Neil Smelser (*Theory of Collective Behavior*, 1963). Mediante las herramientas del interaccionismo simbólico el primero comenzó a describir a las multitudes no como acontecimientos anormales o atípicos sino como propios de las sociedades modernas urbanas: hay multitudes convencionales (auditorios de un teatro, por ejemplo), casuales (curiosos que miran un accidente, por ejemplo), expresivas (manifiestan a favor o en contra de algo), de acción (movimientos sociales que se proponen hacer algo en forma más organizada), tanto pacíficas como violentas. En definitiva, Blumer intenta desdramatizar la irrupción de acciones de masas ya que forman parte del

escenario y el paso de una forma a otra puede ser muy fácil. Pero donde Blumer hace avanzar más la reflexión es cuando advierte que las masas violentas no son anómicas sino portadoras de nuevas normas o al menos de nuevas pretensiones normativas y valorativas, nuevas orientaciones para la conducta social, cuestión estrechamente vinculada a la sociedad moderna. La irracionalidad como elemento de teorización comenzaba a ser extirpada: la movilización no era ya esencialmente irracional como el regodeo en el desenfreno y la ilusión, sólo los medios no convencionales utilizados podían serlo. De alguna manera se pasaba de la imputación de irracionalidad material por el carácter patológico de los fines a la imputación de irracionalidad formal por lo inadecuado o contraproducente de los medios.

Smelser directamente propone un modelo formal de análisis para abordar la irrupción del "comportamiento colectivo" basado en factores agregados que van sumando sus eficacias causales: la tensión estructural, el debilitamiento del control social, la conductividad estructural, las creencias generalizadas y los detonantes. Pero este modelo "a la medida" de los estallidos de negros en Chicago o California sigue partiendo de la base de que el fenómeno de la frustración colectiva es un desahogo irracional de características reactivas y tiene por función justamente relajar la tensión y restablecer el equilibrio.[37] Pero con el enorme desarrollo de los distintos grupos que componían el movimiento por los derechos civiles, sus liderazgos y las organizaciones que formaron, el modelo reactivo de Smelser perdía fuerza explicativa. Por supuesto, a fines de los 60 cuando se masifican los movimientos pacifistas y ecologistas, la teoría perdería toda validez; ya ni siquiera era posible detectar en ellos cuáles serían sus frustraciones relativas o las tensiones entre aspiraciones y oportunidades, además de que utilizaban repertorios de acciones de protesta complejos y alzaban un discurso argumentalmente efectivo.

La expansión de los movimientos juveniles, estudiantiles y contraculturales a partir del Mayo Francés en todo el mundo terminaron por soliviantar las bases neoutilitaristas y racionalistas del funcionalismo. La madurez alcanzada por las formas del desafío social, cultural y político en los capitalismos avanzados es la que forzó a los teóricos a nuevos planteos.

La formalización teórica llegaría de la mano de dos paradigmas de análisis: el europeo, orientado hacia la significación estructural y cultural de los movimientos, y el americano, orientado a la descripción y explicación de la lógica específica propia de la movilización.

37. No obstante la pretensión universalista del modelo de análisis, hay una imputación encubierta de clase: las clases bajas, los grupos excluidos del empleo y la educación, son los más expuestos a la frustración y a la violencia como forma irracional y reactiva de enfrentarla.

Teorías de los nuevos movimientos sociales: la obsesión europea por la estructura y la identidad

Si bien las formas novedosas de organización y acción no institucionalizada –que se apartan de sindicatos y partidos– y la incorporación de reivindicaciones culturales, étnicas, de género, antiautoritarias y medioambientales atraviesan diversos grupos sociales, el análisis de los "sesgos" de clase no ha pasado desapercibido. La llamada nueva clase media –como vimos– a partir de los años 60 ha sido mencionada como la base de reclutamiento y apoyo principal de los movimientos ecologistas, pacifistas, feministas, por los derechos civiles y de contracultura juvenil que han sido bautizados "nuevos movimientos sociales" (en adelante NMS), constituyendo el objeto de estudio privilegiado en los enfoques europeos.[38]

Los cambios en el Estado de bienestar de posguerra, la expansión de los medios de comunicación de masas, los avances en la tecnología, las transformaciones en la estructura del empleo (servicios a expensas del trabajo industrial), procesos demográficos como el crecimiento de la población joven *(baby boom)*, el aumento de la diversidad étnica y cultural por las migraciones; el avance del Estado "patriarcalista" de bienestar en la esfera privada de la educación, la seguridad social y la salud; la llamada "colonización del mundo de la vida" por los poderes sistémicos (Habermas), la aparición de grandes y anónimos actores corporativos posibles causantes de riesgos endémicos e invisibles (guerra nuclear, contaminación), importantes cambios generacionales en las costumbres y en las subjetividades personales a partir de la píldora anticonceptiva, las drogas, la cultura popular y el rock, implican nuevos tipos de conflictos asociados a nuevas identidades y cambios en las aspiraciones y los sistemas de motivaciones.

Estos nuevos ejes van desplazando las tradicionales cuestiones distributivas, de seguridad y bienestar, asociadas al andamiaje social e institucional de la regulación del antagonismo entre capital y trabajo. El capitalismo avanzado, monopolista; la sociedad posindustrial, del conocimiento y los servicios, tienen otros actores históricos, con otras orientaciones e intereses, distintos de la vieja sociedad del trabajo y del capitalismo industrial. Jean

38. Los NMS han sido diferenciados de los movimientos sociales anteriores "clasistas" (sindicales, campesinos) por los tipos de demandas y por los rasgos morfológicos: son colectivos que buscan el cambio social mediante formas no institucionalizadas y apelan a acciones no convencionales, tienen bajos niveles de integración organizativa (división de roles y autoridad) y altos niveles de integración simbólica. Los referentes de la teoría sobre los NMS distinguen tenazmente entre "paradigmas" de movilización social: de autoridad (poder de decisión sobre asuntos públicos), de distribución (de bienes y servicios) y de estilos de vida (derechos a la diferencia y a la identidad, contra la uniformización). Los NMS se instalarían predominantemente entre estos últimos (Kriesi, 1988: 358 ss.).

Cohen (1985) hablaba de una sociedad civil que se enfrenta al mercado y al Estado de una sociedad posburguesa y pospatriarcalista.

Los nuevos valores y aspiraciones de autoexpresión, calidad de vida, realización personal e identidad fueron retratados como "posmaterialismo". Las indagaciones de estilos de vida, orientaciones políticas y predisposición al cambio social muestran en su conjunto una fuerte impregnación clasista que asocia todos estos factores a determinadas posiciones ocupacionales en espacios sociales y económicos. Hay un acuerdo amplio en la literatura (especialmente Offe, 1988; Fernández Buey y Riechmann, 1994) en la composición social de participantes y simpatizantes de estos movimientos: las clases medias con altos niveles educativos ocupadas en los servicios sociales y culturales que actúan fuera del mercado y su racionalidad, y que sostienen valores divergentes en condiciones de seguridad material, tiempo libre y acceso a la información. Son en general nuevos asalariados, semiautónomos o autónomos de niveles intermedios. A ellos se suman elementos de las viejas clases medias (profesiones liberales y campesinado) que pueden ser afectados directos por los procesos de concentración monopólica, modernización y burocratización, al igual que otros segmentos marginados o periféricos al mercado de trabajo (jubilados, desocupados, estudiantes, amas de casa). El patrón unificador a nivel estructural de este conjunto heteróclito puede estar en su carácter "desmercantilizado" y en su lejanía de los procesos productivos y de la racionalidad de los mercados y la ganancia.[39] Según este planteo, los grupos de nuevas clases medias desmercantilizadas no tienen conciencia de clase aunque se reconocen como clase. Hacen política de clase pero no en nombre o a favor de una clase. La orientación valorativa "desinteresada" (posconsumista) implica una lucha por bienes colectivos más que por apropiación de bienes privados, abandonando con ello las viejas demandas distributivas "productivistas" propias de la vieja izquierda.

Las teorías de los NMS entonces se entroncan con la concepción de un cambio estructural de la sociedad industrial capitalista. Pero sus grandes logros no van a ser este aggiornamiento de los enfoques weberianos o marxistas de encontrar nuevos actores emergentes surgiendo de cambios estructurales donde abrevan las indagaciones posclásicas sobre los cambios en la estructura de clases, sino lo que descubren de la morfología y del significado de las luchas de este nuevo tipo de movilización para un nuevo tipo de sociedad.

Touraine, quizá el más importante por difundido de los teóricos de los NMS

39. Quizá sea justo reconocer que los primeros en introducir los temas de la discusión de las formas de subjetividad en el capitalismo contemporáneo y el desplazamiento de la potencialidad histórica fuera de la clase obrera organizada han sido los marxistas de la Escuela de Frankfurt, en especial, Marcuse con sus extraordinarios *Eros y civilización* y *El hombre unidimensional*. Aquí el capitalismo se presenta también como un "régimen libidinal".

y la sociedad posindustrial, introduce el concepto de sociedad "programada" en el sentido de que está más abierta a sí misma, es más capaz de intervenir sobre su modelo cultural, y por tanto tiende a instalar el paradigma del cambio que desata una lucha por el control de la historicidad, es decir, por la orientación hacia el futuro. La carencia de garantes metasociales del orden significa que es la lucha misma la que produce sentido, ya que éste no la preexiste como lo hacían divinidades, utopías o la idea del progreso. En su concepto esta lucha por la historicidad y los valores culturales la plantean los NMS contra el poder tecnocrático dominante. Para Touraine (1987: 69) los movimientos sociales son uno de los elementos centrales de la vida social: dan la forma social a la lucha por orientaciones culturales en torno a conflictos. Aunque reconoce que las clases siguen siendo categorías de análisis imprescindibles, prefiere los movimientos como concepto más apto para interpretar cambios en los sistemas de acción histórica. La acción colectiva contestataria de los movimientos busca transformar valores y campos de historicidad (Touraine, 97) separando de manera tajante los movimientos sociales del campo de intereses materiales y la acción estratégica propia de los partidos que luchan por poder político y de los sindicatos que luchan por poder económico.

Los NMS tienen que "instalar" demandas, que no son obvias como deseables para los sistemas de referencia cultural dominante, como son las de distribución, bienestar y seguridad. Tampoco están legitimadas o institucionalizadas por los poderes públicos y los principales actores sociopolíticos y económicos. Así, la tarea de la movilización colectiva los constituye en sujetos de acción histórica, es decir, agentes de cambio de las orientaciones valorativas y los esquemas de referencia normativos. Los movilizados tienen por esfera de acción privilegiada al sistema cultural, a la introducción de nuevos valores, con los inmensos desafíos que comporta. En general, el enfoque europeo parte del supuesto que no puede haber acción instrumentalista en el campo cultural, es decir, las formas de organización y acción de los movimientos tienen que ser expresivas y subordinarse a los efectos identitarios y normativos.

Así, Dieter Rucht (1992) diferencia la lógica expresiva de la movilización que tiene por destinatarios a la opinión pública, la subjetividad y sensibilidad de las personas, o a los referentes en diversos campos culturales, artísticos, científicos o intelectuales, de la lógica hacia el poder que procura incidir sobre las agendas políticas y gubernamentales para que tomen decisiones favorables o, más comúnmente, impedir que tomen decisiones adversas. La alianza tácita –no exenta de conflictos, por supuesto– entre medios de comunicación y movimientos obedece a los intentos de éstos de subordinar la segunda a la primera.

Alberto Melucci (1994) o Francesco Alberoni (1991) encuentran en los NMS

formas de realización personal, subjetividad y autonomía aunque también reconocen que no pueden disociarse de cambios en las formas de organización y en los procesos de trabajo del capitalismo, y del desarrollo de nuevas posiciones estructurales vinculadas a las clases medias y a otros sectores "no mercantilizados". Estos abordajes resaltan las cuestiones "identitarias" o expresivas de la acción y la movilización colectiva, e incluso el papel que juegan en los procesos de individuación. Como Touraine, lejos de los planteos "instrumentalistas" que ven la acción colectiva como emergente de una racionalidad de actores cuyos cálculos de intereses, costos y beneficios explican la acción, estas teorías destacan los contenidos conformadores de conciencia y subjetividad, estilos de vida, formas de cultura, experiencias vitales, "inversión emocional", "compromiso personal", que terminan privilegiando la cuestión de la identidad por sobre el interés.

A diferencia de los enfoques de estirpe neoutilitaria que solían acompañar los análisis de las acciones del movimiento obrero, los movimientos campesinos o incluso los estudiantiles, la participación en la acción colectiva no está motivada "instrumentalmente" como un medio –no convencional– de alcanzar un interés exterior a la acción sino como una forma de realización personal y colectiva en sí misma. Los movimientos sociales son expresiones de autoafirmación frente a las amenazas de los poderes despersonalizadores y fragmentadores del mercado, el Estado y la tecnología.

Otro de los referentes importantes es Alberto Melucci (1989: 28), quien parte de la caracterización de la "sociedad compleja de la información" que invade organizando y regulando desde el momento que la autonomía individual y grupal es un presupuesto del sistema pero al mismo tiempo tiene que estar controlada. La paradoja de la individualización y la sujeción es lo que permite teorizar el papel de las nuevas formas de movilización colectiva contestataria. Los NMS se instalan en esta paradoja y cumplen una función simbólica e incluso profética de creación de códigos culturales alternativos.

Pero mientras en Touraine la relación entre movimientos y nuevo tipo de conflictos es de simple correspondencia o afinidad, Melucci dirige su esfuerzo para teorizar el nivel intermedio específico que explica la movilización. Los movimientos son vistos como inversiones organizadas de individuos que buscan dar sentido al compartir, es decir el nivel intermedio entre estructura y acción, el factor que explica concretamente la movilización: solidaridad e identidad como marco común cognoscitivo y emocional que permite evaluaciones y acción. Las formas internas de los movimientos y su acción son un mensaje en sí mismo. Melucci resalta la autorreferencialidad de los movimientos en la medida en que su desafío simbólico a los códigos dominantes se da principalmente por el acto de sustraerse a ellos en la misma experiencia colectiva. Esto resulta en un cambio morfológico de la

acción y la organización colectivas: se caracterizan por multipertenencias cambiantes (pueden pasar de un grupo a otro, de un movimiento a otro, dejar de participar y volver, etc.) pero de alta intensidad de compromiso emocional.

- Si hacia fuera la lógica tiende a ser expresiva, hacia dentro lo es más aún. La valoración de "experiencias movilizadoras", de "estados nacientes" (Alberoni, 1991), los lleva a hablar de "mutantes sociales" como portadores de nuevas formas de vida colectiva en el seno de los movimientos. Con sus prácticas, organizaciones, modos de vida y simbología pretenden encarnar nuevas formas de ver, de sentir y de hacer. En este sentido los movimientos son "creadores" de lazo social al tiempo que de nuevas formas de subjetividad, cancelando o redibujando la frontera entre lo público y lo privado (Jelin, 2004: 239).
- Desde un punto de vista más subjetivo, las cuestiones del compromiso y la inversión emocional se señalan como una nueva teoría de "motivos" no egoístas o no interesados[40] que diluyen la pertinencia del análisis clasista.
- El trabajo de Melucci muestra un aspecto importante del proceso de generación de los movimientos: sus raíces en la vida cotidiana, su palpitación en los entresijos de la sociedad civil. Melucci detecta las "redes sumergidas" en la vida cotidiana que funcionan como "laboratorios culturales", productores de identidad, solidaridad, pertenencia y sentido. El papel de la cotidianidad y las redes sumergidas explica también las discontinuidades y la irregularidad de la movilización y la presencia pública: las fases de latencia y las fases de visibilidad. La vida interna de los colectivos es tan importante como su vida pública.

Sin embargo, el eje en las formas expresivas y vivenciales no quita también sus condicionamientos de tipo clasistas. Se reconocen en las nuevas clases medias factores como el incremento de la seguridad material y física que facilita la militancia a través del mayor tiempo libre. Melucci (1994: 175) llega a hablar de "desmercantilización opulenta" que, junto con desocupados jóvenes y otras figuras "marginales", conforma los núcleos principales de la movilización.

Pero reeditando los abordajes clásicos del pensamiento social, el desplazamiento del concepto de interés no hace que el análisis de las demandas de los movimientos dejen de ser el centro del enfoque ya que es la que los conecta con los cambios societales posindustrialistas.

Los más exagerados en subrayar el carácter universalista desinteresado de las demandas lo han apodado "humanismo negativo" (Glucksman y Lafontaine, citados por Fernández Buey y Reichman, 1994: 60), como una

40. Véase el llamado "efecto hipergenerador" (Neveau, 2000: 124) por el cual las actividades de movilización generan más satisfacciones individuales cuanto más dificultosas y riesgosas son, sin importar el resultado.

"conciencia de especie" enfrentada a una "catástrofe" global, como una "nueva radicalidad" en lucha por la "soberanía existencial" individual sobre los macropoderes de la técnica y el dinero.

Si Marx, 150 años antes, había colocado a la clase obrera como la clase universal de la que dependía la emancipación de la humanidad, ahora estas clases sin conciencia de clase se instalarían de manera inmediata en la defensa de la humanidad, pero no para emanciparla sino simplemente para salvarla.

Otros especialistas como Cohen (1985) son mucho más moderados en la caracterización de los NMS. Las aspiraciones de los movimientos son calificadas de módico "radicalismo autolimitante" que renuncia a la abolición del sistema económico y político y su reemplazo por otro. Los movimientos se centran en lograr cambios en la vida cotidiana, en la comunicación y en las relaciones sociales, es decir a nivel de la sociedad civil, más allá de los procesos políticos y económicos. Sus valores ya no son las viejas utopías democráticas e igualitaristas. La igualdad formal se sustituye por el respeto a la diversidad real, y la autonomía se coloca antes que la igualdad. En este sentido los movimientos convalidarían el individualismo y no se opondrían a él, como pensaban Touraine y Melucci. Cohen también considera que la evolución de los movimientos los aleja del Mayo Francés al que caracteriza como "contracultura leninista" o "nueva izquierda" que intentaba combinar los nuevos valores con las tradiciones socialistas y articularlas a la clase obrera industrial. Luego de esos fracasos, ahora los movimientos resignan todo fundamentalismo y tienen una actitud relativista y reflexiva hacia sus propios valores. El orden social como tal deja de ser un objetivo para los movimientos. Los movimientos buscan solidaridad, identidad, cambio personal y conciencia, y en este sentido son ofensivos en la lucha por el control en el campo de la vida privada y la sociedad civil, y defensivos respecto de los poderes políticos y económicos. En este aspecto los movimientos sociales tienden a restringirse a la sociedad civil y a luchar en el terreno de la vida privada y el fuero personal.

La teoría de la movilización de recursos: acción colectiva y estrategia

En Estados Unidos las tradiciones académicas (el funcionalismo), filosóficas e ideológicas (positivismo, neoutilitarismo, individualismo metodológico) y las características de los movimientos y las luchas sociales en los 70 y su evolución en los 80 (pasaron a ser formas organizadas de grupos de interés semiinstitucionalizados) convergieron para desarrollar un modelo bastante compacto teóricamente, focalizado en la acción colectiva como objeto específico. El modelo de análisis más extendido en los países centrales,

el paradigma más aceptado académicamente para el análisis de la acción colectiva, es el de la "movilización de recursos" (Jenkins, 1994; Tarrow, 1997; McAdam, McCarthy y Zald, 1999).

Estos teóricos inspirados en los trabajos históricos de Charles Tilly (1978) plantean el abandono ciertamente rupturista de la centralidad de la "motivación" y el "interés" o las "demandas" y el descontento como centro del análisis. Parte Tilly de una constatación casi de sentido común: descontento, frustración e intereses insatisfechos hay siempre en todo momento y lugar, pero organización y lucha colectiva perdurable en cambio es algo más bien escaso o excepcional. El descontento y el análisis de los intereses y las demandas de las bases movilizadas dejan de ser los que explican la acción contestataria y ese lugar es ocupado por la disponibilidad y valorización estratégica de recursos para la lucha y el aprovechamiento de oportunidades políticas. Sólo los descontentos conscientes de intereses o aspiraciones comunes que logran acceder y movilizar ciertos medios y recursos materiales, humanos y simbólicos logran desarrollar acción colectiva desafiante.

Así, los movilizados explotan no sólo los recursos materiales, organizativos, liderazgos y valores de que disponen ("las estructuras de movilización") sino que también aprovechan las tradiciones de lucha y sus acervos simbólicos ("los repertorios modulares de acción", "los marcos interpretativos disponibles").

Estas teorías también abandonan los presupuestos de que la acción colectiva contenciosa es necesariamente una "reacción" especial ante condiciones excepcionales propia de los planteos funcionalistas (Smelser, Coser). Lejos del comportamiento desorganizado y anómico, los movimientos sociales contestatarios se ofrecen como nuevas vías de canalización de aspiraciones y no tienen un carácter exclusivamente reactivo. En este sentido, los movimientos y las formas de lucha colectiva innovadoras responden a una racionalidad estratégica y no a un desahogo para aliviar tensiones provocadas por situaciones disfuncionales. El carácter estratégico de la lucha también hace de los movimientos actores del escenario político que explotan "oportunidades" o circunstancias políticas propicias para movilizarse y actuar. En definitiva, los movimientos se convierten en animadores importantes del proceso político en las democracias occidentales (Marx y McAdam, 1994).

Este desplazamiento conceptual del foco explicativo que cambia las preguntas fundamentales del por qué y el para qué al cómo y con qué contribuye enormemente a la consolidación de un campo académico de estudios especializado y atado a un recorte empírico con límites y pautas rígidas.

Mientras en los enfoques europeos los movimientos sociales no podían escindirse analíticamente de las discusiones sobre las tendencias y el futuro del capitalismo, la sociedad industrial, etc., en Estados Unidos esta escisión es la opción teórica de partida. Pero al delinear el objeto y pautar el campo

disciplinar con conceptos específicos que tienen alcance solamente para él, también contribuyen a desalojar los restos de funcionalismo e interaccionismo y sus secuelas residuales de "irracionalidad". Con ello los protagonistas de la movilización son restituidos al plano común con el resto de los actores sociopolíticos y no condenados a una anormalidad o desviación. En la teoría de movilización de recursos (en adelante TMR), el sujeto racional estratégico reemplaza a la muchedumbre (Rubio García, 2004: 10). Podría decirse que, con la TMR, la movilización desafiante y disruptiva deja de pertenecer a un submundo de las ciencias sociales y gana su carta de ciudadanía con rango importante al lado de los fenómenos políticos institucionalizados.

La primera consecuencia de la postergación de la importancia analítica causal de las demandas es que también pierden toda relevancia sus conexiones con "procesos" generales y "estructuras". La acción colectiva se desengancha analíticamente de las estructuras de clases, "el capitalismo", "la sociedad posindustrial", etc. La TMR tiene una base histórica comparativa muy vasta (sobre todo por el trabajo gigantesco de Tilly) y una pretensión de alcance general pero sobre la base de la especificidad del objeto. Se persigue la pretensión de universalidad diferenciándose de los NMS que pretendían reintegrar el análisis de los movimientos a una lectura de la sociedad contemporánea. Podríamos decir que la TMR pretende profundizar el alcance explicativo pero a costa de estrechar el recorte del objeto de análisis. En la TMR la acción colectiva y los movimientos se tratan como si tuvieran vida propia y hubiesen sido autogenerados, gobernados por una lógica específica que puede surgir casi en cualquier contexto.[41]

Aunque el abandono de la centralidad de la noción de interés de por sí tiene un efecto desclasador del análisis, esta consecuencia teórica no agota la cuestión. No deja de ser una problemática pertinente al análisis de clase cuáles son justamente los recursos diferenciales interpretativos, de estructuras de movilización, de oportunidades políticas con que cuentan diversos grupos sociales, es decir, cómo es posible "enclasar" los recursos movilizados.

Así, en los componentes conceptuales de la TMR se pueden rastrear elementos clasistas.

El abandono de la centralidad de la idea de interés hace imposible la lectura estructuralista clásica, pero no por ello obtura la posibilidad de

41. Quizá la revista *Mobilization* es la que mejor expresa la vigencia de este modelo de análisis de la acción colectiva. Además de los temas arraigados como los movimientos feministas, ecologistas y pacifistas, sobresalen entre sus preferidos las políticas represivas y de contención estatales, el surgimiento de grupos movilizados en Europa del Este, Asia y África y, sobre todo, las dimensiones actitudinales relacionadas con las emociones, la corporalidad y la personalidad. La exclusión de temas latinoamericanos es completa y sobresale la escasísima presencia de temas como los desocupados o las luchas laborales. Véase *http://www.mobilization.sdsu.edu/index.html*

tomar las clases sociales como elementos relevantes para entender las particularidades de la movilización misma: ¿qué factores clasistas atraviesan las estructuras de movilización, los recursos interpretativos y las oportunidades políticas?

El enorme aporte de la TMR es que desplaza la búsqueda de los componentes clasistas desde la tiranía del "interés" atado a estructuras al campo inexplorado de los medios, las modalidades, las estrategias y las tácticas de los movilizados. Es decir, siendo en sus fundamentos potencialmente desclasante, la TMR ayuda a encontrar un nuevo continente a explorar por el análisis clasista.

La importancia funcional de los grupos descontentos movilizados, el grado de articulación de sus demandas e intereses con otros sectores, las formas de externalidades negativas que surgen de sus reivindicaciones, los poderes sociales con que cuentan en diversos campos de la economía, la cultura y la política, también importan a la hora de determinar "oportunidades políticas", estructuras de movilización y recursos interpretativos o identitarios. El nivel de su visibilidad pública, prestigio o resonancia cultural influye ciertamente en la disponibilidad de recursos a movilizar y en las posibilidades de usufructuar coyunturas favorables u "oportunidades" políticas. La noción de "oportunidad" no tiene un significado "objetivo" y debe interpretarse como dependiendo estrechamente de la posición desde donde se evalúan las posibilidades del contexto y, por tanto, tiene también una base clasista. Esta analítica de la acción colectiva se centra en los prerrequisitos sociales de la organización, la estrategia de lucha y los recursos interpretativos que orientan a los movilizados. De esta manera, el análisis de factores clasistas de la acción colectiva puede problematizarse pero no abandonarse.

La hipótesis de un condicionamiento clasista de las estructuras de movilización disponibles, de los acervos culturales y las tradiciones de lucha aparece con toda claridad en la añeja formulación de Tilly (1978): la superposición de una *cat-ness*, es decir de una posición estructural impersonal y anónima (categoría, clase), y una *net-ness*, es decir de una pertenencia concreta a grupos interpersonales con fuerte densidad dinámica de contactos (comunidades barriales, de credo, actividades sociales, etc.), es lo que permite desarrollar solidaridad y organización estables como bases de la acción colectiva contestataria. Investigaciones posteriores han confirmado la importancia de los contextos sociales próximos, redes de amistades, vínculos informales, etc., donde el compartir espacios sociales y creencias tiene muchas veces, no siempre, obvios componentes clasistas.

Lejos del utilitarismo individualista y la respuesta condicionada conductista, implícitas en las teorías deterministas clásicas donde la acción colectiva de clase es una mera agregación de los impactos de las determi-

naciones "objetivas" estructurales sobre los individuos, las teorías sobre la movilización de recursos exploran la riqueza de las mediaciones colectivas preexistentes a la acción colectiva misma, a las que llaman "contextos de micromovilización". Son estas redes o microcontextos los que asumen un importante papel explicativo de la movilización de recursos (Oberschall, 1973).

Pero los contextos de micromovilización tienen una textura de clase, están atravesados por intereses contradictorios y no pueden hacer abstracción de los procesos de cambio en las posiciones de los agentes y los antagonismos resultantes.

En realidad, el enfoque centrado en la movilización de recursos focaliza y desarrolla un tópico ya señalado pero no reflexionado en los clásicos. Es un lugar común la referencia weberiana a que determinados contextos sociales como la fábrica o los lugares de trabajo por la reunión de personas en contacto prolongado y frecuente, compartiendo problemas y demandas comunes, es una base posible para la acción comunitaria de contenido clasista. También destaca este punto la añeja teoría de Smelser (1989) sobre las condiciones de "conductividad estructural" del contexto, que permiten u obstaculizan la propagación del descontento y la difusión de las creencias generalizadas que alientan la movilización. Es fácil descubrir que los distintos "espacios" sociales de clase ofrecen diversas condiciones de conductividad estructural y "facilidad técnica para reunir a los descontentos". El análisis de Marx sobre la imposibilidad del campesinado parcelario para constituirse como clase pasa exactamente por esta limitación afirmada como absoluta. Nada hay en la naturaleza de los intereses que profesa la pequeña burguesía agraria que impida su formación como clase. Son sus condiciones de vida aislada y competitiva las que lo impiden. En Marx aparece entonces una veta para introducir la determinación de clase más allá del modelo "motivacional" basado en el interés como mediador entre posición colectiva compartida y acción colectiva. Las coerciones estructurales operan no sólo en la definición de intereses sino en la determinación de las condiciones de posibilidad de la acción colectiva y de lucha, es decir, en las condiciones del proceso de formación de clase. La coerción estructural incide en las condiciones de constitución de clase, en las condiciones en que se prepara y plantea la lucha. La lucha no es sólo una decisión voluntaria, una elección, una preferencia o un resultado de la deliberación colectiva, de una interpretación de la situación, de una "experiencia" culturalmente moldeada, de una estrategia diseñada de acuerdo con un interés, sino que es también un proceso sometido a constricciones donde también se experimentan "condiciones ajenas a la voluntad".[42] La lucha concreta está tan condicionada como los motivos que

42. La discusión acerca de la accesibilidad a estas condiciones "objetivas" desde un punto de vista exterior, de observador, con herramientas "científicas", etc., no puede ser abordada aquí

la originan, e incluso más: comúnmente los oponentes no se limitan a resistirse sino que directamente suelen accionar para impedirla o hacerla más difícil o imposible. Por ello es que el elemento innovación y sorpresa resulta esencial para el surgimiento de los movimientos. Ambos elementos son las formas de “saltearse” las condiciones objetivas adversas de partida.

Las prácticas de organización y protesta están expuestas a condicionamientos y presiones de todo tipo que se asocian a diferenciaciones económico-sociales y culturales que suelen tener efectos clasistas hacia el interior de los movimientos. La misma movilización como fenómeno social está clasistamente condicionada. Las prácticas y las actividades de los movilizados están atravesadas por sesgos de clase.

El carácter pluriclasista de los movimientos sociales no obsta para que los clivajes internos, las divisiones del trabajo, las diversas composiciones de clase en dirigentes, activistas y simpatizantes, ofrezcan un sinnúmero de importantes dimensiones clasistas. La composición de clase de los movimientos, las características “posicionales” de sus miembros se ofrecen como factores explicativos de algunas características y rasgos de sus formas de lucha e intervención.

Esto puede verse muy claramente en el conocido trabajo de dos marxistas americanos y también militantes de derechos sociales (Piven y Cloward, 1977) que han explicado las violentas revueltas de pobres de los guetos negros o de grupos “sin techo”, donde justamente las estrategias de acumular recursos organizativos, liderazgos, discurso, etc., o no existe o si existe termina siendo contraproducente para el movimiento. La racionalidad de la “revuelta”, a pesar de sus elevados riesgos y costos para los participantes, deriva del hecho de su notable diferencial favorable de rendimiento político y repercusión pública, si se lo compara con los intentos de asociación u organización de grupos militantes y organizaciones. Los movilizados encuentran también una racionalidad en el no sostenimiento de organizaciones permanentes, de aliados y de militantes, porque la misma estrategia negociadora llevaría paradójicamente a una mayor cooptación y a una menor capacidad negociadora justamente por la dificultad en invocar otros recursos que no sean la amenaza de la alteración del orden, único argumento al que ceden las elites. En definitiva, la opción de volcar las escasas estructuras de movilización disponibles a la acción colectiva como violenta alteración del orden

y seguramente no puede ser saldada. Sin embargo, veremos más adelante que son los mismos actores los que definen cuáles son las “condiciones” objetivas con las que deben lidiar, y también cómo muchas veces en esta definición incluyen métodos, puntos de vista y validaciones “exteriores” o de observadores para fundamentar o simplemente para mejorar los rendimientos de sus estrategias. En este sentido la cuestión de establecer la “verdad” de las condiciones objetivas es una cuestión fundamental para los mismos actores y no sólo para los observadores. La objetividad es una cuestión tan subjetiva como cualquiera. Siempre es el sujeto quien coloca en el lugar de la objetividad al mundo con relación al cual se constituye como sujeto.

público obedece a la evaluación de que es el único recurso efectivo que tienen ciertas comunidades pobres, o marginales, a pesar de sus elevados costos. En este caso, se ve con nitidez cómo las coerciones que deben enfrentar, derivadas de relaciones muy asimétricas de poder social, determinan "lo que tienen que hacer" en términos de lucha colectiva.

Otro de los aportes significativos de la TMR es sobre los estudios, de una gran importancia historiográfica, de repertorios de acción colectiva y protesta en general, y del recurso a la violencia en particular. Al igual que la acción colectiva *tout court*, Tilly aparece naturalizando la violencia como una de las formas frecuentes de participación política en la medida en que es un recurso riesgoso y costoso pero siempre a mano y generador de dilemas para los poderosos. Las consecuencias de la violencia fuera de control o de la ilegalidad pueden delatar las fisuras o debilidades de un orden, generar incertidumbre y sobre todo brinda de manera directa visibilidad, objetivo fundamental de toda lucha. En cierta medida el recurso a la violencia es un extremo estratégico como un suerte de sustituto universal de recursos y oportunidades y al mismo tiempo un posible generador de oportunidades y también recursos identitarios e interpretativos, ya que la violencia genera odios pero también lealtades y compromiso.

Los enfoques de la TMR que son sensibles a las estructuras de oportunidades políticas incorporan la interacción estratégica de los actores, y por tanto la acción colectiva no puede prescindir de evaluaciones de coyunturas, fuerzas rivales, situación de los oponentes, terceros aliados, etc. Los grados de apertura de un sistema político, sus capacidades ejecutivas y burocráticas o represivas, la posibilidad de divisiones entre las elites y fisuras entre los gobernantes, la posibilidad de sumar aliados poderosos, de asociarse a otros descontentos, etc., son elementos esenciales de la comprensión de los movimientos sociales contemporáneos. Aquí es donde más se alejan de los enfoques de la identidad europeos y su notable reluctancia a incorporar la política como dimensión de análisis. La TMR recupera una perspectiva de poder y despeja las variables que intervienen de modos específicos en la consecución de poder por parte de los movimientos enriqueciendo enormemente la comprensión de los conflictos en la sociedad contemporánea. Conceptos como el de desafío, disrupción, incertidumbre (Tarrow, 1997), se erigen en descriptores elementales a la hora de cualquier análisis de una lucha no institucionalizada.

El enfoque de los enmarcados interpretativos: la construcción simbólica de los movimientos sociales

Las nociones de recursos interpretativos o marcos simbólicos que usaban

los investigadores de la acción colectiva de la TMR todavía rendían tributo a la de creencias generalizadas como mera imputación de culpas o causas de los agravios. La introducción de la seminal noción de *framing* de Erving Goffman[43] al trabajo discursivo y simbólico que llevan a cabo los movimientos abrió una nueva esfera de investigación y teorización que le permitía competir con las teorías de la identidad europeas, encontrando otra forma de abordar el nexo entre acción colectiva y dimensiones subjetivas y de conciencia, que era toda una debilidad en las TMR. La formalización del concepto de *framing* y su aplicación a casos empíricos de movimientos sociales dio lugar a la llamada teoría del enmarcado interpretativo (en adelante TEI) (Snow *et al.*, 2006; Rivas, 1998).

Un marco interpretativo es un conjunto de significados orientados a la acción, y los procesos de enmarcado son las luchas hacia adentro y hacia afuera del movimiento en torno a la definición de problemas, culpables, oponentes, soluciones y acciones estratégicas (Chihu Amparán, 2006: 30). Los conflictos de enmarcado con otros actores sociales son inevitables en todo movimiento social que quiera modificar estándares de justicia o de legitimidad prestablecidos cualquiera sea su contenido concreto. El estudio de los enmarcados que realizan los movimientos permite entender la lógica de los esfuerzos estratégicos de concientización o persuasión para legitimar y conseguir simpatía, comprensión o apoyo hacia afuera, y cohesionar, motivar a la acción y brindar sentido de pertenencia e identidad hacia adentro del movimiento. A esto los teóricos del TEI lo llaman "movilización del consenso", principal recurso de lucha de los movimientos que no apelan a los sistemas electorales o de intermediación de intereses y a los factores de poder dentro del *statu quo*. La combinación entre acción colectiva y aciertos de enmarcado es lo que permite alcanzar la movilización del consenso y a través de él las victorias en términos de decisiones políticas favorables.

Muchas características de la acción colectiva contestataria dependen de las formas de significación que se produzcan en torno a las elaboraciones con que invisten de sentido a los reclamos, caracterizan a oponentes, imputan responsabilidades, etc. Un fenómeno de enmarcado especialmente importante en los procesos de movilización es el llamado "superación del error inicial de atribución". Es el enmarcado que provee el movimiento para que, cuando se suman a él, los sujetos agraviados dejen de autorresponsabilizarse por su suerte y apelando al reservorio cultural disponible construyan esquemas de interpretación alternativos que colocan en otras facetas de la vida social y política la "culpa" de sus padecimientos. Los movimientos

43. Para Goffman (1974) son esquemas de interpretación que permiten señalar, ubicar, clasificar, etiquetar, percibir, identificar, seleccionar y codificar eventos y elementos del mundo, produciendo el efecto de realidad. Son los recursos cognitivos que movilizan los actores para contestar la pregunta ¿qué está pasando aquí?

producen y proveen o difunden marcos de diagnóstico, de pronóstico y de soluciones para los conflictos en los que están inmersos.

También son comunes en los estudios de movimientos sociales contemporáneos la llamada "liberación cognitiva" o "la cognición caliente" que remiten a detonantes o acontecimientos que trastornan fuertemente los marcos de percepción anteriores de los sujetos y dan pie a la construcción de nuevas formas de entender la realidad que viven (McAdam, McCarthy y Zald, 1999). Otros estudian los procesos por los que los movimientos "alinean" sus enmarcados con los de sus bases de apoyo o con las que pretenden conquistar. Así, los marcos pueden "amplificarse", "extenderse", "hacer puente", o "transformarse" respecto de otros marcos interpretativos.

Los enfoques "constructivistas" o "cognitivistas" de los nuevos movimientos sociales (Riechmann y Fernández Buey, 1995: 27 ss.) han intentado analizarlos como un tipo de disrupción simbólica: en definitiva la pretensión de los movilizados es esencialmente cambiar las reglas de valorización establecidas y modificar así el punto de vista de otros sectores acerca de un tema.

Al igual que la TMR, la TEI funda un sistema conceptual compacto con descriptores precisos para analizar las formaciones discursivas, las propagandas, los eslóganes y las consignas de los movimientos poniéndolos en relación con los marcos de origen que portan sus destinatarios y buscando entender la estrategia que se desarrolla para hacerlos converger en la batalla simbólica frente a otros agentes enmarcadores. Pero esta conceptualización no comprende variables de clase de ninguna naturaleza. Los investigadores del TEI tienden a prescindir de toda clave clasista para analizar los enmarcados.

La teoría de los marcos interpretativos ha tenido un gran desarrollo y en gran medida alude a las estrategias retóricas que permite generar o aumentar, apoyo, aceptación, compromiso militante, etc. Conceptos como marcos primarios y secundarios, marcos maestros, alineamiento de marcos, marco de atribución y marco de acción, fidelidad narrativa o consonancia empírica, y muchos otros permiten entender los problemas que enfrentan los movimientos y las luchas que emprenden en términos de "fuerza simbólica", capacidad de "movilizar consenso", "eficacia cognitiva", etc. (Gusfield, 1994; Snow y Benford, 2006a).

Límites de las teorías de la acción colectiva

Tras el fin de la Guerra Fría, la hegemonía neoliberal, la reducción de los Estados de bienestar, la globalización financiera y el imperio de los monopolios en las industrias de la información y el entretenimiento, acompañados

por una notoria reducción del protagonismo de los nuevos movimientos sociales, se fue perdiendo terreno para teorizaciones en términos de identidad y acción histórica. Los movimientos alterglobalizadores más los motines de inmigrantes en Francia y Gran Bretaña, junto con los clásicos conflictos por ajustes, conforman un perfil ya bastante alejado del que describían los teóricos de la identidad. Las nuevas clases medias de servicios no tuvieron ningún papel preponderante o significativo e incluso, en cierta medida, fueron parte de la arquitectura del neoconservadurismo. La reducción de espacios para las teorías de los NMS fue evidente.

En la última década se operó un proceso de convergencia o de integración teórica sobre la base de la TMR y la TEI, que unifican los tres conceptos que parecen agotar las posibilidades analíticas de los fenómenos de acción colectiva: las estructuras de movilización, las oportunidades políticas y los marcos interpretativos. Sobre estos tres conceptos se estructura como área disciplinar especial el estudio de los movimientos sociales y la acción colectiva.[44]

Veamos cuáles son las limitaciones específicas que detectamos respecto de su intelección de la cuestión de las clases y de los factores e implicancias clasistas de la movilización colectiva.

En términos generales, desde el punto de vista de la recuperación teórica de la problemática de clases, este conjunto de planteos sobre la analítica de la acción colectiva tiene el enorme mérito de haberla independizado del análisis de los intereses materiales fijados a posiciones estructurales. La principal dificultad es que propugna una génesis prepolítica de los movimientos sociales a los que se concibe anclados a una sociedad civil "desmercantilizada" (Munck, 1995: 28) y donde no aparece el papel del antagonismo.

Los enfoques europeos hicieron lo peor que puede hacerse: insistir en el enfoque clásico de vincular la estructura con la acción predicando los efectos de desclasamiento de la estructura en la nueva sociedad posindustrial, lo que los llevó a buscar nuevos eslabones perdidos que pudieran explicar la movilización no convencional y "no clasista".

Las caracterizaciones de un nuevo tipo de sociedad basado en una nueva estructura de clases (nuevas clases medias, clase de servicio, clases desmercantilizadas, etc.) buscan legitimar teóricamente nuevos sujetos históricos con otras terminologías pero la misma lógica. En este sentido caen víctimas del viejo reflejo de matriz marxista: buscar agentes de cambio histórico anclados firmemente en las estructuras. Presentando otras escenografías y otros actores, el guión sigue siendo el mismo.

44. En la revista *Mobilization*, principal fuente académica de publicaciones de este tipo de enfoques, se observa el desplazamiento temático hacia los temas inmigratorios y culturales, las políticas estatales e incluso hacia el terrorismo y el islamismo. Escaso es el interés por los movimientos alterglobalizadores y nulo por los movimientos sociales en América Latina.

En Touraine y Melucci se ve una sociedad avanzada posburguesa que sería aclasista (no porque dejen de existir las clases sino porque ya no tienen capacidad de intervención significativa sobre el orden social) y la centralidad de sus conflictos estaría dada en el cuestionamiento de "modos de vida".

El entusiasmo por las promesas de la nueva sociedad posindustrial lleva al absurdo de separar analíticamente "estilos de vida" de poder de decisión y de distribución: se propugna una desmaterialización de los estilos de vida, como si éstos ya no tuvieran que ver con la producción de fronteras sociales y antagonismos de gran escala. Las estructuras explicarían demandas de cambio de estilos de vida, pero las consecuencias de estas demandas sobre antagonismos y estructuras quedarían fuera del foco del análisis.

Es interesante repasar estos posibles efectos para darse cuenta de que no es posible "desmaterializar" los intereses altruistas puestos en juego.

1) La desmercantilización sustrae bienes y servicios de la competencia y los procesos de valorización, por tanto presiona al aumento real de los ingresos y el bienestar de la fuerza de trabajo (aunque también al déficit fiscal y la inflación), lo que incrementa la capacidad negociadora de la fuerza laboral. No hay que olvidar que el marco de las luchas de los NMS coincidió también con fuertes conflictos industriales en Italia y Francia a fines de los 60 y principios de los 70 (Pizzorno, 1994). La implicancia de desmercantilizar la utilización de excedente económico supone efectos distributivos pero no sólo sobre el acceso al bienestar entendido como consumo, sino también de poder social y político de las clases trabajadoras.
2) Pero en la lógica de la acción colectiva clasista sindical esa mayor capacidad de lucha y negociación se traducía monótonamente en mayor capacidad de consumo y bienestar (Offe, 1988). Los NMS que proponen la reducción del consumismo (no sólo por cuestiones de sostenibilidad ambiental sino también de modo de vida, nuevos valores contraculturales, etc.) podrían afectar el empleo, de ahí los resquemores de los sindicatos y partidos de la vieja izquierda que cimentaron su poder sobre las banderas del bienestar y la distribución. Pero el ataque al productivismo-consumismo también apunta a reducir las horas de trabajo y aumentar la valorización del capital social, simbólico, cultural y político de la fuerza de trabajo en su conjunto, lo que redundaría en mayores capacidades de intervención sobre el orden social. La "Carta de la Sorbona" de los estudiantes del Mayo Francés es elocuente en este punto: rediscutir el consumo como si se tratara de una reivindicación clasista obrera, a saber: "El control de lo que producimos a partir de lo que queremos consumir".
3) El pacifismo y la defensa de los derechos humanos es menos represión y

distracción de recursos para la guerra. El primer punto valoriza el capital político y organizativo de los movimientos en su conjunto a partir de la reducción de los riesgos de represión y persecución. El segundo coarta la estrategia universal de las clases dominantes de licuar los antagonismos internos mediante su direccionamiento hacia enemigos exteriores. Esto es especialmente válido para países como Estados Unidos y Gran Bretaña, de fuerte tradición imperialista. El pacifismo sienta las bases de una recentración de antagonismos sociales y económicos.

4) El anticientificismo y el antitecnologicismo plantean una lucha simbólica intentando revaluar otros subtipos de capital cultural y educativo más vinculados con el desafío al *statu quo*. Ciencia y tecnología son vistas como siervas dependientes del capital económico y sus imperativos de productividad, mientras que las humanidades y el arte son vistos como movilizadores de las potencias humanas.
5) El feminismo y las luchas antirracistas, sin perjuicio de muchas otras implicancias, elevan el poder de mercado de la fuerza de trabajo, aunque lo redistribuyan entre sexos y razas. Las barreras laborales extraeconómicas aumentan la discrecionalidad en la explotación de la fuerza de trabajo y dificultan su cohesión organizativa y simbólica.

Los teóricos de los NMS se apresuraron a celebrar el altruismo culturalista y, al contraponerlo a los intereses materiales tipificados por las instituciones del capital y el trabajo, tiraron al niño con el agua sucia. El antiproductivismo ataca las ecuaciones básicas del dominio simbólico monológico empresarial y estatal que se hacen pasar como bien común:

a) inversión = fuente fundamental de distribución (empleo e ingresos);
b) bienestar = consumo + seguridad, y
c) Estado = protección del bienestar.

Las demandas hacia la desmercantilización de excedentes, hacia la autorregulación consciente del consumo, dejan en el aire el papel del Estado y el privilegio a la inversión de capital.

Por otra parte, lo que se presenta como rasgo desclasador de los nuevos valores puestos en juego: el cambio personal, la irrupción de nuevas subjetividades, puede estar mostrando procesos de enclasamiento de los sectores medios, levantando nuevas barreras hacia abajo, frente a las clases obreras, y hacia arriba, frente a la tecnocracia y las elites.

Los estilos de vida enclasantes, diferenciadores por "gustos", formas de conciencia y prácticas específicas que realzan la autonomía y la autorrealización, no parecen tan inocentes y tienen sus implicancias "estructurales" bien interesadas: industrias de la segmentación de mercados de consumo,

valorización mercantil de identidades a través del suministro de bienes posicionales e identitarios, etcétera.

Uno de los apotegmas de la economía posfordista es el paso de la economía de escala de bienes masivos, uniformes y baratos, a la economía de gama de bienes diferenciados, "personalizados", ajustados a las expectativas de los consumidores y segmentados en calidades y precios. Así, los nuevos estilos de vida estarían marcando cambios incluso en los niveles más profundos de la organización capitalista del proceso de producción y de trabajo. Las demandas simbólicas no tardaron en transformarse, de la mano de las nuevas tecnologías de producción informatizada y flexible, en ofertas materiales de bienes y servicios.

Los teóricos de los NMS (especialmente Melucci y Offe) no dudaron en reconocer fuertes condicionantes clasistas en el reclutamiento y la incorporación a los movimientos desde el momento en que la misma disponibilidad para la lucha y la participación también tiene estrecha relación con el balance de la relación entre trabajo y tiempo disponible, acceso a satisfacciones sustitutas (consumo, entretenimiento, etc.), acceso a sitios sociales o instituciones donde la inculcación o la adquisición de este tipo de disposiciones personales sea reconocida, donde exista determinada circulación de significados, contacto con determinado tipo de personas, etc. Las formas que asume la experiencia subjetiva de la movilización, la lucha, pueden también asociarse a coerciones definidas por los accesos y la distribución del capital cultural y simbólico.

La celebración de la autonomía, la intensidad del compromiso personal pero autocentrado en fuerzas emocionales, que no implica sujeción normativa, ni disciplina y obediencia o lealtad a un colectivo, la ausencia de dispositivos formales de control y organización, división de tareas, jerarquía de mando, repertorio de sanciones, etc., que caracterizan a los NMS, puede significar también una forma de enclasamiento del desafío colectivo que tributa al individualismo y al *ethos* simbólico encubridor de privilegios que es típico de las clases medias (Liechty, 2002).

La TMR profundiza el abandono del añejo esquema neoutilitarista de inspiración weberiano-marxista centrado en el "interés" porque simplemente ya no le da relevancia primordial a los motivos de los movilizados que, en algunos estudios de Tilly o Tarrow, parecen simples "pretextos" para movilizarse. El giro desde el interés teórico asociado a las demandas o reivindicaciones "posmateriales" hacia la disponibilidad y oportunidad para movilizarse significa un estricto filtro: las únicas condiciones materiales o estructurales que importan son las que intervienen favoreciendo o dificultando la movilización, no los objetivos que persiguen los movilizados.

Pero al poner la movilización misma como objeto excluyente, donde ya no puede haber un utilitarismo de fines, desarrollan un dispositivo

conceptual que se asemeja a un neoutilitarismo de los medios. Los actores recuperan racionalidad en su acción misma, que pasa a entenderse como organización y dirección de recursos en una confrontación, y no solamente en sus fines. Este punto es importante porque destruye las bases mismas del razonamiento funcionalista: lo no institucionalizado, no lícito, no aceptado socialmente, sería racional, incluso con ventaja estratégica sobre lo institucionalizado y lo convencional. La tematización de la oportunidad política también hace que lo institucionalizado pierda su aurea legitimidad funcional ya que alberga en su seno anchos campos de tolerancia hacia lo no institucionalizado.

De esta manera el proceso de lucha está incorporado como interacción estratégica pero a nivel de las relaciones del poder, es decir, visto como eficacia por resultados y no como momento constitutivo. Hay en la TMR un déficit en alumbrar las condiciones en que las respuestas de los antagonistas constituyen a los contendientes, y se enfatizan las condiciones externas al proceso de lucha mismo. Estructuras de movilización, contextos de micromovilización, oportunidades políticas y marcos cognitivos tienden a ser analizados como condiciones de partida externas e independientes del proceso mismo de lucha, obviando que en gran medida son producidas por el mismo movimiento y por las alternativas del conflicto.

Extrañamente en estos modelos analíticos se tiene la impresión de que los movimientos nacieron "hechos", en esto los teóricos de la identidad (Melucci, Alberoni) sacan ventajas. La incapacidad de explicar la génesis, el arranque, los comienzos, se compensa con el recurso grosero de los "iniciadores", "madrugadores", "empresarios políticos", haciendo una verdadera reducción a la iniciativa individual y en cierta forma al profetismo. Los inicios de los movimientos se explican por iluminados que descubren la manera, los recursos, para movilizar aspiraciones o frustraciones.

A diferencia de la teoría de los NMS, la TMR realiza un aporte importante para entender los procesos de colectivización como conversión de capital social preexistente (redes, contextos de micromovilización) a capital organizativo, capacidad de intervención en un escenario político, solidaridad movilizada, etc., pero su atención en estos procesos se detiene más en los personajes que los lideran que en los antagonismos, los oponentes y las luchas en los que se involucran.

La tradicional hipótesis de que el aumento de las clases medias y de la incidencia y el alcance de los medios masivos, facilitan el surgimiento de NMS (Jenkins, 1994: 16) es común a los investigadores de la TMR y a los de los NMS. Pero mientras los primeros los ven a la luz de la experiencia norteamericana como movilización profesionalizada, "empresarios sociales", etc., los europeos los ven como surgimiento de nuevas identidades y redes sumergidas. Las clases medias que tienen menos predisposición a la

participación colectiva simplemente tienden a delegar en organizaciones eficientes, cuando cesa el entusiasmo o se complican las coyunturas.

El costo de estos enfoques que plantean la acción colectiva como endogénesis instrumental centrada en los medios de movilización tiene la ventaja de poner más atención a las coerciones clasistas que pesan sobre la disponibilidad de recursos para la movilización, pero el mismo instrumentalismo que omite toda consideración del antagonismo extiende un cono de sombra sobre la posibilidad de entender los procesos sociales a largo plazo, las tendencias, naufragando en la casuística y en la poca capacidad de captar regularidades y hacer predicciones. Cada acción colectiva queda atrapada en su particularidad, quedando como "acontecimiento", fijada a su propia extraordinariedad; se solaza en su contingencia que es soberana sobre las estructuras. Categorías tan genéricas como oportunidad política o estructuras de movilización pierden penetración cuando le caben a cualquier contexto.

Las tendencias a la integración de las temáticas de los NMS planteada desde la TMR y la TEI desde fines de los años 80 hacen que se tienda a abandonar la indiferencia a las cuestiones estructurales. El modelo "integral" ahora también comienza a buscar estos eslabones perdidos entre estructuras y acción. La tarea a afrontar desde el punto de vista teórico sería "cómo el potencial para los movimientos sociales que emerge desde la estructura política y social de las democracias capitalistas avanzadas se traduce en acción política y social" (Klandermans y Tarrow, 1988: 3).

Pero más allá de la calidad de los resultados de estos intentos de liberar las fronteras entre ambos paradigmas, en realidad la combinación del punto de vista "estructural" con el punto de vista accionalista neoutilitarista de medios de movilización lo que hace es maximizar el efecto desclasador y desantagonizador.

En su conjunto la analítica de la acción colectiva en todas sus expresiones prescinde o aliviana el concepto de antagonismo. En la TMR la desconsideración hacia temas estructurales y hacia la cuestión del interés y la demanda deja a su objeto privilegiado, "la acción colectiva contenciosa", la confrontación social, como surgiendo de combinaciones espontáneas de recursos, enmarcados y oportunidades que no se inscriben y no desarrollan antagonismos definidos. En el lenguaje posestructuralista se diría que el conflicto es pura contingencia de capacidades de explotación política que tienen grupos agraviados o descontentos con los oponentes que les toque.

En el caso de las teorías de la identidad el antagonismo se circunscribe a los campos en los que se definen intereses y demandas. En principio los antagonismos serían culturales, identitarios, desinteresados, universalistas, etc. Se abre un capítulo de antagonismos "intangibles". Todo se dirime en el campo de los símbolos. La estetización y la dramaturgia televisada

de la protesta serían lo principal. La lucha por las conciencias, la opinión pública, las agendas gubernativas y electorales, aparece como el único campo relevante.

Mientras en Touraine todavía hay un antagonismo potente ("tecnócratas" versus "movimientos") en desarrollo, en el que se tienden a inscribir el conjunto de luchas, en general los enfoques europeos tienden a evaporar el antagonismo en el conflicto y a enfatizar los procesos afirmativos de identidad producidos por las experiencias movilizadoras, los esfuerzos de transformación cognitivos, etcétera.

En este tipo de teorizaciones el antagonismo se difumina en procesos sistémicos: mercantilización, consumismo, armamentismo, patriarcalismo, cientificismo, tecnologicismo, alienación, racismo, donde cada uno de estos clivajes tiende a ser separado del resto junto con la multiplicación de oponentes. Pero el antagonismo social debe buscarse en la articulación de oposiciones y no en su aislamiento.

El antagonismo está eclipsado aun más claramente en el principio del "radicalismo autolimitante" y la autorrenuncia a la conquista del poder[45] según los cuales el poder social no debe convertirse en antagonismos estables e incorporados a la lucha política. Es decir, los principios mismos de los NMS excluyen la cuestión del poder y del antagonismo. En los "ellos" y "nosotros" que emergen de la lucha no puede haber negación identitaria y por tanto el papel del antagonismo desaparece.

La ausencia de contrapartidas antagónicas en el sentido fuerte, su desdibujamiento, tiene efectos desclasantes, en la medida en que las identidades no se constituyen por negación de otra. No hay personificadores fijos de los agravios, y si los hay no se combaten sus poderes, sólo su reputación o sus argumentos. Se procura cambiar las reglas de asimetría en el trato social, la contaminación, la alienación en la vida cotidiana, etc., pero no se afectan los poderes de base de los imputados como responsables o culpables.

El enfoque centrado en redes también excluye, desde lo metodológico mismo, las identidades fuertes y es consistente con el imperio del individualismo que propone identidades como construcciones "a la medida". Pero esto tiene efectos descolectivizantes y debilita haciendo inestables las acumulaciones de poderes organizativos y políticos de mayor proyección. Son colectivizaciones truncas o incompletas que se reemplazan por el compromiso emocional individual y la espectacularidad de la protesta o las "redes" que conectan ambas.

45. Hay vertientes del marxismo contemporáneo que invocan la lucha de clases como horizonte absoluto de la política y se autoproscriben del salto a la política y al Estado. Hacer la revolución termina significando lo contrario de tomar el poder, convertido ahora en mala palabra (Holloway, 2002). El poder revolucionario tendría un hogar natural incontaminado de "política" o "instituciones".

La TEI tiene el inmenso mérito de romper con el supuesto de las teorías de la identidad y los NMS en el sentido de que no puede haber acción estratégica en el campo cultural o del discurso movilizador, atrapado así en las tibias sábanas de la expresividad y lo catéctico. La TEI convierte las mejores intenciones normativas altruistas de un bien común definido fuera de las corporaciones y las tecnocracias en una aguerrida batalla cultural mediante intentos deliberados de conquistar territorios semióticos, producir liberación cognitiva, visibilizar nuevos problemas o nuevas percepciones sobre los mismos y conquistar voluntades. La conceptualización de tipos de enmarcamiento y procesos de alineamiento de marcos, movilización del consenso, etc., constituyen un herramental insoslayable para entender el papel simbólico y de construcción social de nuevas significaciones en la vida de las sociedades contemporáneas. A su vez, este papel también debe ponerse en línea con las nuevas tecnologías de la información y la comunicación de masas y sus correspondientes articulaciones económicas y políticas. Los NMS son portadores de procesos de visibilización y aprendizaje de las sociedades, es decir de una “reflexividad ampliada”, utilizando la jerga giddensiana.

Sin embargo, en este terreno también sobrevienen los problemas de desclasamiento del análisis y de la poca atención al antagonismo. En la TEI hay lucha entre discursos y marcos interpretativos pero no relación entre acciones y enmarcados. Se ve bien cómo los enmarcados motivan la acción, pero no cómo las acciones se convierten en puntos de partida o de apoyo de los discursos. Nada mejor que traer a colación la vieja consigna del Mayo Francés: “No hay escultura más bella que el adoquín en la cara de un policía” o “La barricada cierra la calle pero abre el camino”, o la anécdota de un psicoanalista al que la joven paciente le dejó un adoquín arriba del sillón en la última sesión.

La estricta separación entre marcos y acciones no hace justicia al carácter incierto y sorprendente de las luchas en condiciones muy desfavorables en las que las formaciones discursivas e identitarias vienen bastante más atrás de las acciones, o el viejo proverbio gramsciano: las clases subalternas son mucho más radicalizadas en sus acciones que en sus pensamientos. Parte de la disrupción simbólica proviene justamente en esta inversión de la semiosis normal que da privilegio a lo nominativo: los movimientos ponen en acto no palabras sino nuevas formas de estar en lo real, y esto parece ser un proceso que comienza por lo emocional, lo corporal y carnal, en el que la razón y el discurso son lo último y no lo primero. El principio parece ser “primero vino la acción y después la palabra que la nombra y le da proyección”.

Se podría decir que los enfoques del paradigma del enmarcado interpretativo tienden a un modelo de movilización “logomáquico”, es decir, los cambios cognitivos son precedentes y determinantes de la lucha, rémora

inconsciente de la teoría de las creencias generalizadas y la cognición caliente. El capital simbólico se gesta por medios independientes y paralelos a la acción colectiva, de forma tal que el capital organizativo y político se deriva en parte de él. Faltan las formas en que el capital simbólico se modifica o se crea como parte de la acción y la colectivización de la misma. Hay una exterioridad de las ideas frente a la acción que se reduce a lo instrumental de la lucha. Abusando insidiosamente podría decirse que hay un neoutilitarismo de los marcos "convenientes" donde el papel de los líderes y emisores de los movimientos tiende a ser lo central. A este tipo de planteos podría oponérsele la idea de que estos elementos no pueden tomarse simplemente como "activos simbólicos" sin ponerlos en relación con las alternativas de la lucha, el curso de los antagonismos, las acciones de los adversarios, etc., y no en las mentes de los dirigentes.

Por último, cabe introducir la cuestión de clase en los procesos de enmarcado. La problemática de la pesquisa de las fuentes clasistas de identidades y formas de conciencia tiene dos grandes aspectos: el alineamiento de marcos *interno* con respecto a los militantes y bases de apoyo, y el alineamiento de marcos *externo* con respecto a aliados potenciales, poderes públicos, audiencias neutrales, etc. La circulación de significados hacia adentro y hacia afuera que constituyen las condiciones simbólicas de posibilidad de la acción y la organización colectiva es difícil de mantener aislada de determinaciones clasistas. Como es sabido, la activación de capital cultural, su valorización requiere de determinados tipos de capital concurrentes, acceso a determinados espacios sociales, etc. Varias franjas de la pequeña burguesía o las capas medias son las que tienen mayores posibilidades de reunir estas condiciones: el estudiantado, los profesionales vinculados a la educación o la cultura y el arte, los trabajadores calificados de la salud y de los servicios sociales, etcétera.

El sesgo clasista de los enmarcados es inevitable a la hora de validar una de las "condiciones de fiabilidad" de los enmarcados: la congruencia con la experiencia cotidiana, la validez empíricamente perceptible por grandes públicos, la consistencia argumental en las imputaciones de responsabilidades o atribuciones causales, la alusión a valores preexistentes (ampliación o extensión de marcos disponibles) y su resignificación y transformación. Todos estos elementos tienen nítidas condiciones clasistas en la medida en que definen por acción u omisión posiciones de enunciación y destinatarios de significados y acciones. La construcción discursiva de las interpelaciones de los movimientos necesariamente tiene ajustes de acuerdo con los destinatarios particulares. Para la TEI los destinatarios son descriptos con categorías "neutras": los medios, el público en general, terceros observadores no involucrados, oponentes, circunstantes, autoridades, etc. Pero en realidad es imposible enmarcar una lucha sin incorporar a la producción

de sentido marcas enclasadoras que aludan a antagonismos que atraviesan la vida material y simbólica de los destinatarios.

Si las clases son planteadas como "intentos organizados de organizar clasificando" y asignando modos de acción posibles, poniendo gente junta o separada desde una mirada que necesariamente es selectiva (Furbank, 2005), entonces los movimientos participan activamente en el proceso social de construcción discursiva de enclasamientos y desclasamientos. El análisis de la mediación clasista de sus construcciones discursivas hacia adentro y hacia fuera, sus posiciones de enunciación, la enunciación de destinatarios y contradestinatarios, abre un ancho campo de indagaciones. Los movimientos son impulsores principales de los discursos de enclasamiento y desclasamiento. Por ejemplo, el movimiento negro desclasaba (invocaciones humanitarias contra el segregacionismo civil y político, de integración nacional, el "I have a dream", etc.) cuando luchaba en el Sur pero enclasaba claramente cuando se extendió a los guetos de las grandes ciudades (y denunciaba la segregación económica e inmobiliaria sólo contra los negros pobres, los abusos policiales sólo contra los negros pobres, etcétera).

Otro ejemplo típico son las marcas clasistas de los enmarcamientos que se observan en la construcción de sentidos hacia adentro mismo del movimiento en torno a los valores "militantes": el coraje o valor militante, la autonomía o autotransformación subjetiva, son enfatizados por las clases medias, mientras el esfuerzo, la solidaridad y la persistencia o la eficacia externa de la acción priman en las clases populares.

CAPÍTULO 2

Del análisis de clase estático al análisis clasista dinámico de la movilización social

La superación del análisis de clase

El examen teórico ensayado nos permite trabajar en la purga y depuración del concepto de clase –a riesgo de que en su resurrección el dinosaurio se convierta en pájaro– como condición para convertirlo en una herramienta poderosa a la hora de analizar los fenómenos de movilización social.

La posibilidad del análisis de clase o, mejor aún, de un análisis clasista de la acción colectiva y los movimientos sociales, reposa en la previa demolición de varios de los pilares sobre los que se asienta. En definitiva se trata de radicalizar los avances de los enfoques posclásicos y abandonar los presupuestos fundacionales del programa clásico.

La lectura del elemento clasista de las luchas protagonizadas por los movimientos sociales las vamos a cifrar en el abandono de cuatro dispositivos sobre los que se ha fundado el análisis de clase, y en una reorientación hacia un esquema conceptual centrado en el antagonismo, la lucha y la colectivización como fundamentos teóricos.

El abandono del dispositivo estructura-distribución

Crompton (1994: 62) afirma que el supuesto fundamental de la teoría de la estructura de clases es la relevancia de la distribución de posiciones en un espacio de diferencias de propiedad para explicar la conducta individual y de grupos. Nos vamos a concentrar aquí en los primeros dos términos de la secuencia diferencias de propiedad - posiciones - acción. Según esto, ciertas diferencias de propiedad ejercen decisivamente sobre los agentes fuerzas

que los llevan a colocarse en determinadas posiciones frente al resto. Con ello nos introducimos de lleno en una de las "figuras retóricas" (ya que a mi juicio no llega a ser un concepto) que está en el centro de la comprensión "espacial" tanto marxiana como funcionalista de la vida social: una distribución de lugares forzadas por "coerción económica", "presión estructural", "constricciones sociales", etcétera.

Vamos a ensayar aquí una serie de argumentos contra esta noción de "efecto distribucional" forzado por las relaciones de propiedad.

1) *La "coerción" no es unívoca sino contradictoria.* El hecho de que un sujeto –sus padres, otros familiares– pueda estar, simultánea o sucesivamente, en dos o más lugares con respecto a la propiedad parece significar ni más ni menos que las estructuras no ejercen una constricción unívoca y decisiva sobre los sujetos y que, en cambio, éstos navegan bastante contradictoriamente por sobre la "superficie estructural".

En este sentido es importante el aporte sencillo pero contundente de Marcel van der Linden (2003) respecto de la multimodalidad que puede asumir la explotación de la fuerza de trabajo en el modo de producción capitalista: no hay necesidad excluyente de que sea la venta libre de fuerza de trabajo de un individuo soberano la que sea explotada. El verídico ejemplo histórico invocado a principios del siglo XIX es bien gráfico: un esclavo es enviado a "contratar" trabajadores a cambio de un salario y se convierte en empresario plenamente autónomo organizando para su amo la explotación de estos trabajadores. El régimen salarial se puede superponer con toda clase de combinaciones de relación laboral e incluso con el trabajo autónomo y la explotación de la pequeña propiedad en la que un trabajador puede, a su vez, ser empleador o incluso "esclavista" o "señor" comprando esclavos o sometiendo a servidumbre a otros más débiles. La sencilla constatación de este abanico de posibilidades no abstractas, plasmadas en innumerables casos históricos (el doble empleo y la economía informal urbana latinoamericana, el régimen semiservil en la United Fruit en Centroamérica, de la Forestal en la Argentina, de las empresas mineras sudafricanas hasta hace apenas un par de décadas, los talleres textiles clandestinos en la ciudad de Buenos Aires y los mismos talleres no clandestinos en varios de los países asiáticos, etc.) dan una muestra fehaciente de que el modo de producción capitalista tolera o aprovecha toda clase de juegos de coerción sobre la fuerza laboral que Van der Linden llama "la complejidad de la mercantilización de la fuerza de trabajo". Por tanto, las definiciones de intereses y las formas de enfrentar las coerciones pueden ser bastante disímiles dentro mismo del universo de los explotados y oprimidos.

Es claro que esta multimodalidad de la relación capital-trabajo pone en tensión el concepto de modo de producción y el dispositivo conceptual

clásico del marxismo y muestra que las relaciones sociales de producción y apropiación no pueden tener efectos distributivos simples, de agrupamientos posicionales nítidos con fronteras infranqueables.

2) *La coerción "estructural" no puede ser prescriptiva.* Lo primero que hay que entender al hablar de clase es que su campo específico de alcance es el de las coerciones a las que están sometidos los individuos y que tienen la propiedad analítica de no adscribir a las personas, cualesquiera que sean sus rasgos personales. La coerción es "estructural" justamente porque es completamente indiferente a las características personales del individuo. Sólo en tanto es posible un desdoblamiento de este tipo –por la abolición de las prescripciones y adscripciones de las sociedades precapitalistas– es que puede predicarse la eficacia causal de la clase. Únicamente en la medida en que se generaliza un sistema no normativo ni prescriptivo de atribución de posiciones existe la perspectiva de clase como organizador de la vida social: lo que los hombres tienen (tanto en términos materiales como no materiales) depende no de reglas distributivas fijas sostenidas por una autoridad, o emanadas de algún imperativo histórico o económico, sino del resultado del obrar propio sobre los demás y de los demás sobre el propio. En sociedades donde no hay prescripción de diferenciaciones adscriptivas que atan a la persona a la posición, ni tampoco puramente lucrativas, ya que no responde al mero "tener" sino a lo que se hace con lo que se tiene, los hombres tienden a pensarse y organizar su vida en función de lo que "tienen" que hacer con lo que tienen, y eso es un tipo de "comprensión" necesariamente "clasista" de la vida social. La clase aparece cada vez que un sujeto tiene que calcular las consecuencias de su hacer frente al hacer de otros, tomando en cuenta su tener frente al tener de los otros. En las sociedades no clasistas el tener viene atado necesariamente al ser,[1] en las sociedades clasistas el tener es resultado contingente (no simplemente azaroso) del hacer individual y colectivo. El sujeto se establece a través de la perspectiva de clase como agente en un orden ante cuyas restricciones y coerciones es capaz de dar respuesta, incluyendo la pura pasividad o subordinación a las coerciones.

La clase alude a individuos que deben dar respuestas a otros a quienes "clasifican" con relación a sus condiciones de existencia. Las clasificaciones de "clase" posicionan las propias condiciones de existencia frente a las de otros.

3) *La coerción estructural no proviene de la naturaleza "objetiva" o material del bien o la propiedad.* El "tener", la muda propiedad o la disposición

1. Obsérvese que las teorías clásicas weberianas o marxistas simplemente reemplazan el ser por el estar (en una situación de mercado, en una posición en relaciones de producción, etc.) pero no modifican la relación lógica entre los términos.

efectiva de bienes, cualesquiera sean, no generan *per se* fuerza coercitiva o coactiva, ni efecto distribucional alguno sobre otros bienes, si no están mediados por acciones. En la perspectiva de clase la propiedad no es tan importante como lo que se es capaz de hacer con ella frente al hacer de los no propietarios. Los llamados "efectos distributivos", la ubicación de los agentes en posiciones, no obedecen a "efluvios" estructurales emanados de la "maldita propiedad privada" sino del resultado de la interacción generalmente, pero no exclusivamente, conflictiva entre poseedores y no poseedores. Los efectos distributivos no pueden deducirse trascendentalmente de categorías de bienes en virtud de propiedades "ontológicas" de los mismos, sino que estas propiedades sólo son tales cuando se inscriben dentro de una pugna, antagonismo o lucha particular. Obsérvese que si el mero "tener" fuera determinante suficiente de la posición de los agentes y con ello se definieran con precisión sus posibilidades de acción, no estaríamos en un sistema clasista sino en un sistema adscriptivo y prescriptivo. Lo esencial del sistema clasista es que la propiedad no vale nada en sí misma sino que los agentes están mutuamente coercionados a "hacerla valer" y es en ese interjuego de coerciones que se producen efectos de reacomodamientos y localizaciones, es decir, "los efectos distributivos". En sentido cabal, la coerción no proviene de una "estructura" sino de acciones y prácticas. El tener no coerciona sino a través del hacer. De esta forma, en una sociedad estrictamente clasista no se trata de ejercer coerciones para apropiarse de alguna clase de bien intrínsecamente valioso (cuyo valor "coercitivo" podría determinarse exteriormente al juego social mismo) sino al revés: se trata de apropiarse de aquellos bienes que maximizan la capacidad de coerción sobre otros y esta capacidad no puede juzgarse independientemente del juego social mismo. El tener sólo puede ser perseguido por la capacidad de hacer, por la capacidad de ejercer coerción que proporciona sobre otros y no al revés. La secuencia de la sociedad clasista es "hacer-tener-hacer" que es distinta al "tener-hacer-tener".

Pero la capacidad de coerción de un bien no se deriva de sus atributos "objetivos", "naturales", "materiales" o "estructurales" sino de su inscripción en prácticas de lucha frente a otros. El valor de un bien es interno al antagonismo del que forma parte. En este sentido el poder de la propiedad es un poder puramente relacional y contextual que depende del hacer y el tener de otros a los que se enfrenta.[2]

2. Los clásicos ejemplos de los bienes de consumo "posicionales" y el manejo de las apariencias del "trepador" muestran que "el no tener" (objetivamente) no necesariamente es un obstáculo para ejercer poderes clasificadores y coerciones sobre otros en determinadas circunstancias. Al revés, el típico ejemplo de Bourdieu, y también de Weber, del "nuevo rico" muestra que el tener (objetivamente) no necesariamente tiene los efectos clasificadores y coercitivos sobre

4) *La coerción no fija sino que mueve.* Dentro de la problemática de las clases, las respuestas de los agentes a las imposiciones distributivas son fundamentalmente formas de "lucha" y de "movilidad", es decir, son formas de usufructo de la cualidad de "apertura" no adscriptiva de las fronteras que separan espacios sociales de clase. Tanto la lucha como la movilidad pueden ser encaradas como acciones estratégicas sobre los juegos de constricciones ejercidas por otros grupos o clases. Así, las distribuciones y posicionalidades no pueden ser otra cosa que resultados "naturalizados como orden social", aunque siempre transitorios, de conflictos competitivos individuales o sociopolíticos colectivos. El efecto distributivo nunca es estático, siempre está impelido por la lucha y la movilidad.

Joseph Schumpeter (1965) con su analogía con los buses donde sube y baja gente todo el tiempo, ha intentado salvar el concepto de clase, crudamente estructural-distribucional, sin sacrificar las propiedades de movilidad y apertura. Pero es claro que esta analogía hace endeble la relación entre estructura y acción individual y colectiva ya que la exterioridad entre ómnibus y pasajeros es bien clara. Ni las estructuras afectan identidades o disposiciones individuales, ni mucho menos las acciones individuales o grupales afectan las distribuciones estructurales. Una lectura estática y "estructural" de movilidad y lucha hace exterior a los sujetos que se mueven libremente pero dentro de constricciones rígidas completamente exteriores a su accionar. Aquí vamos a sostener que lucha y movilidad implican capacidades clasistas de autoformación, de intervención sobre sí mismos y capacidades clasistas de "deformación" de los espacios estructurados, de intervención sobre las reglas del orden que reflejan coerciones naturalizadas impuestas por grupos oponentes.

El concepto de clase trae un dinamismo subvertidor del orden: toda posición de clase tiende a ser negada por los mismos que la ocupan. En la perspectiva clasista cada sujeto ve las posiciones como fruto de coerciones que pugnan por fijarlo a lugares y ante las cuales puede hacer valer sus propias capacidades de coerción sobre los demás. Nada hay de sagrado en los lugares ni en las coerciones, nada es definitivo y consagradamente legítimo. Por el contrario, en la perspectiva de clase rige el principio de que el orden social es fluido y obedece a lo que los hombres hacen con lo que tienen, a los antagonismos que los envuelven y a ninguna otra cosa más.

La pregunta clasista es "¿qué hacen los hombres con las circunstancias que los agrupan y con las fuerzas que los separan?". La clase es el escenario representado para una no aceptación que es esencial al concepto de clase: la movilidad individual o la acción colectiva contenciosa contra las "fuerzas" impuestas que constriñen y atan a posiciones dadas. La respuesta de

---

otros que se esperan de él. Ambos ejemplos de la sociología más clásica muestran que el valor de la propiedad depende por entero de la relación social en la que se inscribe.

"movilidad" supone un intento de aprovechar los rasgos de inconsistencia, plurimodalidad y contradicción en las reglas que ordenan las distribuciones vigentes. La movilidad individual existe porque las constricciones supuestamente "estructurales" de las relaciones de propiedad son porosas y contradictorias, permeables a estrategias individuales. La intervención política pública, la lucha colectiva, supone intentos de alterar las mismas coerciones dadas que pretenden ser erigidas en reglas distributivas establecidas, en orden naturalizado. Ambos tipos de respuestas no son en absoluto independientes entre sí: la acción colectiva suele pugnar por mejorar las condiciones generales de valorización de recursos e incremento de su eficacia para facilitar la movilidad individual (valor de la fuerza de trabajo, de las calificaciones, acceso a la propiedad, a la cultura, etc.) y los intentos individuales fallidos de movilidad o la pérdida de posiciones suelen incrementar la predisposición individual a la acción colectiva. En definitiva, en un sentido de "clase" estricto, las distribuciones relevantes son aquellas que impactan sobre las capacidades de movilidad y lucha.

En conclusión, los efectos distributivos no pueden estudiarse como exterioridad determinante emanada de estructuras, como causación unidireccional, sino como dinámica de acciones individuales y colectivas. La pobreza de los enfoques "estáticos" posicionales muestra la necedad de ver las distribuciones como efectos de regularidades estructurales sin recurrir a las acciones de los agentes y sus luchas tanto individuales como colectivas.[3] Ningún esfuerzo será suficiente para apuntalar la novedad de la promesa posclásica de virar desde un análisis de posicionalidades definidas por claves suprasociales hacia un análisis relacional que incorpore la lucha y la movilidad.

El abandono del dispositivo posición-acción

Veamos el segundo eslabón de la cadena. Así como no se pueden deducir las posiciones de "estructuras", de procesos o leyes trascendentales, tampoco se pueden deducir las acciones de las posiciones.

La perspectiva de clase es la que permite avizorar un orden social íntegramente hecho por el hombre. Lo revolucionario de la perspectiva de clase

3. Es delator y sintomático que la división del trabajo disciplinar dentro de la sociología académica ponga en las antípodas curriculares los estudios de la estructura social y los estudios de la movilización social. Bibliografías, métodos, técnicas de investigación y conceptos parecen habitar mundos que se naturalizan como ajenos. Para peor, la mayoría de los estudiantes termina creyendo que primero hay que conocer la estructura social y después analizar los procesos de movilización. Algo más para agradecer a marxistas y funcionalistas que en esto no vacilan en unificar sus credos.

es que hace expresa renuncia a fijar las posiciones y, dentro de ellas, a fijar lo que los hombres tienen que hacer. Los lugares que los sujetos ocupen y lo que hagan en ellos no están prescriptos en ningún campo de inteligibilidad que se sustraiga a las mismas acciones de los hombres.

Bourdieu (2003: 28) es quien mejor se ha manifestado contra el sustancialismo clásico de las correspondencias fijas entre posiciones definidas por la propiedad sobre bienes que determinan decisiones y prácticas. Su esquema teórico propone un "análisis de la relación entre posiciones sociales (concepto relacional), las disposiciones (o los *habitus*) y las tomas de posición, las «elecciones» operadas en los dominios más diferentes de la práctica en cocina o en deportes, en música o en política, etc., por los agentes sociales [...] las comparaciones no pueden hacerse nunca entre elementos particulares de dos sistemas sino entre sistemas".

La típica determinación modal (la coerción del tener sobre el hacer) es atenuada a partir de la escala intermedia del *habitus* y las disposiciones. La aclaración de que las comparaciones no pueden realizarse entre elementos sino entre sistemas de relaciones es también esencial. El ejemplo de Bourdieu es magnífico: el ser estudiante universitario es distinto para un aristócrata, un burgués, un obrero o un marginal; para unos es natural, para otros una obligación o un mérito y para los últimos un exotismo o una proeza. Una práctica no puede explicarse por corresponderse a una posición o a unas posesiones, tampoco a una serie de disposiciones personales inculcadas, sino que el sistema que enlaza los tres niveles es el que especifica el sentido "clasista" diferencial de esa práctica. Un ejemplo semejante podría proponerse para leer la acción colectiva: participar en un cacerolazo, un piquete, un escrache o ser miembro de una asamblea barrial es algo que no obedece a una regla de correspondencia con posiciones sino que está atravesado por sentidos clasistas que pueden ser múltiples y contradictorios. Según este esquema, las clases no determinan prácticas puntuales sino que las impregnan, las atraviesan inscribiéndolas en sistemas de relaciones.

Esto descarta el problema de la correspondencia término a término entre clase y movimientos que haga coincidir locaciones de clase con tipos de acción y organización.[4]

El paradigma clásico weberiano-marxiano propone un nexo universal

4. La contraposición entre clase y movimientos o lucha de clases y movimientos sociales, como si fueran conceptos opuestos y competitivos (Galafassi, 2007; Millán, 2010) también resulta absurda y obedece solamente a la negativa a tomar el contenido clasista presente en todo proceso de movilización. En realidad clases y movimientos pueden combinarse sin ningún problema justamente porque forman parte de campos semánticos heterogéneos que no se excluyen entre sí. Movimiento excluye partidos o sindicatos, no clase. Clase puede excluir estratos, estamentos y otras formas de diferenciación social, pero no movimiento. Hacer competir clase y movimiento también puede significar el intento de confundir clase con un grupo, un actor organizado visible.

entre posición y acción que hace posible las correspondencias: el "interés" de clase. Veamos una serie de argumentos que refutan esta posibilidad teórica.

En principio, un corolario de algo ya visto arriba. La validez de la noción de interés de clase "objetivo", como "mediación estructural de la acción", depende en gran medida del carácter fijo o estable de las posiciones estructuralmente definidas. El carácter multimodal y mutable de los emplazamientos estructurales conspira contra la eficacia explicativa de la imputación de intereses como recurso analítico. Las coerciones "estructurales" no emanan de posiciones sometidas a influjos "abstractos", a las tiranías invisibles del "capital" o "el mercado", sino de relaciones de lucha y antagonismo, abiertas o encubiertas, manifiestas o latentes, que obedecen a las tomas de posiciones y emplazamientos concretos, aplicación de poderes en situaciones e intentos de neutralizar los poderes de otros. Asimismo, las coerciones estructurales no se transpolan en el campo de la subjetividad como mudos e ineluctables "intereses". Por ejemplo, la lucha por salarios es al mismo tiempo siempre lucha por valores. El incremento salarial puede ser enmarcado de diversas maneras en su sentido clasista. Desde "sacarse el hambre" y satisfacer las necesidades básicas, hasta reconocimiento, dignidad, autonomía como consumidor, aspiraciones de consumo "posicional", aprovechar poder de mercado o de negociación sindical (renta de poder colectivo), signo de importancia política, más tiempo libre para esparcimiento o para participación social y/o política (sea por el socialismo o en una ONG solidaria), ahorro para acceder a la vivienda, ingreso suficiente para evitar la salida de la mujer al mercado de trabajo, ahorro para invertir en un negocio y dejar el empleo asalariado, para pagar la educación privada de los hijos, etc. El salario como interés no puede separarse del conjunto de expectativas y aspiraciones articuladas a través de valores que se hilvanan con estrategias de movilidad y lucha. Aun más, dentro mismo de los colectivos de trabajo pueden aparecer tensiones acerca del marco en que se define la lucha salarial. Los trabajadores más viejos que quizá ya accedieron a la propiedad tienen tomas de posición diferentes de los más jóvenes, los trabajadores más organizados y con tradiciones de lucha lo mismo respecto de los más desorganizados, etcétera.

Los "intereses" de las clases medias ante el posneoliberalismo

Un ejemplo de actualidad acerca de cómo las coerciones económicas tienen sentidos contradictorios lo dan los posicionamientos de los diversos segmentos de clases medias respecto de dos sets distintos de condiciones económicas, es decir, de las preferencias de política económica expansiva. En el primer set "neoliberal monetarista" la desregulación financiera y comercial externa

permite el ingreso de capitales y endeudamiento externo, la expansión del consumo se logra vía financiamiento y crédito, la estabilidad monetaria y la baja inflación se consigue con flexibilización y disciplinamiento laboral, tasas de interés reales positivas dolarizadas, mayor desempleo y ajuste fiscal. En el segundo set "mercadointernista populista" la expansión se logra vía incremento de los ingresos reales y el empleo, estricta regulación del comercio exterior (proteccionismo y retenciones), del tipo de cambio y del ingreso de capitales, aumenta el gasto, la presión fiscal y las protecciones al empleo, baja la tasa de interés y se desdolariza el ahorro interno.

De acuerdo con las entrevistas realizadas a participantes en las recientes movilizaciones antikirchneristas vemos que hay considerables variaciones e indefiniciones de intereses respecto de esto. El interés del pequeño y mediano capital comercial se debate, por una parte, entre la importancia de los salarios y el empleo para que haya ventas y el encarecimiento del costo laboral e impositivo o el control del comercio exterior que limita la actividad. Por otra parte, el acceso al ahorro, el crédito dolarizado y la libre importación abre opciones de negocios, pero la depresión de salarios y empleo achica el consumo y las ventas. Las políticas neoliberales son más atractivas del lado de los costos laborales y fiscales, ya que los costos futuros derivados del endeudamiento por ingreso de capitales se espera se difieran en el tiempo y se licuen en la sociedad en su conjunto. Las políticas estatistas posneoliberales parecen más sólidas en actividad y ventas pero los costos son mucho más visibles en términos de presión salarial, impositiva e intervención estatal.

Para los profesionales autónomos de alta calificación el primer set de condiciones tiene la ventaja de la abundancia de dólares que permite una mejora de precios relativos en servicios que absorbe buena cantidad de trabajo altamente calificado a precios dolarizados. Los sectores sin capacidad de acumulación propia dependen del crédito para cubrir sus necesidades de bienes durables y vivienda, para el que resulta más favorable el ingreso de capitales sin regulación.

Por último, los sectores de clase media asalariada con altos niveles educativos ven al primer set de condiciones con beneficios de estabilidad de precios y mayor acceso al crédito pero los perjudica seriamente en la contracción del mercado laboral y en la flexibilización, precarización, inestabilidad, altas tarifas de servicios, etc. El segundo set de condiciones los beneficia claramente en términos de mercado laboral e ingresos, tarifas, pero los amenaza del lado de la inflación, el encarecimiento de consumos importados, menor acceso al crédito y achatamiento de expectativas de consumo suntuario.

Para los sectores medios excedentarios, exitosos en términos de empleo e ingresos con la expansión de la demanda interna, la combinación de inflación con bajas tasas de interés y escasas oportunidades de renta financiera explica la tendencia a la dolarización de la acumulación. A ello debemos agregar las expectativas de consumo emulativo y turismo al exterior asociadas directamente con aspiraciones y estilos de vida. Todos estos elementos se dan de patadas con los parámetros del "modelo nacional-popular".

En términos generales, este dilema supone una definición dinámica y contradictoria de intereses: cuando el primer esquema produce una recesión insoportable predomina el interés en pasar al segundo, pero cuando el segundo tiene éxito comienzan a verse sus limitaciones y aparece la tentación de volver al primero.

Es por este cúmulo de contradicciones que las actuales movilizaciones antigubernamentales (13S, 8N, 18A) protagonizadas por los sectores medios no definen demandas económicas más allá del acceso al ahorro en dólares, el rechazo al impuesto a las ganancias o la liberación del gasto turístico en el exterior.

Las formas ambiguas en que son experimentados estos dos tipos de "reglas" de juego en materia de régimen social de acumulación muestran las formas contradictorias en que las posiciones afectan el proceso de definición de intereses en el universo pequeñoburgués y el débil compromiso con cualquier política económica nunca mejor expresado que en una consigna de las asambleas barriales ante la salida de la convertibilidad y la devaluación del peso de 2002: "No a la convertibilidad, no a la devaluación, no a la dolarización".

Reducir el salario a mero "precio" (categoría económica) o a "recompensa" o "retribución" (categoría normativa de justicia) son formas de significación estáticas y desclasantes, en la medida en que se hacen al margen de los procesos de lucha y colectivización. La definición de intereses desde una perspectiva dinámica restituye las dimensiones del antagonismo colectivo.

Desde el interés empresarial el salario también está enmarcado de maneras diversas y mudables formas asociadas al curso de luchas y conflictos. En situaciones recesivas se plantea un *trade off* salario/empleo, con sindicatos débiles los aumentos salariales se pretenden canjear por productividad y condiciones de trabajo, con el poder político los aumentos salariales se suelen acompañar por pedidos de protección de la competencia, con sindicatos fuertes se ofrecen aumentos diferenciados y beneficios adicionales como forma de dividir y menoscabar la lealtad al gremio, etc. Las estrategias de aumentos salariales de las empresas generalmente incluyen propósitos bien visibles de fragmentación y separación del colectivo laboral, y estímulos a la estrategia de negociación individual o fuera de convenio. El salario ni siquiera para las mismas empresas es solamente un precio, un costo o un elemental estímulo al esfuerzo y la productividad del trabajador.[5]

Del mismo modo que el salario, la ganancia, el lucro empresarial, no puede definirse por "intereses" fijos derivados monótonamente de la posesión del

5. El ejemplo más obvio en la historia del trabajo capitalista moderno lo da Henry Ford con el famoso "5 dólares diarios" de 1914 cuando más que duplica los salarios que se pagaban en otras automotrices.

capital y la posición en la estructura productiva. El dumping para desalojar competencia, la compra de empresas deficitarias y el pago de exclusividades a proveedores para desabastecer la competencia, la beneficencia en gran escala, las fundaciones de ayuda social, el patrocinio cultural, etc., suelen insumir presupuestos significativos, al igual que sobornos a funcionarios, dirigentes gremiales y políticos. No caben dudas de que el resultado contable de los balances no es el único, ni siquiera el principal de los intereses de los capitalistas. En esto hay que rendir pleitesía a Marx: el capital es una relación social y como tal es contradictorio, siempre sometido a antagonismo.

También hay que tener en cuenta la conocida objeción a la posibilidad de convertir el interés individual en interés colectivo. El llamado "dilema de la acción colectiva" (teorema de Olson, "dilema del *free rider*") demuestra la dificultad para encontrar una solución de continuidad entre el interés individual y el colectivo y con ello también traba todo pasaje entre posiciones y acciones a través de intereses unívocos.[6] La posible colectivización de intereses puede no producirse nunca y generalmente no es de las más importantes fuentes de motivación para la acción en la vida del individuo.[7]

Finalmente hay que resaltar el hecho de que las sociedades clasistas suponen exponer las posiciones al juego social. Las leyes, el derecho, la fuerza pública, están formalmente abiertos a las intervenciones de los sujetos para cambiarlas. Una visión clasista de la vida social (tanto del observador o el teórico como de cualquier actor social) asume que las posiciones no están simplemente dadas sino que son los objetos mismos de la lucha. En términos típico-ideales, la sociedad de clases es solamente compatible con una sociedad democrática con tendencia al derecho igualitarista y a las libertades ampliadas. Las acciones de movilidad y lucha, la colectivización de intereses y acciones, dependen de los grados de libertad de disposición de propiedad, calificaciones y cultura, cualesquiera sean las distribuciones efectivas de estos poderes. Por supuesto que el grado de apertura y libertad a su vez depende también de los mismos resultados de las luchas principal-

6. Dentro de las teorías de la elección racional y sus estudios sobre juegos de cooperación es conocida la formulación de una variante del "dilema del prisionero", llamada el "teorema de Olson" de predisposición a la inacción colectiva o "problema del *free-rider*" (también llamado "dilema del rebelde"): los individuos decidirán siempre no participar de la acción colectiva si los bienes por los que se lucha son públicos y no excluibles (serán igualmente distribuidos entre los que lucharon y los que no), ya que los costos de participar son muy altos en caso de perder y redundantes en caso de ganar, habida cuenta de que los beneficios serán igualmente recibidos. Los individuos si se comportan racionalmente siempre esperarán que sean otros los que corran con los costos de la lucha. Los marxistas analíticos suelen pensar las relaciones de clases en términos de estos juegos.

7. Vale la cita de Charles Wright Mills (1961: 16) referida a las clases medias: "Lo que les interesa no es siempre lo que les importa", aludiendo a la toma de posición que mantiene una distancia entre la vida individual y la colectiva.

mente colectivas y políticas. Como veremos más adelante, la lucha remite a la colectivización de capitales y a la disposición de poder organizativo y político. De ahí la relación entre sociedad democrática de derechos, presión simbólica igualitarista y sociedad clasista: las concesiones de derechos son la base misma de la ampliación de la esfera de las acciones electivas y de los alcances de los poderes de disposición para mejorar las condiciones de movilidad y lucha que alimenta la perspectiva de clase. La sociedad clasista consiste en libertad de los agentes para desestabilizar toda posición dada y por eso mismo estar expuestos a ser desestabilizados. El asedio permanente a las posiciones hace que la definición de intereses no pueda tener carácter fijo o permanente y que el interés fundamental sea simplemente conservar o aumentar la posición dada.

El abandono del dispositivo posición objetiva-conciencia subjetiva

Nuestro punto de partida es que sólo la consideración de la lucha y el conflicto permite abordar el proceso de constitución de clase como un colectivo histórico activo que incorpora el protagonismo de la misma clase en su propia formación. En este sentido la noción de "experiencia" propuesta por Thompson (1989) permite concebir lo que en Marx permanecía latente: la mediación entre la presión estructural y el "ver" la obligación de luchar.[8] Este "ver" no es un fruto ciego de las mismas fuerzas impersonales, ni una epifanía natural en la que la realidad se da a los hombres "en sí", sino una interpretación particular históricamente condicionada por acervos de luchas anteriores, cultura y creencias.

> Class formation and the discovery of class consciousness grow out of the process of struggle, as people experience and "handle" their class situations. It is in this sense that class struggle precedes class. To say that exploitation is "experienced in class ways and only thence gives rise to class formation" is to say precisely that the conditions of exploitation, the relation of production, are objectively *there* to be experienced. [...]
>
> How the determining pressures of structured processes are experienced and handled by people.[9] (Meiskins Wood, 1996: 80, 97)

8. Es interesante también el aporte al tratamiento de la noción de experiencia que propone Modonesi (2009: 19 ss.) y sus imbricaciones con los de subalternidad, antagonismo y autonomía.

9. "La formación de clase y el descubrimiento de la conciencia de clase germinan a partir del proceso de lucha y de la forma en que la gente experimenta y «maneja» sus situaciones de clase. Es en este sentido que la lucha de clases precede a la clase. Decir que la explotación es «experimentada en forma de clase y sólo entonces da lugar a la formación de la clase» es

Son los mismos trabajadores los que se representan a sí mismos experimentando presiones de fuerzas colosales que explican su situación. Todo proceso de formación de clase posee dos dimensiones de la acción sobre sí misma: una de colectivización en la organización y la lucha, y otra de acción comunicativa, es decir, una forma de enmarcamiento de su propia experiencia.

Los aportes de los historiadores ingleses modifican el nexo conceptual disyuntivo que en Marx anudaban la esfera de las relaciones entre clases (lucha de clases como cohesionadora, unificadora) con el campo de las relaciones intraclases (producto de la presión estructural, descolectivizadora, competitiva). Estas dos relaciones, entre clases y entre miembros de la clase, entran en una conjunción problemática: las relaciones entre clases no tienen como único componente la presión estructural de coerción económica, sino que también aquí puede haber creencias, significados o "costumbres en común", identidades locales, religiosas, compartidas entre dominantes y subalternos, dando pie a la consideración de las cuestiones de la hegemonía, y las relaciones entre los miembros de una clase tampoco pueden reducirse a la competencia disolvente en un mercado ya que operan fuertes creencias y experiencias compartidas.

> While the identification of antagonisms in the relation between classes is necessary condition for a definition of class, it is not sufficient. That brings us to class as an internal relationship, a relationship among members of a class [...] class relations are not reductible to production relations.[10] (Meiskins Wood, 1996: 94-95)

Es la experiencia de la identificación de la coacción, que moviliza toda clase de experiencias previas, memorias, tradiciones, sentimientos, lo que permite elaborar un marco común compartido y recursos de identidad para la lucha.

Parte importante del enmarcamiento cognitivo de la lucha y la constitución como clase depende de procesos de atribución donde juegan también pretensiones de "objetividad" como fuente necesaria de cuestionamiento al orden social y de legitimación de las demandas. Los sesgos sistémicos atri-

---

decir precisamente que las condiciones de explotación, las relaciones de producción, están objetivamente ahí para ser experimentadas. [...]

"Como las presiones determinantes de procesos estructurados son experimentadas y manejadas por personas" (traducción propia).

10. "Aunque la identificación de antagonismos en la relación entre clases es condición necesaria para una definición de clase, no es suficiente. Esto nos lleva a la clase como una relación interna, una relación entre los miembros de una clase [...] las relaciones de clase no son reductibles a relaciones de producción" (traducción propia).

buidos a "estructuras objetivas" de consistencia difusa resultan centrales para la conciencia "espontánea" clasista. Justamente, aquí aparece el papel del marxismo y del "efecto teórico" que Bourdieu (2003) invoca críticamente para desnaturalizar la objetividad positivista del marxismo. La postulación de objetividades, el señalamiento de fuerzas objetivas independientes de la voluntad, son dispositivos que atribuyen "realidad" a las clases y sus relaciones, y con el tiempo se convierten en fondos culturales. El marxismo tanto como la economía de mercado han sido quizá casos extremos de eficacia de este "efecto teórico" que opera en los marcos cognitivos de los agentes y por esa vía opera también "objetivamente" o al menos contribuye a "crear" las objetividades que enuncia.

Pero la postulación de la "objetividad" como modo de apropiación discursiva de lo real, que simultáneamente condena a la falsedad o el autoengaño al resto, no es un déficit teórico del marxismo, forma parte esencial en los dispositivos de la comprensión clasista de la sociedad. Los intelectuales y políticos burgueses también invocan todo el tiempo leyes económicas, tendencias objetivas, "el mundo es así", y de hecho el neoliberalismo triunfante en el mundo se basó en un eslogan de Margaret Thatcher: "TINA: there is no alternative". La objetividad lejos de ser la fuente de la conciencia es también un terreno de articulación interesado de intereses, un objeto de disputa y fundamentalmente una instancia más de coerción: aquellos que detentan la voz autorizada de la objetividad imponen una constricción simbólica al resto. El elemento central de la conciencia subjetiva en términos clasistas es... ¡detentar la objetividad!

Giddens (1995: 313) plantea que la conducta estratégica requiere definir propiedades estructurales del contexto, es decir condiciones invariantes, puntos de apoyo fijos para la acción.[11] Esto constituye un supuesto de toda lucha de poder y de toda idea de transformación ya que indica qué cambiar y cómo podría ser cambiado. En este sentido debe entenderse la clase como un concepto solidario con el de estrategia. El discurso clasificador siempre es un discurso avieso, estratégico, cuyo sentido está atado a una lucha y a una cierta negación de lo dado. La objetividad de las fuerzas sistémicas que predica es tanto un punto de apoyo para la estrategia de acción como también un discurso instrumentalizado por esa estrategia. Para las clases dominantes está claro que la apelación a fuerzas impersonales refuerza la retórica de la naturalización de "lo inevitable". Pero para los dominados la apelación a fuerzas anónimas y difusas también tiene ventajas estratégicas: las personificaciones concretas, las caras visibles de esas fuerzas oprobiosas, pueden cambiar de acuerdo con las contingencias de la lucha. El recurso de las "injusticias sistémicas", típicamente clasistas, permite

11. Definir "la apariencia de lo inevitable" y separarlo de lo concebido como posible forma parte de la racionalidad del obrar, según Giddens.

una coartada flexible para legitimar o deslegitimar oponentes y conflictos: esas injusticias sistémicas pueden cambiar de cara, de personificaciones, según las circunstancias. La percepción clasista de la propia situación y posición social requiere apelar a representaciones "objetivas" relativas a la existencia de "fuerzas" opresivas que se imponen a la voluntad y que están más allá de las personas. Pero esta "objetividad" primaria de la conciencia clasista no es una proeza intelectual de llegar al "secreto" de las cosas, ni tampoco una propiedad del lugar en un devenir histórico, como postulaba György Lukács, sino un tipo de conciencia adecuado a una sociedad de movilidad y lucha. No hay más objetividad que la que el hombre se pone frente a sí, o se propone colocar frente a sí. La acción y los fines hacen nacer la objetividad de los obstáculos y las voluntades que se les oponen y de los puntos de apoyo que los facilitan. Por tanto, tampoco la objetividad puede aislarse del antagonismo y la lucha.

El "punto de vista" clasista incluye esta atribución de sentido por parte de los mismos sujetos: sentirse o percibirse como "víctimas" o "presas" de fuerzas impersonales, o agentes de tendencias históricas que los exceden. Esto ha dado lugar a un sinnúmero de polémicas puestas de manifiesto en los trabajos antropológicos de James Scott (1990) sobre el "arte de la resistencia" en los que se rechaza la posible eficacia movilizadora de una construcción de sentido de atribución impersonal como la que supone "clase". La movilización y la predisposición a la lucha necesariamente deben personalizar e invocar motivos culturalmente arraigados y no causalidades generales y "abstractas". Pero Scott no aplica allí su teoría a las sociedades industriales modernas donde es norma que los agravios sean interpretados como "sesgos" o iniquidades impersonales del orden social dando con ello "legitimidad" al reclamo particular que siempre gira en torno a la idea de igualdad, es decir, a la ausencia de sesgos en las reglas distributivas.[12] El carácter sistémico o "anónimo" de la percepción de la injusticia es algo completamente internalizado que da forma a un tipo de conflictividad de carácter "universalista" y donde desde el funcionamiento económico hasta el cultural (los prejuicios raciales o sexuales, por ejemplo) se atribuyen no a decisiones, intenciones o voluntades personales o grupales sino a fenómenos supraindividuales sobre los que hay que actuar.[13]

12. En este sentido es completamente acertada la aseveración de Laclau (1987: 173) acerca de la centralidad de la revolución democrática y el desencadenamiento que provoca de una lógica equivalencial en el imaginario social.

13. La coerción estructural (o su completa negación, como es muchas veces el caso de las clases medias) deja de ser una mera categoría de uso científico o especializado y puede convertirse en un marco interpretativo de los actores movilizados. Esta constatación obliga a una nueva vuelta de tuerca acerca del problema magníficamente formulado por Laclau (1987: 172 ss.) en cuanto a que debe abandonarse un esquema esencialista que incluye antagonismos en

El carácter fantasmal del "verdadero" oponente abre la problemática de la "opacidad" de las apariencias que las clasificaciones "clasistas" intentan "penetrar" (Giddens, 1995: 342). Esta problemática tiende a "objetivar" las fuerzas más allá de la misma determinación de los oponentes visibles. Pero esta forma de antagonismo, que enfrenta un enemigo invisible a través de sus formas vicarias, advierte sobre la pretensión profundamente transformadora que anima –aunque sea potencialmente– el discurso clasista[14] al atacar a las "reglas mismas" más allá de sus encarnaciones en voluntades concretas.

El anatema de Philip Furbank (2005: 113 ss.) contra el imaginario sociológico de un orden que explique una posición para cada individuo o grupo ("la jerarquía perfecta") lleva a circunscribirse a investigar no las maneras de clasificar, ya que no hay posible forma objetiva universalmente aceptada por cualquier observador de agrupar a la gente concreta, sino las retóricas de la clasificación. Según esto, "clase" tendría exclusivamente un significado de convención pragmática. Pero el razonamiento de Furbank tiende a desobjetivizar el valor de "clase" y concentrarse en su valor de "manipulación" olvidando que ambas son correlativas: la objetividad es también una convención social importante y sólo porque todos creen que el otro tiene una idea de la verdad sobre lo que ocurre (la realidad objetiva) es que puede intentar manipulársela. Pero este intento de manipulación sólo puede basarse a su vez en la asunción de alguna clase de verdad u objetividad desde la que se enuncia. Sólo puede mentir quien sabe o cree saber la verdad y la preocupación del manipulador es saber la verdad para sacar ventaja de ello. El uso necesariamente pragmático y "mentiroso" es imperativamente "realista": las clases y la atribución de intereses son también formas autoesclarecedoras y no fingidas acerca de la propia posición. La construcción de un lugar de enunciación dentro de una estrategia de poder, por más falso y mentiroso que deliberadamente se proponga, no puede hacerse sin una certeza de la "verdad" que se está ocultando o distorsionando.

---

posiciones estructurales. El conflicto y la lucha contra la opresión no emanan de posiciones estructurales. Entre posición subordinada y rebelión no hay solución de continuidad (Laclau, 2007: 111). Esta operación sólo puede establecerse mediante un exterior discursivo desde el cual mediante la lógica de las equivalencias se convierten la subordinación en opresión y la acción en sublevación. Pero el pensamiento libertario del siglo XIX ha insistido en conformar un exterior discursivo (básicamente el marxismo y el anarquismo) que intenta desaparecer como exterior en tanto que asume una posición de enunciador como develador del secreto de las estructuras objetivas (el Estado, el capital, la evolución, etc.), convirtiendo en personificaciones de estructuras cualquier antagonismo.

14. Los discursos desclasadores pueden formar parte de una estrategia clasista, tal como plantea Ezequiel Adamovsky (2007: 22) con la racialización de los antagonismos sociales como forma de encubrir fuerzas económicas y privilegios de clase. El intento de desclasar la percepción ayuda a mantener oculta la fuente de la opresión legitimando el orden de clase.

Todo enunciador debe lidiar con la cuestión de la objetividad desde donde pretende enunciar. Es decir, las asunciones de posición objetiva son los pilares irrenunciables de cualquier intento enunciador. El cinismo puede ser táctico hacia afuera, pero nunca estratégico hacia adentro.

Si clase no puede entenderse sin preguntarse por el "clasificador" como afirma Furbank (2005: 123), la pregunta subsiguiente "¿quién clasifica?" en realidad incluye, solapada entre los contenidos significativos de "quién", a la propia clase del clasificador. Justamente, la pregunta "¿qué clase de clasificador es?" busca una respuesta que se espera "objetiva" –o al menos lo más objetiva posible– hasta por el más contumaz de los manipuladores, incluido el propio Furbank.

Asimismo, la omisión de la dimensión agonal de la enunciación clasista corre el riesgo de hacer caer la "clasificación" en un capricho cultural, un "placer inconfesable" de manipular percepciones sociales y validar o cuestionar privilegios o posiciones en el plano exclusivo de las representaciones, de los símbolos. Con ello se ocluye que las acciones de lucha, la guerra, los enfrentamientos, siempre suponen clasificaciones y desclasificaciones o reclasificaciones fuertes en tanto el lenguaje está constreñido a dar cuenta del contexto y de los lugares de enunciación, porque la fuerza de los actos es retomada performativamente en el discurso fijando una "objetividad" y contribuyendo a convertirla en el piso firme de la acción a la que se subordinan las palabras. El lenguaje situado en antagonismos asume un carácter clasificador porque es necesario contextualizar todo el tiempo la relación entre los enunciadores que entran en conflicto.

El acceso metodológico a esta dimensión de "los supuestos de objetividad" que están en la base de la representación clasista es difícil ya que el ocultamiento de los lugares de elaboración de intereses hace a las estrategias más aptas para su defensa. El discurso sobre autodefinición de intereses por principio nunca puede ser sincero sino conveniente, pero esto no obsta para que el agente tenga reglas de reconocimiento y de cálculo propias con las cuales clasificar a los demás y posicionarse ante ello. Sobre esto, no son los documentos públicos, ni el discurso voluntario deliberado destinado a terceros, una buena fuente de información. Parecen más aptos los debates, las internas, dudas y reyertas que buscan imponer a los demás reglas de cálculo, y definiciones de intereses, situaciones y antagonistas. El tradicional recurso de conectar simplemente el discurso público con las posiciones ocupacionales, o cualquier otra objetividad construida por el observador, es una manera torpe de usurpar el lugar de esa construcción de objetividad genuinamente asumida como tal.

Tiene razón Goldthorpe (1995) al afirmar que los intereses tienen que ser estudiados y no imputados, pero no es cierto si por "estudiar" se supone superficialmente que los intereses sean simplemente el discurso de los

interesados y que de este discurso el observador pueda deducir o inducir las reglas vigentes que explican el comportamiento o la acción de carácter clasista. Y esto justamente porque el discurso del propio interés está en sí mismo "interesado". Tampoco puede obviarse el hecho de que ya no puede reconocérsele a los sujetos una capacidad transparente de acceso a las condiciones de su propia situación, toda vez que es evidente que estos procesos cognitivos están fuertemente mediados, enmarcados, por formas culturales incorporadas, medios de comunicación, agencias ideológicas, etc., que tamizan la experiencia del sujeto intentando darle sentido. Aunque estas acciones están "interesadas", también se sabe que el sujeto usualmente discrimina o al menos cree discriminar esos intereses y por tanto elabora su propia recepción de los intentos enmarcadores a los que está expuesto, procurando acceder a la "objetividad" de lo que pasa, es decir, a identificar o captar y comprender las fuerzas anónimas e impersonales que lo condicionan o determinan su posición de ventaja o desventaja frente a otros.

La separación entre interés e interés legítimo es clara: como en un campo de clases todos los intereses siempre son contradictorios entre sí en la medida en que rige el principio de las distancias relativas, es decir de una insatisfacción ampliada (achicar las distancias para unos y escapar de esta proximidad para los otros), las clases ocultan necesariamente sus intereses que siempre son directa o indirectamente perjudiciales para otros y buscan presentarse a sí mismos por debajo de otros para legitimar los intentos de acortar distancias. En este sentido el ocultamiento de intereses clasistas es la norma en las sociedades de clases: para la burguesía su interés está en diluirse como colectivo y aparecer como sujetos o empresas exitosas y eficientes de cuya inversión depende el bienestar del resto (por ello no hay en ningún lugar del mundo un partido burgués o un partido terrateniente como sí hay infinidad de partidos "obreros" o "populares"). Para la pequeña burguesía normalmente su interés está en ocultar su obvio anhelo de achicar distancias con los de arriba y agrandarlas con los de abajo, buscando al mismo tiempo legitimarse a través de una identificación con los de abajo. Forma parte de la conciencia clasista el intento de hacer pasar el interés propio como de otro (forma tradicional de la hegemonía), pero también el de hacer pasar el interés de otro como propio (escudarse en intereses más poderosos, una suerte de *free rider*, etcétera).

Las sociedades clasistas son normalmente sociedades de mentiras y creencias convenientes hacia fuera y extremo esmero en averiguar la verdad objetiva, la información, hacia dentro. El disimulo, el hacer creer, las estratagemas de distracción, las celadas y el engaño son los recursos simbólicos básicos. Por eso son tan importantes los actos y la corporalidad que testimonian una verdad que no puede provenir de intercambios discursivos sino de intercambios en los que se pone en juego la negación identitaria

del otro.[15] El antagonismo de la lucha donde las identidades son puestas en juego tiene un efecto "objetivador" y obliga al mismo tiempo a la objetivación de las partes en pugna. Por eso es difícil analizar los procesos que las TMR y TEI llaman de "liberación cognitiva" fuera de fuertes antagonismos –la amenaza sobre la identidad– en los que se desarrollan.

El abandono del dispositivo reproductivista-homogeneizador

El principio del análisis clasista que parte de la constitución de clase por la lucha y el antagonismo supone privilegiar la relación interclases sobre las relaciones intraclases. Esto implica ni más ni menos dejar de pensar las clases prioritariamente como espacios de homogeneidad que se reproducen a sí mismas. El punto de vista clásico de la determinación estructural tiene por corolario el privilegio a los procesos de uniformización: las coerciones estructurales comunes achican las distancias entre los que las padecen. El weberismo implícito en este esquema lleva a una secuencia casi establecida como sentido común: la situación de clase compartida lleva a características grupales compartidas y ello puede llevar a las orientaciones de comportamiento y conciencia también comunes. La persistencia en el tiempo de las coerciones estructurales y su transmisión a través de agencias de inculcación y socialización garantizan la reproducción de estas fuerzas homogeneizantes. En Bourdieu esta tiranía de la proximidad como fundamento del concepto de clase se hace explícita.

> Construcción de clases teóricas que no deben confundirse con las reales [...] la proximidad en el espacio social predispone al acercamiento [...] más inclinados a parecerse, más fáciles al acercamiento y a la movilización. Pero esto no significa que ellos se constituyan en una clase en el sentido de Marx, es decir, grupo movilizado por objetivos comunes y en particular contra otra clase [...] no quiere decir que la proximidad en el espacio social, a la inversa, engendre automáticamente la unidad: ella define una potencialidad efectiva de unidad, para hablar como Leibniz "una pretensión de existir", una clase probable. (Bourdieu, 2003: 36)

Aquí se piensa la clase movilizada a partir de la condición necesaria, aunque no suficiente, de la fuerza homogeneizadora que impera en el espacio social de clase. El control de los *habitus* a través de la reproducción cultural garantiza la perpetuación de la homogeneidad que surge de la

15. La dialéctica de los puños y las balas, del grito y del insulto, hace presente el antagonismo mucho más que los documentos de las organizaciones en lucha.

exposición común a coerciones y del aseguramiento de su internalización vía inculcación de *habitus*. El conflicto y la lucha no aparecen, aunque sin dudas se puede suponer que Bourdieu estaría de acuerdo en colocarlo como contingencia posterior lógica y cronológicamente.[16]

Sin embargo, hay múltiples razones para, como mínimo, relativizar la importancia de las fuerzas reproductivas y uniformizantes. La superación del análisis de clase estático por un enfoque dinámico plantea que las clases no se constituyen principalmente por proximidad o semejanza sino por antagonismo y lucha.

Como ya se vio, Marx primero y Weber después ya habían atisbado este problema: las coerciones económicas operan como competencia que separa y disgrega condiciones de vida material más que unificarlas. Pero mientras Weber hacía brotar la homogeneidad de factores adicionales, por lo cual Bourdieu estaría obligado a rendirle tributo, Marx, fiel al pensamiento dialéctico centrado en la contradicción, encontraba la posibilidad de cohesión sólo en el conflicto.

Es una constatación histórica generalizada que acciones o cambios que tienden a acercar espacios sociales dan lugar al conflicto entre sectores próximos entre sí que intentan diferenciarse. Y aun más frecuente es que el intento de diferenciarse de un tercero puede aproximar y colectivizar sectores antes muy distantes en la lucha.

El pasar de un criterio único de propiedad (relaciones de producción) simple y fácilmente conectable con la lucha y el antagonismo a una serie de criterios de propiedades y atributos intangibles que establecen relaciones de sustitución o equivalencia (conversiones) origina una multiplicación de posibilidades de contradicción e inconsistencia, lo que debilita mucho el peso explicativo de la homogeneidad. Además, no es claro que los intereses de agentes clasistas necesariamente prefieran la homogeneización hacia adentro de cada clase. Las estrategias de movilidad de los mismos sujetos suelen ser múltiples y cambiantes, por lo que la supuesta homogeneidad está siendo socavada todo el tiempo.

El añejo y notable concepto de "movilidad de clase" (Costa Pinto, 1971) aun dentro de un paradigma funcionalista-desarrollista ayuda mucho a entender que el sistema mismo de clases es esencialmente dinámico y expuesto a la lucha de clases. Hay movilidad entre clases como cambio

16. En Bourdieu (2003) la dinámica de los campos es anunciada como un resultado de la lucha, la competencia y la cooperación de los agentes, es decir, de los resultados de las luchas anteriores que orientan las estrategias ulteriores. Pero no obstante esto hay una dimensión ausente en el análisis: las estrategias y acciones de los otros, el antagonismo. La estrategia parece reducirse a la relación *habitus*, capital disponible y campo de un individuo con sentido práctico ante un campo que es para él "terreno conocido". Falla entonces en brindar elementos para la conceptualización del carácter antagónico y agonal de la clase, y con ello erra en el lugar que implícitamente otorga a la movilización colectiva.

posicional individual, pero simultáneamente hay movilidad *de* clase como cambio colectivo, ascensos o descensos categoriales y cambios en los criterios estructurantes mismos de la posicionalidad. La radical inestabilidad clasista muestra la imposibilidad de sostener parámetros fijos de homogeneidad. Toda clase se forma intentando vanamente apoyarse en un cenagoso terreno de contradicciones y luchas.

Por otra parte, la distinción tanto conceptual como técnico-metodológica entre movilidad estructural y movilidad circulatoria,[17] que tradicionalmente absorbe enormes cantidades de esfuerzo estadístico, tiene que ser vista desde la óptica de los procesos de lucha y no como pacíficos procesos distributivos.

La movilidad estructural ascendente puede asociarse tanto como causa como consecuencia de procesos de lucha política y cambios en decisiones sociales y económicas. Visto como fenómeno puramente derivado del cambio tecnológico y económico[18] puede tener un significado desmovilizador y aconflictivo, en el sentido de que si hay más puestos altos que los que había antes, la tendencia es que mayoritariamente se va a estar mejor inhibiendo el conflicto. Sin embargo, el conocido fenómeno de la "movilidad espuria" (Kessler y Espinoza, 2007; Franco, León y Atria, 2007) muestra que la mejora en la ocupación no quiere decir que haya mejoras en el bienestar y las oportunidades. El efecto distribucional del aumento de la cantidad de puestos más altos al mismo tiempo viene con una subrepticia devaluación de su valor económico, social y cultural. Como es sabido, la frustración de expectativas puede ser un poderoso impulsor de la movilización. Si, en cambio, la movilidad estructural es descendente caben pocas dudas de que es un proceso conflictivo ya que el perjuicio neto será mayoritario. Sin embargo, las recesiones a veces inhiben lo suficiente como para que no haya reacciones colectivas por temor a empeorar la situación.

La movilidad individual, circulatoria, también tiene que relacionarse con procesos de distribución producto de luchas colectivas por mayor acceso y abaratamiento de bienes educativos, culturales o tecnológicos; por más ingresos y seguridad social que permiten mayor selectividad y menos

17. La movilidad "estructural" es la originada por los cambios en la estructura ocupacional, es decir, en los procesos de creación/destrucción de puestos de trabajo. La "circulatoria" es la que se origina por la competencia entre individuos que supone que unos desplazan a otros, es decir, descontando el efecto de los cambios en la estructura ocupacional.

18. Por supuesto, esto es un completo error. Los cambios en la estructura ocupacional son completamente sensibles a las intervenciones del Estado y de los agentes que detentan poderes económicos y políticos, tanto como a las capacidades de resistencia y lucha del resto de los agentes. La innovación tecnológica no determina nada *per se* sino dentro de los conflictos y contradicciones en las que los agentes la inscriben. Es más, el control de las tecnologías y de los contextos de su aplicación es un objeto privilegiado de casi cualquier lucha y el objeto de muchísimas tecnologías o sus aplicaciones es incidir sobre determinados antagonismos.

conformismo de las clases más bajas con los puestos que se les ofrecen, o con luchas de minorías que remueven obstáculos y segregaciones sexistas o racistas de los puestos más altos, entre otras. En términos generales las luchas reivindicativas clasistas tienen más incidencia inmediata en mejorar las condiciones de competitividad para el ascenso social individual, mejorando las oportunidades de movilidad circulatoria, que en modificar la estructura ocupacional y mejorar la movilidad estructural, que es más moldeable por las luchas políticas en plazos más largos.[19]

En general las estructuras de clases han sido sinónimo de "estados permanentes" o estables de un sistema o formación social donde reinan las fuerzas de la reproducción de la homogeneidad dentro de las clases y de las diferencias entre clases. Los supuestos estructuralistas de relaciones de propiedad que se autoperpetúan tienen una ilusoria confirmación. En un mismo proceso se reproducen los agentes que tienen que ocupar las posiciones y también se reproducen las posiciones mismas. El análisis de clase tiende a ocuparse de estabilidades y regularidades en escalas temporales amplias.

Pero si el centro de la cuestión es el antagonismo y la lucha, el análisis "clasista dinámico" debería inclinarse por privilegiar las crisis turbulentas y las coyunturas de cambio acelerado. Son los contextos de crisis los que precipitan antagonismos generalizados y alteraciones que trastornan de diversas formas la reproducción de las clases con procesos de enclasamiento, desclasamiento y colectivización. Es en la crisis cuando los supuestos de homogeneidad y autoperpetuación se resquebrajan de manera más visible.

Para el marxismo convencional, las crisis eran tomadas como "derrumbe" ocasionado por las tendencias autocontradictorias de la acumulación que generaban incapacidad de gobernar por un lado, y propensión a la organización y la lucha por el otro. Las crisis tenían un efecto de polarización política de base clasista, incluso por el estrangulamiento de las capas sociales intermedias y por el imperio de privaciones absolutas y necesidades de subsistencia que impulsan a la acción revolucionaria. La crisis era entendida como una condensación o intensificación de efectos estructurales que polarizaban y homogeneizaban las clases al mismo tiempo. La crisis es tomada como un minimizador del proceso de autoformación de clases y un acelerador del antagonismo de clases. El marxismo-weberismo no ha demostrado grandes

19. Las luchas por mejoras del salario real mejoran las posibilidades de movilidad circulatoria individual (acceso a la pequeña propiedad y sobre todo ascenso intergeneracional mediante la educación superior de los hijos) pero la lucha política por leyes de protección de mercados internos, fomentos a la industrialización, regulación del comercio exterior y la inversión financiera, bajas tasas de interés, altas tasas de inversión en innovación tecnológica, etc., generan en plazos más largos movilidad estructural, es decir, cambios en la estructura ocupacional con mayor cantidad de puestos de calificaciones superiores.

dotes para analizar los procesos cuando, acicateados por el antagonismo, los desfases entre intereses y expectativas, y entre situación y posiciones, tienden a colectivizar la movilización al límite de los poderes disponibles produciendo los efectos de estructuración de clases muchas veces en ruptura con los lugares o posiciones estables del pasado.

Burdamente la sociología funcionalista señalaba que los períodos de crisis o cambio acelerado hacen "perder la correspondencia entre las características estructurales y las características psicosociales" de las clases. En el marco de las teorías neoutilitaristas de la privación o la frustración de expectativas, las crisis someten a las diversas posiciones estructurales a ajustar las expectativas a las nuevas condiciones o a actuar sobre las nuevas condiciones sosteniendo las expectativas (Germani, 1950: 5). Los fenómenos de anomia e inconsistencia de estatus eran tópicos comunes para analizar los procesos de crisis.

En las teorías posclásicas la complicación se hace mucho mayor. Wright (1983), retomando la teoría de los juegos, propone un modelo de paso de estrategias dentro del juego a estrategias para cambiar el juego. En este sentido, y en consonancia con el marxismo clásico aunque con microfundamentos de otro tipo, las crisis "politizan" el accionar de las clases movilizadas al desplazar el foco de su estrategia desde los intereses inmediatos a los intereses "fundamentales", modificando también la escala temporal de las acciones emprendidas. En este enfoque las crisis tienen un fuerte "efecto" clasista sobre la movilización política, pero bajo el supuesto erróneo de la existencia fija de "intereses objetivos". Desde una óptica diametralmente opuesta, los enfoques europeos han encontrado que las crisis dan nacimiento a movimientos sociales y sus protagonistas las viven como una discontinuidad tanto en lo institucional como en la vida cotidiana –el "estado naciente" de Francesco Alberoni (1991)– apareciendo una subjetividad de "mutantes sociales" que exploran las fronteras de lo posible.

El sencillo esquema de Bourdieu basado en la conversión de espacios de posiciones en espacios de toma de posición a través del espacio de las disposiciones muestra una circularidad pensada para explicar la homogeneidad que no puede explicar ni el conflicto ni el cambio. La crisis aparece incomodando todo el esquema y deja un enorme interrogante. En la crisis se reconoce una reconfiguración de los campos políticos y económicos para los actores que deriva en una parálisis de sus poderes de clase. Posiciones y disposiciones se hallan desacopladas, desapareciendo las dos leyes que rigen la relación entre *habitus* y campo: la ley de la creencia en el juego y la ley del ajuste con los *habitus* inculcados.[20] Aunque Bourdieu no haya tenido

20. Es interesante el análisis de Norbert Elias (1993) de las posiciones clasistas frente a la necesidad de las reformas que dividían a las distintas clases en los prolegómenos de la Revolución Francesa: había terratenientes liberales, burocracias estatales reformistas y clases medias

especial sensibilidad para analizar procesos de cambio o movilización, puede rescatarse un señalamiento muy importante: las crisis abren no sólo circunstancias de cambios relativos en los valores e importancia de los diversos tipos y especies de capital sino que, sobre todo, abren una lucha en torno a las reglas con las que debe evaluarse la importancia de éstos. El capital simbólico es lo primero que entra en crisis con la crisis, abriendo para las clases subordinadas una gran oportunidad de intervención en este plano.

En definitiva, para un enfoque clasista dinámico la misma reproducción de clases no debe buscarse en las tranquilas aguas estancadas de la transmisión de estilos de vida y creencias sino en los ríos del antagonismo donde nunca se baña dos veces. Vamos a intentar bucear en las aguas profundas y traicioneras de ese río; espero que alcance el oxígeno.

El problema del antagonismo y las clases: Laclau, antagonismo sin clases o clases sin antagonismo

Quizá la pérdida más "dolorosa" de la tradición marxista en el contexto del pensamiento crítico contemporáneo es el abandono de la noción de clase y de su incumbencia en las problemáticas del conflicto y el cambio social. Incluso uno podría abrir el interrogante si no es justamente esta cuestión la que permite separar—lo cual siempre es arbitrario— el ancho y diverso mundo del posmarxismo del aún más ancho y diverso mundo del neomarxismo.[21]

Laclau nos ofrece uno de los planteamientos más claros y contundentes de la ruptura con el concepto de clase en tanto categoría central de la comprensión de lo social. Con justeza observa que el desarrollo de la categoría "clase" en el pensamiento marxista tiende a inscribirse en un dispositivo explicativo que objetiviza estructuras (relaciones de producción, leyes de la acumulación, etc.) tomadas como condición de posibilidad de relaciones sociales que convierte a los agentes sociales y sus luchas en puras mediaciones de una realidad más profunda que es su "secreto". No hay en el marxismo lugar para que las clases sean teorizadas de otra forma que no sea como portadoras de una verdad más allá de sí mismas, "emisarias" de las estructuras. La noción de clase debe ser desechada simplemente porque se plantea como estéril: la historia siempre ocurre en última instancia a sus espaldas. En la pócima de este dispositivo se combinan dos venenos: un

conservadoras. Asimismo, plantea que en contextos críticos se produce una desfuncionalización de conductas ligadas a determinados *habitus* de clase.

21. La comparación entre Raymond Williams y Ernesto Laclau permite ver esta frontera. Mientras el primero critica enfáticamente el análisis "trascendental" del marxismo ortodoxo justamente porque no hace justicia al concepto de clase, en Laclau el concepto de clase queda excluido explícitamente del dispositivo teórico fundamental.

seudoobjetivismo positivista disfrazado de ciencia que Marx hereda de la economía clásica inglesa y una teleología disfrazada de dialéctica histórica que Marx hereda del idealismo hegeliano.

La clase como categoría "estructural" sometida a instancias que gozan de un privilegio ontológico ofrecía soluciones fáciles para pensar la política en términos de "lugares" en un espacio ya estructurado por la lucha de clases. La misma lógica que se usaba para pensar las clases como momentos puestos por las estructuras, o como lugares creados a sus propias espaldas, se usaba para pensar la política como un escenario preparado por la lucha de clases cuyos protagonistas no pasan de ser personificaciones de elementos prepolíticos (las clases). En definitiva, la inteligibilidad topológica de la política como problemática del "lugar" en un espacio ya estructurado arroja una cruda devaluación teórica de la política y la consiguiente imposibilidad de pensar la especificidad de lo político.

La piedra angular que muestra la trayectoria teórica de Laclau es, creo, justamente repensar la cuestión de la política sin los lastres de la tradición marxista entre los que se encuentra el concepto de clase. El punto de apoyo de la palanca de su proyecto intelectual es el concepto de hegemonía de raíz gramsciana al que intenta radicalizar justamente depurándolo del contenido clasista que aún conservaba en Gramsci. Sus tempranas preocupaciones por el populismo, los nuevos movimientos sociales, las políticas de identidad, etc., pueden tomarse como intentos de usar los escombros de la demolición de las tradiciones del marxismo como los cimientos de una nueva conceptualización de la relación entre lo social y lo político no basada en las clases.

Sin dudas, el enorme mérito de Laclau es haber desatado una hecatombe teórica al liberar todo el potencial oculto tras el concepto de hegemonía, hasta ese momento fijado por un cordón umbilical al dispositivo estructuras-clases, permitiendo rehabilitar la productividad social de lo político como sede de identidades y antagonismos. Pero la fuerza cinética de esta hecatombe es de filiación posestructuralista: la demolición tiene por ariete exclusivo "el discurso". Lo social se produce como discursividad y la política es tomada como lucha hegemónica, como plano articulatorio de la discursividad que constituye los antagonismos y las identidades, y mantiene la sociedad como un imposible necesario, es decir, como contingencia abierta a la lucha y al antagonismo. La preservación de esta "apertura" de lo social es lo que permite teorizar todavía sobre la "revolución" de nuestro tiempo, interpelándonos con desafíos inmensos, si queremos hacer un uso sociológico de las teorizaciones de Laclau.

Parece necesario revisar cuidadosamente la cuestión del desclasamiento del discurso posmarxista en Laclau preguntando cuáles son los verdaderos límites del pensamiento clásico marxiano, trayendo a colación algunos cambios que se operaron en la teoría de las clases que quedan fuera de su

reflexión, y cuestionando si hay que declarar extinguida la fuerza teórica del concepto al examinar los aportes de la sociología.

El antagonismo: ¿estructura o discurso?

Si el proyecto es librar a la sociedad de las soberanías extrasociales de las estructuras, una inversión de la problemática del antagonismo[22] funge como operación teórica clave: el razonamiento posmarxista magníficamente desarrollado por Laclau es que si las estructuras se presentan como sedes primarias del antagonismo, es simplemente porque fueron inoculadas subrepticia e ilegítimamente de "contradicción" por la contaminación hegeliana. Las estructuras, que deberían ser estáticas y monótonas positividades científicas descriptivas apenas arrastrándose sin vuelo por las menudas empirias, logran un dinamismo mesiánico merced a que son inyectadas antojadizamente del antagonismo teleologizado de la necesidad histórica, herencia hegeliana que necesita de una reconciliación totalizadora de lo social, un orden que garantice un final de inteligibilidad.

Haciéndose eco del perspicaz análisis de Lucio Colletti (1976) que contrapone oposición lógica y oposición real por sus propiedades formales, Laclau denuncia la impropia atribución de características "lógicas" a oposiciones reales.

Colletti[23] parte de la distinción kantiana entre oposición real y contradicción lógica. En la primera cada uno de sus términos (A - B) tiene una positividad propia, independiente de su relación con el otro (por ejemplo, el choque de dos vehículos). En la segunda, la relación de cada término con el otro agota la realidad de ambos (A - No A). Según el sano análisis kantiano, la contradicción tiene lugar sólo a un nivel lógico-conceptual. Las contradicciones se dan entre términos que se excluyen necesariamente entre ellos para afirmarse en una identidad que sólo consiste en la negación del otro.[24] El primer tipo de oposición, en cambio, tiene lugar en el campo de los objetos reales, ya que ningún objeto real agota su identidad en su oposición

22. Problema omnipresente en todas las obras mayores de Laclau a la que le dedicó un capítulo entero (1987), casi un anexo (1985), y muchas páginas y referencias en otras obras (2000, 2007).

23. De más está decir que Colletti (1975) trabaja sobre un texto del propio Marx, el "Excurso sobre la dialéctica" (Marx, 1978: 110-111) que ya reconocía ampliamente este problema de la transposición indebida de oposiciones reales como lógicas. En ese texto Marx pugnaba por abandonar el enfoque de las "cosas de la lógica" por el de la "lógica de las cosas". Extrañamente Laclau es poco afecto a visitar este tipo de referencias de Marx.

24. Los ejemplos concretos más aproximados en el mundo físico son polo norte-polo sur, polo positivo y negativo, acción y reacción, etcétera.

a otro objeto sino que tiene una realidad propia, independientemente de aquélla.

> De ahí Colletti concluye que si Hegel, en tanto filósofo idealista que reducía la realidad al concepto, podía introducir la contradicción en el seno de lo real, esto es incompatible con una filosofía materialista como el marxismo, que parte del carácter extramental de lo real. Los marxistas, pues, habrían incurrido en una lamentable confusión al considerar los antagonismos como contradicciones. (Laclau, 1987: 209).

Los conceptos de relaciones de producción, y en última instancia de los opuestos reales designados tras las categorías de trabajo y capital,[25] están investidos indebidamente de "contradicciones" lógicas y, por tanto, imbuidos de una negatividad antagónica que no les corresponde. Por ello, puede afirmar que en verdad "las relaciones de producción son contradicción sin antagonismo y la lucha de clases es antagonismo sin contradicción" (Laclau, 2000: 23).

Nada hay en la contradicción entre relaciones de producción/fuerzas productivas que lleve al enfrentamiento entre grupos y nada hay en la lucha de clases que remita a una contradicción necesaria que la fundamente. Lo primero exige un salto lógico no teorizado por el marxismo entre explotación y rebelión, lo segundo supone una sobreteorización indebida de categorías abstractas.

Tomando las "clases" como personificaciones reales de fuerzas con necesidad lógica es que tanto Laclau como Colletti rechazan el esquema marxiano que sigue prisionero de las "cosas de la lógica", aunque ahora la sustancialización reciba el nombre de la "ley del valor" en vez de la Idea Absoluta. Pero mientras Colletti se refugia en un conformarse con las "clases realmente existentes" y sus oposiciones "reales" que lo llevan a cómodas posiciones "reformistas" que padecen la carencia de toda expectativa radical de emancipación, Laclau busca otro hogar "adecuado" para la negatividad: el discurso. La cuestión es, entonces, dónde y cómo reponer el antagonismo, no tirarlo por la borda junto con los esperpentos utopistas redentores disfrazados de dialéctica.

Así, si lo social se produce discursivamente, entonces hay lugar para el antagonismo, es decir, para oposiciones reales entre identidades en las que se preserve la lógica polarizadora de la contradicción.

> En la medida en que consideremos las relaciones sociales desde el punto de vista de un paradigma naturalista, la contradicción está

25. Aunque Laclau no lo formula nunca con estas dos categorías "sagradas" del marxismo, como si temiese blasfemar.

> excluida. Pero en la medida en que las relaciones sociales se construyen discursivamente, la contradicción pasa a ser posible. Si la clásica noción de "objeto real" excluye la posibilidad de la contradicción, el carácter discursivo de lo social pasa a hacerla posible, ya que puede existir una relación de contradicción entre dos objetos de discurso. Sinonimia, metonimia, metáfora, no son formas de pensamiento que aporten un sentido segundo a una literalidad primaria a través de la cual las relaciones sociales se constituirían, sino que son parte del terreno primario mismo de constitución de lo social. (Laclau, 1987: 185-186)

Los enunciados son también parte de lo real y, en la medida en que existen empíricamente proposiciones contradictorias en el flujo de la vida social, las relaciones sociales con las que se corresponden también están atravesadas por la contradicción.

El ejemplo reiterado una y otra vez por Laclau (1987: 172; 2000: 25) es muy claro al respecto: entre la situación de explotación de la clase obrera o la miseria material del campesinado y la resistencia o la rebelión existe un vacío sin solución de continuidad conceptual. Sólo un exterior discursivo puede constituir una situación "objetiva" como "castigo divino" u "ofensa a Dios", como "orden natural" motor de la sumisión, o "padecimiento injusto" motor del enfrentamiento y la lucha. El antagonismo sólo puede provenir de la articulación discursiva de la negatividad.

Pero la negatividad, los atributos de la contradicción que se conservan en el antagonismo, deben ser construidos discursivamente como articulación contingente y no como derivaciones o transiciones puestas de momentos dialectizables. Aquí es donde talla la extraordinaria contribución de Laclau referida a la lógica de la equivalencia y la lógica de la diferencia. La negatividad es articulada discursivamente como amenaza a la identidad: el otro en su identidad es significado como un obstáculo a la consumación de la propia identidad, el otro pasa a ser antagonista cuando es significado como la negación de la propia identidad. La cadena de equivalencias se produce como una saturación de negaciones a través de las cuales se constituyen los sujetos colectivos. Cuando esa cadena logra convertirse en una articulación estable en torno a nodos de significación con sus propias fronteras, entonces entramos de lleno en la lucha hegemónica.

> Es la lógica de la equivalencia la que introduce la negatividad en el campo de lo social. Esto implica que una formación sólo logra significarse a sí misma –es decir, constituirse como tal– transformando los límites en fronteras, constituyendo una cadena de equivalencias que construye a lo que está más allá sólo a través de la negatividad, de la división y del antagonismo. (Laclau, 1987: 239)

Esta lucha será polarizada y popular en tanto que las equivalencias tracen fronteras entre campos que se excluyen y definen recíprocamente, y será diferenciada y democrática en cuanto la negatividad quede inscripta en códigos que las hacen compatibles entre sí como diferencias, apelando a un campo homogéneo. Por eso la teoría del antagonismo es central en la concepción de Laclau y el populismo, los movimientos sociales y la hegemonía son temas típicamente desclasantes que están en el centro mismo de una ontología de lo social y lo político.

Los aportes de Laclau son inmensos y sugestivos, toma temas nodales, va a la raíz de las cuestiones teóricas y no se detiene en minucias. En este sentido su posmarxismo podría decirse es intempestivo y radical, lo cual ayuda a poner en relieve cuestiones a debatir más cuidadosamente.

La "discursivización" del antagonismo y sus riesgos

El postulado metodológico del que parte Laclau es categórico:

> Nuestro análisis rechaza la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas y afirma: a) que todo objeto se constituye como objeto de discurso, en la medida en que ningún objeto se da al margen de toda superficie discursiva de emergencia; b) que toda distinción entre los que usualmente se denominan aspectos lingüísticos y prácticos (de acción) de una práctica social, o bien son distinciones incorrectas, o bien deben tener lugar como diferenciaciones internas a la producción social de sentido, que se estructura bajo la forma de totalidades discursivas. (Laclau, 1987: 184-185)

Sobre esto se pueden hacer numerosas consideraciones. La preeminencia ontológica del discurso sobre la práctica y "la objetividad" que es creada por el antagonismo de los discursos abre la puerta a algunas incongruencias.

a) Hay una objeción teórica de consistencia: la idea de "exterior discursivo" como constitutivo del antagonismo presupone "algo" previo o separado del discurso, planteando al menos una falta difusa de congruencia con el postulado metodológico de partida ya que se admite que el discurso es exterior a "algo". ¿Qué es lo prediscursivo de la opresión antes de ser constituida como tal por el exterior discursivo?, ¿una materialidad informe, una *noumenización* que instaura dualismos trascendentales e incognoscibilidades kantianas? La idea de que lo discursivo es exterior a "algo" corre el riesgo de convertir a ese algo en un "fantasma" que pugna por retornar, abusando de términos psicoanalíticos.

El problema se acentúa en las *Nuevas reflexiones*, donde se lee de manera

sorprendente: "Antagonismo no significa que la relación en sí misma sea contradictoria" (Laclau, 2000: 24). La alusión a "relación en sí misma" es desafortunadamente dualista y huele a objetividad presocial.[26] Para sacarnos las dudas unos párrafos después advierte que "no hay antagonismo como vendedor de la fuerza de trabajo" hasta que no haya resistencia. En otros puntos del texto aclara que tal resistencia "del vendedor de la fuerza de trabajo" se puede originar únicamente como fruto del discurso del bienestar y las aspiraciones al consumo que fungen como "exterior discursivo". Cabe preguntarse, entonces, ¿la figura del "asalariado" sería algo misteriosamente prediscursivo y por tanto "no constituido"? y ¿la clase obrera sería constituida por el discurso del Estado de bienestar? De ser así, el exterior discursivo constituyente remeda el exogenismo de la conciencia típicamente leninista, con la única diferencia que en vez de ser una mera transposición pedagógica de una visión "científica" de la verdad (la epifanía revolucionaria), es una articulación contingente de significaciones sociales en pugna (lucha hegemónica). La forma externa del sentido respecto de la "cosa" remite a un nuevo trascendentalismo. El discursivismo posestructuralista invierte la tradicional figura marxista del hombre arrojado a un mundo "independiente de su voluntad" y lo convierte en un mundo arrojado al hombre semiotizante que no cesa de darle sentido siempre contingente.[27]

b) Por otro lado, ¿hasta qué punto el postulado metodológico discursivista no cae en autocontradicción? Si un discurso no puede estructurarse sino a partir de lo que expulsa, ¿qué pasa con un discurso que –por principio metodológico– no expulsa nada? ¿No está acaso expulsando la expulsión misma? ¿No se convierte en un discurso que no logra constituirse respecto de lo real justamente porque lo retiene para sí, tratando de que lo único real sea el discurso? Al mencionar formas que se "estructuran como totalidades discursivas", ¿no recae en un totalismo? Aceptando que es un enorme avance la formulación del antagonismo como algo que no puede ser prediscursivo, también hay que aceptar que ni siquiera "lo prediscursivo" puede ser prediscursivo. Entonces, la formulación más justa sería que en Laclau el antagonismo está sujeto a un discurso que lo coloca fuera de algo que establece como anterior al discurso. Pero, una vez aceptado lo anterior, ¿todo discurso tiene que constituirse frente a una exterioridad excluida

26. Sin contar la chanza hegeliana que puede hacerse: rigurosamente hablando de una cosa "en sí misma" no se puede predicar ni saber nada. Si el en sí es incognoscible, ¿cómo se podría afirmar que es incognoscible?, refutaba a Kant.

27. La materialidad se convierte en una función discursiva. Slavoj Žižek (Butler, Laclau y Žižek, 2004: 102 ss.) le reclama a Laclau algo así como un "retorno a la inmediatez", al reconocimiento de que no todos los significantes tienen la misma gravitación y que algunos son parte de la serie pero al mismo tiempo son los que ordenan la serie.

del mismo o como una exterioridad de otra cosa (lo real previo y por tanto "indeterminado")?, ¿lo discursivo se constituye como no práctico, no real, etc., o, al revés, lo práctico-real se constituye como no discursivo?, ¿no es el discurso lo otro expulsado de lo real, sino lo real lo otro expulsado del discurso?

O el límite entre lo real (la subordinación, la explotación material, etc.) y el discurso que le da sentido y lo hace posible como flujo de antagonismo social (la rebelión) pertenece al real y, entonces, el discurso es exterior, o pertenece al discurso y, entonces, el real es lo que se constituye como exterior. Laclau define como premisa metodológica lo segundo, pero luego, al abordar el tema del antagonismo, lo desarrolla como lo primero, mostrando quizá un sedicente servilismo a la tiranía de lo real-material en tanto cosa "reprimida" que retorna fantasmal y distorsionada al discurso. En definitiva, el planteo de Laclau parece no expulsar lo real-práctico-material sino que constituye al discurso como exterior a ello, que no es lo mismo.[28]

c) Una objeción histórica. Aunque los elevados niveles de abstracción filosófica a veces dificultan establecer condiciones de aplicabilidad concretas de estas categorías, es posible invocar una considerable cantidad de estudios históricos que ofrecen resultados algo alejados de lo que podría esperarse del planteo del antagonismo como fundado en una exterioridad constitutiva de carácter estrictamente discursivo. ¿Cómo explicar la rebelión cuando los antagonismos se constituyen por los mismos discursos que antes legitimaban y naturalizaban la opresión? Como demuestran los célebres estudios de Scott (1990) sobre el arte de la resistencia, los dominados tienen un eximio uso de la discursividad que los domina y pueden invocarla para justificar la rebelión. Del mismo modo, Gramsci decía que las clases subalternas se caracterizan por la radicalidad de sus acciones y por el tradicionalismo y la moderación de sus ideas.[29] Todo indica que desde el punto de vista histórico y empírico es difícil explicar por qué sólo algunos pocos "exteriores discursivos" logran convertir la opresión en rebelión y, aun más, porqué el antagonismo puede estar revestido por el mismo exterior discursivo que antes naturalizaba la subordinación.

28. Como dice muy hegelianamente para otro propósito el mismo Laclau: la negación es al mismo tiempo reconocimiento de existencia de lo negado. La expulsión de lo real material obligaría también a reconocer su existencia y no sólo como pura preexistencia incognoscible en sí.

29. En términos bourdieuanos podríamos decir que el enfoque discursivista puede recaer en una hipertrofia explicativa o abuso conceptual del "capital simbólico".

La cuestión de la polarización y la negación identitaria

La separación entre lo "estructural-objetivo", que remite a clases y coerción económica, y lo "social-discursivo", que remite a equivalencias, diferencias, procesos simbólicos, etc., tiene inconvenientes: si todo es discursivo, no se entiende por qué las clases y la apropiación económica son escindidos y condenados a un "más allá", aunque luego, a través del discurso, puedan rehabilitarse como una alternativa identitaria más, es decir, las clases serían relevantes únicamente como un "exterior discursivo" al lado de otros; y si lo discursivo se separa de las "fuerzas objetivas" no se entiende cuál podría ser la importancia de lo discursivo si no incide sobre esas fuerzas a las que parece concedérsele la misma autonomía legaliforme que ostentan en los planteos más clásicos y estructuralistas aunque desprovistas de todo antagonismo.

En definitiva, resolver el antagonismo como exclusiva cuestión simbólica genera más aporías que las que resuelve. Todo indicaría que debería ser al revés: más que operaciones de negación a nivel del discurso, son las acciones de supresión material las que más contribuyen a negar una identidad y así poner en acto el antagonismo. La violencia, el saqueo, el robo, la represión, desde ya siempre están inscriptos en superficies simbólicas atravesadas por tensiones y luchas en torno a su significación, pero al acoplarse a los cuerpos y a la materialidad de la vida asumen un estatus "real" (en el sentido de aún no simbolizado) para los sujetos que obligan a ordenar o reordenar sus propios recursos interpretativos. No hay duda de que los hechos no se imponen a sí mismos sino a través de prácticas significantes, pero tampoco puede desconocerse que tales prácticas significantes son a menudo resquebrajadas o desconfiguradas y hasta transformadas a partir de aquello que les es "exterior" o inasimilable.

El discursivismo metodológico corre el riesgo de postular el carácter omnímodo de lo simbólico: el que controla la representación de lo real, controla lo real. Pero es mejor ser más cautos y lacanianamente conceder que los "hechos" siempre terminan siendo la piedra de toque de las formaciones discursivas, entendidos aquí como aquellos hechos que no pueden ser simbolizados, que en un momento dado no pueden ser admitidos en un orden simbólico, y que regresan perturbadores a la espera de otras elaboraciones simbólicas que puedan dar cuenta de ellos. Después de todo sólo los discursos que "cambian los discursos" tienen interés en un enfoque dinámico y clasista.

Es imposible no ver en la materialidad de las relaciones entre cuerpos y cosas los aspectos más importantes sobre los que se ejercen las prácticas discursivas y los aspectos más importantes que las perturban y las someten a tensión. La lucha simbólica se da fundamentalmente sobre estos residuos

débil o nulamente simbolizables. Las acciones colectivas a veces no tienen casi ningún otro objeto que visibilizar o llevar al discurso público hechos, cuerpos, privaciones de cosas, que hasta entonces no tenían lugar y no eran simbolizados. Por tanto las formaciones discursivas antagónicas tienen por materia prima el límite mismo de lo discursivo, aquello que no llegan a alcanzar, lo "real" que se les escapa.

Así, la semiotización clasista de la vida social gira en torno a la opresión, la explotación y la subordinación, que al dar cuenta de las diferencias y de la apropiación asimétrica de los bienes asociados a la subsistencia de los cuerpos, su ubicación y sus relaciones, son la materia misma de las prácticas discursivas sea para naturalizarlas, para cuestionarlas, para desafiarlas o para reforzarlas.

Laclau aporta también una cuestión adicional pero separada de la primera: ¿en qué medida una identidad niega a otra?, pregunta que parece ir al hueso del problema del antagonismo. La inscripción de las asimetrías como explotación (o como opresión, subordinación) requiere de un discurso que puede, o no, incluir la negación de la identidad del antagonista. Pero la inclusión o no de ese discurso depende tanto de una elaboración intelectual o de recursos interpretativos disponibles (racionales, religiosos, científicos, míticos, etc.) tanto como del curso anterior que tomaron las luchas o conflictos entre los involucrados. Masacres, asesinatos, persecuciones, hambrunas, expropiaciones y saqueos son las formas más seguras de alimentar antagonismos. El antagonismo supone reflexividad y simbolización sobre la lucha misma, supone una intelección y una catexia acerca de la medida en que la propia existencia, la vida y la identidad misma están puestas en juego en una relación social, en un conflicto, y el elemento violencia cobra una relevancia simbólica decisiva en este punto. La perspectiva de supresión física es la que impulsa el enmarcado de un oponente como antagónico. Por eso la vieja frase de Franz Fanon es excelente para demostrar este punto: el campesinado en los países colonizados es la única clase revolucionaria simplemente porque "sabe por experiencia inmediata que todo depende de la violencia".

Si el resultado de esta reflexividad sobre el antagonismo incluye la negación identitaria, la lucha se propone abolir el antagonismo mismo junto con la explotación o la opresión (por ejemplo, el discurso clasista socialista, el discurso independentista anticolonialista, el discurso racista genocida, el neoanarquismo contra la vigilancia y el control estatales, etc.). Si no la incluye, se pueden inscribir en un discurso de "la indiferencia de las diferencias", es decir la explotación del trabajo o la expoliación de recursos, la subordinación al poder extranjero, a las burocracias autoritarias, etc., genera diferencias que no son vistas como asimetrías que agredan la identidad, y por tanto pasan a ser menos relevantes como bases de antagonismo al lado de

otras asimetrías (género, etnia, edad, cultura)[30] que involucran dimensiones personales y presuponen la no supresión de las contrapartes: las mujeres no van a eliminar a los hombres, las minorías no quieren desplazar a las mayorías sino que se les dé un lugar, etcétera.

Pero ¿cómo es la negación clasista de la identidad sobre la que fundar un exterior discursivo antagónico? El problema de los procesos de enclasamiento, de ordenamiento de las diferencias según "clases" –a diferencia de los estamentos y las castas– es que, justamente, parte del principio supremo de que los hombres ocupan posiciones de acuerdo con lo que hacen con lo que tienen, que su tener tiene que ser producto de su hacer y que este hacer elementalmente es movilidad y lucha. Es decir, es un sistema de atribución de posiciones que reconoce formalmente la libertad de acción y disposición de la propiedad como forma de disputar por las posiciones y las posesiones. Las clases son antagónicas en la medida en que el valor mismo de su tener depende de su relación con los valores de lo que tienen los otros, y que el hacer propio con lo que se tiene depende también del hacer que los otros le oponen. Es decir, al ser estrictamente relacional, la sociedad de clases roza permanentemente el antagonismo generalizado.

Bajo el supuesto de que la posición fijada por la disponibilidad y la aplicación estratégica de recursos les otorga identidad de clase, en una sociedad clasista todos están amenazados por todos de perder la posición, e incluso que la posición misma desaparezca producto de los antagonismos desatados por las luchas. El antagonismo de clase se refiere exclusivamente a la posibilidad de ser reenclasado hacia abajo o directamente desclasado, separado del juego abriendo la problemática de la infraclase y la exclusión social,[31] o la posibilidad de enclasarse hacia arriba desplazando a los que están allí. Pero ¿en qué medida, en la sociedad de clase, esto puede ser considerado una negación de identidad?

En los sistemas de clases la identidad de los polos que se enfrentan está amenazada todo el tiempo porque una asimetría extrema de fuerzas puede ser un resultado posible de un conflicto. Pero estos casos amenazan no solamente a las contrapartes, sino también al mismo sistema de reglas de clase, lo que implicaría que las diferencias volverían a ser prescriptas

30. Véase el extenso debate en Butler, Laclau y Žižek (2004).

31. Véanse las discusiones en Crompton (1994: 196 ss.). Desde la óptica que estamos desarrollando, la exclusión, cuando se consolida en fronteras firmes (guetificación) y se dualiza la estructura social, puede convertirse en antagonismo extremo por la asimetría de las relaciones de fuerzas, ya que los excluidos son simultáneamente del poder económico (fuera del mercado), del poder político (no protegidos por el Estado), y del poder simbólico y cultural (desvalorizados o invisibilizados). Pero cuando la exclusión es móvil, amenaza a vastas franjas, aleatoriamente, y opera como miedo sobre el resto de las clases, suele ser difícil que se desarrolle como antagonismo. Es interesante para esto el notable concepto de "clase sombra" en Wright (1995a).

por la fuerza que al volverse unilateral y omnímoda se vuelve presocial e inapelable. Es decir, el antagonismo extremo sólo podría darse en casos de agudo desequilibrio de poderes relativos, donde las luchas y conflictos derivan en violencia represiva, expropiaciones, abusos, por las cuales un grupo pretende impedir que otro haga determinadas cosas con lo que tiene. En estos casos es muy posible que se formen elaboraciones discursivas en torno a la negación de identidad atada a la condición de clase.

Pero la competencia, el contrato, la lucha colectiva y la movilidad son rasgos que distinguen a las clases del resto de los sistemas de diferenciación y marcan su particularidad en la forma de articular los antagonismos. Ahora bien, estas reglas suponen el principio de reconocimiento de voluntades e identidades enfrentadas y no su negación. Además, uno de los motivos por los que la negación identitaria está muy limitada en los sistemas de clases es que, en la movilidad, la negación identitaria es autonegación: supone emulación, ansias de ser de otra clase superior a la que se es. En este caso la negación identitaria viene dada por la imposibilidad de acceder a ser otro que sí mismo, es decir, por la medida del cierre social. En este caso es la negación de la negación identitaria: el quedar atado a una clase es lo que podría dar lugar a antagonismo. La paradoja de una negación identitaria por impedir cambiar de identidad muestra que las clases no necesariamente son bases firmes de identidades fijas.

En este sentido, aunque no es posible deducir ningún tipo de "antagonismo" en sentido estricto de algún criterio extrahistórico, el de clase es especialmente refractario y problemático: no supone necesariamente negación radical de la identidad, como podría suponerlo el racismo genocida, el colonialismo militar, el fundamentalismo religioso, el totalitarismo político, por ejemplo.

Pero ¿quién dice que las clases que se enfrentan son "clasistas" y se autolimitan para defender el sistema que les da vida? La negación de identidades está a la orden del día porque las clases adoptan normalmente estrategias no clasistas: género, etnia, edad, son formas comunes de maximizar explotaciones y opresiones porque justamente congelan las posibilidades de lucha y paralizan las movilidades potenciales de oponentes. El criterio clasista que funda una sociedad abierta a la lucha y la movilidad da lugar a antagonismos de forma inestable. Las clases tienen un punto de vista aporético sobre la sociedad de clases: las reglas de clases ("derecho" a la lucha y la movilidad) tienen que regir para mí pero no para los demás. La movilización de poderes propios se acompaña siempre del intento de "fijar" y "atar", es decir desclasar, anular las capacidades de movilidad y lucha, de los poderes de competidores y adversarios, y cualquier pretexto puede venir bien para estos menesteres. Las regresiones estamentales, incluso esclavistas y de casta, están a la orden del día. El corporativismo moderno no refleja otra

cosa. Las políticas inmigratorias de la mayoría de los países avanzados no reflejan otra cosa. La reducción de un inmigrante ilegal e indocumentado que no maneja el idioma, a simple y exclusiva fuerza de trabajo, es claramente una estrategia clasista y al mismo tiempo destruye todo criterio de clase. En cierto modo el capitalismo ataca los principios clasistas de organización social: el privilegio a la movilidad del capital sobre la movilidad humana geográfica y social hace que los criterios clasistas en sentido estricto sean más una molestia que una ayuda. En términos generales, las clases dominantes utilizan sus poderes contra los criterios clasistas de organización, es decir contra la movilidad y la lucha de los subalternos, mientras éstos suelen pugnar por mantenerlos como bandera. En un sentido histórico grosero las clases subalternas son las que sostienen y dan vida con sus luchas a los principios de una organización clasista de la sociedad.

Las insuficiencias en la caracterización del antagonismo

El nivel de abstracción y el tipo de reflexión filosófica también tienen algunos costos en términos de simplificación y de esquematismo cuando se trata de operarlas como categorías de análisis sociológico. En general cualquier fenómeno particular de lucha tiene matices y particularidades difícilmente reductibles a un concepto estrecho de antagonismo. Así, el antagonismo descripto en el nivel de una ontología de lo social presenta cierta pobreza cuando se trata de caracterizar fenómenos sociohistóricos más concretos. La "negatividad" se representa como exclusiones recíprocas por cadenas de equivalencias que se repelen tendiendo a estabilizar una frontera nítida entre dos campos y con ello se cristalizaría discursivamente aquella propiedad lógica de la contradicción: las identidades tienden a definirse exclusivamente por su exclusión. Esto tiene la indudable ventaja de la simplicidad y la indudable desventaja de la simplicidad: el único rasgo relevante sería la polarización. Curiosamente, hay aquí un rasgo hegelianizador que centra el análisis en cómo los polos se alimentan de la propia tensión. Sólo pueden autoafirmarse negando al antagonista, pero la negación no podría caer en la supresión del antagonista sin riesgo de disolver la propia identidad.

En el antagonismo de una relación social se pueden encontrar más atributos descriptivos que entran en relaciones variables respecto de la negatividad vista como identidades que tienden a repelerse y realimentarse por la negación recíproca. El marxismo analítico ha teorizado la cuestión de la explotación: la polarización que proviene de la apropiación asimétrica de los frutos del trabajo tiene un límite fijo en la subsistencia de la capacidad de trabajo ya que, a diferencia de las relaciones de opresión, el explotador

depende necesariamente del trabajo. Esto permite aplicarle algunos de los supuestos de la teoría de los juegos estratégicos ya que el explotado puede incorporar a "su juego" esta dependencia última del explotador e intentar luchar por reducir o anular las asimetrías. El explotado tiene a su alcance acciones que pueden afectar al explotador y, por tanto, existe un espacio de interdependencia y reciprocidad entre ambos polos, además de la negación.[32]

En el marxismo en general aparece una ambigüedad en el tratamiento del antagonismo: por un lado, cuando se abordan las leyes de la acumulación, el trabajo se reproduce como capital desdoblado (variable y constante) en una relación de oposición polarizada entre trabajo vivo y trabajo muerto, es decir, como polos que se niegan y repelen en su unidad lógica. Por otro lado, muchos marxistas han incursionado en las formas en que las luchas de clases alteran o incluso definen las relaciones de dependencia, reciprocidad y asimetría entre explotadores y explotados, es decir, tomándola como una oposición real y no solamente lógica. Para Werner Bonefeld (Holloway, 2004: 35 ss.), por ejemplo, "la separación del trabajo de sus condiciones es la materia misma de la lucha de clases". Para el marxismo abierto, la acumulación de capital no es un mecanismo cerrado, suturado en sí mismo, autosuficiente, y no puede ser tratado como simple contradicción lógica porque está abierto a la lucha. Desde este último punto de vista, es erróneo entonces pensar que las relaciones reales entre modo de producción y fuerzas productivas ofrecen contradicción "prediscursiva" sin antagonismo. El antagonismo es constitutivo también de las relaciones de producción y las fuerzas productivas. Es la separación, la previa escisión prediscursiva que hace Laclau entre relaciones de producción y lucha de clases la que hace posible presentar el antagonismo como oposición lógica, es decir, como contradicción sólo en el discurso.

Por otra parte, la negación identitaria no es la única forma de concebir el antagonismo y el antagonismo quizá tampoco sea la única fuente de lucha: la explotación puede incluir reciprocidades; la opresión, indiferencia o ánimo de emulación; la subordinación, admiración; el "narcisismo de las pequeñas diferencias" conducir al odio irreconciliable entre pares, etcétera.

En definitiva, lo que paradójicamente estaría ocurriendo es que el dispositivo de Laclau extrae el antagonismo de las "estructuras" prediscursivas con sus propiedades lógicas polarizadoras y lo traslada al mundo de las luchas discursivas que sería su verdadero hogar. En lugar de haber un privilegio predeterminado estructuralmente para afincar el antagonismo, ahora éste puede invadir la totalidad del campo discursivo y, por tanto, cualquier

32. Por eso es curioso que Žižek pretenda defender la perspectiva de clase como única forma de no renunciar al anticapitalismo (Butler, Laclau y Žižek, 2004: 102). En esto Laclau tiene razón, la lucha de clases es anticapitalista sólo en las concepciones teleológicas hegelianizadas.

articulación discursiva potencialmente puede desarrollar el antagonismo. Las propiedades lógicas de lo que antes era la lucha de clases ahora pueden predicarse potencialmente de cualquier tipo de lucha y, canónicamente, el populismo sería la fórmula hiperbólica de esta tesis. La liberación del antagonismo de las ataduras de las estructuras prediscursivas hace que la lucha de clases no sea tan importante, simplemente porque todo puede convertirse en luchas que desarrollen el mismo tipo de antagonismo con las mismas propiedades que tenía la vieja lucha de clases. La sombra de una posible sustitución clase obrera-pueblo o clase obrera-movimientos sociales se convierte en una perspectiva cierta. El antagonismo social articulado discursivamente es la única vía que se ve para poder pensar procesos de transformación social radicales.

Así, Laclau (Butler, Laclau y Žižek, 2004: 205) plantea la clase como una "política de identidad más" pero las políticas de identidad fueron previamente investidas de los mismos atributos que la vieja política clasista: portadores de radicalización de los antagonismos. El lugar paradigmático del populismo como "verdadero" antagonismo –en tanto auténticamente contingente y no forzado por las mediaciones dialécticas– generado a partir de la lógica equivalencial le permite salvar el lugar sagrado de la tradición marxista como "identidad subversiva radical". Más mesuradamente habría que pensar como el Che Guevera: los únicos que tienen derecho a llamarse revolucionarios son los que hacen la revolución. No hay ninguna resolución prerrevolucionaria de la revolución. No hay ninguna identidad ni ningún antagonismo que anuncie la revolución. La revolución misma es una articulación y una reconfiguración de antagonismos e identidades.

CAPÍTULO 3

Esquema conceptual del análisis clasista

El análisis de clase convencional ofrece implícitamente un esquema deductivo ascendente en la secuencia "estructura de clases - formación de clases - conciencia de clases y lucha de clases" que sigue viendo las estructuras como una suerte de restricciones de partida o límites externos iniciales que dibujan en hueco los contornos entre los que verter válidamente contenidos extraclasistas. La formación de clase se opera por las fuerzas de los factores reproductivos y homogeneizantes, la conciencia de clase como cuestión de dar contenido subjetivo a todo lo anterior, y el antagonismo adviene sólo al final, tanto en un sentido lógico y teórico como cronológico y práctico.

El análisis clasista a diferencia del análisis de clase se instala en el conflicto y a través de él deben verse, dándose un orden de inteligibilidad, los elementos fundamentales de la colectivización y las posiciones estructurales. En este sentido, la clase es un concepto necesariamente asociado a la estrategia, ya que la posición del sujeto no es definida (prescripta) como determinación fija, única e inmutable; los recursos a los que puede acudir son múltiples, y las fronteras entre posiciones son fluidas en tanto que son el objeto mismo de la lucha. El punto de vista relacional entonces es un punto de vista "contencioso" y "estratégico", y por ello las distribuciones de bienes o "activos" de clase dependen de manera primaria también de estas estrategias y de los resultados de estas luchas, no pudiendo ser analizados de manera previa e independiente de ellas. Es en este sentido privilegiante de la contradicción y la lucha como el enfoque clasista y relacional del antagonismo se diferencia del basado en las distribuciones y espacialidades sociales donde reina la fuerza de la proximidad y la homogeneidad.

En todo caso, para un análisis clasista las estructuras no son límites externos –deducidos de un orden de inteligibilidad previo– que encierran posibilidades de lucha y conciencia, sino dimensiones elementales de inte-

ligibilidad de la misma lucha y la conciencia. Las estructuras no son más reales que las coerciones que los sujetos se representan objetivas y toman como punto de partida para ubicarse y actuar en un campo de relaciones antagónicas. Los atravesamientos clasistas en los movimientos y sus luchas, tanto como la incidencia de la lucha de los movilizados sobre las relaciones entre posiciones, son materia no de un "análisis de clase", que parece retornar a las relaciones estáticas unidireccionales, sino de un análisis clasista que promete el dinamismo constitutivo de la lucha y un intento de contestar la pregunta de Foucault acerca del significado de lucha cuando se habla en términos de clases.

En este capítulo vamos a proponer el desarrollo de una infraestructura conceptual para un análisis dinámico que, por centrar la problemática de las clases en la lucha, me parece conveniente la retórica de llamarlo "clasista".

Reconceptualizando el antagonismo

Desde el punto de vista teórico, el análisis clasista debe estipular algunos conceptos bajo los cuales entiende las relaciones de antagonismo, en tanto que ofrecen atributos que permiten diferenciar y relacionar colectivos. Si el antagonismo pone en juego la negatividad en el flujo de la vida social, si la negación de la identidad forma parte central de las relaciones sociales, ¿cuál es la especificidad de los antagonismos de clase? y ¿cuáles son las bases sociales de las relaciones en las que se juegan las identidades?

Es fundamental contar con conceptos que permitan abordar las relaciones sociales desde el punto de vista del antagonismo y de las potenciales amenazas identitarias.

Explotación, opresión, subordinación

La forma de relación social antagónica más tradicional como fundamento de la teoría de las clases es la de explotación. Recuperando la herencia marxiana, Jon Elster (1992a), Eric Wright (1995b) y especialmente John Roemer (1989) son quienes más han avanzado en esta tarea. Una relación es de explotación cuando lleva consigo la posibilidad de apropiación asimétrica de los frutos del trabajo. "Apropiación" supone desigual capacidad de los agentes para controlar el excedente aun cuando las contribuciones de cada uno de ellos para producirlo hayan sido iguales. Explotación no necesariamente se hace equivalente a perjuicio o pérdida neta de bienestar sino a un balance de contribuciones y apropiaciones diferenciales. Puede haber

explotación aunque se alcancen estándares de bienestar o no se produzcan pérdidas de recursos. Pero en tanto "explotación" designa un antagonismo generado por esta asimetría básica en las capacidades de apropiación de los frutos del trabajo, supone necesariamente un atributo particular sobre la que se juega la negación identitaria: "dependencia". La obvia dependencia de la necesidad del trabajador de vender su fuerza de trabajo no debe hacernos olvidar la dependencia básica del explotador de la necesidad de contar con trabajo en condiciones de ser explotado. La interdependencia reside en que el explotado pone un límite absoluto al explotador: la necesidad de su propia existencia.[1] Sin trabajador en condiciones de ser aprovechado no hay explotación.

Y también pone un límite relativo: el explotador depende del esfuerzo del explotado y, por tanto, la asimetría que tiene por base el antagonismo que surge de la explotación puede también depender de algún grado de cooperación del propio explotado.[2] Así, la relación de explotación eventualmente puede no estar basada exclusivamente en la coerción (esclavitud, servidumbre) sino también en ciertas reciprocidades (vigilancias, incentivos, premios y castigos) que permiten aumentarla o reducirla. La negatividad y el conflicto en torno a las relaciones de explotación giran alrededor del atributo de la dependencia/interdependencia que une y enfrenta a los polos simultáneamente. Los explotadores maximizan la asimetría apropiadora esforzándose por reducir al mínimo su dependencia de los trabajadores, y éstos intentan minimizar la asimetría, aumentando esa dependencia.

La explotación como relación interdependiente asimétrica se diferencia netamente de la opresión en la medida en que posee otras propiedades del antagonismo: la asimetría en la apropiación ya no se asienta sobre la interdependencia de los polos enfrentados. En la opresión no explotadora el opresor no se aprovecha del esfuerzo del oprimido sino exclusivamente de sus recursos. Incluso el oprimido puede resultar un estorbo para el opresor. La misma relación de explotación pone un límite a las prácticas de los explotadores, lo que no ocurre con los opresores que rápidamente tienden a la aniquilación o la supresión de los antagonistas.[3] Mientras la explotación

1. Donde los costos de reemplazar a los explotados son muy bajos la sustituibilidad sin límite anula toda interdependencia y posibilita la introducción creciente de formas de opresión.

2. Es lo que ocurre con las llamadas "nuevas formas de gestión de la fuerza de trabajo" que han sido machaconamente desmenuzadas por la sociología del trabajo. Las nuevas combinaciones de tecnología flexible con patrón de acumulación propias del posfordismo dan por resultado una reducción de los componentes coercitivos y de estrategias de aprovechamiento de la colectivización de las tareas y la libre cooperación entre trabajadores (células, equipos, kalmarismo, etc.) (Neffa, 1998; Coriat, 1992; Terssac, 1995).

3. Recientemente Harvey (2004), retomando elementos de Marx y Luxemburgo, ha desarrollado la teoría de la "acumulación por desposesión" mediante la violencia, la rapiña y la depredación de los bienes naturales y recursos comunes. La desposesión o el despojo parecen haber despla-

plantea una relación entre polos que tienen un nexo interno que hace que ambos polos se reproduzcan en el antagonismo, la opresión mantiene una exterioridad de los polos en los que la supresión de uno por otro es una alternativa posible tanto como la más armónica convivencia que se da cuando los recursos que unos expolian a los otros les son indiferentes.[4] La opresión vista como antagonismo, desde el punto de vista de la lucha, puede ser descripta a partir de un atributo distinto de la dependencia.

Llamaremos "reciprocidad" al atributo de una relación antagónica que indica la forma en que las acciones de cada uno de los polos pueden afectar al otro polo. Si el atributo de la interdependencia describe en qué medida los polos no pueden prescindir el uno del otro en virtud del nexo interno que los une, la reciprocidad describe lo contrario: en qué medida el antagonismo desborda el plano de las dependencias cruzadas e impregna o invade generalizándose el antagonismo en múltiples campos de las relaciones sociales, mostrando la amplitud de los nexos externos entre los polos. A modo de ejemplos burdos: las barreras geográficas, el poder militar, los privilegios legales y hasta la capacidad de engaño o encubrimiento tienden a reducir al mínimo la reciprocidad de los subalternos, de la misma forma que las estrategias guerrilleras, los sabotajes, incluso el terrorismo, las campañas de denuncia pública o la alteración del orden público, pueden aumentarla.

Desde esta conceptualización, lo que llamamos "reciprocidad" describe el campo de la negatividad en las interacciones posibles entre antagonistas, designando capacidades desiguales de condicionar la respuesta del otro polo de la relación.

Por último, si la explotación hace girar la negatividad en torno a la dependencia, y la opresión en torno a la reciprocidad, hay una forma de relación que pone en juego las identidades y que combina ambas: la subordinación. Esta forma es poco explorada y suele pasar desapercibida ya que no se basa en la asimetría de apropiación sino en lo contrario: en la subordinación no

---

zado en centralidad la dinámica ligada a la reproducción ampliada del capital. Los procesos coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de activos suponen una reconfiguración de antagonismos desde la explotación a la opresión.

4. Desde ya que la vieja doctrina leninista y estalinista de las contradicciones antagónicas y no antagónicas para explicar la cuestión campesina intenta derivar el antagonismo de la mera posición económica. Pero de acuerdo con nuestra conceptualización hay que observar que la economía del comunismo de guerra, la NEP, la colectivización forzada, las flexibilizaciones posteriores, el Gosplan, etc., en realidad planteaban diversas estrategias de reciprocidades y dependencias entre el proletariado urbano industrial y el campesinado. Mientras el primero dependía del segundo por la provisión de alimentos esenciales, el segundo carecía de la fuerza política y organizativa (los bolcheviques derrotaron primero dentro de la socialdemocracia rusa a las facciones pro campesinas, y luego al Ejército Blanco) con la que oponerse. El antagonismo variaba entre la imposición militar y la guerra, hasta los módicos incentivos del mercado y el sabotaje.

hay apropiación de excedente sino transferencia hacia el subordinado. La posibilidad de antagonismo se presenta en la relación de subordinación a partir de una pura dependencia unilateral hacia el polo dominante y mínima reciprocidad de parte del dominado, en la que no hay ni explotación ni opresión al no haber apropiación. La relación de subordinación dependiente abarca desde las prestaciones de seguridad social, previsionales, seguro de desempleo, hasta la caridad y el clientelismo. En general hay un mínimo de reciprocidad previsto (condicionalidades como haber realizado aportes, presentar documentación, hacer actividades de capacitación y buscar empleo, deberes de lealtad y apoyo, etc.) aunque el dominador tiende a ser independiente y se sustrae del alcance de las acciones de los subordinados. La subordinación dependiente, sin ser ni explotación ni opresión, suele aniquilar la autonomía o minimizar la capacidad de respuesta (poderes de reciprocidad) del subordinado.[5]

Obsérvese que mientras en la explotación y en la opresión la negatividad transita en la búsqueda de asimetría/simetría, la subordinación es desde el punto de vista lógico-formal "antisimétrica". Mientras la explotación opera sobre la relación de "el hacer y el tener", la subordinación se basa en la relación entre "el tener y el no hacer", y la opresión opera sobre el "tener y no tener". Es clara la importancia de la explotación: es la única que interviene en el "hacer" humano. La negatividad está referida al hacer en su relación con el tener.

En la explotación la desaparición de uno de los polos haría desaparecer al otro. Las relaciones de explotación son bases de antagonismos "abiertos" en el sentido en que la lucha tiende a realimentar ambos polos del mismo antagonismo: más explotación puede suponer mayor reconocimiento de dependencia y reciprocidad sentando las bases de una inestabilidad y tensión que nutre la misma explotación plasmándola una y otra vez en antagonismo.

La opresión da lugar a antagonismos "cerrados" en los que más opresión significa más negación de un polo por el otro y más intento de anulación,

5. Cabría preguntarse si el antagonismo propio de las "clases de servicios", los expertos y ejecutivos no manuales de actividades productivas, no es explotación como pensaban algunos neomarxistas absurdamente. Esto presupone de manera liberal-funcionalista que ese tipo de trabajos genera excedente, lo cual es dudoso y difícil de medir. No es una mala hipótesis pensar que el antagonismo que estaría en juego es la subordinación más que la explotación, sobre todo si damos por válido el llamado "efecto Peter" por el cual todo empleado asciende hasta su nivel de incompetencia, que sostienen algunos investigadores en temas de gestión empresarial, el que parece ser plenamente confirmado por los penosos desempeños de los altos funcionarios de las grandes instituciones financieras multilaterales. La "autonomía técnica" en la ejecución no es contradictoria ni con la incompetencia material ni con la extrema carencia sustantiva de poder de decisión. También se puede extender la tesis de Wright Mills: son sectores que ejercen autoridad y experticia pero no son fuente ni de autoridad ni de saber.

supresión, exclusión, etc. El intento de apropiarse de bienes que no son fruto del trabajo (recursos naturales, patrimonio fruto de generaciones pasadas,[6] metales preciosos, etc.) permite prescindir de su esfuerzo, y si además no tienen posibilidades de reciprocidad o de defender esas posesiones, entonces pueden también prescindir de su consentimiento. Si en las relaciones de explotación hay fuerza y condicionamiento pero también cálculo de rendimientos y conveniencias recíprocas, en las de opresión sólo hay cálculo de fuerzas. La ausencia del elemento interdependencia hace que la opresión descanse por completo en la resolución de las reciprocidades: qué puede hacer cada parte sobre la otra para impedir o para forzar la desposesión. Cuando la opresión se refiere a bienes territoriales (subsuelo, etc.) la magnitud de la reciprocidad es grande: los habitantes del territorio tienen múltiples formas de obstruir o impedir, trabar, etc. Es por ello que por la fuerza o por el consentimiento la reciprocidad de la población tiene que ser neutralizada.

Cuando hablamos de fuerza no debe caerse en la tentación de limitarla a la fuerza militar, la violencia, el exterminio, etc. Hay opresión aun cuando la desposesión se logra mediante desconocimiento, ocultamiento, manipulación, engaño o convencimiento. En el caso de que las capacidades y los poderes de los poseedores originales fueran suficiente amenaza para forzar a una negociación, es decir, convirtiendo la desposesión en una transacción, la medida de la opresión la puede dar la asimetría de los excedentes apropiados por unos y otros y la asimetría de los costos futuros resultados de la expoliación de los bienes en cuestión (generalmente contaminación, daño ambiental, destrucción de tejido económico y social, etc.). Todas las maniobras de los opresores buscan neutralizar las reciprocidades potenciales, y también dejar sin más alternativas que la concesión o la negociación, para lo cual no hacen falta siempre medios bélicos sino capacidades extorsivas, exclusiones de bienes necesarios al oprimido que lo fuercen a entregar los bienes apetecidos o a negociar en inferioridad de condiciones, etc. La pérdida de la libertad y la autonomía negocial en la valoración del propio interés y de la potestad de fijar el valor del bien en cuestión da la medida de la opresión.[7] Hay opresión cuando los bienes cedidos no tienen contrapartidas

6. El derecho de propiedad más importante es el hereditario, puesto que es el que garantiza las “distribuciones de partida”; sin embargo, en tanto las herencias son excedentes acumulados, son objeto de especulación y maniobras de parte de unos herederos en contra de otros más débiles, o directamente de usurpaciones por parte de acreedores, abogados, escribanos y otros intermediarios, o simplemente estafadores. Los despojamientos opresivos de quienes no pueden hacer valer sus derechos hereditarios por carecer de poderes de reciprocidad adicionales al mudo derecho son moneda corriente en el capitalismo.

7. En algunos casos la asimetría de poderes es tan grande que solamente el opresor es capaz de extraer o valorizar determinado bien a saquear, es decir, hay una completa dependencia para la valorización del bien. Distinto es el caso cuando ambas partes están en condiciones de

o si las tienen están fuera de las legítimas y libres expectativas de sus poseedores. Esto delata la ausencia de reciprocidad entre las partes y cómo las relaciones de fuerza adversas en el plano militar, político, económico, cultural, etc., se traducen en desposesión. Los oprimidos en cambio buscan afanosamente revertir las disparidades de fuerzas apelando también a una gama amplia de contracoerciones: desde la guerra de guerrillas hasta la propaganda, pasando por el boicot, el sabotaje y el terrorismo.

Por último, cabe hacer una pequeña consideración especulativa sobre la relación entre capitalismo y explotación. Una explotación "perfecta" sería aquella que fijara asimetrías de apropiación unilateralmente, suprimiera toda reciprocidad y anulara toda interdependencia, es decir, simultáneamente perfecta opresión y subordinación explotadora. Las perfectas explotaciones pueden ser consistentes con otras formas de antagonismo pero no con las del capitalismo y la sociedad clasista. La perfecta explotación es incompatible con el principio de la acumulación de capital. Hay dos razones: 1) ya entrevista por Marx en *El capital*: si hay una clase que produce más de lo que consume (corolario necesario de la explotación perfecta), tiene que haber otra que consuma más que lo que produzca, de lo contrario se enfrentaría con una crisis de realización del valor, pero eso significaría que la explotación no es perfecta ya que implica fuerza de trabajo privilegiada y no explotada a la vez, y 2) un máximo rendimiento y productividad laboral con el mínimo necesario de bienestar lleva a fijar en un máximo la ganancia capitalista pero la ganancia máxima implicaría detener todo intento de aumentarla incrementando la explotación y así no habría estímulos a la expansión de la inversión y a la competencia intercapitalista, lo que llevaría a una detención de la acumulación. Por definición la ganancia capitalista no puede provenir de un óptimo fijo común de explotación. La acumulación sólo es pensable en el marco de asimetrías móviles y no fijas, y por eso no puede haber capitalismo sin incertidumbre. Los poderes clasistas de la tecnología y la organización siempre necesitan una "zona de expansión" donde aplicarse y esa zona son los poderes clasistas de los ya explotados que se les sustraen, de los competidores a los que eliminar, de los consumidores no explotados y de los no consumidores todavía no explotados. Por eso el capitalismo desde sus orígenes mismos tiende a la "globalización" en la escala de acumulación.

---

obtener valores por los bienes en disputa. A veces ocurre que el interés de los oprimidos en un bien es bajo o inexistente hasta que directamente la apropiación puramente opresiva de un bien demuestra su posible valor. Este caso muestra que la existencia misma de un interés depende de la lucha y el conflicto. La lucha genera tantos intereses como el interés genera lucha.

Las tres patas sobre las que rueda el antagonismo: dependencia, reciprocidad y simetría

Lo importante de estas figuras bien trabajadas, sobre todo en el marxismo analítico, en realidad no son los juegos cerrados de coerciones fijas que definen sino todo lo contrario, su completa posibilidad de desbordamiento combinatorio, su fluidez y variabilidad. Es decir, hay que invertir el razonamiento: no se trata de cómo la explotación hace a la gente dependiente, la opresión le quita toda reacción y la subordinación la anula sino, al revés, preguntarse cómo la dependencia, la reciprocidad y las asimetrías son objetos de disputa en múltiples relaciones y cómo llegan a plasmarse en formas siempre variables e inestables de explotación, opresión y subordinación. No se trata de cómo las formas de antagonismo determinan tipos de relaciones sino cómo las relaciones, que son antagónicas justamente por estar abiertas a la lucha y al conflicto, resultan en figuras siempre relativamente inestables de antagonismo. Esto nos lleva a la conceptualización de la elasticidad y de las relaciones entre dependencia, reciprocidad y simetría. Las variabilidades a las que las somete la lucha y la posibilidad de combinación, compensación, sustitución entre ellas parecen la forma de entender el antagonismo desde el punto de vista de las clases y la lucha.

La expresión de Marx "capital variable" para referirse al capital destinado al pago de la fuerza de trabajo no quiere decir más que es una forma de excedente cuyo rendimiento es justamente "variable", dependiendo entre otras cosas del grado de eficiencia en la organización de la producción, disciplina, sumisión, colaboración de los trabajadores, etcétera.

Entonces, en la "variabilidad" inherente a la explotación, tipificada en el régimen del salariado, la asimetría en torno a las dependencias cruzadas es fundamentalmente dinámica, cambiante y sometida a lucha. En definitiva las relaciones de contribución a la generación de excedente y de control y apropiación del mismo están sometidas a una permanente tensión y lucha[8] pero, en su desarrollo, estas luchas tienden a accionar no solamente para aumentar o reducir dependencias explotadoras sino también para poner en juego reciprocidades. La explotación se centra en el atributo de la dependencia pero el antagonismo la desborda de manera inmediata. La sindicalización no apela solamente al trabajo a reglamento, el tortuguismo

8. El elemento asimétrico de una relación antagónica no está definido en un campo de inteligibilidad preexistente (la economía o la política) sino en la misma relación contingente de lucha. Siguiendo a Laclau, podríamos afirmar que es a partir de la inscripción en un discurso que algo se comienza a representar como asimétrico. Y al decir de Scott (1990), no es extraño que los marcos de injusticia muchas veces sean tomados del discurso de los dominantes. Los mismos medios de sujeción ideológica son invocados para reclamar reciprocidades y romper la naturalidad y la aceptabilidad de relaciones que comienzan a representarse como asimétricas.

o el paro como forma de poner en acto la dependencia del capital hacia el colectivo de trabajo, sino que puede recurrir a sabotajes, denuncia pública, movilizaciones callejeras, mitines, etc. Es decir, la acción colectiva clasista incursiona en el campo de las reciprocidades intentando presionar infligiendo daños simbólicos, políticos, y no solamente materiales.

Del lado de los explotadores ocurre lo mismo: no se limitan a intentar reducir su exposición a la dependencia del colectivo obrero mediante introducción de métodos de trabajo y tecnología, o procurando garantizarse bajos costos de sustitución de la fuerza de trabajo combativa o poco productiva, trayendo mano de obra inmigrante, por ejemplo, sino que también apelan a todo tipo de reciprocidades, influyendo en las motivaciones y aspiraciones de los trabajadores con premios para inducirlos a cooperar, represalias, favoritismos, etc. En un sentido general lo que Marx llamaba la subsunción real del proceso de trabajo al capital puede interpretarse como una forma de gobernar, dirigir o gestionar las dependencias y reciprocidades que se establecen con los trabajadores explotados y son propias de todo proceso de explotación industrial.

Roemer fundamentó teóricamente que la explotación del trabajo no se realiza exclusivamente a través de su “subsunción” real, sino que a través de las relaciones de intercambio también podían producirse apropiaciones diferenciales de los excedentes del trabajo. Efectivamente, el ejemplo de la tercerización generalizada que tienen por estrategia las grandes empresas lo confirma plenamente, al igual que el trabajador domiciliario o la cooperativa o microemprendimiento colectivo que se convierte en proveedor. En todos los casos la apropiación del excedente se inscribe en una relación que mantiene la tensión en el eje de la dependencia, pero logra evitar totalmente los problemas derivados de las reciprocidades.

Por eso es que el antagonismo siempre debe ser analizado dinámicamente: los deslizamientos entre explotación, opresión y subordinación pueden ser la norma más que la excepción.

Podría decirse que toda explotación va asociada a una serie de opresiones ya que las condiciones que hacen posible la dependencia hacia los explotadores generalmente son el fruto de estrategias opresivas: el cercamiento de tierras, el combate a las labranzas y huertas familiares de los trabajadores en talleres,[9] la leva forzosa, etc., apunta justamente a dejar sin alternativas de medios de subsistencia a la fuerza de trabajo. De la misma manera opera hoy en día el endeudamiento de los hogares, reduciendo los márgenes de libertad frente a los empleadores. Así, la opresión producida por la desposesión financiera a partir de las tasas de interés usurarias o la desposesión real

9. Véanse los clásicos trabajos de Michel Aglietta (1979) sobre las estrategias para imponer una norma de consumo que haga posible la mercantilización de la fuerza de trabajo y el régimen salarial.

por la caída del valor efectivo de los bienes (inmuebles) adquiridos frente a la deuda consolidada para adquirirlos, se traduce en efectos disciplinadores en los mercados de trabajo y empresas. Las relaciones de antagonismo no suelen respetar las fronteras arbitrarias trazadas por las codificaciones científicas o académicas, como la producción, el consumo, la circulación, el ámbito privado, la familia y la fábrica, etc. Los antagonismos son en cierto punto rizomáticos, con perdón de Deleuze.

Cuando la reducción de la dependencia del explotador hacia la fuerza de trabajo y el balance de reciprocidades logra maximizarse a favor de la empresa, la explotación deviene opresión. Las altas tasas de desocupación, la pérdida de derechos protectivos de la estabilidad laboral, la llamada “flexibilización” del proceso de trabajo, de los salarios, la regulación de la huelga, la persecución a la actividad gremial y la represión a las medidas de fuerza, etc., significan someterse a una explotación de fuerza de trabajo sin condiciones. Las altas tasas de empleo, la protección legal y las regulaciones del poder discrecional del patrón sobre el esfuerzo laboral y su organización, sumada a la colectivización a través de la organización sindical, significan, en cambio, que los trabajadores van a tener alternativas ante malas condiciones de trabajo y, eventualmente, que puedan conseguir mejorar estas condiciones apelando a la profundización de la dependencia del capital a la disponibilidad de mano de obra y a la capacidad de condicionarlo merced al recurso de la acción colectiva (el control de los ritmos de trabajo, las huelgas, el boicot, etc.). Hasta un fuero laboral ágil y ecuánime en el poder judicial se erige en un importante factor de reciprocidad.

Las reciprocidades positivas ejercidas por los explotadores como premios, bonificaciones, atenciones, etc., cuando pasan de cierto límite pueden convertirse en subordinación. Los pagos extras y otros beneficios encubiertos a los delegados o representantes gremiales adeptos a la empresa forman parte de esta lógica. Los ascensos y las promociones también podrían formar parte de la misma flexibilización del antagonismo.

En definitiva, la “dependencia” que define toda relación de explotación y los límites que traza no pueden deducirse de un dictado “estructural” sino lisa y llanamente de la disponibilidad de alternativas fácticas que marca la lucha entre explotados y explotadores. Por eso la explotación es siempre volátil e inestable. La reducción de alternativas y el blindaje contra las represalias de los explotados tiende a convertirla en opresión. La ampliación de alternativas y derechos consolidados junto con amplias capacidades de contracoerción colectiva (poder sindical) tiende a convertirla en subordinación como anulación de la autonomía a cambio del máximo pago por el mínimo esfuerzo.

La consideración elemental de la negación identitaria se da de manera distinta en cada tipo de relación social antagónica.

En las relaciones de explotación la negación polarizadora sólo ocurre cuando las asimetrías son catastróficas y ponen en riesgo su sobrevivencia (las clases trabajadoras) o cuando las relaciones de fuerza son tan adversas que los explotadores viven la situación como amenaza a su permanencia como dominantes (peligro revolucionario).

En las relaciones de opresión, la negación agudizadora del antagonismo puede ocurrir más fácilmente por la exterioridad fundamental entre los dos grupos. El grado de negación viene dado por la medida en que los bienes apropiados sean valorados por los oprimidos o también porque el trabajo mismo de la apropiación ataca elementos identitarios fundamentales. El ejemplo del campo de golf, una mina o un complejo turístico, una autopista o un pozo petrolero sobre un cementerio indígena es típico. La necesidad del opresor de desalojar, profanar, controlar, para hacerse de los bienes ambicionados suele tener efectos directos de negación identitaria muy fuertes, más allá incluso del valor que los oprimidos le otorguen al recurso en cuestión.

Asimismo, no hay que caer en el espejismo de ver el antagonismo como "conflicto competitivo", es decir, una lucha en torno a un bien valorado por ambas partes. El antagonismo puede sobrevenir incluso cuando no se pelea por lo mismo: las luchas anticolonialistas pelean por la independencia política mientras las potencias imperialistas pelean por recursos naturales baratos. En definitiva, la identidad en un conflicto no se juega en torno de algún bien disputado por su valor. El antagonismo, más allá del conflicto competitivo individual, como relación social, no depende del valor de algún bien sino que generalmente el valor de los bienes en disputa suele depender de la marcha del antagonismo.

En las relaciones de subordinación la pérdida de autonomía y anulación de la capacidad de reciprocidad suele terminar en fuertes sentimientos de manipulación, de ser instrumentos de ciegas burocracias o de los caprichos de los dominantes, sean punteros políticos u organizaciones caritativas. La imposibilidad de incidir y de intervenir en los procesos de asignación y distribución, de fijar las reglas de justicia, etc., deja a los beneficiarios de prestaciones y transferencias como inhábiles e incapaces y por tanto niega aspectos importantes de la identidad como sujeto social competente. Mucho más cuando es muy común en estos casos que los conflictos estallen porque las leyes no se cumplen, es decir, se generan todo el tiempo expectativas que son frustradas en los hechos.[10]

Las relaciones sociales antagónicas ponen en cuestión las identidades no sólo por los posibles resultados catastróficamente asimétricos, sino también porque introducen una nueva dimensión analítica: la dominación, que en

10. Es inevitable pensar a modo de conjetura que el antagonismo en los socialismos burocráticos de Estado hayan tenido en la subordinación su figura principal.

este contexto significa el grado de control sobre las respuestas del oponente tanto en términos de dependencia como de reciprocidad.

En la explotación la dominación subordina y recorta la autonomía del explotado tratando de reducir el nivel de reciprocidad e interdependencia, coacciona aumentos de la cooperación, disciplina, etc., para maximizar la asimetría, en tanto que los explotados intentan aumentar su autonomía de respuesta para minimizar la asimetría.[11] En la opresión, la dominación intenta dejar sin respuesta al oprimido pero sólo en tanto que esa respuesta atente contra la posibilidad de apropiación de sus bienes. En la opresión la autonomía "no perjudicial" del oprimido (cultura, costumbres, pero también bienes no valiosos para el opresor) puede incluso facilitar la apropiación.

En la explotación tanto los explotadores como los explotados cifran su existencia en la del antagonista y, por tanto, el problema del control de la respuesta del antagonista o su autonomía se convierte en una cuestión central de su propia existencia. En la opresión en tanto relación de asimetría sin interdependencia, la identidad y existencia de los opresores y los oprimidos es mutuamente indiferente y por tanto el control de la respuesta del otro se plantea como algo contingente. A través de la dominación la explotación puede acercarse a la opresión al cancelarse interdependencias y reciprocidades.[12] Al mismo tiempo la opresión puede reconocer amplios márgenes entre el exterminio y la autonomía siempre que sea compatible con la apropiación. Situaciones opresivas pueden brindar oportunidades netas de opresión explotadora no previstas (típicamente, el trabajo esclavo, la reducción a la esclavitud de prisioneros, trabajo forzado, trabajo cautivo, etcétera).

Las relaciones sociales antagónicas poseen un dinamismo decisivo para su captación analítica: sus compensaciones, sustituciones, sucesiones, son la clave explicativa.

El déficit de independencia puede intentar compensarse aumentando la reciprocidad que siempre puede ser positiva o negativa. Es decir, el campo

11. Sobre las relaciones entre subalternidad, antagonismo y autonomía son importantes los aportes de Massimo Modonesi (2009) que las plantea como en correspondencias con las experiencias de subordinación, de insubordinación y de emancipación, respectivamente. Señala que no son momentos sino componentes de todo proceso de lucha y también marca muy bien una crítica a las posiciones de Antonio Negri de "autonomización teórica del concepto de autonomía" que lo retrotrae a fundamentos presociales y lo separa del antagonismo.

12. La dominación, contrariamente a los planteos posweberianos (Dahrendorf), es un concepto derivado y no primario de las relaciones de clase. La dominación puede describir el antagonismo pero no es su motor. El poder por el poder mismo se da de patadas con algo evidente: la dominación tiene como límite absoluto la vida del dominado, por tanto no se podrían explicar los exterminios. Tampoco se podrían explicar las concesiones que los poderosos hacen para sacar ventajas materiales, ni las formas de cooptación, integración, etc. La dominación es una función del antagonismo y no al revés.

de la reciprocidad de los efectos de las acciones de los polos enfrentados no necesariamente debe verse como intentos de dañar o reducir capacidades de acción, sino también como formas de incentivos y beneficios, compensaciones, que tienden a la subordinación.

Una potencia neocolonialista puede utilizar medios militares pero generalmente utiliza estrategias compensatorias sobre gobiernos y clases dominantes locales para acceder a la apropiación de los bienes o recursos naturales que les interesan. Para ello existen no solamente la corrupción, sino también los préstamos, la ayuda militar o financiera, la participación en negocios comunes, etc. Una empresa minera puede instalarse apelando a la protección política y represiva como un enclave perjudicial para la población cercana, pero también puede tener una política agresiva de compensaciones no sólo a través de impuestos sino también de donaciones y asistencia a las poblaciones que puedan resistir o rechazar sus actividades. Todas ellas son formas de reciprocidad.

Estas formas de reciprocidad pueden estar orientadas a generar relaciones de dependencia invertida, es decir, lograr que los intereses del polo oprimido, a quien no se puede o que es demasiado costoso neutralizar sus capacidades de reciprocidad, dependan unilateralmente del polo dominador. En estos casos la insuficiencia de reciprocidad es compensada por un incremento de la dependencia. Las acciones estratégicas tendientes a introducir y consolidar complementariedades de intereses son estrategias evidentes y comunes para evitar los alcances de las capacidades de reciprocidad de los dominados. Las estrategias de los organismos internacionales de crédito parecen esencialmente atravesadas por esto: generar dependencias financieras con resultados finales asimétricos.

Entre los atributos de interdependencia y reciprocidad hay relaciones dinámicas de compensación y sustitución, pero es claro también que, tendencialmente, son las interdependencias las que hacen estables y menos costosas las relaciones antagónicas. Lograr que los intereses se vuelvan complementarios preservando la asimetría es el centro de gravedad imposible sobre el que orbita todo antagonismo. El antagonismo alberga como posibilidad su propia negación: una pura interdependencia perfecta en la cual ninguno de los dos polos ejerce reciprocidad pero igual se mantiene la asimetría.

La explotación o la opresión pueden existir con o sin interacción entre los actores (formas directas e indirectas). Los explotadores-opresores pueden apropiarse del esfuerzo o los bienes ajenos sin necesidad de tomar contacto o interactuar con los subalternos, a través de dispositivos anónimos, impersonales, o por interpósitas personas. Los opresores pueden extraer los recursos a espaldas de sus poseedores. La invisibilización de los beneficiarios finales de las exacciones o de los aprovechadores reales de una transacción

es un objetivo muy anhelado de cualquier explotador-opresor: no aparecer como tal, ya que esta circunstancia ayuda mucho a perpetuar y perfeccionar la explotación y la opresión.

En algunos de estos casos la interdependencia existe ya que el explotador sigue dependiendo del esfuerzo del explotado, pero lo que no existe es "reciprocidad" o la posibilidad del explotado de condicionar o contracoercionar al explotador. La ausencia de interacción obliga al incremento de la sutileza en los mecanismos de explotación-opresión por un lado, y a la naturalización de la impotencia o la ceguera para evitarlos, por el otro. Muchas veces, la imposibilidad de identificar al explotador-opresor obliga a un trabajo de visibilización. Pero, aun identificándolos o poniendo en evidencia sus mecanismos, puede haber serios obstáculos para accionar contra ellos, ya que los mecanismos represivos, de control social o simplemente la localización fuera del alcance espacio-temporal de los explotadores-opresores los preservan de esos riesgos. Lograr visibilizar primero y luego lograr "hacer subir al ring" a los apropiadores de esfuerzo o recursos es parte estratégica de las luchas en torno a la explotación.

La invisibilidad y la impunidad son las dos formas de maximizar la capacidad de los explotadores y opresores. Sustraerse al campo visual y al alcance de las acciones de los explotados-desposeídos maximiza la asimetría de las capacidades de apropiación de los excedentes, patrimonios o los frutos del esfuerzo. Las figuras del "mercado", "la confianza de los mercados", las "expectativas", junto con las "leyes" económicas, la manipulación de la información y la imagen, la capacidad de engaño y de interponer falsos culpables, etc., constituyen grandes pantallas invisibilizadoras de relaciones de explotación y opresión. Los mecanismos de control social, protecciones jurídico-institucionales, la "deslocalización" de los decisores principales, la capacidad de interponer "pantallas" o "escudos" y protecciones institucionales, responsables vicarios, etc., son recursos que sustraen a los explotadores del alcance de las acciones de los explotados, es decir, los mantienen impunes. La gran propiedad corporativa, la sociedad anónima, son formas de licuar e invisibilizar la propiedad económica. El hecho de que las negociaciones de contratos colectivos de trabajo se hagan con los funcionarios de las empresas y no con sus accionistas y decisores finales, que muchas veces ni siquiera se conocen, sin dudas otorga una ventaja a los explotadores. La presencia de directores obreros en los consejos de empresa en Alemania, por ejemplo, tiende a compensar esa desventaja.

La presencialidad y la interacción también son relevantes para el examen de la cuestión de la negación identitaria. Cuando la apropiación asimétrica se hace a través de las relaciones de intercambio y circulación en las estructuras mediadoras del mercado que permiten mecanismos anónimos, las identidades de los agentes suelen ser difusas y no quedan comprometidas

por el antagonismo. Las apropiaciones asimétricas sin copresencialidad e interacción frecuente y directa de explotadores y explotados son más refractarias al antagonismo agudo que incluye la posibilidad de negar la identidad o la existencia del otro.[13] La explotación indirecta consagra una suerte de impunidad del explotador que se sustrae del alcance de las acciones del explotado.

El mercado en tanto dispositivo anónimo impide la percepción de los antagonismos, es decir, de cuáles y con respecto a quiénes son las dependencias y reciprocidades que pueden generar la pérdida o la ganancia (asimetría). El mercado es una estructura invisibilizadora de los antagonismos mas no de la explotación. La empresa en cambio hace coincidir explotación y antagonismo en un mismo *locus* social.

Así como la mercantilización de las relaciones sociales tiende a invisibilizar el antagonismo, la ideologización opera en sentido contrario. Hay un punto importante en esta cuestión. Cuando la afectación es puramente simbólica, cuando la lucha tiende a hacerse completamente fundamentalista (religiosa, ideológica, nacionalista independentista, socialista, no importa cuál), el margen de las reciprocidades se estrecha completamente. En las luchas "principistas" el oponente no tiene respuestas "válidas" o efectivas, no puede encontrar compensaciones ni violencias suficientes frente a principios o creencias que constituyen inmediatamente la identidad del oponente. Tanto Mao Tse-tung como el Che Guevara se dieron cuenta del "poder" que significa la superioridad moral: la protección contra las capacidades de reciprocidad tanto positivas como negativas del oponente. La sustracción simbólica del campo de las reciprocidades convierte el antagonismo en irreductible y anuncia los máximos niveles de negación y polarización. Contrariamente a lo que demuestran las elaboraciones de la *rational choice* en el sentido de que las creencias normativas siempre conspiran contra los intereses individuales porque otorgan más oportunidades a los adversarios que no se atan a ellas, para los oprimidos generalmente es al revés: sólo el atarse a sus creencias reduce el campo de acción del poder enemigo.

Veamos cómo juegan interdependencias y reciprocidades en diversos casos de antagonismos o relaciones sociales.

Entre un vendedor y un comprador hay una interdependencia que queda definida por el grado de necesidad, utilidad futura, etc., que tiene el bien en cuestión o el de los valores con que se pretende comprarlo. Si la venta es presencial, hay una fuerte reciprocidad: regateo, persuasión,[14] etc. Estos parámetros varían si la operación comercial es entre un comprador y una

13. Una de las ventajas estratégicas del capital financiero: generar perdedores y ganadores como resultado "anónimo" de sus propias decisiones.

14. Hasta en los sitios de transacciones electrónicas o por la web, bajo sistemas codificados impersonales y rígidos, hay fuerte interacción y hasta instancias de calificación y de reputación

gran empresa donde la negociación ya no es posible y se impone la tajante división entre formadores y tomadores de precios.

Entre un pequeño inversor individual y una institución financiera existen asimetrías de información básica enormes en las que la dependencia es máxima y la reciprocidad mínima (sólo la amenaza de cambiar de banco). No obstante el marketing y las estrategias de venta incluyen "reciprocidades fingidas" con regateos con oficiales de cuenta, etcétera.

Entre un inversor y un mercado financiero hay anónimos procesos de fijación de precios, sobre todo para aquellos que carecen de información, hay nula capacidad de incidir en las cotizaciones a menos que sean grandes inversores o participe en movimientos especulativos coordinados.

Entre un habitante de un territorio y una empresa minera puede haber una total independencia (aunque puede ser común que las empresas beneficien a proveedores locales, o tomen mano de obra local) pero sin embargo hay un alto grado de reciprocidad: los habitantes, ocupantes de los territorios, pueden accionar fácilmente contra la empresa con acciones de obstrucción, boicot, desprestigio, etc. A su vez, las empresas comúnmente desarrollan una activa "acción solidaria" y obras para la comunidad, intentando ganar su aquiescencia. Cuando los emprendimientos son en zonas deshabitadas por supuesto todo es muy distinto: las barreras geográficas invisibilizan y coartan formas de reciprocidad. Comúnmente también hace su papel el paraguas político institucional y represivo que se obtiene generalmente cuando se produce una inversión de la dependencia y el erario público se financia en parte importante con los impuestos y las contribuciones que abona la minera. También la minera puede contar con el apoyo de los sindicatos que se benefician con el empleo y los aportes sindicales y de obra social.

Mientras la opresión y la subordinación son antagonismos inerciales (tienden a reproducirse y amplificarse a sí mismos), la explotación tiende a convertirse en otras formas de antagonismo. Esto se ve en las tendencias (de los capitalistas) a convertir explotación en opresión cancelando la dependencia y la reciprocidad, o la tendencia (de los obreros) a reducirla a simple subordinación (recibir el salario más alto posible con las mayores seguridades y mínimas contraprestaciones, renunciando a la reciprocidad y la autonomía). En este sentido, la explotación es una forma inestable de antagonismo. Las asimetrías variables que le son inherentes hacen que el intento de controlar esa variabilidad ponga en juego el tipo de antagonismo. Su propia tensión irresoluble la hace incómoda y con propensión a deslizarse todo el tiempo hacia formas más estables de polarización donde las asimetrías son más cristalizadas y predecibles.

Sin embargo, es claro que cualquier sociedad moderna ofrece muestras

---

de vendedores y compradores. La reciprocidad es un elemento importante del intercambio comercial.

Tipos de antagonismo y atributos relacionales principales

Formas de antagonismo / Atributos relacionales		Inter-dependencia	Reciprocidad	Simetría en apropiación	Ejemplos típicos
Explotación	Directa	Alta	Alta	Asimetría variable	Salariado capitalista industrial
	Indirecta	Alta	Baja	Tendencialmente alta asimetría	Tercerizados, domiciliarios, proveedores cautivos, especulación financiera
Opresión	Directa	Baja o nula	Muy alta	Muy alta asimetría	Servidumbre Colonialismo militar
	Indirecta	Baja o nula	Baja	Alta asimetría	Desposesión por deudas, fraude financiero Neocolonialismo
Subordinación	Directa	Media o baja	Media o baja	Antisimétrica	Caridad, clientelismo
	Indirecta	Baja o nula	Baja o nula	Antisimétrica	Prestaciones sociales, jubilación, seguro de desempleo

bastante bien definidas de ejes de conflictos medianamente estables y persistentes, sobre todo en torno a la apropiación de excedentes del trabajo.

En este esquema conceptual, el carácter permanente-estable o transitorio-inestable de una lucha clasista depende exclusivamente de los ejes de dependencia, simetría, y reciprocidad.[15] La formación de colectivos estables e identidades en torno a antagonismos "estructurales" debe leerse simplemente como "conflictos de configuración estable". La organización colectiva y la identidad que dan recurrencia no se alcanzan por un determinado estatus "estructural" de un conflicto sino al revés: un conflicto deviene "estructural" merced al desarrollo de organización, identidad y lucha en torno a relaciones de explotación, opresión y subordinación que se producen como pugna persistente por simetrías, dependencias y reciprocidades. La persistencia del conflicto tiene que ver con la equilibración de fuerzas y la reducción de asimetrías. A medida que un antagonismo genera relaciones sociales más equilibradas, típica forma del capitalismo de bienestar, la negatividad se concentra en el control del hacer y por tanto tiende a centrarse en la explotación, pero a medida que la explotación agota las posibilidades de generar asimetría, la tendencia a introducir nuevas formas opresivas de subordinación y asimetría son inevitables (sexismo, racismo, neocolonialismo, etcétera).

En el análisis clasista no es que los cambios estructurales explican cambios en las relaciones de fuerzas y los conflictos, sino al revés: los cambios estructurales son posibles porque las luchas llegan a modificar aspectos importantes de las relaciones antagónicas (simetría, dependencia, etc.), proceso a través del cual se producen en forma clasista los colectivos sociales fundamentales (sean movimientos, partidos, sindicatos, asociaciones, grupos de presión, multitudes disconformes, grupos armados, etcétera).

Las nuevas formas de antagonismo: ¿hay un antagonismo clasista?

Según nuestra hipótesis si género, etnia, edad, religión, entran en las construcciones discursivas como dadoras y negadoras de identidades es porque se dirimen a través de ellas asimetrías, dependencias y reciprocidades. El discurso clasista sin dudas colisiona con los de género, raza y religión, en tanto dador de identidad, pero es imposible ver los componentes de antagonismo de esos discursos sin bucear en las relaciones de explotación,

15. El intento de descubrir una "lógica" clasista no debe estar tomado como una metáfora, un código oculto, etc., como en muchos autores. Aquí para evitar un problema de consistencia teórica se ha optado por una terminología que proviene de la "lógica relacional": asimetría, reciprocidad, dependencia, son términos que aluden también a propiedades "formales" de las relaciones sociales.

opresión y subordinación. Que a través del discurso se organicen identidades y antagonismos no quiere decir que éstos sean simplemente artilugios simbólicos que operan en la dimensión subjetiva. Tienen que tener efectos reales, o más bien simbolizables como reales, en términos de asimetrías, reciprocidades y dependencias entre cosas y cuerpos.

Todas las formas "extraclasistas" de conflicto mencionadas no pueden leerse como antagonismos sin relacionarlas con las cuestiones básicas del tener/no tener y hacer/no hacer.

Por empezar, el elemento identitario comienza por plasmarse reivindicativamente en la pretensión y el derecho a participar del flujo social en igualdad de condiciones con otros. En las luchas de género, de minorías étnicas y de credos aparecen los mismos contenidos de combate a la explotación y la opresión diferencial y el intento de "retornar" a la naturalidad de las coerciones "clasistas" puras. Es decir, convertir sexo, raza y credo en cuestiones extraclasistas significa introducirlas plenamente en la lucha de clases.[16] En las demandas feministas aparecen potenciadas además relaciones sociales específicas de opresión: el respeto al cuerpo (sexualidad y procreación) en la dimensión de la reciprocidad, y las igualdades de derechos de apropiación de excedentes, de acceso a la propiedad, a la herencia, etc., que están íntimamente asociadas a las dimensiones de la dependencia económica adicional hacia el varón.

El pacifismo y el ecologismo o la contracultura son aun más corporales y materialistas en los acentos que marcan sobre las relaciones sociales, y ninguno es indiferente a la dimensión de la lucha y el antagonismo: sustracción del cuerpo a la violencia de la guerra, a las catástrofes de la contaminación, a su corrupción por el consumo. El cuerpo, en tanto objeto de sujeciones en el capitalismo avanzado a través de las adicciones, las instituciones y la manipulación de necesidades, es la materia prima de la lucha de los NMS. El intento de compensar asimetrías frente a los poderes que controlan los mercados, los Estados y la tecnología es el eje común de todos ellos.

16. Hay que recordar con la feminista radical Shulamith Firestone (1976) que el cumplimiento de las demandas de igualdad va a significar en el caso del feminismo que las mujeres de clases trabajadoras sufran solamente las explotaciones y opresiones de las clases trabajadoras y las mujeres de clases medias y altas la posibilidad de sufrir pero también ejercer explotaciones, opresiones y subordinaciones iguales a las que ejercen sus pares de clase varones. También es interesante el trabajo de Judith Astelarra (1978) sobre feminismo proletario y burgués. Firestone había propuesto audazmente que las mujeres podían ser consideradas clases con más fundamento que la burguesía o el proletariado. Esta idea tiene la importancia de señalar el carácter difuso, cambiante e inestable de todo antagonismo social. Las dependencias, asimetrías y reciprocidades no andan preguntando qué nombre les queda mejor, atraviesan completamente al lazo social e incorporan desde lo biológico hasta lo mental. En este sentido no tiene ninguna importancia el intento absurdo de tratar de explicar las diferencias de género por las relaciones de producción, ni tampoco lo contrario de explicar las relaciones de producción por las construcciones sociales y culturales del género.

Los movimientos por los derechos civiles y por los derechos humanos no son menos ajenos a las relaciones antagónicas sobre todo en los ejes de la opresión: sustraer los cuerpos de la represión y el control, aumentar la visibilidad de los poderes y la violencia que ejercen, aumentar poderes y derechos de ciertos grupos postergados, sus protecciones legales, etc. Es decir, privar a los poderosos de la legitimidad de los recursos a la fuerza física y reconocer nuevos derechos.

No hay que obviar que detrás de muchos derechos como el matrimonio no convencional existen aspectos bien materiales como herencias y coberturas de salud, entre muchos otros. En definitiva, se trazan o pretenden trazarse nuevos límites para aquellas relaciones sociales de opresión y explotación.

Consignas como "el mismo amor, los mismos derechos" no tienen nada de sentimentales y buscan desacoplar criterios diferenciales asimétricos de derechos de apropiación de bienes (acceso a servicios sociales, herencias, etc.) de atributos sexuales. Las cuestiones del reconocimiento identitario y la lucha de identidades devaluadas sin dudas puede analizarse en el plano de las subjetividades y la cultura, pero también en el plano de los poderes asociados a las relaciones de explotación (acceso al trabajo y la educación), subordinación (a la solidaridad social, las pensiones, la salud) y opresión (despojamiento patrimonial).

Las relaciones de explotación, opresión y subordinación permiten el acceso analítico al antagonismo en la medida en que los agentes sociales dirimen sus diferencias como dependencias, y reciprocidades en torno a las apropiaciones de cosas, es decir, en torno al control de sus condiciones de vida material.[17] Los rasgos de las relaciones sociales que se tejen en torno a estas condiciones, de acceso o exclusión de determinadas cosas, de derechos y disposición de hecho sobre ciertos bienes, define el universo de los antagonismos sociales clasistas en sentido lato. La especificidad de la lógica clasista no reside en la referencia a las relaciones "materiales", porque si bien los antagonismos giran en torno a "apropiaciones" de cosas, bienes tangibles o intangibles, lo que se pone en juego para conseguirlo es tanto material como simbólico.

17. Las cosas esconden un poder simbólico inusitado: son "excluibles" y por tanto tenerlas o no tenerlas es una manera sencilla y contundente de diferenciar. Las ideas o los bienes simbólicos pueden ser apropiados por todos. Las luchas religiosas no deben entenderse como una forma de erradicar ideas, ya que la persecución lo único que hacía era justamente asegurarse de que todos supieran lo que no debía ser pensado o creído, lo cual era de obvio cumplimiento imposible ya que lo prohibido y lo herético no podía dejar de pensarse, sino que se intentaba dejar claro que los que profesaran esas ideas debían ser excluidos de los otros sistemas de distribución de bienes y valores. Los sistemas de enclasamiento prescriben que el tener o no tener, el acceso mismo a las cosas, sólo obedece a las acciones legítimas de los agentes más allá de sus ideas o creencias.

Ahora podemos entender aun más el significado del principio específico de organización clasista de lo social: supone que no puede haber cristalizaciones fijas de dependencias, asimetrías y reciprocidades, y en este sentido las sociedades clasistas son sociedades abiertas porque los parámetros que delinean los antagonismos son objetos del mismo antagonismo, cosa imposible en los antagonismos desarrollados entre estamentos y castas.

En un sentido estricto hay una lógica de clase en los antagonismos cuando asimetrías, dependencias y reciprocidades no son prescriptas, impuestas o legitimadas como perpetuas e irreversibles por instancias no sometidas a la vida social misma. Las clases significan la apertura de los antagonismos a las acciones, al hacer y el obrar de los hombres. Las relaciones de explotación, opresión y subordinación son resultados siempre contingentes y cambiantes y nunca premisas trascendentales en las sociedades que diferencian por clases.

Los conflictos a que dan lugar son necesariamente "abiertos" porque hasta los criterios de legitimación de las acciones que originan las distribuciones de agentes y de bienes (derecho) son materia de disputa y lucha. Las sociedades que obedecen a principios de clase entonces serían sociedades de inconformismos generalizados, movilidad y lucha.

Las asimetrías que anidan detrás de los antagonismos de género, nacionalidad, etnia, edad, etc., desde el punto de vista que adoptamos aquí son, por un lado, intentos de "decodificación de clase" en la medida que el sexismo, racismo, etc., separan la distribución de bienes de lo que los hombres y las mujeres hacen y la atan a lo que los hombres o las mujeres son. En este punto, es por demás claro que las luchas de los llamados nuevos movimientos sociales en realidad pugnan por regresar a la codificación enclasante y desatar dependencias, reciprocidades y asimetrías de rasgos adscriptivos o identitarios. "El mismo amor, los mismos derechos" significa exactamente esto: si el "hacer" es el amor, los derechos se legitiman por el hacer. En este sentido, los movimientos sociales intentan restituir una lógica clasista allí donde ha sido vulnerada o colonizada por criterios fijos basados en rasgos identitarios. El horizonte de los reclamos legítimos para los movimientos sociales es el imperio de los principios clasistas de distribuciones. Que los exteriores discursivos con que se constituyen las identidades no contemplen a la clase no significa que pierdan el nexo inextricable que las ata a la lucha por las condiciones materiales de existencia.

El desclasamiento identitario de los movimientos sociales, el eclipse del exterior discursivo clasista, sólo obedece al hecho de que la misma lógica de clase es objeto de lucha porque los intentos de atenuarla y distorsionarla o anularla son omnipresentes. La acción clasista no tiene un especial interés en revestirse de identidad clasista, ni en atribuir a los antagonistas identidades clasistas. Así, los conocidos fenómenos de cierre social, la racialización

de ámbitos laborales y educativos, del consumo y el hábitat, por citar ejemplos corrientes, son estrategias de significado clasista con significantes no clasistas. Así, los fenómenos de clase no pueden limitarse al estricto campo de las identidades clasistas, sino al conjunto de los antagonismos *tout court* que vinculan las condiciones materiales con las luchas por el tener/no tener y el hacer/no hacer.

Pero aquí hay una cuestión complicada: las exclusiones sexistas, racistas, etc., confirman al otro negado y hasta fortalecen las identidades en cuestión. La identidad es reafirmada con un costo de devaluación en términos de bienes materiales y valores simbólicos muy conveniente sobre todo a las clases explotadoras. Es decir, introducir una diferencia laboral, económica o legal tomando un criterio adscriptivo es la forma de "remarcar" una identidad. En términos más precisos, no hay "negación" identitaria sino todo lo contrario: reconocimiento desvalorizante que motoriza luchas para revertirlo. La negación, entendida como amenaza de existencia, de supresión, viene dada por la violencia, la expropiación, la expulsión, no por las diferencias y las exclusiones parciales. El elemento polarizador como fuerza que agudiza el enfrentamiento y hace ascender el conflicto a los extremos no viene dado tanto por una construcción discursiva sino por los actos que amenazan la presencia o la existencia misma de los involucrados.

Una buena medida para entender el punto es ver el racismo en el fútbol: mientras los cánticos son discriminatorios contra los extranjeros rivales y aprobatorios para los extranjeros propios, tiene un significado futbolístico exclusivamente. Pero si se rechaza a los mejores jugadores propios porque son extranjeros, tiene un significado opresivo típicamente racista. El sexismo y el racismo comienzan a sustraerse del alcance de las clases económicas, de los antagonismos expresados en las luchas por el tener y el hacer, cuando hace perder dinero, no cuando lo hace ganar. Solamente las opresiones que no se relacionan con el tener y el hacer son extraclasistas en sentido estricto. Es decir, cuando la lucha es directamente por la "existencia" por el "ser" y no por el tener o el hacer.[18] En definitiva, casi todos los antagonismos son tan clasistas como extraclasistas.

18. Y aun así es raro que no haya implicancias de tipo clasista: los trabajos forzados en la Shoá y, sobre todo por su magnitud, el volumen enorme del trabajo forzado de prisioneros políticos en el estalinismo.

Las "nuevas formas de antagonismo" en las grandes revoluciones "clasistas"

En la Revolución Francesa hubo diversos episodios que muestran las articulaciones con la cuestión de género, de nacionalidad y de credo. El comienzo mismo fue una marcha de seis mil personas que recorrió la ciudad y llegó a las Tullerías donde intentó ser desalojada por un regimiento real alemán que oficiaba de guardia del rey. Los guardias franceses que detestaban a los extranjeros se plegaron a los manifestantes y con ello comienza la insurrección parisina que culminará con la toma de la Bastilla. Las identidades nacionales muestran la aparición de sentidos de lealtad y pertenencia que se oponían a los centrados en las Casas Reales. Más adelante, cuando el rey es visto como traidor y cómplice del odiado enemigo austríaco, el sentimiento patriótico se hizo republicano. El "nacionalismo" fue el sentimiento que terminó de descabezar literalmente a la monarquía y concretó la Revolución.

En enero de 1790 las "mujeres del Tercer Estado" presentan un petitorio al rey pidiendo "instrucción y trabajo" y el 5 de octubre las mujeres protagonizan uno de los acontecimientos cruciales que cambia el rumbo de la Revolución hasta ese momento contemplativa con la monarquía: la marcha de mujeres a Versalles donde reducen a la guardia, alcanzan la habitación de la reina y plantean la cuestión del pan, la inflación y el abastecimiento. El rey debe pasar a París junto con la Asamblea. Las mujeres se hacen cargo de las principales demandas económicas populares y ante las dudas de una burguesía timorata también se hacen cargo de sus aspiraciones políticas: acabaron con la capacidad represiva y el poder de la Corte. La Corte ya no tiene peso político alguno. En 1792 las mujeres parisinas pidieron armas para defender la ciudad contra el ejército de Vendée y posteriormente se forma la Sociedad de las Republicanas Revolucionarias, organización exclusivamente femenina.

Apenas hecha la Declaración de los Derechos Humanos del Ciudadano comienza el conflicto con la Iglesia por la confiscación de los bienes eclesiásticos y la constitución civil del clero que hace electivos los cargos eclesiásticos y disuelve las órdenes. El clero se dividió entre una minoría "juramentada" que apoyaba la Revolución y una mayoría "refractaria" que conspiraba contra ella. El cisma detonó la reacción contrarrevolucionaria de la mano de los sentimientos católicos de gran parte de la población. ¿Los antagonismos religiosos son directamente económicos y políticos?

No es menos "extraclasista" la Revolución Rusa. Ya en 1907 el Partido Social Demócrata Ruso tenía un grupo (Zhendotl) de mujeres. En 1913 aparecía un diario, *Rabotnitsa* (Trabajadora), y Alejandra Kollontai era integrante del comité central bolchevique. No podía ser de otra forma: había una fuerte incorporación de la mujer al trabajo fabril textil y el 23 de febrero de 1917 las obreras textiles inician una huelga en Petrogrado para poder celebrar el día internacional de la mujer aun contra el criterio de los líderes del Soviet. Esa huelga terminó siendo el acontecimiento que dio comienzo a la caída del zar. En mayo de 1919 en plena contrarrevolución "nacionalista", Petrogrado es

asediada y bombardeada por la flota británica. A partir de allí el enrolamiento masivo en el ejército soviético y la heroica resistencia lograron rechazarlos. Lo mismo ocurría con Moscú. La disputa por la identidad nacional rusa adopta un contenido clasista: se disputaba sobre cuáles eran las clases que articulaban simbólicamente a la nación.

No pasó algo distinto en la Revolución China. En 1905 Chin Jaen editaba una revista que reclamaba igualdad política, "liberación de los pies de las niñas" y "libre elección del marido"; fue decapitada en 1907. En 1924 comenzó a celebrarse el día de la mujer. El Ejército Rojo repartía las tierras a hombres y mujeres por igual. El ascendiente del comunismo entre los revolucionarios chinos se explica en buena parte por motivos "nacionalistas": en 1920 los rusos habían renunciado a todas las anexiones y pretensiones zaristas sobre territorio chino lo que otorgó gran prestigio a la Revolución Rusa entre los estudiantes y descontentos chinos.

En la Revolución Mexicana no hace falta mencionar el papel de las demandas indígenas por tierras ni el nacionalismo siempre a flor de piel por la relación con Estados Unidos, sí vale recordar la extraordinaria movilización de mujeres "soldaderas" que acompañaban las campañas militares de sus maridos campesinos en armas. Este proceso culminaría con la realización del Congreso Feminista en 1916.

La dinámica de los poderes causales clasistas: propiedades relacionales y estratégicas

Como vimos, situar la problemática específica de clases implica indagar el campo de la lucha y la movilidad como rasgo inherente a opresión, explotación y subordinación. Lo que sigue es un intento de conceptualizar los elementos analíticos fundamentales a tener en cuenta para abordar lucha y movilidad en un campo de antagonismo.

Vamos a comenzar por describir los determinantes de la acción clasista formulando la pregunta clave: ¿qué bienes, recursos de todo tipo, pueden aplicarse, y cómo pueden aplicarse, para ampliar dependencias, reciprocidades y asimetrías, y cuáles deben ser neutralizados en los oponentes? Entonces, la conceptualización del dinamismo interno de la clase comienza al intentar dar cuenta de las formas en que los sujetos "atacan" el blanco fundamental de toda relación antagónica: asimetrías, independencias, reciprocidades en todas las relaciones sociales que diriman el nexo entre el tener y el hacer. Reducir o aumentar cada una de estas tres dimensiones relacionales del antagonismo es la materia prima clasista de la lucha y la movilización. Por ello "clase" es un concepto asociado al hacer con lo que se tiene. El obrar clasista es un obrar sobre esas tres dimensiones relacionales.

Si los antagonismos se desarrollan alrededor de esos intentos de establecer/mantener/aumentar/reducir/anular dependencias, reciprocidades y asimetrías en las distribuciones de bienes y recursos de todo tipo, y si la acción animada por una lógica de clase pretende siempre remover obstáculos a la movilidad individual y/o colectiva apelando a la lucha, ¿qué hay que hacer en términos de clases? O, mejor, ¿cuál es el contenido clasista de las acciones que se emprenden?

Las elaboraciones de Bourdieu sobre las formas, especies y subespecies de capital y sus tipos son un sólido punto de partida: describen en una primera aproximación de manera gruesa las "armas" clasistas con que cuentan los agentes en pugna.

La denominación "capital" utilizada por Bourdieu como extensión de un concepto proveniente de la economía y el marxismo nunca fue definida de manera estricta o precisa y debe leerse como metáfora, como licencia sociológica. Se refiere a "todo aquello que pueda entrar en las «apuestas» («tomas de posición») de los actores sociales... que es un instrumento de apropiación de oportunidades" (Bourdieu, 1991c: 109). Muchas veces habla indistintamente de "capital" o "poder". Puede leerse como cualquier recurso capaz de producir efectos sociales.[19]

Veamos los atributos que pueden asignársele al concepto. El primero es el de valor o valorización, habida cuenta de que "capital" es todo aquello que pueda valorizarse, es decir que haya alguien dispuesto a reconocerlo. Bourdieu insiste en que la valorización será siempre arbitraria pues es necesario creer en ella sin necesidad objetiva, pero no es necesariamente falsa ("ilusiones bien fundadas"). En este punto la extracción del concepto del campo de la economía es completo: no hay un campo de objetividad más allá del que definen los agentes sociales. Ni ley del valor, ni rendimiento marginal, ni oferta y demanda.[20] Por ello el campo económico nunca puede escindirse completamente del cultural y sobre todo del simbólico (Bourdieu, 2001). Las reglas de valorización no emergen de la materialidad "asocial" de los bienes, servicios, dinero, posesiones, etc., sino mediadas por prácticas y *habitus*. Todo capital es simultáneamente simbólico en la medida en que enlaza sentido a la fuerza y fuerza al sentido.

La noción de "capital" permite aludir al atributo analíticamente significativo de la "apropiabilidad", cuyo efecto social más evidente en una sociedad

19. En el marco de los enfoques CAR (Capital, Assest & Resources, capitales, activos y recursos), en Savage *et al.* (2005) tenemos una serie de consideraciones críticas interesantes sobre los problemas de la aplicación de los esquemas de Bourdieu y del marxismo analítico a la cuestión de la desigualdad y la estratificación.

20. En un artículo (Bourdieu, 1986) que se aparta de sus obras más conocidas, intenta conservar el principio marxista del trabajo acumulado para fijar un denominador común entre formas de capitales. Curiosamente omite el "capital simbólico", central en otras obras del francés.

clasista es el de ser "clasificante" para sí y para otros. La "apropiabilidad", es decir ser objeto del "tener", el colocar bajo la propia potestad y soberanía, define el derecho o la disponibilidad de las cosas para ser utilizadas respecto de los demás. La apropiabilidad no se refiere a una formalidad o a una sensación subjetiva (como puede predicarse la propiedad de un recuerdo o un amuleto), sino a la disponibilidad para dar cuenta de las relaciones con otros hombres. La propiedad de los bienes es relevante en la medida en que es puesta en juego en el vínculo social. Justamente el rasgo más importante de la capacidad de apropiación y la apropiabilidad es que necesariamente supone la exclusión de otros sujetos, porque este rasgo es el que permite clasificar y antagonizar. Algunos bienes son susceptibles de exclusión absoluta (bienes físicos, lo que es mío no puede ser de nadie más, lo que es nuestro no puede ser de todos, etc.) y otros bienes solamente son apropiables con exclusión relativa (bienes simbólicos, puestos de mando, pueden hacer uso todos los que tengan la misma acreditación o permiso, títulos educativos, patentes, etc.). La apropiación supone siempre la articulación de la disponibilidad de algo con acciones que tienen por destino, los bienes, las acciones, las capacidades de apropiación de otros.

El derecho de propiedad no puede incluir todo lo que sus titulares pueden llegar a hacer con la propiedad, en todo caso prohíbe lo que no pueden hacer. Por eso el resguardo de la propiedad privada siempre es un tema de limitar la propiedad de otros para que se abstengan de realizar acciones que interfieran con mi propiedad. Todo el tiempo se "inventan" nuevos usos y se conquistan territorios de aplicación del derecho de propiedad para todos los bienes y todo el tiempo se lo está limitando. Como las acciones todo el tiempo ponen en contacto tenso y contradictorio las propiedades de los agentes, ya que no tienen valor alguno en sí mismas, abstraídas de todo contacto con otras propiedades y capacidades de apropiación, el derecho de propiedad es intrínsecamente arbitrario y contradictorio. Los límites de la propiedad siempre son vidriosos y dinámicos.

La propiedad de la fuerza de trabajo,[21] su libre disposición por parte del obrero va a intentar ser defendida incluso dentro de la fábrica y bajo la relación salarial que la ata a la propiedad de los medios de producción: ritmos de trabajo, pesadez y riesgo de las tareas, tiempos muertos o de descanso, etc., van a ser objeto de una lucha tensa que busca fijar estándares normativos siempre provisorios acerca de cómo terminar respetando ambos derechos de propiedad.

El depósito bancario de un particular es un ejemplo típico de intersección de los derechos de propiedad sobre lo que la doctrina jurídica misma se

21. Vale recordar cuál es la esencia del capitalismo y el principio fundamental de su estructura de clases: la fuerza de trabajo deja de ser propiedad de otro (el amo), o de estar atada a la de otro (el señor).

muestra patética: lo caracteriza como “contrato imperfecto”. La propiedad del depositante queda en la órbita de la propiedad privada del banco que dispone con libertad de ese dinero por determinado plazo a cambio del pago de un interés. Los bancos asumen una propiedad temporal sobre las propiedades de otros (no se interpreta que “alquila” el dinero, sino que ejerce plena posesión de él). El banco, a través de su derecho de propiedad, puede prestarlo incluso en una proporción mayor, y cobrar por ello.

Es por esto que la apropiabilidad va de la mano de otras cualidades que se convierten en campos de aplicación de poderes clasistas: la “seguridad” (y su compañero inseparable: previsibilidad) con que se garantiza esa “exclusión” de otros, que se impidan “usurpaciones”, lo que usualmente requiere no solamente protecciones legales sino disposición eficaz de medios, en general de fuerza física para evitarlas. Pero, a su vez, el ejercicio de la propiedad significa intentar debilitar las seguridades de otros propietarios. Las conocidas leyes de flexibilidad laboral simplemente restringen amparos y libertades de la fuerza de trabajo, las leyes de congelamientos o indisponibilidad de los depósitos simplemente protegen la propiedad de los bancos en desmedro de la de los depositantes, son ejemplos bien conocidos.

El valor asignado a la movilidad del capital, la libertad que necesita para ser la “palanca del progreso social del conjunto”, es la coartada para que el capital no sea demasiado sometido a los rigores de la ley. Es decir, las leyes tienden a dar seguridad al gran capital reduciendo la seguridad de otros menos poderosos. La extraterritorialidad de la jurisdicción judicial (CIADI, tribunales de Nueva York, etc., en los años 90) en caso de litigios en contratos de deuda o privatizaciones de servicios es una muestra clara de ello.

El instituto moderno que se interpone entre los ejercicios del poder de la propiedad para evitar reglamentarlo al extremo, y por ende debilitarlo como poder, es el contrato.

Pero el contrato mismo, lejos de resolver el antagonismo, lo expresa de la mejor manera: para las clases altas los contratos son más medios de estabilizar relaciones de imposición de condiciones que medios de garantizar la armonía social y la previsibilidad o, en todo caso, son medios de aumentar la previsibilidad propia reduciendo la ajena, y/o medios de confabular o colisionar para reducir las seguridades de un tercero.

Para las clase bajas el contrato en cambio es un resguardo importante que se consigue generalmente con luchas colectivas y fuerza organizativa capaz de hacerlos respetar. Todas las luchas intentan hacer valer algún derecho y/o plasmarlo contractualmente.

En nuestro país, por ejemplo, los intereses de la clase media están vinculados históricamente con la generalización de las relaciones contractuales generalmente asociadas a la llegada de la inmigración europea que desplazaron las relaciones de patronazgo fuertemente personalizadas del mundo

criollo. Pero esto ocurría cuando estos sectores todavía no habían logrado tener acceso significativo a la propiedad económica. Cuando posteriormente sí lo lograron y frente al surgimiento del peronismo y la consagración de derechos sociales y poderes colectivos sociales y políticos, el contrato (sobre todo la "ley de alquileres" y los contratos colectivos de trabajo) empezó a ser visto de otra manera y se comenzó a confiar más en el mercado. Mientras al comienzo frente a las clases altas y los más poderosos era un resguardo, ahora frente a las clases bajas es un condicionamiento que conspira contra la preservación de las distancias sociales.

Todo contrato tiene la significación clasista de limitar en un punto o varios el ejercicio de un poder de clase (un tener o un hacer) a los efectos de poder intercambiar valores. El costo de la previsibilidad es una devaluación de las capacidades de imposición de los poderes de clase, justamente porque los poderes clasistas no son fijos sino fluidos. Los convenios colectivos de trabajo limitan los poderes de mercado de la propiedad sobre la fuerza de trabajo a cambio de una restricción de los poderes colectivos y organizativos de la fuerza de trabajo. Los contratos de depósito o crédito, alquiler, etc., limitan los poderes de unos y otros de usurpar la propiedad, generalmente extendiendo garantías y acudiendo a la fuerza pública y la justicia.

Así, la noción de propiedad incluye necesariamente una "infraestructura" siempre lábil de relaciones sociales institucionalizadas que hacen posible el sometimiento de determinadas cosas y bienes a las voluntades de agentes que pueden efectivamente excluir a otros de ellos. No hay absolutamente nada más atravesado por la política y la lucha que la propiedad.

Las mismas condiciones sociales de "seguridad" son objeto de acciones clasistas de todo tipo: los propietarios tienen por interés asegurarse las condiciones de sostenimiento de la plena disposición de sus propiedades pero también tienen que debilitar y doblegar las seguridades de los otros propietarios con los que antagonizan. El derecho de propiedad no puede tomarse como un valor dado sino como objeto de tensiones y amenazas constantes. Las vulnerabilidades simbólicas, jurídicas y políticas de la apropiabilidad de cualquier bien o recurso en las sociedades clasistas son una constante: en última instancia la propiedad es siempre "de hecho", dependiente de una relación de fuerzas y una lucha, y propietarios efectivos son los que logran primero defender y proteger su propiedad de los alcances de las propiedades de otros, y luego llegan a valorizar su propiedad a expensas de las propiedades de otros.

Otro atributo objeto de luchas y que permite describir los antagonismos clasistas implícitos en la noción de "capital" es la "acumulabilidad", es decir que pueda ser sometido a procesos de agregación, acopio, incremento, etc., lo que resulta en una multiplicación de sus posibilidades de articularse a acciones con efectos sociales. La propiedad de la fuerza de trabajo no puede

decirse que sea acumulativa pero sí que tiene un atributo semejante: su capacidad de reproducción o autorreposición. Un rasgo tanto del necesario "reconocimiento" del valor como de la acumulabilidad es la "calculabilidad", es decir, la existencia de patrones comunes o reconocidos de medida.[22] Otro atributo importante es la "controlabilidad", es decir que el bien apropiado pueda efectivamente ser manejado diestramente por el apropiador. Estos dos atributos son esenciales a la acumulación. La acumulabilidad hace posible que algo apropiado ingrese en el flujo social como poder de clase, que pueda ser efectivo para fijar asimetrías y que pueda ser objeto de intercambio de otros tipos de bienes necesarios en la lucha con otros agentes. Sin acumulación no podría haber una diversificación de las fuentes del poder clasista. Se acumula no para acumular sino para poder tener un control más completo de los espacios sociales intercambiando parte de lo acumulado por otros tipos de bienes necesarios y efectivos en las luchas antagónicas. La acumulación es un fin subjetivo (el lucro, la ganancia) pero también un medio de conseguir lo que no se podría tener por otros medios. En la sociedad de clase, en la lógica de la acción clasista, no interesa tanto el tener sino lo que se hace con lo que se tiene y, en este sentido, la destreza de los agentes para utilizar la propiedad se traduce en acumulación. El rendimiento de la propiedad, su productividad, no dependen ni de su materialidad ni de la eximia controlabilidad de la misma, sino que son resultantes de interacciones con otros propietarios e intercambios o combinaciones con otros bienes. La acumulabilidad es estrictamente un atributo relacional completamente inestable y sometido de lleno al antagonismo con otros agentes sociales.

La acumulabilidad y la transferibilidad son cualidades esenciales para la comúnmente llamada reproducción de las clases sociales, es decir permiten las acciones de perpetuación de los poderes de clase, superando las barreras temporales intergeneracionales, donde el derecho antimonopólico, por un lado, y el derecho hereditario, por el otro, cumplen un papel decisivo.

Otros atributos importantes ligados a la noción de capital son la transaccionabilidad (poder ser cambiados por otros tipos de bien), la conmutabilidad (que haya criterios de equivalencia para estas transacciones), la transferibilidad (poder ser cambiados de propietario), la movilidad (tener valor en distintos contextos geográficos), la trasladabilidad (bajos costos para cambiar de contexto). Tampoco es menor el rasgo de divisibilidad (típica de los activos financieros que pueden fraccionarse, pero mucho menor

22. Problemas típicos como el de las paridades cambiarias y la inflación afectan entre otras cosas los atributos estratégicos de la propiedad económica en estas dimensiones de la calculabilidad, conmutabilidad, etc. Obsérvese que los formadores de precios y los detentadores de las divisas son los que hacen jugar a su favor estas vulnerabilidades de quienes tienen que tomar precios y no generan por sí divisas.

de los activos físicos), ya que eso permite una mayor transaccionalidad, trasladabilidad, etcétera.

El desdibujamiento del conflicto clasista industrial que producen las tendencias a la mundialización del capital, con la "amenaza" de la competencia de bienes importados, por un lado, y la de la relocalización de plantas y líneas de producción, por el otro, alinean de manera subordinada y temerosa los intereses de las clases obreras con las empresas. Es claro que las aperturas comerciales y financieras significan un aumento considerable de la movilidad del capital que coerciona los poderes obreros en el sentido de pérdida importante de interdependencia y de reciprocidad. La globalización significa exactamente esto: movilidad del capital para anular la dependencia de la fuerza de trabajo (Jenkins y Leicht, 1997).

En el recuadro podemos ver un ejemplo de cómo el Plan de Convertibilidad en los años 90 en la Argentina modificó algunas de las propiedades relacionales del capital en su forma financiera y cómo se relaciona esto con la definición de intereses de la pequeña burguesía y la llamada "hegemonía financiera".[23]

Los poderes causales del capital financiero y las clases medias

Con respecto a las clases medias, la hegemonía financiera durante el Plan de Convertibilidad estuvo basada en la elevación de dos de los atributos relacionales de los activos financieros: el incremento enorme de la movilidad del capital económico en sus formas financieras por la desregulación y apertura externa de la cuenta capital de la balanza de pagos, y el incremento ficticio de la seguridad a través del seguro de cambio implícito de la Ley de Convertibilidad. La transposición simbólica con que se representó este incremento del poder de la propiedad de activos financieros tuvo dos aspectos: 1) la sensación de impunidad "inversora" que brindan las múltiples alternativas de conversión de activos que descansan en una dolarización estatizada y en la cobertura crediticia externa del gran capital internacional y sus organismos patrocinantes, haciendo posible que se diluya toda percepción de riesgo por la posibilidad omnipresente de cambiar los flujos –conversiones– que brindan la ilusión de evadir costos, y 2) la invisibilización de riesgos facilitada por el dispositivo mismo del tipo de cambio fijo con garantía de caja de conversión que generaba dólares bancarios con tasas de interés reales fuertemente positivas por la baja inflación sin evidenciar las bases endebles de todo el andamiaje. Las altas tasas en dólares y más aún en pesos con seguro de cambio aumentaban también la acumulabilidad y la calculabilidad. La articulación hegemónica de los bancos y el poder financiero con la pequeña burguesía

23. Para un análisis macroeconómico e histórico exhaustivo de este punto véanse, entre otros, Mónica Peralta Ramos (2006) y Eduardo Basualdo (2001).

excedentaria, sobre la que se basó su dominio disciplinador (Peralta Ramos, 2006: 58) y su eficacia simbólica, se hizo a través de tres vías: por el incremento al crédito personal y para consumo, por brindar alternativas rentables de valorización durante los 90 expansivos (tasas reales positivas en dólares) y por dar refugio confortable de seguridad y estabilidad rentable durante los 90 recesivos. La concentración bancaria y el incremento de la participación de mercado de los bancos extranjeros demuestran el acompañamiento del pequeño capital con sus preferencias por las instituciones financieras internacionales que maximizaban simbólicamente este poder de la movilidad al mismo tiempo que fomentaban la invisibilización de riesgos y un sentido de invulnerabilidad.

La importancia de la contribución de Bourdieu presenta dos facetas asociadas a esta defectuosa hipertrofia del concepto de capital. Uno, su extensión a esferas extraeconómicas como la cultura, la educación y "lo social". El capital educativo y cultural comprende títulos, competencias y conocimientos, el capital social comprende apoyos y lealtades, el capital simbólico comprende normas y criterios de validez y legitimación. Dos, con el nombre "capital", intenta develar las clases no como cosa sino como relación social que incorpora el antagonismo: los capitales no son simplemente heredados sino que son resultado de las relaciones de cooperación, competencia y conflicto entre los agentes. Aunque su sociología haya sido completamente deficitaria en este campo del conflicto, la regla fundamental de valorización y los procesos de apropiación y acumulación que propone el francés no los da suave y pacíficamente un dispositivo impersonal armónico como el mercado o las leyes turbulentas de la acumulación, sino una dinámica de enfrentamientos y colisiones, lo que abre la ventana para la reintroducción del concepto de estrategia y de antagonismo. La multidimensionalización del análisis de clases en este caso no oculta el conflicto sino que abre la posibilidad de ponerlo en primer plano.

En el trabajo de Savage *et al.* (1995) el concepto de "capital" es observado con reservas porque corre el riesgo de ser tomado como "activos" que son aplicados a un campo para obtener ventajas (en un sesgo weberiano), resultando demasiado unívoco y lineal. Los recursos que moviliza la acción de carácter clasista individual o colectiva no son tan fácilmente intercambiables, tienen diversas temporalidades para ser acumulados y no actúan nunca de manera directa sino mediados por condiciones contingentes de emergencia ("Estado", "género"). Estos autores proponen la denominación "poderes causales de clase" en lugar de "capital" para marcar que ya no son equivalentes a una valoración o reconocimiento unívoco, que determina su "peso" o capacidad efectiva, sino que dependen de otras claves en los planos de las subjetividades (género) y las instituciones y políticas (Estado). Es

decir, son poderes en tanto "mediatizados" contingentemente y no poderes puramente dados.[24]

La idea de una dinámica de poderes causales que se realizan efectivamente en circunstancias contingentes obliga a considerar el estudio de las diferentes propiedades "estratégicas" de cada forma de poder: los diversos tipos de propiedad económica, educación, poder burocrático, etc., tienen facilidades y dificultades de apropiación para ganar-extraer, intercambiar, acumular, mover, transferir, trasladar, etc., en las que se cifra el éxito en mantener, aumentar o disminuir asimetrías, dependencias y reciprocidades. Sin embargo, estos planteos de propiedades estratégicas de nuevo aparecen como pensados para sociedades estables, y no incorporan la dimensión de la lucha colectiva y los antagonismos. Las propiedades de cada uno de los poderes causales parecen asumir la forma de características intrínsecas de "objetos sociales", "mediadas" por las condiciones contingentes, cuando en realidad también en última instancia están subordinadas a las condiciones y circunstancias del conflicto y los antagonismos. La acumulabilidad, la transferibilidad, la convertibilidad, lejos de ser cualidades sustanciales cosificadas (dinero, cultura, autoridad), son objeto de la lucha y las estrategias.[25] Las clases, a través de la lucha, se constituyen en clases intentando ampliar estos atributos de los capitales de que disponen y al mismo tiempo recortar los de sus oponentes.[26]

Los atributos de cada tipo de poder causal tienen que ser tomados como estrictamente relacionales, como sujetos a un antagonismo frente a otros poderes. Esto indica que cada una de estas propiedades debe ser considerada en su "elasticidad", es decir, no son inmanencias del objeto o "recurso de poder" sino un campo estratégico sobre el que se desarrolla el poder.[27] Ejemplos:

24. Aun con el acierto de esta crítica, en sus estudios empíricos sobre diversos tópicos de las clases medias urbanas, la noción de poder causal de clase tiene un alcance predominantemente individual y no aparecen conflictos colectivos ni mayormente dimensiones de lucha y antagonismo.

25. Implícitamente así lo reconoce el mismo Bourdieu cuando agrega la dimensión histórica al análisis tridimensional del capital (volumen, composición e historia). La historia indica que las distribuciones también son resultado de tomas de posición y apuestas anteriores. La idea misma de volumen reconoce un resabio objetivista cuantitativo irresuelto ya que el mismo Bourdieu confiesa su verdadera inconmensurabilidad. En realidad "volumen" de capital es una forma de comparar eficacias en un campo de lucha. Sólo al movilizarse contra otros capitales inscriptos en una estrategia se puede establecer un índice de su tamaño.

26. Por ejemplo, la inflación, como alteración o riesgo de pérdida de la propiedad de conmutabilidad del salario con relación a los bienes, es resultado económico de una lucha distributiva entre clases. El caso del "corralito" argentino, la licuación de deudas, las devaluaciones, etc., significan alteraciones importantes de las propiedades (reducción de movilidad, transferibilidad, etc.) del poder causal clasista del capital económico en sus diversas formas.

27. Nuestro concepto relacional es el contrario directo del de Tilly (2000), quien reconoce que

la propiedad de activos financieros tiene como destacada la propiedad de movilidad pero esa movilidad no es algo fijo y esencial a la sustancia dinero, títulos o bonos, sino que es objeto de ampliaciones o recortes de acuerdo con relaciones de poder y ejes de conflicto. Si se desregula la cuenta capital de la balanza de pagos, aumenta la movilidad externa de entrada y salida, si el circulante pasa a ser bimonetario, e incluso si –problema actual si los hay– se desdibujan los controles de fraude o abuso, la movilidad y trasladabilidad aumentan. Si se regula y se fortalecen los controles, se reduce. La innovación en el conocimiento técnico como forma incorporada de poder causal educativo puede ser regulado a través del derecho de patentes –caso típico del software– y con ello se reduce su atributo de transferibilidad, accesibilidad, carácter de bien público no excluible, etcétera.

El poder político obtenido mediante la autoorganización y la protesta colectiva tiene propiedades de acumulabilidad y reciprocidad transaccional entre dirigentes y dirigidos que pueden ser reducidas o aumentadas mediante represión, persecución, corporativización, institucionalización, etc. El poder organizacional burocrático no es transferible, es limitado e imperfectamente acumulable, es decir puede no perpetuarse, pero tiene una alta incidencia sobre los campos en que se dirimen los antagonismos entre tipos de propiedad. Es decir, es un poder que tiene pocos "poderes" salvo la seguridad pero incide sobre los contextos y campos en que se emplearan los atributos de los tipos de poderes causales de todo el resto de los agentes. Así, puede tener diversos niveles de sujeción o autonomía respecto del capital económico en la empresa y del capital político en el Estado. Las debilidades del capital político pueden motivar usurpaciones del poder burocrático judicial o de seguridad. La fortaleza del capital político puede derivar en una desburocratización de la gestión, etcétera.

En este sentido es útil la distinción entre tipos de poderes por el grado de independencia del contexto de ejercicio (Caínzos, 1995: 77-78): por un lado, los poderes monádicos independientes del contexto y por otro, los poderes posicionales, dependientes del contexto. Los poderes monádicos o primarios, típicamente la propiedad económica y la educación, son tendencialmente independientes del contexto en que se ejercen en tanto éste no condiciona su ejercicio. Son poderes sobre los que el sujeto tiene alto grado de control. Los poderes posicionales dependen menos del agente individual y se encuentran atados a un contexto específico más o menos codificado o formalizado (la burocracia, las instituciones políticas), siendo ejercidos sólo

las categorías no deben ser entendidas como un conjunto de atributos inconfundibles de las personas sino como relaciones sociales, pero en su planteo estas relaciones sociales carecen de componentes antagónicos y estratégicos: las interacciones desigualantes "resuelven problemas organizacionales" con independencia de lo que hacen los desigualados condenados a naturalizar la desigualdad.

en determinada posición y contexto. Su movilidad tiende a ser nula al igual que su transferibilidad: pierden todo valor fuera de su contexto específico y no pueden ser transferidos a otros para garantizar la acumulación intergeneracional o endogrupal.[28] Su posesión efectiva tiene por precondición el acceso a actividades o posiciones. A diferencia de la propiedad y la educación que son indisolubles con el sujeto a través del derecho de propiedad y del *habitus*, estos poderes sólo están disponibles para el agente en un marco determinado previo e independiente de su voluntad. Podría decirse que son poderes "otorgados" condicionalmente y temporalmente, y no de libre ejercicio del agente.

Debe desterrarse la idea de que la lucha de clases es principalmente una lucha cuantitativa por el volumen del capital (económico, político, cultural) que da por descontado que los tipos de capital preservan sustancializadas sus cualidades estratégicas al derivarlas de estructuras. Las luchas clasistas intentan alterar no tanto el volumen como las reglas de valorización y legitimación, justamente atacando, neutralizando o potenciando los atributos estratégicos de los distintos tipos de capital. Las estrategias de clases en el marco de un antagonismo no buscan como objetivo final acrecentar su volumen de capitales sino vencer fijando diferencias, acrecentando o acortando distancias y subordinaciones, reduciendo o aumentando dependencias, reciprocidades o asimetrías.[29]

Otro aspecto fundamental para entender los procesos de lucha clasista es superar el punto de vista "naturalista" y fenomenológico que procura aislar e identificar entidades fijas estratégicas que sirven de fundamento de diferencias "objetivas". Las rígidas taxonomías desarrolladas por los marxistas analíticos acerca de los "bienes" por los que se lucha de acuerdo con los criterios de la *rational choice* y la teoría de juegos: los "objetos sociales codiciados" pueden ser públicos/privados, excluibles/no excluibles, divisibles/no divisibles, con externalidades negativas/sin externalidades negativas, etc., en torno a los cuales se plantean los dilemas del juego. Es muy claro que cada uno de estos atributos no obedece ontológicamente a

28. Por supuesto, esto también está sujeto a las contingencias: en el poder judicial, por ejemplo, hay sistemas de reglas que permiten la familiarización de los cargos, en las fuerzas armadas también hay fuertes tendencias a la heredabilidad, en muchas empresas se prefiere apelar a los "mercados internos de trabajo" y al patrocinio de los empleados para ingresar nuevos trabajadores, etc. Las concentraciones de poder y las asimetrías facilitan procesos de corporativización y que los poderes causales clasistas disponibles se doten de nuevos atributos que no tenían originalmente.

29. Desde el punto de vista clasista los precios, lejos de ser un parámetro para la toma de decisiones, un hecho dado, son el objeto mismo de las decisiones económicas: la lucha por los precios relativos muestra el carácter ni neutral ni eficientista ni pacífico de la acción económica. Toda estrategia antagónica es sobre la libertad de decisión propia y del oponente mucho más que sobre las decisiones concretas de unos y otros.

características físicas o naturales del bien en cuestión sino que es producto de la lucha y por tanto puede haber estrategias de privatización, excluibilidad, indivisibilidad y externalización de costos de ciertos bienes tanto como de estrategias opuestas.[30] En el recuadro puede verse cómo en un mismo conflicto social motivado por las mismas medidas gubernamentales, las propiedades relacionales del dinero afectadas sean distintas para cada tipo de poder causal clasista.

El "corralito" bancario: el dinero desiguala las clases pero las clases desigualan el dinero

Ante las medidas de restricción a los depósitos bancarios ("corralito") de diciembre del 2001 y la confiscación de los depósitos bancarios en dólares combinada con devaluación del peso, los distintos tipos de propiedad económica muestran formas distintas de estructurar el antagonismo puesto que operan sobre propiedades relacionales distintas del dinero. Para la pequeña burguesía de comerciantes y productores, el objeto estratégico de la lucha era la restitución de las propiedades de transaccionalidad, de seguridad y de transferencia que favorecían la conversión del dinero en otros recursos y activos no monetarios (fuerza de trabajo, materias primas, mercadería para la venta, etc.), verdadera fuente de sus principales ingresos. Es decir para estos sectores las medidas financieras y bancarias no se relacionaban con la desacumulación por expropiación de ahorros, sino con el bloqueo a la disponibilidad de efectivo que generaba caída en las ventas, ruptura de cadena de pagos, cheques sin fondos, etcétera.

Para los ahorristas con fuerza de trabajo asalariada activa, el antagonismo se armaba en torno a la cuestión de la movilidad, la disponibilidad y la seguridad sobre las equivalencias entre activos depositados y otros activos a los que se aspiraba, o respecto a bienes de consumo durable que pensaban o necesitaban comprar (autos, electrodomésticos, vivienda) y que aumentaban de precio por la inflación desatada con la devaluación. Aquellos ahorristas beneficiados por las nuevas condiciones de la acumulación económica a partir de la devaluación y la reactivación del empleo no tardaron en subalternizar o secundarizar el interés por la devolución de los dólares, atento que el repunte de sus negocios y actividades brindaba oportunidades compensadoras.

Para los ahorristas con fuerza de trabajo desactivada (jubilados, desocupados) la defensa del stock de ahorro acumulado se convirtió poco menos que en motivo de una guerra por preservar sus modos de vida o medios de subsistencia, que explica su presencia en las calles hasta 2007.

Un hecho sirve para poner en acto estas diferencias. El 17 de enero de

30. El ejemplo de los movimientos de trabajadores desocupados y los planes de empleo es paradigmático. A través de los criterios de distribución por méritos en la lucha convirtieron a los planes estatales en bienes colectivos no excluibles e incluso divisibles (Gómez, 2007: 124 ss.).

2002 la mayor parte de las organizaciones económicas de la pequeña y mediana burguesía rural y comercial del sur santafecino realizó una marcha a la ciudad de Rosario. Las consignas de esta marcha fueron "Queremos trabajo, pan y educación para nuestros hijos y que la pesificación uno a uno de las deudas sea inamovible", "Salvar las pymes y a sus empleados", "Basta de corralito, queremos trabajar". En ese mismo día y hora, ahorristas afectados por el "corralito" se concentraron frente a la principal sucursal del Bank Boston en la peatonal Córdoba casi cruzándose con la marcha de productores, dando lugar a una insólita superposición en un mismo lugar de reclamos incompatibles: los productores por la pesificación de sus deudas y el desbloqueo de pesos, los ahorristas por la dolarización de sus depósitos y su devolución, poniendo en evidencia que el valor del dinero depende de su inscripción en pujas por las propiedades relacionales estratégicas en tanto formas de poder causal clasista.

La problemática de los poderes causales abre entonces un enorme terreno para la indagación más precisa de las formas de ejercicio y las condiciones de aplicación de recursos en la acción clasista.[31] Los poderes causales pueden ser clasificados en primarios (propiedad económica y cultura o educación) en tanto que son recursos bajo plena soberanía y decisión de los sujetos, o secundarios (autoridad, capital social o político) que dependen necesariamente de contextos específicos y no exclusivamente del sujeto.

Un ejemplo de la potencialidad del análisis dinámico y sus ventajas sobre el estático lo podemos ver claramente en el importante asunto de la marginalidad ("el sector informal urbano") y la criminalidad.

El señalamiento de Portes y Hoffman (2003) sobre la necesidad de incluir en las estructuras de clase latinoamericanas la criminalidad y la emigración constituye un avance importante aunque se diluya torpemente en cuestiones de "productividad" de la fuerza de trabajo y necesidades de "subsistencia" que adolecen de todas las falencias de los análisis estáticos y dependientes de dimensiones presociales. Para un enfoque dinámico la criminalidad callejera no puede ser entendida como estrategia de sobrevivencia, que es una cuestión secundaria, sino como un ejercicio "encubierto" de poder causal clasista de policías, jueces, penitenciarios, comerciantes, abogados, políticos locales, etc., orientado al microdespojamiento cotidiano de segmentos vulnerables de las clases medias y populares. Por otro lado, estos mismos sectores organizan el negocio gigantesco de la seguridad privada para las clases acomodadas. Son los sectores que ejercen poderes burocráticos, econó-

31. En nuestra terminología por razones de comodidad vamos a usar indistintamente capitales y poderes causales clasistas.

micos y violencia los que capitalizan la mayor porción de la renta producida por la economía ilegal en general y la economía criminal en particular. Los pobres que participan del delito son fuerza de trabajo en muchos casos reducida a condiciones de servilismo o esclavitud a través de las extorsiones derivadas de la aplicación impune del poder de las burocracias públicas (policía y justicia) a través de "aprietes", "falsas imputaciones de delitos y causas armadas", etc. Asimismo, la criminalidad callejera no puede entenderse sin los canales de distribución de bienes robados. La corrupción en la industria y el comercio farmacéutico, los hospitales y laboratorios abren canales ilegales de comercialización de psicotrópicos. Los absurdos precios de los repuestos nuevos de automotores abren el espacio para la rentabilidad de la venta de repuestos robados. Las actividades financieras, de la construcción y hasta de la comercialización de diversos rubros son vías de blanqueo de los excedentes de la economía ilegal. En una analítica de los poderes causales implicados en la criminalidad, entender el delito de una forma clasista supone combatir la enorme hipocresía tranquilizadora que relaciona delito común con pobreza. El fenómeno de las "maras" o bandas con altas capacidades de ejercicio de violencia implica grados crecientes de disputa por el control de los excedentes del delito justamente contra esos poderes organizacionales y burocráticos que los vienen usufructuando. El análisis clasista del delito lo ve como algo plenamente integrado, no como un fenómeno "marginal".

Por otra parte, la emigración también produce fuertes efectos de enclasamiento en tanto intento de activar poderes causales educacionales y fuerza de trabajo en contextos geográficos y económicos lejanos y más propicios. Las remesas a familiares tienen implicancias enormes en algunos países, permiten sostener el esfuerzo educativo de los hijos, evitar la pauperización, la descapitalización patrimonial, e incluso posibilitar la acumulación y el acceso a la propiedad en los lugares de origen.

Poderes causales monádicos: el capital económico y sus formas

La idea arraigada de un privilegio ontológico a una forma de capital o tipo de propiedad sobre la base de los derechos sobre los medios de producción y la explotación de fuerza de trabajo libre debe ser desechada.[32] El poder efectivo de la movilización de los poderes causales económicos y su posible centralidad está atado a la situación del campo de conflictos y antagonismos de clases. Como ya anticipamos, en muchos casos el poder

32. Louis Althusser señalaba el carácter automático de la coerción económica –la no necesidad de otras formas de coerción extraeconómicas– para reproducir las relaciones sociales capitalistas que generan coerción económica.

causal de la propiedad opera no por explotación sino por opresión, es decir, por desposesión, usurpación y expropiación directa de riquezas o recursos. En este caso el capital económico actúa por intermedio de otros tipos de poder causal (político, burocrático, militar, cultural, etcétera).

Las interdependencias y reciprocidades en el marco de las relaciones sociales capitalistas basadas en la propiedad privada de los medios de producción pueden ser minimizadas con estrategias de alteración de sus propiedades relacionales merced al concurso de otros poderes causales. Mencionamos las principales formas en que asumen dichos procesos.

a) La propiedad económica asume formas impersonales en el capitalismo contemporáneo. La propiedad de los medios de producción se independiza de la gestión y de la posesión efectiva. La adquisición de propiedad se realiza a través de mercados financieros. El ejercicio de poder de coerción y las estrategias de su valorización frente a otras especies de capital o grupos no depende mayormente de decisiones puramente individuales de los titulares del derecho sino de "sistemas abstractos" de gestión de riesgos (Giddens, 1994: 84 ss.) que combinan experticia-capital educativo y burocracia. El aumento de la invisibilidad y el anonimato, y eventualmente de la "impunidad" de accionistas y dueños, tiene por contrapartida el incremento de la dependencia hacia el cuadro administrativo y de gestión económica que, a su vez, incrementa la calculabilidad y la controlabilidad.

b) El recurso experto y organizacional deriva también en la mercantilización de la propiedad (valorización a través del cambio y no del uso), su desmaterialización y su transformación en "flujo" en vez de "stock". El poder de la movilidad y la intercambiabilidad queda como preferible al poder de la propiedad productiva (bienes físicos de producción) mucho menos móvil, con más ataduras contextuales y mayores reciprocidades.[33] El poder de la propiedad no es ya el mero poseer sino el condicionar, evitar, neutralizar, o promover e impulsar flujos y valorizaciones a través de sistemas expertos. Los años de predominio del capital financiero muestran una estrategia de maximización de asimetrías (concentración) y minimización de interdependencias (movilidad globalizada)[34] que hace innecesario el concurso de otras formas de capital económico (activos físicos, fuerza de trabajo), pero sí

33. Nótese que los activos financieros tienen una movilidad tal que pueden hacerlos valer en contextos y tiempos independientes del contexto y tiempo de sus propietarios. Esto es así porque en ellos el derecho de propiedad consagra al mismo tiempo la absoluta independencia del sujeto del objeto de propiedad. Al contrario que en otros registros culturales no occidentales, la propiedad ata las cosas a los hombres, quienes no tienen ninguna obligación con las cosas que poseen.

34. Las caracterizaciones de Luc Boltansky y Eve Chiapelo (2002) en el sentido de que el más

requiere de fuertes capacidades de intervención política (desregulaciones, aperturas, bancos centrales inocuos, etc.) y cultural (consumismo, individualismo, legitimación del endeudamiento "hedonista", cosmopolitismo).

GRAN PROPIEDAD PRODUCTIVA Y FINANCIERA

La especificidad de atributos del capital financiero radica en la gran movilidad, transferibilidad y convertibilidad, todas potenciadas por el avance de las nuevas tecnologías de la información (NTI). Pero la contrapartida es también un elevado nivel de dependencia de sistemas expertos de gestión y administración que intenta dar respuesta a los requerimientos crecientes de información. En este sentido, las modalidades impersonales de la gran propiedad no suprimen ni mucho menos su carácter monádico, pero la someten más que en el pasado a diversos y complejos poderes "posicionales". La gran propiedad económica está inextricablemente ligada a lo que veremos como capital "organizacional".

La evolución hacia formas cada vez más impersonales de propiedad financiera es muy importante porque impacta sobre la definición de intereses de la pequeña burguesía simbólicamente construida en torno a la propiedad producto del trabajo personal. Desde el punto de vista de la pequeña propiedad, del pequeño ahorrista, surge la imposibilidad del autotutelaje del propio interés sin pasar por los sistemas expertos, es decir, la intermediación financiera: no hay bases firmes para la toma de decisiones fuera de ellos. La activación del pequeño capital líquido no puede realizarse fuera de los flujos financieros. Esto impone una colonización del campo de formación de intereses entre la clase media excedentaria que se opera a través del discurso de los medios masivos y a través de la gestión de la clientela de bancos y financieras. Los periodistas "especializados" encargados de la "naturalización" por repetición de ciertas ideas y los bancos con sus ejecutivos de cuentas y sus "menús de opciones" convierten a cada ahorrista en un propietario descerebrado que resigna el control real de su acumulación.[35] Esto puede explicar las aberrantes decisiones tomadas por comerciantes o profesionales que delegaron el control económico de su capital en empleados bancarios durante la crisis de fines de 2001 con las medidas de bloqueo y confiscación de depósitos que fue popularizado con el nombre de "corralito financiero". El sentido de pérdida de control se compensa con la fuerza simbólica de la modernización globalizada, la confianza inspiradora del "nombre" y la "imagen" con cierto exhibicionismo del poder financiero, todo

---

fuerte es el más móvil, y de Alain Minc (citado por Tedesco, 2008: 55) acerca de la desresponsabilización del poder financiero son plenamente compatibles con este análisis.

35. Por caso, la aceptación masiva por los depositantes de traspasos de depósitos a plazo fijo en dólares en el Bank of Boston al fondo común de inversión "1784" que no tenía garantías oficiales. El Bank of Boston se retiraría de la Argentina seis meses más tarde.

ello reforzado por pautas de marketing que imponen una fuerte presión a la bancarización de los hábitos de la población, al crédito y sobre todo a la banalización de las inversiones (puntos, juegos, premios, etc.). También se genera la ilusión del automatismo del mercado y su total independencia de condiciones políticas y económicas generales.

En este sentido, es muy importante reparar en el hecho de que la formación de intereses deja de ser un atributo individual que da paso a decisiones paramétricas y se vuelve un atributo del sistema impuesto a través de estrategias de ventas, asesoramientos, fidelización, etcétera.

Sin embargo, la reorganización del campo de antagonismos derivada de la estrategia que pivotea en la movilidad del capital financiero muestra debilidades: la concentración de la propiedad desanclada de espacios sociales comienza a ser vista como opresiva.[36] El costo social de la movilidad irrestricta del capital financiero es una externalización generalizada de riesgos y la exacerbación de dependencia hacia sistemas desterritorializados fuera del control político e incluso legal.

Si bien no puede haber un a priori ontológico que privilegie una forma sustantiva de capital sobre el resto, tampoco puede desconocerse u olvidarse que entre las propiedades más robustas de la propiedad "productiva", "tangible" en bienes de producción (valorización por uso), están la mayor "protección legal" y la menor incertidumbre que resulta del control de la explotación de la fuerza de trabajo y la tecnología. El aumento de la productividad y la eficiencia es una respuesta valorizadora no dependiente y en buena medida calculable. Mientras la propiedad financiera se valoriza por el acierto en prever o anticipar decisiones de otros, la propiedad productiva se valoriza por el incremento calculable y medible de la explotación del trabajo y la productividad de los medios de producción. Es decir, los factores que constituyen la condición de posibilidad de la valorización-acumulación no dependen tanto de terceros y pueden ser planificados, previstos, etcétera.

Además, la inmovilidad de la propiedad productiva tiene compensaciones en términos de asociación más directa con otros tipos de capital. Genera organización e intereses sociales que pueden estar asociados ("tejido produc-

36. El planteo de David Harvey (2008) es fantástico para analizar el papel central del capital financiero en el proceso histórico de recomposición del poder de clase de la gran burguesía bajo el neoliberalismo. El endeudamiento de Estados y consumidores mostraba el sistema crediticio como medio de acumulación por desposesión. Fraudes y "manipulaciones financieras de las crisis" terminaron en formas opresivas de "esclavitud por deudas" redistribuyendo, mediante mecanismos invisibles, gigantescas porciones de excedentes entre clases y entre países. Javier Ortega (2007) conceptualiza la acumulación por "exacción financiera" como un poder específico de apropiación o captura de excedente mediante expedientes de la economía simbólica, la manipulación de expectativas, el engaño y la legitimación del mercado. El carácter omnímodo e impune de la movilidad financiera recuerda que en el capitalismo hasta el excedente y la propiedad son "evanescentes", para tomar palabras de Marshall Berman (2003).

tivo") y con ello eventualmente lazos sociales, lealtades, intereses, es decir, "capital social" y "político". También en función de los resultados sociales de carácter distributivo puede aspirar a legitimidad simbólica (desarrollo, modernidad, progreso, bienestar). El capital en la forma de medios de producción genera, además de oportunidades de apropiación autogobernables, dependencias variadas de otros tipos de capital. Claus Offe ha aludido al carácter monológico de los intereses empresariales, y Adam Przeworsky ha señalado la centralidad de la inversión directa como articuladora del resto de los intereses sociales (Estado, trabajo). El costo evidente de la propiedad productiva es el incremento de los reconocimientos de interdependencias y reciprocidades hacia los explotados que amenazan permanentemente derivar en una reducción de las asimetrías. La conversión financiera de los excedentes y las estrategias de relocalización, externalización, etc., buscan reducir estos riesgos. Esto también explica la multimodalidad en la que se puede realizar la explotación de la fuerza de trabajo (las formas de tercerización, precarización, esclavización, etc., tienden a reducir esta reciprocidad).

La importancia fundamental del poder causal económico es que es el único que se legitima como "interesado", es decir, se le reconoce la finalidad de romper simetrías y lograr ventajas. El recurso a la propiedad en sus diversas formas permite "diferenciar legítimamente" mediante antagonismo con otros. Las asimetrías distributivas son públicamente legitimadas dado que el comportamiento interesado (aquel que busca de manera manifiesta la asimetría) es valorado a partir de un mecanismo retributivo neutro e impersonal[37] ("los mercados") convirtiéndolo en el arma de apropiación más extendida.

FUERZA DE TRABAJO

Como vimos, en un sistema clasista la fuerza de trabajo es considerada propiedad *strictu sensu.* En última instancia, las luchas por los derechos de los trabajadores también se pueden justificar como defensa de su única propiedad. Los fundamentos ético-sociales, socializantes, cristianizantes, en realidad podrían traducirse fácilmente al lenguaje de la propiedad privada como respeto a la propiedad más sagrada: la libre disposición de las propias potencias corporales y mentales.

La colectivización del derecho de propiedad sobre la fuerza de trabajo y su posterior legitimación como "derecho social", sin dudas forzada por innumerables luchas, es un hecho histórico sin precedentes ya que demuestra que la reducción de las asimetrías que produce obedece a la dependencia

37. La "objetividad" del mercado es fundamentalmente una operación simbólica que implica una fortísima historia de ejercitación de capitales de todo tipo, especialmente simbólicos y culturales. "La economía económica permite ahorrarse el trabajo de elaboración simbólica que tiende objetivamente a disfrazar la verdad objetiva de la práctica" (Bourdieu, 1997: 169).

de la propiedad de los medios de producción de la voluntad colectiva de la fuerza de trabajo. Si en el terreno privado del mercado la fuerza de trabajo individual depende del propietario de los medios de producción, en el terreno colectivo resulta ser exactamente al revés: sin voluntad colectiva de trabajar, los dueños de los medios de producción no tienen poder alguno.

Para entender la lógica clasista de la explotación del trabajo contemporánea hay que consignar los cambios en las formas de organización y gestión de la fuerza de trabajo para establecer su acción sobre asimetrías, dependencias y reciprocidades.

En este punto hay que empezar por las limitaciones en la caracterización del proceso de trabajo clásica. Marx, quizá su formulador más extraordinario, parte de sus elementos mínimos: finalidad consciente, actividad humana, y medios y objetos de trabajo. Estos últimos son muy importantes porque constituyen "formas" y no contenidos predeterminados: cualquier cosa puede ser medio de trabajo u objeto de trabajo, y además los medios de trabajo de un proceso pueden ser, y en general son, objetos de trabajo de otro proceso o viceversa. Pero en esta configuración tricotómica básica de partida no hay referencias a que la actividad humana misma o que la finalidad consciente puedan ser objetos del trabajo. En efecto, Marx a pesar de que lucha explícitamente contra el naturalismo ingenuo de la economía de su época no logra sustraerse a cierta reducción del proceso de trabajo a la relación transformadora del hombre sobre la naturaleza, circunscripta a la relación del pensamiento y la acción humana con las cosas, sin contemplar la posibilidad de que la intervención humana sobre el hombre mismo es también parte del proceso de trabajo.[38] Marx respetaba demasiado el mandato bíblico "conquistad la tierra y doblegadla", y tenía una visión del trabajo como transformación objetiva, como un asunto práctico concreto de hombres y cosas.

Toda la economía de los servicios desarrollada en el capitalismo contemporáneo (la llamada absurdamente "sociedad del conocimiento") se basa en esta idea: el proceso de trabajo incluye la producción del hombre tanto como productor como consumidor. La idea de que el capital utiliza y valoriza una "fuerza de trabajo" pura e indiferenciada es producto de este naturalismo que tiene a las cosas como punto de referencia de la actividad humana. Sin embargo, desde hace muchos años se sabe que los procesos de producción, incluso los industriales, tienen dosis importantes de las llamadas tecnologías "blandas", tecnologías de organización, de motivación, etc., que implican un proceso de trabajo en el cual las acciones sobre las acciones de los hombres son tan o más importantes que las acciones de los hombres sobre los medios y los objetos de trabajo.

38. Donde Marx se aproximó más a esta problemática, vale recordar, fue en la tercera de las *Tesis sobre Feuerbach* donde aparece la referencia a que "el educador debe ser a su vez educado".

Además, hoy en día, lo que en Marx es trabajo "improductivo" (administrativo, de control, de supervisión) se encuentra dentro mismo de los puestos de trabajo directo y operativo. La innovación tecnológica depende de sistemas complejos que involucran a los mismos obreros, y aun los puestos de trabajo más descalificados tienen niveles crecientes de trabajo mental y utilizan capacidades abstractas. Aunque en los *Grundrisse* existen referencias certeras al futuro de una automatización completa de los procesos de trabajo, no fueron integradas al núcleo de su teoría. Uno de los puntos ciegos de la analítica del capitalismo en Marx, frente a las evidencias del desarrollo del capitalismo posterior, es justamente la ausencia del campo de las intervenciones sobre las intervenciones humanas que rebasan la relación "objetal" de trabajo (conciencia frente a medios y objetos).

Las necesidades, los valores de uso, ya no pueden reducirse a objetos materiales que satisfacen necesidades más o menos fijas y corporales: una serie de estados de conciencia puede convertirse en un objeto de trabajo, una mercancía vale por los estados de conciencia que se le asocian y la "fabricación" de estados de conciencia tiene varias ramas de producción a su cargo. Sin ninguna duda, es el campo de la modificación del proceso de trabajo el que más impacto puede tener en la conformación de clases sociales intermedias. La proliferación de servicios calificados que genéricamente se conoce como management y las tendencias a la burocratización de las unidades productivas han sido fuente prolífica de grupos profesionales y laborales que se encargan de accionar sobre las conciencias y las acciones humanas.

El perfeccionamiento de las estrategias de gestión muestra un salto en la capacidad de generar colaboración y compromiso productivo, lo que reduce la dependencia del capital hacia la fuerza de trabajo. De la misma forma que endeudamiento de los hogares y elevada incidencia del crédito en el nivel de consumo y bienestar genera nuevas relaciones de dependencia hacia el capital financiero en tanto consumidores y mayor vulnerabilidad salarial y de condiciones de trabajo en tanto trabajadores.

Asimismo, también introduce serias contradicciones dentro mismo de las clases intermedias, ya que las posibilidades de ascenso social son para aquellas posiciones y ocupaciones relacionadas con el diseño y el perfeccionamiento de este tipo de generación de asimetrías sociales. Es decir, las clases medias de servicios con mayores estímulos o reciprocidades positivas económicas tienden a ser aquellas que impulsan el proceso de vulnerabilización del resto de las clases medias. Las clases a cargo de la modificación de dependencias y reciprocidades que perfeccionan la explotación y la opresión tienden a la subordinación (gerencial y directivos, alto funcionariado estatal, etc.) bien remunerada que se convierte en modelo de ascenso social. La literatura sobre los nuevos movimientos sociales no ha prestado atención a estas cuestiones que dividen a las clases medias.

La pequeña y la mediana propiedad

Por último, cabe incluir aquí un abordaje, aunque sea apenas panorámico, al tema de la pequeña propiedad. Lo primero que hay que descartar es que las tendencias a la mercantilización y la proletarización son inherentes al capitalismo. En este sentido, los aumentos salariales pueden verse como un intento de convertir un tipo de propiedad más indefenso (la fuerza de trabajo) en uno más robusto (propiedad de cosas) como forma de ascenso social. En el marco del capitalismo histórico la pequeña acumulación a nivel de las unidades domésticas es hasta cierto punto perfectamente funcional a la acumulación del gran capital (Wallerstein, 2010: 8). Los excedentes que se originen en la remuneración a la fuerza de trabajo tienden a ser convertidos en propiedad económica (desde bienes durables hasta viviendas o propiedad comercial) que puede llegar a reproducir el excedente y hasta reemplazar la venta de fuerza de trabajo por autoexplotación. Que algunos hogares puedan cambiar la estrategia de sobrevivencia y de satisfacción de necesidades hacia una de consecución de estilos de vida y finalmente de acumulación y propiedad, es uno de los motores de la acumulación capitalista, e incluso son tendencias que pueden llegar a morigerar las presiones hacia el incremento de salarios.

Así, es conveniente puntualizar en breve repaso las mutaciones en la última mitad del siglo XX sobre el poder causal de la pequeña y mediana propiedad.

La primera constatación es la fortaleza de la pequeña propiedad que sobrevive a la evolución del capitalismo. Se ha visto una "falla del marxismo para predecir la manera en que los actores son capaces de crear oportunidades para la acumulación de capital a pequeña escala y así sostener la reproducción de posiciones" (Scase, 1982: 148). Invocando incluso análisis de Lenin, se ha considerado que el desarrollo contradictorio del capitalismo tiene efectos muy alejados de la polarización uniformizante. La renta por posesión, el trabajo independiente y las calificaciones se combinaron desde siempre para generar ingresos y acumulación. Sin contar que la pequeña propiedad asume el papel de custodio del núcleo axiológico meritocrático legitimador del capitalismo: el individualismo se transmite en estilos de vida, aspiraciones de autonomía económica, abundancia y prosperidad. Con la fachada ilusoria de la libre competencia entre pequeños se disimula el imperio de las corporaciones y el Estado. En las últimas décadas el discurso neoliberal reposiciona simbólicamente la figura del pequeño propietario audaz y laborioso como forma de erosión de la legitimidad del Estado de bienestar que lo "ahoga".

Por otra parte, las nuevas tecnologías y el cambio de escalas de negocios en servicios (reconversión, tercerización, flexibilidad, etc.) han brindado las bases de la recomposición para la pequeña empresa en muchos países.

Muchos profesionales u obreros calificados se convierten en propietarios como en el caso paradigmático de los distritos industriales de la Emilia Romagna en el norte de Italia. Otros, carentes de calificaciones o credenciales, o por ser objeto de discriminaciones, encuentran en la pequeña propiedad comercial su única oportunidad.

El acceso al crédito, es decir, el endeudamiento endémico de la fase neoliberal y financiera, también produce simultáneamente acceso a la propiedad y concentración de la misma. El neoliberalismo, a través de las estrategias de tercerización, externalización y flexibilización, aprovechando las elevadas tasas de desempleo, favorece las condiciones de reducción de dependencias de la fuerza de trabajo para desasalarizarla, descolectivizarla y convertirla en pequeña propiedad a cargo de servicios menores poco rentables o de proveedores atomizados en pequeñas empresas, con lo que transfiere todos los riesgos y cargas de la relación laboral formal.

La propiedad en los orígenes de la clase media en la Argentina

Los orígenes de la expansión inicial de las clases medias los encuentra Sergio Bagú (1950) en la fiebre especulativa de 1890 y las oleadas de prosperidad con alzas de la propiedad inmueble que dan lugar a la especulación con terrenos, a través de la inversión en hipotecas en las grandes ciudades (Buenos Aires y Rosario). El origen de la pequeña propiedad urbana entonces obedece a las barreras de acceso a la tierra –el latifundio– con las que los inmigrantes chocaban en el campo, y con el crecimiento acelerado del comercio y los servicios en las grandes ciudades que era acompañado por una vertiginosa valorización de tierras y viviendas generando oportunidades de capitalización (Bagú, 41). Los inmigrantes invierten sus excedentes en terrenos, toman hipotecas y luego construyen para alquilar o vender cuando los precios suben, generando un proceso de acumulación que los convierte en pequeños propietarios rentistas o capitalistas en la pequeña manufactura y comercio al detalle. El acceso a la propiedad recibe un nuevo impulso con los préstamos hipotecarios que llegan al record en 1947, y que serían devueltos en la década subsiguiente en cuotas devaluadas por la inflación. Gino Germani (1981) es el primero en avizorar la importancia de la clase media propietaria como rasgo que la diferencia de las sociedades de Europa y Estados Unidos. En el censo de 1936, del 46% de la población de clase media de la ciudad de Buenos Aires, un 20,5% corresponde a autónomos. La comparación con la ciudad de Chicago que hace Germani muestra un rasgo notorio de la estructura de clases local: más proporción de patrones y autónomos (la antigua clase media propietaria comercial y de servicios, artesanos, profesionales libres, comerciantes, intermediarios) y menos de empleados (los dependientes de actividades no manuales, la nueva clase media, burocracias públicas y de la

gran empresa), dibujando la oposición "gran empresa/Estado versus pequeña propiedad independiente". Germani presta atención a la escasa inserción productiva de estas clases lo que las distancia de las formaciones socioeconómicas más avanzadas: en la industria los empleos de clase media alcanzan al 20,6% de los dependientes y sólo al 11,7% de los autónomos. En cambio, en los servicios, las clases medias alcanzan al 51,3% (Germani, 1955: 149, 179, 190). La clase media propietaria independiente que en Estados Unidos había sido desalojada de los mercados por la gran corporación empresarial y su staff de dependientes burocráticos y profesionales parecía no verse afectada en nuestro suelo. Aquí la expansión posterior de las clases medias dependientes impulsada por el acceso a los niveles educativos superiores no llegó a cambiar las bases de los poderes clasistas de la pequeña burguesía. El acceso a la propiedad parece ser un rasgo persistente en la conformación de nuestras clases medias. A partir de los años 60, la combinación del acceso al crédito con la prohibición legal de indexación de contratos e inflación resultaba en una pronunciada licuación de deudas hipotecarias y dio lugar a una nueva oleada de acceso a la propiedad urbana a bajos costos. Aquellos que pudieron capitalizar en forma de propiedad productiva o comercial sus "rentas de calificación" (educación) o sus "rentas de lealtad" (empleados jerárquicos) muestran una convergencia entre tipos de poder causal, que aleja la morfología de la clase media argentina de la típica separación alemana entre clase media propietaria y clase media educada (Kocka, 1995). Las clases medias locales podrían ser más compactas por la mayor coincidencia de educación y propiedad. La existencia de una pequeña burguesía al margen de la gran empresa capitalista, con escasa inserción en la industria productiva y más inserción en el comercio y los servicios personales, supone una menor dotación de poderes organizacionales y mayor dotación de poderes educativos y económicos si la comparamos con el punto de referencia de los capitalismos industriales avanzados.

Las relaciones antagónicas de estas formas de pequeña propiedad oscilan entre resistir la dependencia de las empresas a las que proveen o presionar sobre su propia fuerza de trabajo y buscar ventajas en los bajos costos de la informalidad. Los talleres clandestinos textiles son ejemplos de este tipo de pequeña propiedad, donde se mezclan también componentes étnicos, por el reclutamiento de la mano de obra semiesclava entre las comunidades boliviana y peruana, el carácter de indocumentados, etc. En todos los casos las rentas obtenidas por estas estrategias van a terminar en manos de los formadores de precios y en los oligopsonios de los que dependen.

Aunque hemos descartado la posibilidad de una definición de intereses materiales puramente monótonos derivados de una lógica supraclasista, el carácter inconsistente de la formación de intereses y su contingencia

respecto de la lucha y el antagonismo se revela más crudamente entre la pequeña burguesía.

El caso del recuadro que sigue es la demostración palmaria de la exposición a coerciones cruzadas y a dependencias de todo tipo para activar poderes causales, que suponen incongruencias en la definición de intereses y fomentan un comportamiento de errático ventajismo. Las posiciones superpuestas en diferentes ejes de antagonismo hacen caer a la pequeña burguesía, con capacidad de acumulación, en paradojas e inconsistencias notables, incluidos reclamos que son contradictorios entre sí, donde alcanzar uno significa perder el otro.

A mediados de los 90, Lucía abandonó la Facultad de Derecho en cuarto año para dedicarse a los negocios inmobiliarios donde trabajaba activamente con bancos y prestamistas. Su postura de antimenemista acérrima no le impidió aprovechar la paridad cambiaria para pasar las vacaciones en Punta del Este, las de invierno en Miami y los fines de semana largos en un spa brasileño. El crédito le permitió pasar de un modesto dos ambientes a un piso de 150 metros en una torre con piscina, sauna, jacuzzi, telescopio en la terraza, cancha de tenis y gimnasio. De los 35.000 dólares que le pagaron por su antigua vivienda, separó 20.000 en un plazo fijo cuando las tasas eran tentadoras. Los otros 15.000 los prestó vía una escribanía. Era una de las más comprometidas con la protesta. Durante el fatídico verano de 2002 a la mañana iba a pelear en la sucursal del banco donde le habían acorralado su plazo fijo. Al mediodía, participaba en las protestas de los ahorristas. Pero dos veces por semana se unía a las filas de los deudores hipotecarios donde levantaba la bandera de la pesificación de las deudas. Cada tanto se plantaba frente al Congreso haciendo causa común con los que habían prestado dinero a través de escribanías y no estaban dispuestos a aceptar que les entregaran pesos devaluados. (*La Nación*, 22 de septiembre de 2003, p. 8)

Poderes causales monádicos: educación, cultura, capital simbólico

Capital cultural y educativo

Muy tempranamente Bourdieu definió "formación social" como "un sistema de relaciones de fuerza y de sentido entre los grupos y las clases" (Bourdieu y Passeron, 1977: 46) por lo que el capital cultural es central para la reproducción de una formación social clasista.

Capital cultural y educativo se producen a través de un trabajo de inculcación ("violencia simbólica") en instancias específicas primarias (familia y comunidad) y secundarias (escuela, medios de comunicación). Este tipo

de capital reconoce tres estados de acuerdo con los modos específicos en que es apropiado: institucional a través de la obtención de títulos y reconocimientos como capital "acreditado", material por la posesión y el uso de bienes culturales como capital "objetivado" e interiorizado como inculcación de *habitus* que organizan el pensar, actuar y sentir, como capital en estado "incorporado".

Cada uno de estos estados del capital cultural o educativo tiene distintas propiedades estratégicas y potencialidades de generar diferencias y asimetrías. Certificados y *habitus* o competencias aprendidas pueden tener un reconocimiento de mercado como calificación y ser convertibles con cierta facilidad en capital económico adosado a la venta de la fuerza de trabajo. La posibilidad de ejercer monopolios, cierre social, sobre el control de este tipo de capital, asegura una conversión a capital económico que Wright (1997) denomina "renta de calificación". A la inversa, también puede afirmarse que la mercantilización de la educación y los bienes culturales se ha extendido haciendo que el acceso a ellos requiera inversión económica creciente. La demanda de capital cultural y educativo crece en tanto aumenta su valor como marcador de distinción y distancia social (el capital cultural objetivado son bienes "posicionales") y se reduce el acceso a la propiedad económica y la autoridad.

El capital educativo o cultural en su estado incorporado (interiorizado, convertido en *habitus* y destrezas) es intransferible de manera inmediata o directa. Está hecho carne en los modos de comportamiento, sentir, y pensar y, para ello, se requieren agencias especializadas de violencia simbólica y tiempos prolongados. Son tipos de poderes causales que tienen plazos de acumulación relativamente largos y su valor (en términos materiales o de prestigio) es en gran medida incierto o inestable en tanto depende también de reconocimientos cambiantes en diversos contextos, por lo que su calculabilidad y previsibilidad es menor.

Una propiedad de este tipo de poder causal es que no goza de garantías legales, tiene un carácter no apropiable como derecho. El capital cultural y educativo incorporado es transferible a través del aprendizaje pero no apropiable, nadie puede disponer de él como derecho, lo que deriva en el desinterés directo del capital económico en producir capital educativo o cultural interiorizado, ya que una vez incorporado en los destinatarios, los empresarios no podrán arrogarse derechos sobre él.[39] La transferibilidad de la herencia cultural común ("la educación") define un bien típicamente no excluible: la posesión de uno no significa la exclusión de otro. Una acreditación escolar no es un título de propiedad porque no significa excluir a los demás de esa certificación. Las diferencias se libran entonces al acceso

39. La teoría del capital humano se basa en este principio (Schultz, 1983).

diferencial a la herencia común (niveles de certificación y calificaciones) pero no a través de apropiación.[40]

Son varios los atributos relacionales ventajosos del capital educativo sobre las formas de propiedad económica. El capital educativo y cultural tiene maximizada su cualidad de plena controlabilidad. Lo que hacemos con lo que sabemos, aprendemos, etc., está completamente bajo nuestro control, sin mayores interferencias, y más allá del valor o el reconocimiento por ello. Como vimos, como contraejemplo podemos mencionar el poder causal que otorga la propiedad de activos financieros, que es muy poco controlable para un ahorrista o un pequeño inversor.

Un aspecto esencial poco destacado como virtud estratégica del capital cultural y educativo es su capacidad de "traslación", su portabilidad: está siempre disponible por quien lo detenta, va adherido a los atributos subjetivos y de identidad. Es un poder que tiende a ser ejercido en cualquier contexto, en cualquier tiempo y lugar y para cualquier propósito. Por supuesto que el valor reconocido en un contexto y situación específica a un atributo de semejante alcance es completamente contingente, salvo en algunas instituciones especializadas del campo educativo y cultural donde imperan una codificación y evaluación crecientes.

Estos atributos estratégicos de imposibilidad de apropiación, plena soberanía individual transcontextual y libre disponibilidad subjetiva convierten estos poderes en armas que tienen relaciones problemáticas de reciprocidad con el capital económico y el capital político, aunque sean estos mismos capitales los que condicionen fuertemente los procesos de su distribución y valorización. Lo que los sujetos hagan con lo que se les transfiere o con lo que logren acceder de la herencia común es algo que tiende a sustraerse al control subordinante y la reciprocidad obligada. El poder causal educativo y cultural es un reducto potencial y sede natural de la autonomía frente a otros poderes causales. El control sobre ella no puede ser sino indirecto y externo: se ejerce a través de la selectividad de la oferta de bienes culturales provistos por la acción estatal (escuela pública) o gratuitamente por las empresas a través de los medios, la industria del entretenimiento de masas y la publicidad. La combinación entre plena disposición personal incondicionada de estos capitales y la distribución pública aparentemente igualitaria hace posible la legitimación de las diferencias a partir del mérito

40. Sí hay apropiación vía derecho de propiedad intelectual cuando se trata de creación o innovación. Pero este derecho opera más limitando las posibilidades de explotación económica que sobre la transferibilidad y reproductibilidad de la creación. Los bienes culturales tienden a ser bienes públicos, su valor reside en que sean incorporados por los demás. El derecho de propiedad protege la explotación económica de este valor y no la disponibilidad y el uso. El software e internet plantean a través de la reproducibilidad y transferencia ilimitada de sonido e imagen un severo problema a la explotación económica de la creación cultural.

individual, la capacidad, el esfuerzo, de lo que darían cuenta los "certificados" escolares. La autonomía, en el sentido de autosuficiencia e independencia, es un valor "escolar" que funge como condición del mérito y de las relaciones de competencia individual.

La no excluibilidad del poder causal cultural y educacional, la no apropiabilidad, se asocia a dos fuerzas simbólicas importantes: la potencialidad política en tanto pertenencia a un colectivo identitario con el que se comparte una heredad histórica, y a la potencialidad simbólica en tanto igualitarismo como fuerza legitimadora.

La educación, la cultura y el capital simbólico se trasladan junto al sujeto y por tanto pueden intentar ser utilizados en la política, las relaciones sociales, las organizaciones, etc. Las formas de poderes primarios no económicos son más versátiles –más cómodamente transcontextuales– que el económico, en virtud de la estricta codificación simbólica que separa las actividades interesadas de las desinteresadas. Mientras la educación tiene y pretende tener reconocimiento en todos los campos, el capital económico no tiene e incluso puede ahuyentar el reconocimiento en campos como la cultura, la política o la moral. En este sentido los capitales intangibles, puramente interiorizados como *habitus*, al tiempo que son los más individualizables y asociados a la identidad personal, son los más extendidos en sus alcances potenciales de aplicación. Aquí hay que recordar las críticas a Eric Olin Wright y su weberianismo al separar la explotación económica de la explotación de calificaciones: las posibilidades de valorización del capital educativo dependen fuertemente de condiciones económicas e institucionales, tanto o más que de la habilidad de los sujetos. La eficacia material y política del capital cultural no es posible "autogenerarla" sino a través de una plataforma específica de poderes causales económicos y políticos. Y esta eficacia es justamente el índice de su valorización como capital.

El capital económico, siendo alienable, tiene una esfera de acción mucho más restringida (de lo interesado) pero tiene la evidente capacidad de convertirse en contexto condicionador del resto de los capitales incluyendo en buena medida al capital educativo.

El capital educativo y cultural juega un papel muy importante en los procesos de movilización. Adamovsky (2009: 188 ss.) muestra cómo las clases altas conservadoras se preocupaban de que el factor "capital educativo ocioso" se convirtiera en un detonante de inconformismo generalizado. El "catolicismo social" magnificaba la proletarización intelectual como caldo de cultivo de ideologías disolventes. Esto nos lleva a la pregunta de si será cierto que el resto de capital educativo no asimilado, no valorizado o excluido de las distribuciones de recompensas materiales y reconocimientos simbólicos efectivamente puede jugar un papel revolucionario o al menos disruptivo. Es decir, si el capital educativo también puede activarse y al-

canzar reconocimiento o participar de procesos de conversión hacia otros tipos de capital: especialmente el político y el social.

La cuestión del capital educativo ocioso en la Argentina no es un tema menor: un segmento importante de la distribución de recursos culturales y calificaciones tiene subvaloración económica en el mercado laboral, o se convierte en mera señal facilitadora del acceso al empleo aunque los puestos de trabajo no tengan los requerimientos técnicos calificacionales acordes con el nivel educativo exigido. Aunque en otras épocas se ha hablado de este fenómeno como inconsistencia de estatus y frustración relativa causal de movilización contestataria, es muy probable que los cambios de la estructura de clases y los patrones de movilidad desde los 90 hayan agravado la disociación de los niveles de ingresos o empleo de los niveles de educación.[41] Hay varios fenómenos derivados: credencialismo (tendencia de la población a aumentar sus niveles educativos masivamente), el efecto fila (tendencia de los empleadores a cubrir los puestos de trabajo con los máximos niveles educativos disponibles y no con los requeridos por el puesto) y el efecto paracaídas (la educación en vez de impulsar el ascenso social solamente puede hacer más suave o lento el descenso).

La desocupación y la precarización laboral esterilizan el capital educativo y cultural, lo congela en cierto sentido. Las dificultades de inserción laboral de los hijos con altos niveles educativos (estudiantes universitarios que trabajan en delivery, abogados recién recibidos que hacen pasantías, profesionales con la docencia como refugio, etc.) llevan a la necesidad de buscar otros horizontes de valorización en el exterior (emigración) o a duplicar el esfuerzo y la inversión educativa (posgrados, estudios en el exterior, etc.). La hipótesis de que este sobrante ocioso de capital educativo tiende a movilizarse políticamente orientado a la búsqueda de una valoración simbólica en el mercado cultural y político recibe plena confirmación en el caso del movimiento asambleario en las grandes ciudades argentinas durante la crisis de 2001 y 2002. La presencia llamativa en las asambleas de estu-

41. Los estudios latinoamericanos enfrentan a dos posturas: por un lado Alejandro Portes y Kelly Hoffman, Manuel Mora y Araujo y otros que siguen la tesis tradicional del papel de la educación en la movilidad ascendente. El aumento de los niveles educativos se traduce en mejores empleos y movilidad. Por otro lado, Alexis Romero, Marcelo Gómez y otros que siguen los originales aportes de Rolando Franco acerca de la sobreeducación, que en nuestro léxico significa dificultades de conversión entre capital educativo y capital económico, mostrando procesos de devaluación de títulos, al mismo tiempo que aumentos de la selectividad educativa (posgrados, títulos extranjeros) para los puestos más altos, etc. Los poderes causales organizacionales y económicos, las burocracias de expertos y las políticas de recursos humanos de las empresas tienden a establecer todo tipo de límites al reconocimiento de acreditaciones educativas, exámenes y pruebas de selección, etc. Los títulos se devalúan no sólo por la menor calificación de los puestos, sino también porque el incremento de los controles sobre el capital incorporado introduce la sospecha de que lo acreditado institucionalmente no responde a lo interiorizado como *habitus* y aprendizaje.

diantes o académicos, psicólogos, cientistas sociales, escritores o literatos no opaca la de ingenieros, farmacéuticos, arquitectos, entre otros. Lo que el mercado laboral desactiva, la movilización social lo reactiva aprovechando la cualidad de fácil colectivización: una idea, una experiencia o un saber siempre están disponibles para ser compartidos sin mayores costos que la comunicación.

La transcontextualización clasista del capital cultural es un esfuerzo y una estrategia de todas las experiencias revolucionarias importantes.[42] La colectivización transclasista del capital cultural es, en sí mismo, un fenómeno revolucionario que invierte su signo: de poder de diferenciar se convierte en poder de unir.

Capital simbólico

El capital simbólico es el más esquivo en el tratamiento de Bourdieu, habida cuenta de que "es la forma que toman los distintos tipos de capital en tanto percibidos o reconocidos como legítimos". Es decir, es un poder que se ejerce sobre el sentido de las prácticas y objetos asociados a los otros tipos de capital. Las manifestaciones de otras formas de poder son "percibidos a través de categorías de percepción que son fruto de la incorporación de divisiones o de las oposiciones inscriptas en la estructura de distribución de esta especie de capital" (Bourdieu, 1997: 108). En consecuencia, es la fuerza simbólica de encubrir el origen arbitrario de toda acumulación, dando el efecto de legitimidad y naturalidad. Es el conjunto de recursos que permite encubrir o disfrazar las arbitrariedades de la valorización y la acumulación diferencial, para hacerlas aparecer como naturalizadas, necesarias y justificadas en valores universales.

El poder causal de imponer significaciones es el de establecer reglas específicas de reconocimiento asignando valores y sentido a los *habitus* y recursos económicos, sociales, culturales y políticos. El capital simbólico permite investir de sentido "elevado" o meritorio determinadas prácticas rebajando otras. Es el poder de sancionar la arbitrariedad del valor como legítima.

La frontera simbólica por excelencia es la que separa la materialidad y el interés del resto. El poder simbólico reside en la capacidad de ocultar la materialidad de la que ideas y prácticas "desinteresadas" son tributarias y

42. En la Revolución China los periódicos murales, las funciones teatrales, la Universidad Itinerante del Ejército Rojo. En la revolución bolchevique, los diarios proletarios que en Europa tuvieron que ser enfrentados con los diarios de masas comerciales, como aclara brillantemente Stuart Hall. En América Latina no se puede obviar al Subcomandante Marcos y el EZLN con sus producciones literarias y vuelo poético, sin olvidar la retórica popular pero esclarecedora, pedagógica e informativa de Hugo Chávez en Venezuela.

a la que rinden secreto culto. Por eso el capital simbólico aparenta ejercer su soberanía sobre todas las formas de capital.

Las raíces del capital simbólico de las clases medias: racialización y modernización

El elemento simbólico descollante es el de la connotación que asume el origen racial inmigratorio europeo, que tenía mayor peso cuantitativo entre la clase media independiente y entre los diplomados dependientes (Germani, 1950: 15-17). La combinación del factor étnico con la educación y la propiedad opera un reforzamiento de poderes de clase a través de la identificación con la "civilización" y los modos de vida de las sociedades "avanzadas", ofreciendo un capital simbólico para la constitución de su identidad en contrapunto con las clases populares "criollas", desposeídas y menos educadas. La racialización de las relaciones entre clases basada en el color de piel es un elemento que en los análisis de Adamovsky (2009) y Gargin (2007) ocupa un lugar central en la constitución simbólica de las clases medias.

Otro rasgo importante en la génesis de las clases medias que observa Germani (1950: 21) es su carácter "fluido" e inestable, por ausencia de tradiciones propias y por su permeabilidad a las influencias de las clases altas. Las imperativas aspiraciones de ascenso suelen ir más allá de sus recursos, pero están fundadas en la confianza y el sentido de la oportunidad ante el azar –esencial para los negocios sobre la base de la movilización y activación del capital económico– en el mérito, el esfuerzo, la preparación, etc. (Germani, 60), todas virtudes asociadas a la raza y la civilización moderna en contraposición al quedantismo y tradicionalismo criollo ("facilismo"). Esta versión autocomplaciente fue enfrentada por numerosos intelectuales como Juan José Hernández Arreghi y Arturo Jauretche quienes le endilgaban a la clase media una pesada condena simbólica: la emulación de estatus, el "medio pelo", la pretensiosidad en las costumbres, que iba acompañada de actitudes políticas antipopulares, aunque haya sido durante el peronismo cuando estos sectores también aceleraron la expansión de sus poderes causales clasistas. Así, la idea de una clase media colonizada culturalmente, servil económicamente y traidora políticamente tendría una larga persistencia intelectual (Altamirano, 1997).

Los antagonismos clasistas tienen tres tipos de condicionamientos simbólicos:

1) En última instancia "clasificar" es una imposición simbólica: asignar lugar y sentido asociando prácticas con jerarquías. Se puede decir que el capital simbólico regula la percepción clasista. Todas las cuestiones

relevantes del antagonismo están sometidas a una disputa también simbólica: sin capital simbólico las diferencias sociales son vistas como determinaciones "naturales" no sujetas a reflexión; no es posible captar la asimetría, la falta de reciprocidad, y con ello se pierde el discurso de la explotación o la opresión.[43] En este sentido las clasificaciones clasistas utilizan las propiedades estratégicas de los poderes causales para establecer fronteras simbólicas.

2) Una función fundamental del poder causal simbólico es del orden de la valoración y privilegio dado a cada tipo de capital. La lucha por establecer prioridades o distinciones entre los tipos de capital es una lucha del orden de lo simbólico con fuertes implicancias para el conjunto de las relaciones entre clases. Está claro que en el contexto del posneoliberalismo las formas de propiedad financiera caen en la valoración y suben las que son generadoras de empleo y producción. Asimismo, los procesos populares tienden a vigorizar la distribución cultural y los contenidos asociados a las historias autóctonas y locales en desmedro de las formas culturales globalizadas o internacionalizadas.
3) Este capital opera por la lógica de la distinción por lo que es vano perseguir su igual distribución. El mismo poder simbólico depende de una desigualdad naturalizada e invisibilizada.

El poder simbólico es difícil de transferir y de institucionalizar, ya que el prestigio desinteresado que sustenta las voces autorizadas del *dictum* requiere un largo proceso de ocultamiento de sus bases materiales. Asimismo, aquí aparece el máximo problema de conversión: si el capital económico o político puede comprar fuerza simbólica lo hace a sabiendas de que la misma conversión, en tanto se haga visible, devalúa y debilita el poder simbólico mismo. La pureza de los detentadores de la fuerza simbólica, la no contaminación con intereses materiales, es una regla esencial de valorización del poder causal simbólico.[44] Pero es común que el encapsulamiento en el poder causal

43. Hay que advertir contra el privilegio ontológico a lo simbólico: como si las relaciones de fuerza fueran un desdoblamiento de las relaciones de sentido y cualquier tipo de capital dependiera del capital simbólico. Las prácticas de imposición de sentido son extremadamente dependientes del concurso de otros tipos de capital y, por tanto, también son campos de fuertes tensiones irresueltas.

44. Michèle Lamont (1992) ha encontrado las "fronteras simbólicas" que estructuran el discurso de la clase media alta en Francia y Estados Unidos: para los profesionales de los servicios sociales y culturales las diferencias se articulan en términos de "pureza" en un plano simbólico, mientras que los profesionales de negocios dirimen sus distancias por el ingreso y el éxito como indicadores de mérito propio. Las narrativas de valores posmateriales, calidad de vida, etc., se contraponen a las de eficiencia, innovación, audacia, etc. Para los primeros se da la paradoja de que las luchas simbólicas que se terminan traduciendo en éxitos en términos políticos o económicos tienden a mermar su legitimidad en la medida en que se empaña su

simbólico, la negativa a convertirlo en otros tipos de poderes causales, lleva a una estrategia de deslegitimación sistemática de todos los otros poderes y a la búsqueda de su propio lugar de poder mediante el mero expediente de desvalorizar simbólicamente a los demás tipos de poderes. Es en el campo simbólico donde las clases medias se enuncian como conciencia que debe dar la batalla a dos bandas contra los abusos de las clases dominantes pero también contra las debilidades y falencias de los subalternos.

La disputa por el capital simbólico empieza en los nombres

Dentro de los movimientos que lucharon por la devolución de los depósitos y acreencias bancarias durante 2002 en la Argentina, los grupos de clase media profesional y comercial independiente o asalariada de niveles intermedios se identificaban como Asociación de Ahorristas Estafados en cambio el grupo formado por gerentes, consultores, bonistas, personal ejecutivo o altas burocracias públicas o privadas, se llamaban Asociación de Damnificados por la Pesificación y el Default de la Argentina (ADPDA). Detrás de las nominaciones se escondía una cruda diferencia clasista. "Ahorrista" con su inmediata lectura de "ahorrador", "ahorrativo", esfuerzo austero, etc., adosa a la posesión del dinero una legitimidad moral que deja en inferioridad de condiciones simbólicas a su contraparte "el banco". El contrapunto "honesto que juntó algo con esfuerzo" versus "astuto especulador que se queda con el fruto de ese esfuerzo" intenta dotar a "ahorrista" de una legitimidad que excede el poder causal económico de la propiedad. El antagonismo se moraliza. Los intereses se trasladan al plano de los valores. El dinero tiene que estar revestido de algún valor moral o mérito, no puede ser sólo el producto del que mejor sabe aprovechar una situación en beneficio propio. Por el contrario, la idea de "damnificado" sostenida por ADPDA muestra que el único mérito es el de saber utilizar la libre disposición de la propiedad para sacar provecho de las reglas del juego. La figura del "damnificado" indica el perjuicio de decisiones sobre las reglas de juego del libre mercado. Sólo la amenaza de que haya una instancia superior a las reglas mismas, es lo que debe ser condenado y combatido. Las sagradas reglas de la libre disposición de la propiedad custodiadas por las difusas instituciones del mercado y no las reglas de una moral del mérito son el *quid* de la cuestión. No son ahorristas, son inversores de buena fe y no se consideran que hayan sido "estafados" sino perjudicados por medidas de política económica que consideran ilegítimas y absurdas. El nombre hace desaparecer a los bancos como contrapartes responsables de lo ocurrido y enfila al cuestionamiento del estado y del gobierno como causantes exclusivos de la aberrante alteración de las reglas del juego. El problema son los daños que se producen al alterar las reglas del juego y no el sentido o

---

"pureza". La dinámica del capital simbólico entre los asambleístas barriales mostrará muchas de estas paradojas.

una valoración de qué tipo de daños y a quiénes se hacen como producto de las reglas del juego. El discurso es bien traslúcido en su sentido clasista: las clases auxiliares del gran capital económico, los custodios naturales de las reglas del juego, ven amenazadas sus posiciones si perdura la costumbre de alterar las reglas. El contrapunto damnificados/ahorristas tiene una enorme cantidad de matices clasistas y sobre todo muestra el viejo debate acerca del carácter "subversivo" o "inconformista" de la moralidad invocada por los débiles frente a la "naturalidad" del orden y la racionalidad instrumental invocada por los fuertes (Abercrombie *et al.*, 1990). El crudo ejercicio libre de las capacidades de coerción económica bajo reglas comunes para todos es el presupuesto ideológico de las clases poseedoras. El poder causal de los que detentan la mayor parte del capital se hace máximo si la libertad para disponer de él es igualmente irrestricta para todos. Por tanto, todas las clases propietarias tienden a situar la defensa última de la propiedad en un *ethos* formalista del orden económico frente al *ethos* sustancialista que enarbolan las clases subalternas.

El papel de las clases medias es central en el tema del capital simbólico, que es el que pretende regular las aspiraciones, las reglas y valores comunes, es decir, la manera de vivir en tanto libre de coerciones materiales y, desde ese lugar, pretende perpetuar su poder de juzgar. El lugar de la conciencia es, por definición, un lugar transclasista que se coloca más allá de coerciones y antagonismos.

En el mundo de las clases medias, el "mérito" es el articulador simbólico central que permite ocultar, o mejor "mostrar ocultando", las bases materiales de las diferencias sociales. En este sentido, la falta del propio éxito individual (no reconocimiento del mérito) se achaca a la tiranía de las relaciones de fuerzas asimétricas con los poderosos. El éxito de otros con los que se compite en un mismo espacio social se explica como mérito no genuino, injusto favoritismo o fallas en los sistemas de reconocimiento. A su vez, cuando las clases que están debajo se perciben como no amenazantes o favorables a la propia posición, las fronteras se explican invocando nocivas fuerzas impersonales (injusticia) y la acción de poderosos enemigos comunes. Pero cuando esas clases son percibidas como amenazantes las fronteras se establecen a partir de la falta de mérito individual o colectivo (racialización, estigmatización). Las clases medias son las detentadoras principales del capital simbólico y suelen autoerigirse en "clases morales" capaces de juzgar al resto, pretendiendo convertirse en el tribunal de la conciencia.

Su espacio simbólico de legitimación de la "conciencia" se encuentra celosamente resguardado entre dos grandes rechazos: el rechazo a la lógica de la acumulación de los de arriba, pero también el rechazo a la lógica de la

"necesidad" de los de abajo. En ambos casos, la conciencia se ve cediendo a la fuerza tiránica de las coerciones económicas. El capital simbólico pretende gobernar, regular, juzgar o condenar tanto las desmedidas ambiciones de lucro como las debilidades y especulaciones ventajistas que se apoyan en las carencias. El poder simbólico reside en hacer pasar por los filtros "moralizadores" de estas clases las grandes fuerzas clasistas de la acumulación de propiedad y de las necesidades de la fuerza de trabajo.

La importancia del poder causal simbólico se maximiza en momentos en que la crisis y la agudización de antagonismos se generalizan y se desarticulan los marcos cognitivos con que se perciben las propias posiciones. En el caso de la crisis de 2001-2002 vemos que la movilización de las clases medias desató una pugna simbólica, que no por sorda y sedicente fue menos reñida, con las agencias de emisión y distribución de significados (los medios de comunicación).[45] Las clases medias urbanas movilizadas dieron una formidable batalla por el enmarcamiento diagnóstico de la crisis que se vivía, enfrentando los marcos interpretativos que se propalaban desde los medios ("el riesgo país", "la necesidad del ajuste", "el caos" de las protestas populares). La reacción frente a los saqueos, el estado de sitio y la represión marcaron un hito simbólico decisivo contra la clase política tradicional y los medios de comunicación hegemónicos que trabajaban con la idea del temor al caos y la instauración de un orden represivo acompañado por un ajuste económico.

Por último, una pequeña digresión acerca del capital simbólico en las sociedades capitalistas clasistas. La ideología del igualitarismo es esencial al capitalismo, entendida como emulación, como "ascenso". La "pasión por la igualdad" que evocaba Alexis de Tocqueville (Pakulski, 2007: 4) requiere un esfuerzo desigualador persistente. Es el encanto de la diferenciación clasista: la movilidad y la lucha por igualarse, desiguala, y la desigualdad impulsa la lucha por igualarse. La pasión por la igualdad explica tanto la lucha como la movilidad frente a la desigualdad.

Los estilos de vida deseados y el acceso a ellos son una fuerza elemental para impulsar la explotación y la aceptación de la misma, pero esos estilos de vida no pueden detenerse o fijarse como sería necesario en una explotación óptima sino que tienen que cambiar todo el tiempo, y todo el tiempo tiene que estar tanto fuera como al alcance ya que la pérdida de perspectiva de igualación conspira contra la explotación. En las sociedades de clases y

45. Los monopolios mediáticos gestados durante la década del neoliberalismo significaban la articulación entre gran propiedad económica y capital simbólico. En aquellos días turbulentos hay que recordar algunos escraches a medios de comunicación que sistemáticamente ocultaban la gravedad de la situación económica. De manera extraordinariamente ingeniosa en uno de esos "escraches" al canal 13, del grupo Clarín, se pintó en su frente: "Nos mean y dicen que llueve".

acumulación la explotación se alimenta de la perspectiva de salir de ella. La perpetuación indefinida de la exclusión es mortalmente lesiva para el capitalismo, destruye no sólo porque hay una masa de población desposeída y no explotada sino porque en su imposibilidad de integrarla estrecha los límites de expansión generando el ahogo de la acumulación. La movilidad de clases es esencial al capitalismo: tanto descendente como ascendente. La conciencia de la sociedad de acumulación-explotación no conoce ni puede conocer un estilo de vida final, una noción de bienestar definitiva. El bienestar se somete a una dura lucha y esta lucha es el motor mismo de la acumulación. Del impulso al riesgo de poner en juego nuevos bienes nacen nuevas formas de propiedad y apropiación. Nuevas ideas del goce, nuevas imágenes de realización, nuevas vías de escape a la explotación, nuevas formas de ascenso y cambio son el combustible simbólico mismo del capitalismo. La explotación se autoexpande al tratar de escapar de ella. La ideología del ascenso social no es tanto un engaño como, peor aún, la más cruel realidad de la que se alimenta el capitalismo. La explotación es la esencia de la sociedad clasista: sólo puede expandirse poniéndose en tensión y sometiéndose a la lucha.

Como ya fue dicho, la explotación que coincide con una opresión perfecta, una desigualdad definitiva e irreversible, no tiende a las clases sino a la estamentalización por la anulación de la movilidad y la lucha. Una explotación que anule las aspiraciones de no explotación no sería clasista ni capitalista.

Poderes causales posicionales y organizacionales

Como vimos, son poderes "posicionales" en la medida en que, a diferencia de los poderes monádicos, se pueden aplicar únicamente en contextos bien definidos y dependen de dichos contextos la forma y el contenido en que deben ejercerse.

Son poderes "organizacionales" aquellos cuya materia o campo de aplicación son decisiones sobre el contexto de aplicación del resto de los poderes. Uno podría agruparlos en un género de "poderes organizacionales" en la medida en que su eficacia reside en "organizar" los contextos en que se ejercen el resto de los poderes causales.

En este sentido, los poderes organizacionales colisionan o están tensamente relacionados con los poderes monádicos de la propiedad y la educación. Los poderes organizacionales tienen por objeto justamente "ordenar, regular, mediatizar, coordinar o inhibir" los poderes primarios.

Deben interpretarse como recursos que se aplican a la disputa por el control de las condiciones de ejercicio del resto de los poderes. En esto son

solidarios estrechamente con la noción de estructuras mediadoras e instancias de activación que se verá en la próxima sección.

CAPITAL SOCIAL Y POLÍTICO

El capital social son los contactos, las redes de relaciones y confianza, la llegada o accesos a grupos, las posiciones y personas que potencialmente brindan oportunidades de apropiarse de otras formas de capital. Aquí vamos a sostener la posición de que el capital social puede estar más o menos institucionalizado y que, incluso, las relaciones que pueden brindar este tipo de oportunidades pueden ser impersonales como las eventuales protecciones o beneficios por pertenecer a organizaciones, o simplemente por delegar patrocinio de sus intereses en ellas. En este sentido el campo de lo político puede ser evaluado por un agente como un abanico de posibilidades de apropiación de subespecies o tipos particulares de capital social, pero fundamentalmente el poder causal político supone una capacidad de obtener oportunidades individuales y colectivas merced a la organización y movilización de apoyos, lealtades y lazos de representación y patrocinio.[46] De acuerdo con su grado de institucionalización, movimientos, partidos, sindicatos, gestan este tipo de capital tanto en la forma de oportunidades individuales como colectivas.

En cualquier formación social de base clasista el grado en que las personas confían que sus oportunidades de vida están contempladas en las instituciones y los grupos a los que prestan su apoyo y colaboración es una relación de reciprocidad esencial entre dirigentes y dirigidos, representantes y representados. El capital político es un capital social organizado y con capacidad de intervención colectiva (o al menos la pretensión de tenerla) sobre reglas de orden atinentes a la aplicación del conjunto de los poderes causales clasistas. La política sería el campo de las intervenciones sobre el conjunto de los poderes causales y por ello "condensa la lucha de clases", según la clásica sentencia de Lenin.

El capital político incluye capacidades organizativas y de intervención que no deben confundirse con los poderes "organizacionales" de la burocracia ya que no están precodificadas. El poder burocrático ejerce un control "codificado" sobre los contextos de aplicación de poderes causales y por tanto, según Wright Mills, tiene poder organizacional pero no es fuente de poder. En cambio, el poder causal político no ejerce directamente control sobre esos campos pero aspira a intervenir sobre su codificación misma y, por tanto, sí tiene la pretensión de ser fuente de poder organizacional.

46. Es notable que exista solamente una referencia en la obra de Bourdieu (1997) a la subespecie "política" del capital social para señalar que en las sociedades comunistas y en las socialdemocracias nórdicas este tipo de capital puede tener una importancia mucho mayor que en los capitalismos occidentales de libre mercado.

Mientras la autoridad burocrática es “codificada”, la autoridad política es “codificante”.

La capacidad de intervención es tanto más efectiva cuantas más voluntades se aúnan y cuanto más inteligente es la estrategia y la táctica. Las intervenciones políticas, en tanto ejercicio específico de una forma de poder causal, se fundan en capacidades organizativas (de sumar y aunar voluntades para la acción) y ejecutivas (de actuar y lograr efectos de poder, es decir, decisiones de cambios que alteran de diversas formas las propiedades relacionales y las eficacias relativas de los poderes causales). Las reciprocidades, las asimetrías y las interdependencias entre dirigentes y dirigidos, representantes y representados, son aspectos específicos esenciales del análisis de la lucha política.

La noción de capital político como subtipo del capital social se ve mejor en su pérdida o ausencia. Es decir, las crisis de representación política y de pérdida de patrocinio de los propios intereses o de pérdida de confianza en las instituciones de las que se forma parte muestran el peso y la importancia del poder causal político y, sobre todo, suelen mostrar la necesidad de compensar rápidamente esta pérdida. Como expresa Leopoldo Moscoso (1995: 292) la pregunta clave detonante de la opción por la protesta es: ¿bajo qué condiciones valorarán los individuos de una u otra forma el modo en el que sus intereses están siendo representados? La percepción de descapitalización política, de déficit de representación de intereses, es un elemento esencial de la colectivización, el recurso a la acción no institucionalizada y la orientación autónoma frente a las instituciones y gobiernos. La acción colectiva no institucionalizada y la movilización política son recursos clasistas cuando se pierden capacidades de intervención efectivas sobre los poderes que organizan los campos de ejercicio de los poderes económicos y culturales y cuando ello suele resultar en una pérdida o desvalorización de esos poderes.

En condiciones normales de representación y eficacia de las instituciones, el capital político no requiere más acciones que las de votar, aportar, afiliarse, etc. En este sentido es que en la vida individual puede requerir muchísima menos dedicación que el resto de los poderes causales. Sin embargo, cuando el orden social se convierte en una amenaza para la valorización de esos poderes y no se encuentran vías de canalización de las demandas ni medios efectivos de modificar decisiones, la opción por la militancia, la participación activa en apuestas colectivas que restituyan esas capacidades de incidir en el orden social, despiertan mayor motivación y dedicación.

Desde el punto de vista de la lucha y el antagonismo, la particularidad del poder causal político es que quienes tienen menores dotaciones de capitales económicos, simbólicos o culturales pueden compensarlos intentando generar y acumular capital político. Para quienes carecen de otros poderes,

reunir apoyo, capacidad de organización y de acción que permita ejercer poder de veto o de decisión para modificar favorablemente las reglas de orden de las que depende la eficacia relativa de los propios poderes causales (y/o la desactivación de los poderes causales antagónicos) es un imperativo estratégico. La política constituye el contexto general de determinación no tanto de distribución de volúmenes de capital como de los valores relativos de sus distintos tipos, a través de la introducción de cambios en las reglas que estructuran los campos de ejercicio. Desde la política se puede privilegiar alguna forma particular de propiedad, de valor simbólico o cultural que cambia las relaciones de fuerzas entre los antagonistas.

En el campo político democrático y en el ejercicio del poder causal político es que se ve el carácter abierto de cualquier relación de fuerzas y de cualquier antagonismo. A medida que se restringen las capacidades para intervenir sobre el resto de los poderes causales, el sistema clasista de diferenciación social corre el riesgo de hacerse inmóvil y de ser carcomido por la generalización de la opresión y el cierre social. La política es esencial para la sociedad clasista.

Desde el punto de vista del débil, de las posiciones de subalternidad en los campos de la explotación, la opresión y la subordinación, la política es la expectativa de maximizar los rendimientos de poderes causales inferiores, y desde el punto de vista del fuerte, la política es hacer aceptar al débil las relaciones de poder dadas, es decir, ¡que renuncie a la política! La descapitalización política de los subordinados y el relegamiento de la política a la gestión y la administración aconflictiva son la forma de evitar que la política altere las reglas de asignación de valores relativos entre formas de propiedad y capitales, dejando que las mismas desigualdades distributivas fijen las relaciones de valor entre los capitales.[47] La política central del fuerte es impedir la política del débil. La política del fuerte es una política por la negativa, una política de la no necesidad de la política como sustracción de la discusión de las reglas que fijan valores relativos. La política del fuerte es entendida como reforzamiento de relaciones de asimetrías que preexisten a la política. Es una política "omisiva" de respeto

47. Paradigmáticamente, las políticas económicas dirimen qué tipo de propiedad o capital económico es el que aumenta o disminuye su valor con relación a los otros tipos: la fuerza de trabajo activa (empleo y salarios), la pasiva (seguridad social), el capital productivo (inversión), el capital financiero (interés y renta), etc. Dentro mismo de la fuerza de trabajo activa puede haber más estímulos para los sectores más o menos educados, etc. Asimismo, a través de las políticas fiscales y presupuestarias determinan niveles de independencia respecto de la lucha política. La "convertibilidad" con la fijación legal del tipo de cambio supone un régimen donde el poder político resigna nada más y nada menos que la regulación monetaria que pasa a depender exclusivamente del libre mercado de capitales financieros. De la misma forma las políticas sociales o educativas tienden a privilegiar o no determinados tipos o subtipos de capital cultural, educativo o social.

al *statu quo* y de reproducción amplificada de las propiedades relacionales de los poderes causales que le otorgan supremacía.

La del débil siempre es una política afirmativa, una política de la necesidad de un tipo de acción específicamente orientado a alterar distribuciones y valores económicos, sociales, culturales y simbólicos. Es una política "generativa" en el sentido de que tiene que producir situaciones nuevas, e incluso nuevos recursos con eficacia causal. Es claro que todo ello va acompañado de fuertes disputas simbólicas. El débil debe actuar políticamente bajo el imperativo de generar efectos específicos de alteración del poder efectivo en su diversa composición. La persistencia de ciertas asimetrías en los poderes causales económicos, educativos, etc., coerciona a los débiles hacia el abandono de la acción individual ("movilidad") y su sustitución obligada por la acción colectiva de forma más o menos permanente, favoreciendo la formación de grupos estables e identidades. La acción colectiva organizada y la preservación estable de capacidades colectivas generalmente obedecen a un déficit de poderes causales individuales.

El fuerte para acentuar su dominio debe impedir actuar o neutralizar la acción de los subalternos dejando que la inercia de los poderes causales (la herencia, en un sentido hiperbólico) amplifique las asimetrías. La política de las clases dominantes privilegia obturar, impedir o soliviantar los poderes de los subalternos más que el incremento directo de sus poderes causales. Enfrentando las políticas de las clases dominantes e intentando defender las bases de sus poderes causales, se suelen desatar los procesos de enclasado, colectivización y lucha de los subalternos.

Desde ya la privación de política o política negativa no debe confundirse con pasividad: no es necesariamente conservadora, genera fuertes efectos y cambios importantes (por ejemplo, las reformas neoliberales) toda vez que la pérdida de capacidad de intervención o acción permite alterar las distribuciones de capitales todavía más en beneficio de los poderosos. Asimismo, la política afirmativa no debe confundirse con revolucionaria: generalmente las acciones buscan evitar mayores cambios en poderes causales o restaurar un estado de cosas anterior, rara vez busca reestructurarlo completamente.

Los análisis estáticos en términos de "oportunidades políticas" derivadas de cualidades de Estados, sistemas políticos y gobiernos tales como los grados de apertura/cierre, fortaleza/debilidad, estabilidad/inestabilidad, represión/integración, cohesión/división de la elite, etc., muestran las instancias de activación y horizontes de medida para la valorización de los capitales políticos disponibles de los movilizados. Pero hasta tanto no se desencadene la confrontación, esos valores permanecen inciertos toda vez que estos factores también son fruto de la misma movilización colectiva que es la que pone en acto aperturas, cierres, cohesiones, etcétera.

La generación de poder causal político es el arte, la capacidad de combi-

nar los poderes causales individuales y colectivos disponibles en acciones cuyo resultado es la modificación de las reglas institucionalizadas lo más favorable y duraderamente posible para aumentar la eficacia relativa de los propios poderes causales y desactivar o disminuir la de los poderes causales antagónicos.

La renuncia al capital político y al ejercicio de poderes causales políticos, expresada en las consignas "antipolíticas" típicas de sectores de clases medias en el posneoliberalismo, configura un desafío analítico. Estos sectores intentan una estrategia de devaluación del campo político en su conjunto en vez de intentar confrontar con las fuerzas allí presentes. Un posible resultado es que la "antipolítica" sea instrumentada en un sentido u otro (a favor o en contra del *statu quo*) por las fuerzas que efectivamente disponen de capital político.

En general los contextos institucionales son esenciales para el proceso de activación de capitales y sólo mediante el poder causal político se puede acceder a ellos de manera eficaz y perdurable en el tiempo. La antipolítica si la entendemos como una renuncia a la lucha por el control de los contextos de organización y activación de poderes causales muestra la ingenuidad de creer en la positividad autónoma de los poderes causales clasistas, sobre todo en aquellos que atribuyen al "trabajo" (el "poder hacer") un papel o un poder suprasocial y creen en la emancipación como una teodicea del trabajo humano.[48] En nuestro enfoque el trabajo no puede pautar las relaciones sociales sino al revés. No puede postularse la existencia de un poder hacer angelical pura manifestación de las potencias humanas. No hay poder hacer fuera del hacer poder. El hombre no dirime su identidad con relación a la naturaleza a través del trabajo sino con relación al resto de los hombres a través del conflicto.

Capital burocrático

En general los contextos institucionales son esenciales para el proceso de activación de capitales y sólo mediante el poder causal político se puede acceder a ellos de manera eficaz y perdurable en el tiempo.

Si el poder causal organizacional sobre la acción social y política es central para las clases con menores dotaciones de otro tipos de capital, en las clases medias y dominantes la disposición de medios para organizar contextos de ejercicio de poderes económicos y culturales está acoplada de manera directa a la fuerza de trabajo y es ejercida como empleo: la burocracia y la autoridad tanto en la gestión estatal como en la empresarial significan que la propiedad de la fuerza de trabajo se ejerce como poder causal

48. Esto es especialmente cierto en el marxismo abierto de Holloway y en el autonomismo italiano de Tronti y Negri.

burocrático que determina condiciones de valoración y aplicación de otros poderes causales y de otras fuerzas de trabajo. La pertenencia a empresas en cargos de autoridad o al funcionariado estatal otorga un tipo de poder "organizacional" que tiene un protagonismo inevitable en los antagonismos clasistas. Burocracia y mando jurídico-administrativo ostentan potestad sobre movilidades, transferibilidades, calculabilidades, seguridades sobre determinados bienes y su carácter público o privado, excluible o no excluible, con externalidades negativas legítimas o ilegítimas.

Si la tarea "política" de organizar un contexto favorable para los propios poderes de las clases populares es necesariamente un trabajo político separado y en gran medida contradictorio con el poder causal económico asociado a la fuerza de trabajo (se necesita tiempo libre de la necesidad de vender la fuerza de trabajo), similar tarea cuenta para las otras clases simplemente como trabajo en funciones permanentes especializadas a las que además podría agregársele eventualmente el trabajo político (para el que cuentan además con mayores facilidades).

Los orígenes de los poderes políticos y organizacionales de las clases medias

Los mitines cívicos de la Revolución del Parque de 1890 mostraban nuevos actores sociales (incipiente funcionariado estatal, colonos, incluso rangos medios del Ejército de línea, pequeños comerciantes) junto con segmentos desgajados de la elite. La "abstención revolucionaria" yrigoyenista, la huelga de los arrendatarios de 1912 ("Grito de Alcorta"), el movimiento estudiantil reformista, completan un panorama en el que la movilización de poderes causales de tipo político debe considerarse anterior a la emergencia de un marco simbólico que consagre la figura de la clase media. Pero las operaciones de reclasificación que comenzarán a instalar la idea de clase media responden a los intentos de reorganización de jerarquías frente a las clases insurgentes y sus nuevas solidaridades y demandas. Los primeros intentos discursivos de interpelación política a las "clases medias" surgen como un intento de instalar un ciudadano "razonable" frente a los plebeyos e ignorantes inmigrantes proletarios que hacen tumulto en las calles (Adamovsky, 2009: 61).

El ascenso del peronismo acelerará los tiempos de maduración política de la identidad de la clase media como diferencia y distancia a defender de la irrupción de las masas sindicalizadas. En cierta forma es el "antiperonismo" el componente central de esa identidad y sobreviene como resultado de una serie de intentos simbólicos (desde el discurso político partidario, hasta la publicidad, los formadores de opinión, la prensa y los intelectuales) de establecer la escisión entre empleados, profesionales, y pequeña burguesía respecto de la plebe obrera peronista "inculta y bárbara". Tales intentos de organizar una base social para contener los avances del peronismo suponían

aprovechar un universo cultural propio (la emulación, el cosmopolitismo, las referencias raciales y culturales europeas, el individualismo, el moralismo y el culto a la educación como forma de ascenso social) como pilares para desarrollar una ideología antipopulista de organización de la sociedad (sea con acentos de catolicismo integrista, liberales o socialistas) y, eventualmente, una fuerza política capaz de competir con el peronismo (un partido o alianza electoral fuerte de clase media). La identidad misma de clase media como recurso simbólico está inscripta en una fuerte disputa política.

La promoción del ascenso social a partir de los derechos sociales y del derecho colectivo de trabajo era percibido por muchos sectores como un "saltearse las reglas del ascenso legítimo" basado en la educación y el esfuerzo disciplinado individual en el trabajo, generando una catarata de desprecio hacia "los colados" que achicaban las distancias sociales sin "merecimientos" (Adamovsky, 2009: 279) y alentados por un poder político y corporativo "mal habido". El contrapunto movilidad individual basada en el trabajo personal, la propiedad y la educación versus movilidad colectiva basada en capital político-organizativo y movilización social es lo que da lugar a una disputa simbólica que permite entender el papel de la clase media en aquellos años. En gran medida también la lucha simbólica se focaliza en determinar el privilegio de qué tipo de poder causal debe ser valorizado: el esfuerzo personal (trabajo y educación plasmados en propiedad) o la organización colectiva y la política (plasmados en derechos y bienestar).

Las burocracias públicas y privadas se encargan del trabajo de organizar y controlar los contextos de aplicación de los poderes económicos y culturales aunque obviamente ellas mismas están sometidas a disputas por parte de estos poderes y también están sobredeterminados por el poder político. El poder burocrático a diferencia del poder social y político está fuertemente codificado y los derechos de ejercicio no son apropiables por el detentador sino que pertenecen exclusivamente a la institución. No puede acumularse individualmente[49] (como el capital social) o fuera de la organización (como el capital político que puede autogenerarse como organización). Mucho menos es transferible o intercambiable. En este sentido son poderes puramente contextuales que tienen débil o nula posibilidad de traslación a otros contextos.

Este tipo de poder causal, sobre el que los trabajos de Weber han sido precursores, contribuyó a disolver la imagen tradicional de la pequeña

49. Algunos autores han encontrado mecanismos de acumulación individual dentro de organizaciones: mediante el llamado *deleting labour* los burócratas se apropian del trabajo de los subordinados sometiéndolos a una suerte de forma invisible de explotación no económica (Savage, 1995; Crompton, 1994).

burguesía asociada a la importancia de la propiedad y la independencia de la fuerza de trabajo, introduciendo nuevos atributos clasistas decisivos: la educación y la autoridad.

En Wright Mills (1961) tenemos la descripción de uno de los procesos más significativos de cambio en la estructura de clases: la sustitución de la propiedad hereditaria y la iniciativa económica personal independiente por la educación y el empleo dependiente en grandes organizaciones que a su vez garantizan el proceso de concentración de la propiedad y la gestión burocratizada en gran escala de la misma. Su extraordinario estudio sobre la clase media americana retoma los tempranos planteos de Weber (1972) referidos a la racionalización burocrática y la "clase servil" que trabaja obedeciendo mandatos impersonales que la eximen de las consecuencias de sus acciones. Wright Mills (1961: 95 ss.) enfatiza el crecimiento de empleos en los que se sustituye el manejo de cosas por el manejo de personas y símbolos, y donde la cuestión del mando y las jerarquías basadas en reglas impersonales tiende a ser central ya que permite instrumentar la irresponsabilidad social sobre los efectos de las decisiones. Amparadas en normas hechas por desconocidos y que aplican a otros desconocidos, estas clases hacen posible que las consecuencias de las decisiones no alcancen a los mismos que las gestaron. Las clases medias son asociadas a un sistema de invisibilización de responsabilidades. Es decir, en nuestro lenguaje: las clases medias ejercen un poder organizacional que estructura los campos convirtiendo los poderes causales de clase de la gran propiedad económica y la política en coerciones anónimas naturalizadas sobre los individuos.

Es decir, para Wright Mills, si lo traducimos a nuestras categorías analíticas, las clases medias tienen importantes funciones en términos de regulación de seguridades, controlabilidades, invisibilizaciones, calculabilidades de los poderes causales que ejercen personas y grupos, y de los contextos de aplicación de los mismos. En cierto punto, el mando burocrático se encarga de colocar determinadas decisiones o disposiciones materiales o simbólicas, fuera o dentro del alcance de determinados agentes.

Instancias de mediación y activación de los poderes causales

Esping-Andersen (1993: 8) plantea una convincente crítica a los planteos clásicos weberianos y marxistas de una pura relación capital/trabajo directa e inmediata como desnuda coacción económica recíproca en el mercado o la fábrica, libre de mediaciones. De un modo general se puede decir que las clases se constituyen de manera específica en diversas instancias colectivas donde juegan los poderes causales, es decir, donde se desarrollan

relaciones sociales de antagonismo. En forma típica, grupos o colectivos que pueden ser organizaciones donde las interacciones están basadas en roles funcionales (empresas, lugares de trabajo) o grupos simbióticos donde las interacciones están basadas en adscripciones y vínculos afectivos (familia, comunidad). También hay grupos o colectivos cívicos o políticos en los que interactúan individuos pero sobre la base no de roles funcionales sino de normas y valores (instituciones, partidos, sindicatos), y colectivos donde operan decisiones individuales sin relaciones interpersonales pero con interacciones contingentes no funcionales (mercados de trabajo, de bienes o dinero). Por último, hay agregados donde operan normas y procedimientos anónimos con escasa o nula interacción (pensionistas, jubilados, beneficiarios de planes sociales, etcétera).

La relación entre capitalista y obrero es impersonal en el mercado, cuando ingresa al puesto de trabajo ingresa en una organización con un rol y cuando sale vive en una familia. No hay una sino múltiples relaciones sociales entre estas posiciones (Carabaña, 1995: 125). De forma similar, el inversor participa del mercado pero no de una organización y sus tomas de posición económica tienen una alta independencia de la familia. En cambio, el trabajador independiente o informal muchas veces está posicionado en el mercado junto con su familia. Las políticas educativas y de escolarización temprana, las guarderías, inciden en la organización familiar liberando fuerza femenina en el hogar. La utilización de servicios a los hogares (lavaderos, delivery, baby sitter, etc.) y hasta el equipamiento de éstos también pueden contribuir a activar fuerza de trabajo. La tecnología hogareña (PC, internet, reproductores de imagen y sonido) permite que parte del capital cultural pueda ser apropiado en el contexto hogareño. El acceso a redes sociales puede aumentar el capital social, el acceso a la web permite un mejor posicionamiento en esa estructura anónima e impersonal que es el mercado de trabajo. También permite participar más informadamente en los mercados de bienes y de dinero a partir de la más rápida y sencilla comparación de precios, costos, etcétera.

La familia es también un factor importante de constitución de clases. Baste ver la importancia histórica de la consolidación de la familia burguesa como núcleo de lealtades principales, su separación del linaje y las obligaciones estamentales, y su asunción como mecanismo de transmisión de capital cultural y nuevos modos de vida individualistas, operando la separación firme entre esfera privada y pública que va de la mano de una división de género entre lo doméstico-femenino y lo público-masculino (Kocka, 1995).

Los poderes causales de diversos tipos operan en cada una de estas instancias y tienen eficacias particulares en las restantes: el crédito incide directamente sobre las familias a través del consumo, pero el endeudamiento familiar puede reducir la capacidad negociadora y la predisposición a la

lucha en el lugar de trabajo, u obligar a la activación de fuerza de trabajo familiar adicional[50] para hacer frente a las deudas.

Los poderes burocráticos y culturales también inciden sobre pautas o estilos de vida familiares y comunales. Los mercados proveen bienes posicionales o símbolos de estatus que hacen posible sostener estas pautas para lo cual, muchas veces, se contraen deudas. Infinidad de empresas lisa y llanamente operan sobre estructuras familiares o comunales de reclutamiento y activación de fuerza de trabajo, y otras buscan el aprovechamiento del capital social (comunitario, amistades) adicional que puedan extraerle a su propia fuerza de trabajo.

Sindicatos y movimientos buscan ejercer poderes causales colectivos no sólo en empresas y burocracias públicas sino en los hogares y los mercados. Ello nos lleva al importante concepto de "activación" que alberga la posibilidad de que un capital o recurso aunque esté muy desigualmente distribuido no tenga valor o eficacia o no pueda ser movilizado. Gran parte de una relación antagónica consiste en la neutralización por desactivación de poderes oponentes.

Es importante comprender que los poderes causales tienen una incidencia escalonada ya que su activación media entre la posesión de recursos y la consecución real de intereses y posiciones en diversas sedes (familia, comunidad, organizaciones, mercados). Así, las posiciones no pueden derivarse de la mera distribución de recursos porque su eficacia causal está mediada por los factores de activación e instancias mediadoras. Este elemento de la teorización de las clases es fundamental porque desplaza el foco del análisis del inmediatismo de las desiguales distribuciones y lo hace dinámico: el poder causal ejercido supone no sólo una serie de decisiones u opciones del agente sino también su relación contextual con factores no clasistas.

Los tipos de poderes causales pueden analizarse por sus cualidades relacionales estratégicas frente a otros poderes pero también respecto de su conexión con estructuras mediadoras y contextos de activación.[51] El problema de la activación de los poderes causales clasistas de la fuerza de

50. En un punto el endeudamiento puede generar dependencia con asimetría cuando las deudas se financian con más deudas. En este caso las asimetrías son graduales, diferidas en el tiempo y de trayectoria invertida, toda vez que al comienzo es plenamente favorable para el tomador de crédito.

51. El carácter relacional de un atributo de poder causal significa que un mismo elemento puede asumir valores y posiciones diferentes (homología) y distintos elementos pueden asumir los mismos valores y posiciones (analogía) en conflictos diferentes. Por ejemplo, los convenios colectivos de trabajo aumentan reciprocidades respecto del capital en condiciones de crecimiento económico, pero pueden restringirla en contextos recesivos; la acumulabilidad de divisas puede provenir de desregulación cambiaria en momentos de ingreso de capitales externos en perjuicio de los productores internos o de regulación cambiaria cuando hay excedentes comerciales externos en perjuicio de los consumidores internos.

trabajo depende de políticas previsionales, migratorias, demográficas y educativas que cambian las composiciones en los mercados entre ocupados, pasivos, inactivos y desocupados. Esto da lugar a una nueva consideración sobre el lugar condensador fundamental de la política: no es tan relevante que el Estado intervenga redistribuyendo directamente capital económico o simbólico entre particulares y grupos, como cuando interviene sobre los factores de activación y reglas de valorización relativas de distintos tipos de poderes causales. La gravitación del Estado a través de lo que Offe ha denominado "mecanismos selectivos" muestra a las claras la diferencia entre "capital" en sus diversas formas y poder causal de clase. El poder causal de clase excede al capital (entendido como stock acumulado) porque comprende una lucha por el control de las instancias de mediación, condiciones de activación, elasticidad y eficacia de los distintos tipos de capitales propios y de la desactivación, restricción y limitación de los capitales que se le oponen.[52]

Fenómenos conocidos y bien documentados estadísticamente en los capitalismos avanzados como la disminución del peso de la familia (la herencia del capital económico) en la movilidad social y el aumento del peso de la educación en consonancia con las oportunidades de empleo asociadas a la economía de los servicios y la incorporación de tecnologías (Clark y Lipset, 1996) brindan la oportunidad de ejemplificar la diferencia entre análisis de clase y análisis clasista en este punto. Desde el análisis de clase son celebradas como benéficas tendencias estructurales del capitalismo asociadas al cambio tecnológico y cultural. Desde el análisis clasista y relacional de los poderes causales hay que contemplar el hecho básico de la caída estrepitosa de la tasa de ahorro personal y de los hogares y la subida extraordinaria de las tasas de endeudamiento público y privado. Los estímulos al consumo vía crédito ("Más plata en el bolsillo y menos Estado", decía Thatcher) han sido la forma financierizada de sustentación de la economía de los servicios y la tecnología que no deja otra alternativa a la movilidad social que la apuesta educativa, ya que las familias lejos de dejar bienes dejan deudas, aumentando la concentración de la propiedad económica bajo anónimas formas corporativizadas. La pérdida de acumulación de bienes alienables supone una estrategia compensadora hacia los inalienables. El dominio del crédito se traduce en una independencia del consumo respecto del salario y los ingresos, y en una subordinación creciente al capital financiero y las

52. El poder estatal sobre precios relativos a través de la fijación del tipo de cambio o las políticas monetarias y aduaneras, el poder de la democracia sobre algunas distribuciones a través de las preferencias inversión/impuestos, el poder relativo del patriarcado por límites sociales y legales, el poder simbólico para cancelar el valor económico de diferencias adscriptivas (edad, sexo, etnia, religión), son todas formas en las cuales el Estado media como activador o desactivador de poderes causales clasistas.

instituciones bancarias. Lo que se entiende como "factores de descomposición de clases" con la proliferación de identificaciones por "comunidades imaginadas", propuestas por los medios masivos y asociadas a consumos y estilos de vida (Pakulski, 1996), en realidad lo único que demuestra es la pérdida de poderes causales primarios monádicos en empresas y mercados que derivan en estrategias de compensación movilizando poderes causales simbólicos y culturales en instancias simbióticas y cívicas (comunitarias, movimientos sociales).

Finalmente, no está de más advertir que, desde el punto de vista histórico, está muy bien documentado que los procesos de formación de clases en la industrialización dependieron de factores extraclasistas. El típico contrapunto entre el carácter acelerado de la industrialización impulsada por la fortaleza y centralización del Estado en Europa versus la más lenta y descentralizada con fuertes componentes locales y étnico-religioso-migratorios en Estados Unidos (Jenkins y Leicht, 1997: 377 ss.) muestra esta situación en que factores clasistas y extraclasistas no pueden separarse fácilmente.

CAPÍTULO 4

La movilización social como proceso clasista

Es claro que para el análisis clasista centrado en la lucha y el antagonismo la formación de clase ya no se trata de un proceso que va a terminar describiendo un colectivo homogéneo, un grupo o una serie de grupos coherentes sobre la base de criterios morfológicos. Estamos en las antípodas del constructivismo y no se trata ya de ver cómo se llega a la clase de la misma forma en que una película llega a determinado fotograma. Nuestro propósito no es explicar "la foto" de una supuesta sociedad plenamente describible en términos de "grupos" o "formaciones sociales" uniformes hacia dentro y separadas entre sí por fronteras nítidas.

El análisis clasista tiene por objeto describir y explicar relaciones sociales de antagonismo "clasificantes" en términos de poderes causales, y los agrupamientos relevantes al respecto son los que se manifiestan en luchas que no los hacen necesariamente estables ni cohesivos ni tampoco trazan límites netos. La articulación de negatividades sociales, de oposiciones que ponen en juego identidades a través de la movilidad y la lucha (en suma, de antagonismos), generan "fotos" que no suelen ser las previsibles tomando los fotogramas anteriores, ni tampoco se someten a la tentación de salvar la coherencia de lo real, lo que no es equivalente a decir que sean caóticas y aleatorias.[1] En este tipo de análisis no se conceptualizan "tramas" que se despliegan según un orden que le otorga a cada fotograma un lugar donde inscribirse, porque tal "trama" es la materia misma en disputa en cada foto.

Como el análisis clasista no descansa en el valor "material" (definido

1. Mark Liechty (2002) plantea que la clase no es tanto un resultado o un producto sino el mismo proceso de constitución.

suprasocial o presocialmente) de bien alguno sino que atiende a sus propiedades relacionales y estratégicas, no le interesan tanto los poderes existentes sino la pérdida de los mismos y la generación de nuevos poderes en el marco de antagonismos y estrategias. Sólo resultados nítidos irreversibles y estabilizaciones prolongadas pueden ser objeto del análisis "constructivista" convencional. Pero movimientos sociales y acciones colectivas desafiantes no se ajustan a esos paisajes.

Entender la formación clasista de movilización social mediante conceptos dinámicos supone dos aspectos fuertemente integrados: el proceso de activación y uso de poderes causales individuales y colectivos, y el proceso de colectivización, organización y movilización en la lucha de estos poderes.

El primer aspecto supone analizar las estrategias puestas en juego en las relaciones antagónicas. Aquí aparecen dos grandes categorías:

1) La estrategia primaria o directa que se dirige a incrementar la eficacia absoluta de los poderes causales tomando decisiones de cambio en términos de volúmenes y composición, es decir, en términos de Bourdieu "estrategias de conversión de capitales". Sin embargo, esta estrategia no trata solamente de decisiones sobre la "administración" de los propios activos movilizables sino también de estrategias de control e intervención sobre las estructuras de mediación y activación que inciden en el incremento de su poder efectivo.
2) La estrategia secundaria o indirecta por la cual se pugna por elevar la eficacia relativa de las propias capacidades de intervención, mediante el recorte, la reducción, la desactivación o neutralización de los poderes causales antagónicos, que también requieren estrategias de control e intervención sobre la estructuras de mediación y activación de esos poderes antagonistas.

Las estrategias primarias son bien visibles en la movilidad individual donde la posibilidad de estrategias secundarias es mucho más reducida aunque no inexistente.[2] Las apuestas a inversiones y conversiones de capital son el medio principal de ascenso o defensa de posiciones en términos individuales.

El segundo tipo de estrategia supone abordar la articulación de los poderes causales individuales y la generación de nuevos poderes colectivos, junto con las formas en que esto permite ampliar el alcance de los poderes

2. En las luchas por ascenso laboral en grandes corporaciones se suele ver con beneplácito que la competencia entre postulantes no se reduzca a la estrategia primaria de acumular méritos, dedicación, capacitación, etc., sino que haga poner en juego destrezas estratégicas para "eliminar" al resto de los candidatos que luego se espera sean aplicadas contra los "oponentes" externos a la empresa.

individuales y estabilizar las capacidades de intervención sobre estructuras de mediación y activación. La estrategia para activar y promover mediaciones de estructuras favorables a determinados poderes causales, o modificar las reglas de valoración relativas, requiere plataformas colectivas de acción. Las estrategias secundarias son mucho más visibles en procesos colectivos. En definitiva, la formación de clase como colectivización se asocia a un intento de acceder a cambios en las reglas de valoración y contextos de activación que suponen en gran medida una escala política que requiere poderes colectivos de intervención.

En esta línea analítica vamos a desarrollar primero la problemática de la conversión entre tipos de poderes causales clasistas que nos permite acceder a las claves de las estrategias de movilidad individual insoslayables para entender la segunda problemática de la colectivización de poderes causales, clave para una lectura clasista de la movilización. Finalmente vamos a abordar la cuestión específica de los repertorios de lucha y acción colectiva y las formas clasistas de poder que pueden desarrollar.

Estrategias de conversión entre distintos tipos de poder causal

Para entender el antagonismo clasista desde su dinámica no es tan importante la distribución de volumen de partida de recursos y capitales, que es típica de los abordajes estáticos, como las relaciones entre poderes y sus alternativas de conversión. Parte fundamental de los aportes de Bourdieu a la teoría de las clases es el de las estrategias de conversión entre tipos de capital. La lucha y la movilidad requieren operaciones de conversión entre tipos de capitales y entre acumulación individual y colectiva. Estas estrategias responden también a formas de aprovechamiento de las propiedades estructurales de los distintos tipos de capitales que se movilizan en cada coyuntura.

Sin embargo, en Bourdieu la conversión (sobre todo a capital educativo y cultural) aparece como una alternativa suave y accesible, que transcurre en un espacio liso sin obstáculos. En realidad gran parte de las estrategias clasistas son intentos de "cierre social", intentos de colocar barreras o distorsiones a la conversión entre tipos de capital. A medida que se debilitan los frenos a los accesos a determinados bienes monádicos, se potencian los controles sobre los contextos de activación de otros poderes concurrentes de los que depende su valor. A medida que los sujetos tienen acceso a poderes relativos mayores en propiedad y educación, menor es su valor con respecto a los que detentan además otros poderes sobre los contextos de activación y las estructuras mediadoras. El conocido proceso de "devaluación de títulos" no es ningún proceso natural de "sobreoferta" que reduce precios, sino una

estrategia que fija diferencias apelando a otros poderes causales.[3] Poderes organizacionales y burocráticos tienen amplios márgenes para imponer esas barreras que por supuesto pueden disimularse apelando al mercado de las calificaciones y la "empleabilidad", como las patéticas explicaciones de Manuel Mora y Araujo (2007) que introducen la variable "competitividad" de distintos segmentos de clases medias para explicar el mayor acceso a los puestos más altos del sector privado.

En lo que sigue veremos una esquemática modelización de las estrategias más comunes de tomas de posición y apuestas típicas de conversión entre distintos tipos de poderes causales, cuestión ésta íntimamente ligada a la "movilidad" social individual que no puede separarse nunca de la de los procesos de colectivización y lucha, ya que la relación entre estrategias individuales y colectivas está lejos de ser aleatoria. Ambas están íntimamente ligadas y tienden, desde el punto de vista del conflicto, mucho más a la complementariedad que a la contradicción.

Fuerza de trabajo - capital económico

La primera forma obvia y generalizada de conversión es en realidad entre dos tipos de propiedad privada económica: la fuerza de trabajo y el capital o propiedad sobre cosas en un sentido amplio. Ya vimos que la naturaleza de este último tipo de propiedad y de su robustez como poder diferenciador, explotador, opresor, subordinador, reside en su movilidad y transferibilidad: evadir las acciones de otros poderes y condicionarlos es su gran ventaja. La multiplicación de los tipos de propiedad y las protecciones legales que se le brindan tienden a potencializar estas ventajas, de la cual en los últimos años ha salido favorecido el capital en su forma financiera. Pero esto atañe a las conversiones entre subtipos de propiedad económica del capital que ya fueron mencionadas en el capítulo anterior. En este punto nos interesa algo menos conocido como las conversiones que dan por resultado combinaciones de fuerza de trabajo con propiedad económica que modifican los poderes causales clasistas y las características de los antagonismos.

La hipótesis marxiana tradicional de la "desnuda fuerza de trabajo" individual, propia del "proletariado" manual, como único poder causal disponible, ha ido extinguiéndose progresivamente con la modernidad y

3. El análisis de la devaluación de títulos no puede obviar el concurso de otros poderes causales: los cambios en las estrategias de selección de personal de las empresas, las exigencias de postítulos, educación en el exterior, la degradación calificacional de los puestos ofrecidos, el énfasis en competencias "sociales y actitudinales" como los modales, la apariencia personal, que claramente se orientan a seleccionar *habitus* de clase compatibles más que destrezas o capacidades específicas laborales.

la urbanización. La idea de un sustrato "fisiológico" como rasgo último y definidor de una fuerza de trabajo completamente desposeída de todo no puede sostenerse fácilmente hoy en día. La posibilidad de la combinación de fuerza de trabajo con diversos tipos de bienes de capital y de consumo modifica las propiedades del poder causal de la propiedad de la fuerza de trabajo. Por ello los procesos de conversión de fuerza de trabajo a propiedad económica no por menos estudiados son poco importantes.

Las conversiones de fuerza de trabajo a capital ligadas al cuentapropismo son mucho más conocidas: desde el trabajador que intenta abrir un pequeño local comercial con su ahorro, con un préstamo o con la indemnización por despido hasta la señora que vende perfumería o enseres del hogar por cuenta propia,[4] pasando por el hijo del trabajador que logra comprar un ciclomotor para hacer delivery o mensajería, o el operario de oficio que adquiere herramientas manuales o semimanuales para ampliar su oferta de servicios. Ni hablar de aquellos que compran equipamiento industrial simple (generalmente textil, pero también en la industria plástica, de envases, bolsas, entre muchos otros) y hacen trabajo domiciliario (a veces familiar, pero a veces "contratando" vecinos o amigos) como proveedores de grandes empresas. Como ha sido estudiado por Immanuel Wallerstein, el efecto de generar ingresos complementarios al salario aumenta la independencia del capital productivo, aunque también en lo inmediato baje sus costos laborales. La conversión de ingresos salariales de la fuerza de trabajo a propiedad económica plasmada en instrumentos, medios o capital de trabajo tiene enormes consecuencias desde el punto de vista del antagonismo.

Pero también hay otras formas menos visibles de conversión porque su destino son bienes de consumo, ignorándose las implicancias en términos de la configuración completa de los poderes causales de la fuerza de trabajo. La compra de equipamiento del hogar (en especial lavarropas, microondas, freezer) puede estar hablando de conversión de fuerza de trabajo en propiedad de bienes durables que permiten disponibilidad de mayor cantidad de fuerza de trabajo, especialmente femenina, y/o tiempo libre con la posibilidad de usarlo para adquirir capitales anexos: cultural, simbólico, social, pero también político. Por otra parte, los bienes como DVD, videograbadoras, PC con internet, celulares, audio y video digital, suministran accesos directos a bienes culturales y permiten aumentar el capital social.

La importancia del uso del lavarropas automático[5] no puede dejar de relacionarse con el notable aumento de la tasa de participación femenina

4. Empresas internacionales enormes como Avon o Tupperware explotan esta fuerza de trabajo disponible donde también hay una explotación económica del capital social de los trabajadores.

5. En los estudios de mercado es una posesión que suele diferenciar a la clase media de las clases populares (Mora y Araujo, 2007).

en el mercado de trabajo. Ciertas posesiones materiales están íntimamente relacionadas con la cuestión de las mediaciones de género de los poderes clasistas.

Además de la dotación de electrodomésticos, hay que contar que la disponibilidad para la compra de servicios del hogar (personal doméstico, guardería, comidas fuera del hogar o delivery) también facilita la activación de la fuerza de trabajo femenina en el mercado laboral con las consecuencias de mayor capacidad de acumulación familiar, menos dependencia del empleador del esposo, etc. La tecnologización del hogar, los bienes "productivos" del hogar y los servicios de apoyo a la reproducción doméstica, también tienen importancia en las estrategias de movilidad y lucha.[6]

El acceso a los bienes de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (NTIC), como PC, celulares, tablets, etc., implica facilidades de conversión a capital social (redes sociales) y cultural (sobre todo en información y entretenimiento, pero también ciencia), y hasta simbólico (facilidad para difundir y tomar posición, "política 2.0", etc.). El acceso a las NTIC abre la posibilidad de una mayor independencia de los medios masivos monopólicos aunque esté perfectamente claro que los poderes causales de la gran propiedad económica y de la política tienen estrategias bien visibles hacia la web y las redes sociales.

De la misma forma la compra de la computadora personal y el acceso a internet también facilitan la disposición de información para tomas de posición en el mercado, además de convertirse en sí misma en plataformas relativamente poco costosas para emprendimientos comerciales por cuenta propia (hay enormes *sites* que auspician y aprovechan la fuerza de trabajo disponible para la intermediación comercial como Mercado Libre).

Por último y no menos importante, el acceso a la propiedad inmueble, a la vivienda, a través del crédito o planes sociales, significa que en algún momento se liberan ingresos laborales que pueden ser invertidos en la educación superior para los hijos, o en bienes posicionales y adopción de estilos de vida relacionados con el ascenso social.

Si nos detenemos en las clases medias y las tomas de posición que realizaron durante la crisis de 2001-2002, vemos la importancia de los procesos de conversión. Ya señalamos que la fragilización generalizada de los poderes causales de clase durante los 90 significó que el capital social se convierta en la clave para acceder a los contextos de activación del resto de los poderes causales a través de las proximidades con los ámbitos de socialización de las clases altas (urbanizaciones cerradas, escuelas y universidades privadas, etcétera).

6. Los cambios simbólicos en torno a los géneros (redefinición de roles, "nuevas masculinidades", etc.) también tienen consecuencias en materia de decisiones económicas familiares, disponibilidad de fuerza de trabajo femenina, división del trabajo doméstico y del cuidado, etcétera.

Pero a partir de 1998, con la crisis de estancamiento y recesión, las clases medias excedentarias tuvieron una gran propensión a la conversión hacia ahorros líquidos en divisas[7] aprovechando la percepción de seguridad jurídica que otorgaba el Plan de Convertibilidad, el apoyo de las instituciones financieras internacionales y del *establishment* local a las políticas de ajuste contractivo. Los mercados de inmuebles y automóviles cayeron, y aumentaron los depósitos a plazo fijo en dólares y la formación de ahorros en el exterior (fuga de capitales). La opción por la liquidez no solamente reflejaba un comportamiento cauto de "hacer reservas" para afrontar posibles mermas en los ingresos producidas por la recesión, sino también un cálculo rentista de aprovecharse de la devaluación que desde fines de 2000 podía avizorarse. La pequeña burguesía excedentaria también realiza módicas apuestas en los mercados financieros como puede verse en los cambios de carteras de depósitos a plazo fijo a fondos comunes de inversión, mutuos hipotecarios, seguros de retiro, etc., aun resignando la garantía oficial al depósito (Gómez, 2012). La búsqueda de seguridad no se limitaba a la preferencia notable por la divisa norteamericana[8] sino incluso por la elección de los grandes bancos internacionales en desmedro de los locales y provinciales.

Esto muestra también que la propiedad es quizá el recurso principal estructurador de base de la acción clasista. En la medida de que el resto de los poderes causales se presentan como inestables y sometidos a las contingencias de las crisis, la tendencia a la conversión en propiedad económica –especialmente activos líquidos– tiende a aumentar. Esto nos lleva a la cuestión de la dependencia de las clases medias con capacidad de acumulación de los dispositivos de valorización financiera, tema esencial para la comprensión de las estrategias observadas frente a la debacle de fines de 2001.[9]

Por otro lado, las clases medias con poca o ninguna capacidad de acumulación también muestran cambios de gastos cotidianos que son interesantes

7. Ver datos en *http://www.bcra.gov.ar/pdfs/estadistica/traser.xls*

8. En las masivas movilizaciones opositoras al gobierno nacional del 8 N (8 de noviembre de 2012) un 46,4% se mostró afectado en términos financieros y de protección del valor del ahorro, producto entre otras cosas, de la imposibilidad de adquirir dólares para atesoramiento, exposición a la inflación, bajas tasas de interés bancarias para ahorro, etc., "Encuesta a participantes de la movilización del 8N", taller Teoría e Historia de los movimientos sociales y la acción colectiva, carrera de Sociología, Universidad de Buenos Aires. Encuesta de preguntas abiertas a noventa y seis concurrentes a la movilización en Obelisco, Plaza de Mayo, Pilar, Lomas de Zamora y Vicente López.

9. Mora y Araujo (2007) muestra que la posesión de tarjeta de crédito salta del 11% de la población al 29% desde 1990 a 2000. Casi la totalidad de los ABC1, el 55% de los C2 y 31 % de los C3 (que componen la clase media típica) tienen tarjeta mostrando la bancarización de las clases medias y el componente de financiamiento del consumo como garantía de preservación del estándar de vida sobre la base del giro en descubierto.

como estrategia de poderes causales y respuesta a la crisis del empleo y los ingresos: a) menos shopping y más outlet o redes de trueque, o sea, compra directa de fábrica, de usados y segundas marcas (Anguita y Minujin, 2004: 54) que supone una estrategia en la que se dejan de lado las marcas y los bienes posicionales desplazando a la competencia entre pares a un segundo plano; b) el ajuste de gastos en salud y la caída en la calidad de la atención de las prepagas da lugar a toda clase de estrategias de sustitución, desde asociarse a las urgencias médicas y reclamar atención en ellas, hasta la invasión del hospital público (ídem, 120); c) la venta de libros cayó catastróficamente (a casi dos millones) y disminuye la matrícula de las escuelas privadas e incluso se reduce la terminalidad de la escuela media (ídem, 147) mostrando las dificultades de seguir acumulando capital educativo y cultural, y d) por el contrario, el intento de proveerse de bienes de consumo básicos a bajos costos aprovechando las redes de trueque a través del canje por servicios y la oferta de servicios personales (desde cursos de idiomas, artes, hasta yoga y aromoterapia) muestra la necesidad de activar capitales educativos y culturales y propiciar su posible conversión a capital económico.

Por aquellos días, el modelo del éxito basado en el consumo selectivo de bienes posicionales y en la compra de capital cultural, educativo y de atención de la salud no puede ser sostenido. Las fronteras de clase se desdibujan y la necesidad de tomar posiciones en el campo de lo político y desarrollar poderes colectivos que permitan nuevos emplazamientos se convierte en un imperativo.

Educación - fuerza de trabajo

La movilidad individual se asienta predominantemente en la conmutación (conversión bidireccional) entre los poderes causales primarios –capital económico y educativo– y entre sus subespecies dentro de cada uno de ellos. Es claro que los excedentes producto del trabajo son materia de estrategias de conversión a otras formas de propiedad (consumo posicional, equipamiento del hogar, medios de trabajo, etc.) a incremento de calificaciones y títulos educativos (tanto intra como intergeneracionalmente) y, eventualmente, de incremento de tiempo libre para formas de capital posicional (vida social, militancia o política) o incorporación de capital simbólico (información, cultivo de la propia opinión, reflexividad).

La conversión fuerza de trabajo-propiedad es elemental y una de las más grandes aspiraciones simbólicas de la sociedad capitalista de todos los tiempos: de proletarios a propietarios, y la educación aparece como el mediador ideal para lograr el paso de uno a otro. La conversión de fuerza de trabajo a educación vía salario destinado a gasto educativo de los hijos,

y de educación a propiedad económica vía aumento de las calificaciones laborales y ascenso ocupacional, es la zanahoria universal que la sociedad clasista le muestra a los individuos. El igualitarismo meritocrático (¡vaya oxímoron!) se plasma en esta secuencia tanto como las esperanzas de progreso, desarrollo y justicia para la vida colectiva, convirtiendo la asociación educación-ascenso social en sentido común.

Toda la llamada "teoría del capital humano" en realidad no pasa de formalizar en un lenguaje economicista el valor conveniente de esa zanahoria: las "tasas de retorno esperadas" de cada año invertido en educación.

El capitalismo fordista primero y las grandes concentraciones corporativas transnacionales después (años 60) desincentivaron activamente los esfuerzos tendientes a lograr el ascenso social vía explotación de la propiedad independiente. La desactivación de la pequeña propiedad y su concentración fueron acompañadas por la explosión de expectativas en empleos no manuales y la elevación de los requerimientos educativos. Los *farmers*, comerciantes o viejos industriales ya no aspiraban a que sus hijos siguiesen con sus actividades sino que estudiaran e hicieran carrera en las gigantescas corporaciones a las que odiaban y temían. La desactivación de la pequeña propiedad y la activación de las calificaciones educativas fueron estrategias consistentes con el proceso de concentración y burocratización de la gestión de la gran propiedad económica en los capitalismos avanzados.

Ya vimos que estos procesos dieron diversas muestras de agotamiento y contradicciones: sobreeducación relativa, bajas del valor esperado de los títulos, devaluación educativa, nuevas exigencias educativas que aumentan la selectividad de acceso a los empleos más altos, uso de las acreditaciones como cierre social, desocupación profesional, etc. Por si fuera poco, el valor de la tierra urbana y la propiedad inmueble tendió a crecer por sobre los ingresos de la mano de la expansión económica de los "treinta años gloriosos" del capitalismo, por lo que el acceso a la propiedad de la vivienda aun con buenos empleos se alejó aún más. El acceso al consumo y al bienestar fue el sustituto del acceso a la propiedad.

En definitiva, las ecuaciones individualistas simples entre educación, empleo y propiedad no terminaron de cuajar. Sin el concurso de otros poderes causales, sobre todo el poder del capital social, organizacional y político, es difícil alcanzar los empleos que den acceso a la acumulación económica y la propiedad.

Los cambios tecnológicos y la informatización modifican en gran medida el acceso a los bienes culturales. El mismo mercado de trabajo de las NTIC es, en una medida muy alta, independiente de las acreditaciones educativas y más atento a las competencias efectivas y a la experiencia anterior que a las acreditaciones formales.

Neoliberalismo, devaluación educativa y estrategias de movilidad de las clases medias

Durante los años 90, al calor de los procesos de modernización, globalización, incorporación de nuevas tecnologías, nuevos patrones de consumo y formas culturales, se produce una expansión impresionante de la educación superior protagonizada por una reorientación significativa de la matrícula hacia las profesiones vinculadas con la reproducción del capital (ciencias económicas, administración, comercio, informática) y con las nuevas formas de reproducción de la subjetividad (comunicación, entretenimiento) asociadas al imaginario de la sociedad del conocimiento y los servicios (Gómez, 2008b).

Las nuevas políticas de personal inspiradas en estrategias de modernización de la gestión empresaria y de negocios, la terciarización *(outsourcing)* y el recambio generacional a niveles jerárquicos, además del surgimiento de nuevos servicios, impulsaron un proceso de reinserción de partes significativas de las capas medias en la estructura ocupacional. Las ocupaciones en servicios de asistencia al cuerpo corporativo y al cuerpo simbólico del sistema de acumulación fueron la expresión de cierto liderazgo social de las clases medias "modernas" y "competitivas" como los exitosos responsables del armado y la ejecución de "la inserción en el mundo globalizado". Sin embargo, no es el mudo valor de mercado de las titulaciones el que va a garantizar el ansiado "ascenso" social. Algunas investigaciones han marcado la importancia de recuperar el capital social como forma de acceso a los mejores contextos de activación de la fuerza de trabajo altamente calificada. En este sentido la universidad o los posgrados, las pasantías, etc., son formas de gestación de relaciones o contactos para aprovechar oportunidades más que meras formas de acumular credenciales. El capital social permite activar el valor de los títulos. La relativización de los poderes causales primarios se observa también en los sofisticados mecanismos de selección de personal del sector moderno y dinámico de la economía que escudriña no sólo habilidades, conocimientos y competencias laborales sino al "capital simbólico y cultural" incorporado como criterio de selección ante la sobreabundancia de acreditaciones educativas. Las cuestiones de afinidades, *habitus* de clase, etc., están muy presentes en las formas innovadoras de gestión de la fuerza de trabajo donde se premian "habilidades sociales" más allá de la formación educativa o las capacidades acreditadas.

En los recesivos 90 se empieza a notar el desempleo profesional y el fenómeno de la movilidad "espuria", es decir que el ascenso ocupacional a empleos más calificados (no manuales de calificación técnica y profesional, incluso con mando o autonomía operativa) no supone mejores ingresos ni condiciones de trabajo. La devaluación de los títulos se extiende a la devaluación de los empleos de jerarquías más altas y se presenta el desacople entre estilos de vida y aspiraciones con los empleos obtenidos. La crisis de 2001 finalmente produce el astillamiento y la predisposición a la emigración a

países centrales como manera de recomponer el valor del empleo profesional y las acreditaciones educativas.

El principio del mercado es también un limitante del capital cultural: sólo tiene valor lo que permite producir y concentrar dinero o poder material y el capital educativo y cultural es exactamente valorado de acuerdo con esta medida. El efecto paradójico es claro: el mercado puede premiar la estupidez, la banalidad, la ignorancia, y erosionar valores sacrosantos del mundo de los poderes causales de la cultura y el capital simbólico. Incluso para facilitar estas ganancias se acude a expertos y se movilizan conocimientos y calificaciones profesionales que se encargan de la organización eficaz y productiva de la desacumulación de capital cultural y educativo a través de la degradación de *habitus*[10] y su sustitución por otros. El capital cultural está sometido a fuertes presiones mercantiles tanto a la acumulación como a la desacumulación en el marco de la cultura de masas. En tanto bien público gratuito, la publicidad tiene un papel importante en este campo: suprime insensiblemente la frontera entre interés y valor simbólico. A través de ella, la fuerza mercantilizadora del poder causal económico penetra insensiblemente en el campo simbólico indicando modos de vida y valores subyacentes en los consumos.

Pero en su conjunto estos procesos constantes de devaluación del capital cultural, educativo y simbólico generan no solamente descontento e insatisfacción sino también disponibilidad para la colectivización: los poderes causales "excedentes" o "perimidos" que no puedan ser valorados o asimilados por los "mercados" y reintegrados al circuito de las conversiones pueden ser reconocidos y colectivizados en la lucha.

Propiedad económica - poderes posicionales

Las conversiones de capital económico a capital político históricamente han sido objeto de los cierres sociales más groseros. Es decir, los propietarios han querido reservarse el monopolio de los asuntos públicos de gobierno mediante la exclusividad del voto a los dueños de tierra o viviendas, los que paguen impuestos, etc. (voto censitario), y también mediante la compra de cargos públicos. Pero la universalización del voto y la profesionalización de la gestión burocrática estatal fueron acabando con esta conversión

10. El capital educativo no reconocido, no activado ni activable, es objeto de este tipo de estrategias.

cuasiautomática entre propiedad económica en la esfera privada y capital político o burocrático en la esfera pública. La ampliación de los derechos políticos (no solamente el del voto sino también el de ejercer el poder de las clases trabajadoras) y la tendencia a la valoración de la idoneidad en la gestión pública obligaron a la "politización" de los propietarios. Es decir, a su organización para la lucha por la conquista de los votos primero y de los cargos políticos después. Pero ello no podía hacerse ya sobre la base de la propiedad burguesa como valor político ahora cuestionada como "motor" de la miseria (en vez del progreso) por las masas trabajadoras movilizadas detrás de banderas anarquistas y socialistas, por lo que la preservación de las posibilidades de conversión de capital económico a capital político sólo podía lograrse apelando a mediaciones de otro orden: la nacionalidad y el credo. Las tareas de unificación territorial y de defensa de la nación de las amenazas externas o la inclusión de la defensa de "modos de vida" y "valores" sobre bases religiosas (democristianismo, socialcristianismo) o no religiosas (republicanismo liberal) fueron los puentes que mantuvieron a las clases propietarias como protagonistas centrales en la política.

En las sociedades clasistas democráticas no está deslegitimada la organización política de los intereses materiales sino todo lo contrario. La politización de los intereses materiales es un proceso vital para la sociedad de clases. Si la sociedad de clases solamente se reprodujera por las relaciones de fuerzas materiales, hace rato hubiera dejado de existir. La politización es lo que preserva la calidad de "apertura" de las relaciones de fuerzas y las distribuciones materiales a las intervenciones de los agentes.

En las democracias avanzadas el poder económico se convertía legítimamente en político no de manera directa e inmediata sino indirecta y mediatizada por lobbies, aportes a campañas, asesores, apoyo a candidatos o, en el mejor de los casos, consultas a empresarios, pero siempre dependiendo de la conquista del consenso electoral y de la opinión pública. La elite económica enfrentaba restricciones simbólicas para transponer directamente su poder en la política, y sólo podía influir (presionar) o delegar en la elite política. La superposición del poder económico (grandes empresarios o representantes corporativos) o el poder social (fama, popularidad) con el poder político restaba legitimidad a las decisiones políticas sea porque aparecía parcializado en intereses poderosos, en el primer caso, o porque corría el riesgo de banalizarse, demogogizarse, volverse "populista" en el segundo caso.

La revolución neoconservadora de los años 80 significó una importante ruptura simbólica en la legitimidad de las conversiones: empresarios, gerentes, deportistas o actores no solamente pueden convertirse en políticos sino que la economía y el éxito deben aparecer de manera directa como rectores de lo político.

Si hasta ese momento el tipo de poder causal político y burocrático en

la esfera pública que desarrollaban las clases propietarias concentradas, transnacionalizadas y monopólicas era de formas indirectas: el control de las agendas (poder institucional) y de control de los sesgos de la acumulación (poder sistémico), ahora el poder pasa a ser crudamente situacional (poder de tomar decisiones e implementarlas).

La apoteósica incursión de empresarios y funcionariado de las corporaciones económicas privadas, especialmente pero no exclusivamente financieras, en la política y las burocracias públicas brinda preocupantes señales de debilitamiento de la sociedad clasista. El cierre social que indica la permanente circulación entre altos cargos en el Estado y altos cargos en corporaciones anuncia la inmovilidad de las relaciones de fuerza materiales cuyas asimetrías son amplificadas por las políticas de concentración de la riqueza, endeudamiento, privatización, etc. La gestión "empresarial" del capital político tiende a hacer superfluo el poder causal político y con ello amenaza con destruir las bases mismas de la sociedad clasista abierta a la lucha y la movilización. El debilitamiento o la destrucción de las capacidades políticas del conjunto de las clases subalternas es lo que permite el avance progresivo de la identificación de poder económico y poder político.

Las relaciones de fusión entre Estado y poder económico concentrado van trayendo otro proceso no previsto por Weber: el control directo de los poderes organizacionales públicos por parte del poder organizacional económico privado. La administración y gestión de la sociedad de masas ya no se basan en reglas impersonales que tienen la pretensión normativa de encarnar el interés general, sino que la acumulación económica particular asume inmediatamente la forma del interés general normativo.

Ante el debilitamiento de las capacidades de intervención política de gran parte de la población, la política se convierte en luchas por el predominio entre las corporaciones económicas transnacionalizadas.

En el ámbito privado de los poderes clasistas se puede señalar otro tipo de relaciones de conversión entre el poder causal económico y el poder organizacional burocrático que describe las oportunidades diferenciales de acceso a los puestos de mando y de elevada exigencia de saber experto. Uno de los hallazgos sociológicos en la estructura de clases es que el acceso a estos empleos depende más de la educación y el capital cultural que de las posesiones o la situación patrimonial. Este nuevo tipo de reclutamiento abonó en gran medida las teorías de la nueva clase y las chances de pensarlas como sujeto social y político. No pueden obviarse las tendencias detectadas en el acceso a los puestos de mando y saber, en el sentido de que aumentan las exigencias de experticia y se reducen las de antigüedad, lealtad, pericia práctica, etc. Sin embargo, los estudios de movilidad suelen ver diversos tipos de cierre social relativo.

De manera creciente los puestos de mando son cubiertos por agentes

provenientes de las clases medias e incluso inferiores con altos niveles de preparación pero educados y socializados en instituciones y ámbitos generalmente controlados por las elites. El capital económico invertido en altos niveles educativos sumado a filtros y recaudos en términos de capital social permite también en buena medida que los detentadores de la gran propiedad económica retengan poder sobre las estructuras de mando burocráticas.

Si a nivel reclutamiento hay "criterios invisibles" de admisión, a nivel del ejercicio del poder burocrático y experto la autonomía que resulta de la hiperprofesionalización es objeto de estrategias específicas de parte de los propietarios: los incentivos económicos al compromiso con los resultados. Los premios, las participaciones accionarias, los bonos por resultados, etc., por los cuales los cuadros ejecutivos tienen acceso a la propiedad económica de las empresas, o simplemente a mayores oportunidades de conversión a capital económico propio, son parte de estas tendencias de la moderna gestión corporativa. Esto abre la puerta al fenómeno igualmente importante de la conversión en sentido contrario, de los poderes posicionales a los económicos. No hace falta profundizar mucho para ver cómo se relaciona esto con las discusiones acerca de la posible separación e independencia entre propietarios titulares de las empresas y quienes detentan la propiedad económica y las gestionan o administran. La participación accionaria de los gerentes y ejecutivos y los premios por resultados buscan unificar o hacer converger ambos intereses.

Entre las clases medias urbanas también existen estrategias de conversión hacia poderes posicionales pero no basadas principalmente en la educación sino en la preeminencia del consumo. La inversión en bienes posicionales (marcas, gustos, servicios, entretenimientos marcadores de distinción) significa que las relaciones son de competencia y emulación más que de conflicto. La competencia por estatus dentro de la clase también se asocia a los intentos de acumular capital social a través del ensayo de estilos de vida emulativos de las clases superiores. Asimismo, la atención dominante hacia el estatus que combina educación, cultura y consumo supone una despolitización del conflicto y dispositivos de encubrimiento de privilegios económicos detrás de esos estilos de vida (Liechty, 2002).

Entre las clases populares también aparecen formas de conversión que vinculan la propiedad económica con poderes posicionales que tienen su importancia dado el debilitamiento del poder ascensional de la educación que hace que comiencen a revalorizarse otros tipos de poderes no monádicos. La explosión de estudios sobre el "capital social", incluso en los organismos internacionales de crédito (Woolcock y Deepa, 2005), muestra la revalorización de las estrategias individuales de movilidad vía capitalización de relaciones sociales informales y contactos institucionales.

La movilidad individual se puede asentar en el aprovechamiento de los

poderes secundarios acumulados colectivamente en organizaciones e instituciones. Los recursos organizativos sociales y políticos también brindan oportunidades de acceso o capitalización a través de empleos, capacitaciones, recomendaciones, o incluso información y recursos interpretativos. Fenómenos como las bolsas de trabajo sindicales o partidarias, o los mercados de trabajo "internos" por los que los familiares de los trabajadores tienen prioridad para ingresar a las empresas, los afiliados o activistas del gremio tienen prioridad para las horas extras, etc., muestran que este tipo de conversión es bastante usual entre las clases populares.

No deben dejar de mencionarse otros tipos de conversiones bidireccionales entre capital social y económico (mutualismo, tercer sector, economía social, etc.) de creciente importancia en todo el mundo, y entre capital político y económico (clientelismo, patronazgo político) sobre los que no nos podemos detener. En buena medida la actividad de los movimientos sociales de pobres urbanos y desocupados (Massetti, 2009; Gómez, 2007) consiste en lograr convertir capital social, político-organizativo y capacidad de lucha colectiva en bienes de consumo (alimentos, ropa), mejoras en el hábitat y condiciones de vida (obra pública), oportunidades de ingresos (planes sociales) o empleo con módicos accesos a bienes de producción y medios de trabajo (microemprendimientos, cooperativas). Eventualmente podrían incluso convertirlo en posibilidades de acceso a la tierra o a la vivienda, es decir directamente en propiedad privada física, o a la educación básica mediante la presión para aumentar los servicios de educación y becas.

Pero si la propiedad económica de la fuerza de trabajo activa o inactiva puede convertir su capital social o político en módicos capitales económicos, esto está completamente deslegitimado para las clases con propiedad económica. El poder social y político de las clases dominantes enfrenta numerosos obstáculos para convertirse legítimamente en capital económico.

El capital político y la organización colectiva de los no propietarios, de los carentes de poderes primarios (propiedad económica y educación), pueden convertirse en capital económico y educativo. Desde el punto de vista del capital simbólico, los poderes posicionales colectivos son validados como sustitutos compensadores de los capitales más "legítimos" para acceder a poderes económicos adicionales, pero no ocurre lo mismo con aquellos que ya tienen estos poderes.

Este tipo de reglas de hierro, que en gran medida el neoliberalismo desgastó, muestra que a nivel normativo la sociedad clasista debe permanecer "abierta" al cambio de relaciones de fuerza para sobrevivir. Si el poder económico convertido en político se pudiera traducir, a su vez, en económico, las diferencias sociales ya no podrían alcanzarse por la movilidad y la lucha. Si las reglas de la acumulación son completamente fijadas por los que acumulan y se sustraen a la lucha política, el cierre social amenaza con hacerse

irreversible. La carga simbólica negativa de la conversión de capital social o político en capital económico para los que ya detentan este último hace a la preservación de la sociedad de clases. Así, este tipo de conversiones no puede realizarse sin que lo toque la sombra de la "corrupción". Las barreras legales y simbólicas, erigidas sobre el principio de la plena separación entre las actividades interesadas y las desinteresadas, preservan el campo político de "aprovechadores". Pero al mismo tiempo, gran parte de la política contemporánea reside en la imputación de intereses de ventaja económica a los oponentes. La lucha política se convierte en una lucha por la reputación individual y por la visibilización de intereses. La arena política es la arena donde "desinteresadamente" se denuncian los intereses de todos.

El aura de la política debe preservarse. Incluso el neoconservadurismo o el populismo neoliberal han propugnado con éxito electoral la "eficacia" empresarial en la política y la gestión gubernamental, pero sólo porque el poder organizacional burocrático estatal tradicional era ineficiente y debía reducirse al mínimo indispensable. Es decir, la conversión neoconservadora de poder causal económico en poder causal político y organizacional podía tener como fin legítimo reducir el peso de las burocracias públicas ineficientes, "liberar la iniciativa privada", pero no aprovecharse del capital político para favorecerse económicamente.[11]

Educación, poderes culturales y simbólicos - poderes organizacionales

Desde el punto de vista de la movilidad individual, existen conversiones unidireccionales desde la educación al capital organizacional (Savage, 1995: 18) que se amplía con la profesionalización de la gestión del capital. Por ello la aspiración a detentar poder organizacional burocrático exige cada vez más crecientes inversiones en capital educativo. Pero hay que considerar que el capital cultural y los títulos educativos también adicionan un plus de legitimidad sobre las decisiones "organizacionales". Es a esto que llamamos tecnocracia. Si antes los cargos ejecutivos o de jefaturas tenían grandes componentes de pericia, antigüedad, lealtad, dedicación, ahora se tiende a la juventud como sinónimo de adaptación al cambio acelerado y

11. Casos como la fuga de capitales financieros y la licuación de las deudas empresariales a través de la pesificación asimétrica en la Argentina, o los billonarios salvatajes financieros a la banca en Estados Unidos al estallar la burbuja hipotecaria, generan grandes costos en términos de opinión pública y también muestras de indignación que suelen canalizarse en movilización desafiante no convencional como fueron los cacerolazos y el movimiento de asambleas barriales en la Argentina en 2001-2002 y el de Occupy Wall Street a partir de septiembre de 2011 en Estados Unidos.

experticia técnica, ya que los jóvenes suelen tener más años de escolaridad y títulos.

Sin embargo, los estudios de movilidad muestran que la conversión de educación a poder tecnoburocrático tanto privado como estatal está sometida a rigurosos controles selectivos en los que no son ajenos filtros de capital social (redes de patrocinio) a su vez asociados a capital económico.

Un fenómeno mucho menos visible que no debe despreciarse es el de la "cultura gerencial", es decir, el hecho de que el capital organizacional también se convierte en parte del capital cultural y educativo. Los staff gerenciales suelen ser blanco de una rica oferta de capacitaciones y actividades formativas, reflexivas, etc. El contacto con determinados "gurús" mundiales, cierto tipo de literatura "futurista" en términos de mundo empresarial, la omnipresencia de novedades, actualizaciones y la aparición de revistas especializadas que ofrecen cambiantes modas en estrategias de management, fungen de verdaderas "vanguardias" que potencian la homogeneización hacia dentro, el sentido de pertenencia y el carácter legitimador selectivo del poder causal cultural y educativo asociado a los puestos de autoridad burocrática. La asimilación a la cultura gerencial es una condición de base para el acceso a cargos ejecutivos. Al mismo tiempo el poder económico de las empresas se impone en campos académicos o directamente se plasma en instituciones educativas propias (las "universidades de la empresa" que pululan en Chile, aunque también hay aquí en la Argentina siguiendo los modelos de "escuelas de negocios" americanas).

El capital organizacional tiende sobre todo a controlar la propia oferta educativa para sus detentadores. Así, si desde el punto de vista individual el capital organizacional depende del capital educativo, desde el punto de vista organizacional resulta ser al revés. El poder organizacional tiene entre sus propios objetivos organizar su propio campo educativo y cultural junto con la producción de un capital simbólico legitimante.

La conversión de educación, cultura y capacidades de enunciación de sentido (capital simbólico) ofrece límites de todo tipo para su conversión a capital político, institucional o burocrático.

Las calificaciones, el nivel de instrucción, los años de escolaridad, las acreditaciones educativas, la incorporación de gustos, modales, costumbres o ideas al comportamiento personal son en sí una pura abstracción potencial de poder, no directamente permutable por otros poderes causales. Sin empresas que demanden saberes, sin un mercado cultural, sin medios de comunicación, sin auditorios o teleaudiencias organizadas, sin canales institucionales, sin grupos de interés que patrocinen saberes o ideas, esos poderes causales pueden permanecer completamente desactivados. La autonomía absoluta del sujeto que rige sobre estos poderes se limita de dos formas: por la dependencia casi absoluta de las instancias de gestión

de la violencia simbólica inculcadora para acceder al capital educativo, y por el control también muy extenso de los campos de activación que hace ultraselectivos los reconocimientos a este tipo de poder causal.

En este sentido la demanda distributiva de educación universalmente propuesta como panacea de cambio de relaciones de poder se puede convertir en su opuesto más temido: más poder de violencia simbólica y más filtros a la valorización del capital incrementado. El poder causal de la educación y la cultura tienen escasas o nulas capacidades de autovalorización: su solo ejercicio aislado no puede incrementar su valor en términos de otros capitales como sí pueden hacerlo el capital económico, el político e incluso el social. Esto lleva a una perpetua lucha por su reconocimiento en cada uno de estos campos.

Ya vimos como el principio del mercado tiende a erosionar y mercantilizar el capital cultural. No se quedan atrás los principios de la democracia que tienen un profundo efecto desjerarquizador del capital educativo: la soberanía popular y el imperio de la mayoría claramente conspira contra las pretensiones del saber. La universalidad del voto excluye una conversión entre educación y poder político electoral. El voto calificado no es defendido sino marginalmente ni por los mismos detentadores del capital cultural y simbólico: la movilización simbólica tiene que apelar a la igualdad en el poder político, destruyendo paradójicamente las bases posibles de su preeminencia política.[12] El poder causal cultural y simbólico no puede reclamar ningún reconocimiento que no sea puramente simbólico y cultural, los reconocimientos del campo simbólico son "ensuciados" por su conversión a capital económico y político.

Hay dos cuestiones que ponen en tensión la lógica del capital simbólico con la política democrática: 1) la cuestión del ideal de autonomía (Castoriadis) o autodeterminación que sustenta los sistemas democráticos presupone una inseguridad básica acerca de "la verdad" o "el bien", es decir, la democracia se basa en una conciencia clara de la precariedad de la legitimidad y del transitorio valor de las decisiones tomadas colectivamente, operando una radical renuncia a la justificación final por una razón presocial, que es el lugar típico en que se instala el poder simbólico, y 2) la cuestión del populismo (Laclau), ya que la lógica equivalencial que supone toda construcción de la universalidad del pueblo directamente opera por mecanismos de metonimia, metáfora, condensación, catexia emocional, etc., que se sustraen por completo a las codificaciones que ordenan y jerarquizan el campo de lo simbólico asignando valores de verdad, consistencia, universalidad y

12. Por supuesto el viejo aforismo sarmientino de "Educar al soberano" tiene el poco disimulado significado de someter la inevitable conquista de la libertad política a la vigilancia atenta de la "razón civilizada" cuyos naturales depositarios son las propias elites ilustradas.

necesidad, y que por definición responden a la lógica de la diferencia y no a la de la equivalencia.

En definitiva, el poder causal simbólico no puede politizarse "democráticamente" como lucha de los que saben contra los ignorantes, de los decentes contra los corruptos, o de los civilizados contra los bárbaros.

Por ello la temática de la pureza es un escollo tan significativo en este terreno. La construcción simbólica, el *habitus* incorporado de "verdad", "belleza" o "virtud", siempre conserva el prerrequisito platónico de no confundirse con el mundo terrenal para conservar su valor. La pretensión de universalidad que subyace en el campo de fuerzas simbólico se contradice de manera irreductible con la pretensión de éxito particular o eficacia terrenal: la masificación es la sombra negra de la universalidad. El partido o el gobierno de los capaces, de los sabios, de los puros, se aproxima a un oxímoron: la salida del mundo de la universalidad para luchar por el poder o detentarlo automáticamente lo devalúa.

La pureza como *ethos* simbólico que coloca la superioridad en la fidelidad a un signo, en el atar el cuerpo y la mente a un estado de conciencia determinado como forma de cancelar la ambigüedad y de ocultar la relación con las condiciones materiales de existencia (Bernstein, 1998) lleva a otra tara del pensamiento pequeñoburgués, que ya había sido señalada por Marx:[13] atribuir todo a déficit morales, de conciencia, a creencias o ideas erróneas, actitudes destructivas, en definitiva, atribuirle a lo simbólico un rol omnímodo y consagrar toda la acción al esclarecimiento, convirtiendo la política en pedagogía moralista o evangelización intelectual.

Conclusión: el papel del capital económico

Nunca está de más insistir contra la tentación de creer que una sociedad de clases tiende en última instancia a fijar todas las diferencias en términos económicos y de acceso a la propiedad en sus formas económicas. Podría decirse que las estrategias en el campo de la movilidad y la lucha son "molares", es decir, tienden a integrar diversos tipos de poderes causales.

Desde el punto de vista de una teoría clasista basada en el antagonismo, la persistente propensión a la conversión hacia el capital económico no obedece a privilegio ontológico ni a imperativo estructural alguno sino a los atributos estratégicos que, producto de la historia de luchas y de las estrategias de los oponentes, ha asumido el capital económico y el derecho de propiedad que lo regula. Hay dos factores de robustez estratégica:

13. Marx y Engels (1971) se burlaban ácidamente de las ideas de Max Stirner, quien consideraba el pensamiento como "propiedad" y "única riqueza". Las críticas al idealismo alemán pasaban por asociarlo con una mentalidad pequeñoburguesa.

1) Tiende a imponer restricciones rígidas a otro tipo de poderes causales: el capital cultural, el político y el social requieren de tiempo libre de la necesidad de trabajar (ingresar en relaciones de explotación), lo que le otorga a los propietarios un gran poder desactivador sobre otros poderes y una gran necesidad de acceder a un mínimo de capital económico a los no propietarios. El poder efectivo de la propiedad hace blanco en la privación sobre los posibles oponentes más que por sus efectos directos positivos. El poder causal económico también tiene fuerte incidencia sobre la activación del capital educativo y sobre los poderes posicionales.
2) La evolución del derecho de propiedad (típico resultado de luchas) tiende a la intensificación de la monadización en cuanto la remoción de límites al comportamiento puramente interesado, es decir a las decisiones del sujeto sobre los bienes, y a la extensión generalizada de los derechos de apropiación sobre todo tipo de campos (privatización de la vida social). Resultado de todo ello, además de las tendencias a la mercantilización del capital social y cultural, es la extrema individuación del derecho de propiedad demostrada en los cambios en los derechos hereditarios y de familia en los que la distribución intergeneracional (derecho sucesorio) y la intrageneracional (divorcio) de bienes tienden a permanecer atadas al rasgo adscriptivo más individualizador: los genes. La pérdida de privilegios patriarcalistas[14] (de sexo), de mayorazgo (edad), de estatus social (legitimidad de la descendencia: igualdad de derechos entre hijos legítimos y naturales), tiende a convertir la propiedad en un vínculo indisoluble con el individuo, una especie de gen adicional. A través del derecho hereditario y de familia la propiedad se convierte en buena medida en un rasgo adscriptivo que permite la acumulación histórica de un arma de lucha. Mientras el resto de los poderes causales que se puedan acumular fenecen con la muerte física, los derechos sobre los bienes sobreviven junto a los genes. Pero la extrema individuación del derecho facilita enormemente los procesos de concentración: a falta de restricciones extraeconómicas, son los poderes causales efectivos (propiedad corporativizada anónima e impersonal) vigentes en el mercado y la empresa los que se encargan de eliminar los "genes" más débiles. La individuación del derecho de propiedad estimulada por la igualdad de acceso hereditario favorece la dispersión y con ello la exposición a los procesos de corporativización y mercantilización. La acumulación intergeneracional pasa a depender no del volumen de propiedad acumulada por herencia sino del control sobre estos procesos de valorización. La individuación igualitaria del derecho favorece entonces la desacumulación

14. Habría que agregar también la pérdida del privilegio típicamente clasista-productivista de "generador" de la riqueza en el caso de divorcio y la aplicación de la figura de "bienes gananciales de la sociedad conyugal".

de las fracciones débiles de la propiedad que son las presas preferidas de los "mercados" organizados por los fuertes.[15]

Estrategia primaria y secundaria, posibilidades de conversión entre poderes causales y de colectivización, significa que desde un análisis dinámico no puede existir una atribución esencialista de interés de clase. Cada colectivo e individuo va a definir su interés fundamental y coyuntural de acuerdo con las relaciones de poder y de sentido teniendo en cuenta las propiedades estructurales de los poderes causales que más lo favorecen y cuáles se le están oponiendo. No obstante, hemos visto que la forma productiva del capital económico en tanto poder simultáneamente posibilitador y activador-mediador del resto de los poderes ofrece una robustez resistente pero oscilante, cíclica.

La concentración de capital económico, sea productivo o financiero, hace proliferar la paralización del resto de los poderes causales agregando relaciones de opresión y de subordinación a las de explotación, lo que exacerba antagonismos cuyos riesgos y costos suelen terminar siendo mayores que los beneficios.[16] Es decir, el poder causal económico sólo puede ser efectivo en combinaciones cambiantes con otros tipos de poderes (hegemonía) y en determinados antagonismos la acumulación de poder económico puede resultar no ser estratégicamente preferible.

Simplificando mucho, podría decirse que, visto desde el análisis dinámico clasista, para las clases dominantes la lucha tiende a asentarse predominantemente en la conversión entre poderes causales económicos y poderes posicionales y simbólicos, mientras que para las clases subalternas es exactamente al revés. Para las clases explotadas y oprimidas o subordinadas el capital social, organizativo y político es un paso inevitable para una mejora en la valorización de sus poderes económicos y educativos individuales. Sólo la mediación política, la intervención sobre las reglas que rigen los campos –a través de cambios en estructuras mediadoras y en las instancias de activación–, puede conseguir esto en cierta escala.

Para las clases intermedias la estrategia de conversión individual de fuerza de trabajo por alta educación y por capital organizacional intentando perforar las barreras y selectividades impuestas por las clases dominantes

15. Kocka (1995) señala la importancia suprema de la organización jurídica del derecho de propiedad en torno a la familia burguesa en el siglo XIX. En cambio, hay que resaltar aquí la poca atención a los derechos y cambios de la propiedad en el análisis de las persistencias de la desigualdad de Tilly (2000).

16. Tilly (2000) reconoce ampliamente este punto: las condiciones para que una categoría de inequidad cambie se dan cuando los beneficios de la explotación y el acaparamiento de oportunidades declinan y los costos de sostener ese proceso se incrementan.

parece ser la estrategia más apta. El recurso a la acción colectiva se da en situaciones de afectación de las bases de sus propios poderes monádicos.

En definitiva las clases populares, que no tienen poderes causales monádicos individuales significativos están "obligadas" a la colectivización y la politización de sus intervenciones, y ésta es la que dibuja en los hechos la gran frontera clasista en torno a la cual se precipitan agrupamientos, identidades y acciones comunes.

Colectivización y lucha como procesos clasistas

La lucha constituye a la clase en tanto superación de la competencia y la soberanía individual sobre los poderes causales. Se empieza a actuar, pensar y sentir en términos de clase sólo frente a otra clase. Lo que forma la clase no es entonces la coerción sino el antagonismo que opera como un reorientador y colectivizador de poderes causales.[17]

El pilar fundamental del proceso de formación de clase es el de la colectivización, a saber, el paso de estrategias individuales de movilidad en un contexto competitivo a estrategias comunes en un contexto conflictivo. En el primer tipo de estrategia los sujetos adoptan el criterio de plantear qué juego estratégico permite aprovechar las coerciones a que se está expuesto. En el segundo tipo de estrategia se plantea modificar en parte o en todo el juego de coerciones al que se está expuesto. Aquí aparece la cuestión de diferenciar entre intereses distributivos e intereses colectivos en los que se interpone el problema del *free rider*. La sumatoria de intereses competitivos no da interés colectivo sino casi siempre todo lo contrario: los intereses colectivos suelen estar asociados a la suspensión o superación de los intereses competitivos y los intereses competitivos en general son poco compatibles con los intereses colectivos.

Contrariamente a lo que plantean gran parte de las teorías de las clases y la formación de clases que tienden a hacer colisionar la acción individual y la definición individual de intereses con la acción colectiva y la definición colectiva de intereses, nosotros vamos a plantear que en las sociedades clasistas la tensión misma entre unos y otros es materia estratégica de la lucha y el antagonismo. En otras palabras, no hay motivos teóricos para separar una y otra. Es más, en una sociedad clasista es imposible definir el interés personal sin referencia a los que se les contraponen y sin aludir a un campo de intereses compartidos con otros. El sujeto "calculador" egoísta

17. Es interesante dentro de las teorías de la subalternidad la idea de metalepsis que desarrolla Gayatri Spivak (1985) según la cual "el sujeto es sujeto cuando se ve a sí mismo produciéndose a sí mismo". La lucha es una condición de posibilidad de la metalepsis, es a través de ella como es posible que el sujeto individual asuma la clase como sujeto.

no puede obviar su "locación" con unos y frente a otros para establecer su situación en términos de asimetrías, reciprocidades y dependencias. No se definen primero intereses y preferencias y luego se entra en conflicto, sino que los intereses y las preferencias se forman y redefinen al calor de enfrentamientos y antagonismos. Si los intereses se definen a partir de las propiedades relacionales de poderes causales, entonces son intrínsecamente comparativos y antagonistas. En definitiva, un sujeto calculador que decida hacer su cálculo bajo el supuesto de que todo interés colectivo se opone por principio al propio no está haciendo un cálculo clasista, sino que lo está desclasando. El cálculo clasista supone que los poderes causales nunca son autosuficientes y que requieren de articulación/confrontación con otros intereses.

La demostración fáctica de esta imposibilidad de la no colectivización la brinda el hecho de que ideología individualista meritocrática típicamente pequeñoburguesa que intenta amputar la posibilidad de colectivización y subsumir la sociedad igualitarista de clases en la competencia de méritos por la movilidad ascendente, es que cada tanto debe ser defendida también por colectivos que se organizan, salen a la calle para oponerse a determinadas medidas, difunden su mensaje, etc. Así, la anticolectivización no puede ser defendida sin colectivizarse de alguna forma. El individualismo como bandera de interés común sólo puede ser defendido colectivamente.

La lucha tiene efecto colectivizador en tanto para los mismos sujetos pasa a primer plano el valor de un interés y una estrategia común. El agotamiento o la pérdida de eficacia generalizada de estrategias individuales de movilidad pone en primer plano "el sesgo" insuperable coercitivo de las reglas de distribución de lugares y recursos. También vuelve visibles las acciones clasistas de otros colectivos como productoras del fracaso individual, dando pie a la superación del "error inicial de atribución" (falla en la estrategia individual) y subsecuentemente a la colectivización de respuestas contra los "verdaderos culpables del fracaso".

La colectivización de intereses y recursos puede plasmarse en instituciones y grupos organizados estables (sindicatos, partidos políticos, agencias estatales, Iglesias, ONG, etc.) a los que comúnmente los sujetos que disponen de distintos poderes clasistas tienen acceso. Los sujetos recurren a los colectivos disponibles como complemento de sus estrategias individuales, pero cuando son insuficientes para superar asimetrías, dependencias y adversidades insoportables, desatan procesos de colectivización bajo nuevas formas de solidaridad. Cuando ni estrategias individuales ni colectivas disponibles son eficientes, la autocolectivización y la lucha no convencional se presentan como opciones. En este sentido los movimientos sociales pueden ser analizados dinámicamente en su dimensión clasista.

Entiéndase bien, no se trata de desarrollar una conceptualización colec-

tiva de las clases. No se trata de explicar el tradicionalmente denominado "proceso de formación de clase", a saber, por qué un grupo o serie de grupos organizan una base homogénea en condiciones materiales de vida y adoptan una identidad en correspondencia con esa homogeneidad. Se trata de desarrollar una conceptualización clasista de los procesos de colectivización y lucha de aquellos movimientos desafiantes que surgen por fuera de los grupos establecidos y se alejan de las formas convencionales.

Colectivización de poderes causales

No hay mejor constatación de que los procesos de movilización tienen carácter clasista en que la "legitimidad" o "valor" que tiene la misma "colectivización" de la acción desafiante es objeto central de luchas simbólicas enconadas. Las culturas políticas de clase media tienden a colocar la apelación a la acción colectiva como delatora de una falta de mérito individual. Así, la legitimación simbólica de tener que recurrir a la acción colectiva –donde el mérito individual se licua o desaparece– siempre se relaciona con el empobrecimiento y la miseria cuando es producto de injusticias o abusos flagrantes, no cuando es atribuida a los defectos o debilidades individuales.

Para las clases populares y trabajadoras la cultura política de la protesta y la movilización colectiva está mucho más legitimada y hasta es fundadora de valores donde la primacía de lo solidario y lo colectivo son básicas y está mal vista la orientación por el ascenso individual, el "olvidarse de dónde se viene", intentar diferenciarse del más cercano,[18] etcétera.

El valor atribuido a la colectivización y la lucha desde el capital simbólico asume un nítido enclasamiento. Mientras la dotación de capitales hace posible que la acción individual sea en beneficio individual exclusivamente, y merced a la interiorización de la legitimidad de las diferenciaciones de posiciones sobre la base del mérito, no aparece la necesidad de recurrir a la acción colectiva. El mérito es la valuación social favorable de estrategias de inversión y conversión de capitales individuales. Mientras este ejercicio reporta resultados valiosos en términos de poderes causales, la colectivización y el desafío no se producen y pueden incluso ser mal vistos como un abuso. Pero cuando las aspiraciones no se cumplen o cuando los poderes causales propios son gravemente afectados de manera generalizada, la acción colectiva surge como una necesidad o un interés individual legítimo. Es en estos casos cuando la acción individual se orienta a mejorar la situación de un colectivo o grupo de pertenencia de manera general y duradera.

Es claro aquí que hay una diferencia entre las clases que tienen a mano

18. El clásico trabajo de Larissa Lomnitz (1997) sobre la marginalidad social, aunque no trata sobre acción colectiva sino de redes sociales, es elocuente en este punto.

el ejercicio de poderes causales competitivos y aquellas que no los tienen. Para unas la acción colectiva es un recurso en general defensivo y de emergencia, y para los otros es una necesidad casi permanente.

Pero además, el mismo proceso de colectivización es materia de la lucha clasista. Las clases dominantes pueden intentar coartar, disuadir o limitar legal o prácticamente las posibilidades de colectivización de ciertos grupos o clases subalternas. Pueden impedir la difusión de convocatorias y reuniones, ilegalizar organizaciones, cooptar grupos o líderes, reprimir y perseguir, etc. El proceso mismo de colectivización es un objeto fundamental de la lucha y el antagonismo. La colectivización de por sí tiende a incrementar las independencias y las capacidades de reciprocidad de sus integrantes frente a sus antagonistas.

Adicionalmente a estos "enclasamientos" externos del proceso de colectivización se pueden analizar las dimensiones operantes de los poderes clasistas en el interior de los colectivos movilizados. Un aspecto decisivo de la formación de colectivos beligerantes es justamente cómo inciden las dotaciones de poderes causales individuales hacia dentro, en el proceso mismo de gestación y organización. La colectivización requiere movilización de diversos poderes causales individuales, algunos de los cuales son mucho más fácilmente colectivizables que otros.

El poder causal económico (activos y propiedades) es sólo marginalmente colectivizable[19] en términos de bienes o valores. Sólo el tiempo de ocio y no el tiempo de trabajo es lo que puede ser colectivizado. Pero aquí de nuevo tenemos una diferencia clasista nítida: mientras entre las clases populares la cultura sindical supone intentos a veces institucionalizados de colectivizar tiempo de trabajo[20] (reuniones o asambleas en lugares de trabajo, etc.), esto es mucho más raro en las clases medias tradicionales, en las que la participación está más ligada a la vida privada y el tiempo libre, en el que los poderes culturales, educativos y simbólicos son muy fáciles de compartir. Las actividades culturales, de difusión, las publicaciones, blogs, webs, agencias noticiosas alternativas, fueron la forma más evidente de la colectivización de estos tipos de capital monádico (cultural y simbólico) en las luchas posneoliberales. Resultaron de gran importancia para competir con los enmarcamientos que proponían los medios masivos de comunicación hegemónicos sobre la crisis aguda y para proveer nuevos recursos interpretativos e información en el proceso de movilización.

19. En el transcurso de la investigación hemos registrado notables excepciones: vecinos que facilitaban inmuebles desocupados, hacían donaciones para los comedores de cartoneros, ofrecían gratuitamente sus servicios profesionales, etcétera.

20. Los movimientos de desocupados y pobres urbanos en algunos casos son un extremo: colectivización coincide con trabajo a partir de los microemprendimientos, las contraprestaciones comunitarias por la recepción de planes sociales, etcétera.

Los poderes sociales, políticos y burocráticos individuales son contingentes respecto de la colectivización aunque no es raro que los procesos de autoorganización planteen relaciones de competencia y oposición a otros tipos de colectivos. Los procesos de colectivización siempre tienen relaciones de tensión y complementariedad con las colectivizaciones ya operantes.[21]

Pero identidades políticas e ideológicas, experiencias de participación previas, tienen una incidencia mayúscula en la vida interna contradictoria de los grupos en formación. Como puede verse en el recuadro siguiente, la activación de un "capital político" en estado incorporado, la puesta en acto de aprendizajes y destrezas obtenidas en batallas anteriores, es un elemento central de articulación/tensión en el proceso colectivizador.

En el espacio social de clases medias, el capital social muchas veces es aprovechado por la movilización pero muchas otras veces se convierte en un obstáculo importante. Hasta dentro de la familia y las amistades surgen resistencias y sabotajes. Muchos testimonios de asambleístas y ahorristas muestran esta cuestión de participar en la movilización colectiva como algo denigrante ante los ojos de familiares y amigos.

Entre las clases medias el capital organizacional "activo" es el que más cuesta recuperar para la movilización colectiva y el que más entra en clara interferencia con el interés individual como ocurre con los casos de ejecutivos bancarios atrapados en el corralito argentino de 2001 que sufrieron durísimas pérdidas y que casi sin excepciones enfrentaron las protestas de los clientes y ni siquiera accionaron legalmente contra los bancos como hicieron cientos de miles de perjudicados. Sin embargo, si en estado "activo" este tipo de poder causal se mostró refractario a la colectivización, en estado "inactivo" fue todo lo contrario. El capital organizacional operó de manera manifiesta en los colectivos de ahorristas bajo la figura de aquellos ex jefes o ex directivos y jerárquicos jubilados, aportando experticia en la organización, y sobre todo en la manera de definir los ejes del enfrentamiento, los eslóganes, las consignas, las formas de protesta. El conocimiento interno de la "lógica" corporativa permitía mejorar las estrategias de lucha, sobre todo de presión sobre gerentes y directivos bancarios.

21. Los movimientos de asambleístas en la Argentina adoptaron una postura de cuestionamiento global a todas las instancias de institucionalización de la acción colectiva, especialmente contra los partidos políticos, incluidos los partidos de izquierda, los sindicatos y hasta buena parte de los movimientos de desocupados.

¿Qué poderes causales tienden a colectivizarse en las clases medias?

En los movimientos de ahorristas y asambleístas un fenómeno detectado por demás significativo es la fuerte presencia de ex gerentes de grandes empresas, ex funcionarios retirados de la administración pública, ex directivos de instituciones educativas, supervisores, encargados o rangos medios con experiencia de jefatura retirados o jubilados. En estos perfiles ocupacionales se concentran sobre todo los niveles de participación más altos de los movimientos: los participantes más activos (voceros, responsables de actividades, miembros iniciadores, etc.) son casi en un 37% ex depositarios de poderes organizacionales. Los poderes burocráticos desactivados son un reservorio de habilidades que pueden ser redireccionadas y colectivizadas en los procesos de movilización.

El análisis de las distribuciones de capital educativo da lugar a contrastes muy importantes: las asambleas tienen visiblemente niveles educativos superiores, casi el 70% de los participantes asambleístas tiene algún grado de educación superior, mientras que en los ahorristas es apenas el 35%. Esta heterogeneidad de poderes causales recuerda los planteos de Bourdieu: el capital económico predomina en el caso de los ahorristas y el educativo en el caso de los asambleístas. Las calificaciones profesionales en la empresa privada y la propiedad económica comercial de la pequeña burguesía, por un lado, y el capital cultural asociado a las instituciones educativas, académicas y de otros servicios sociales, por el otro. Las implicancias de esta cuestión son enormes en todos los aspectos de estructuración de los movimientos desde el reclutamiento hasta las formas de acción, de conciencia y de definición de intereses y demandas (capital simbólico).

Otro aspecto crucial es que el 70% de los asambleístas y el 53,1% de los ahorristas participantes entrevistados tienen al menos una experiencia de participación anterior en protestas u organizaciones sociales o políticas. Es claro entonces que la movilización contribuyó a activar reservas de capital político disponible y que tienden a movilizarse aquellos que ya tienen mayores antecedentes o experiencia. El peso de los antecedentes de militancia o influencia familiar ya había sido señalado por Graciela Di Marco *et al.* (2003:127), que encuentran un 60% de asambleístas entrevistados con antecedentes de militancia previa propia o de los padres. El hallazgo de "reservas de militancia oculta" acumulada por sucesión de fracasos políticos vividos anteriormente es en gran medida determinante de muchos de los procesos y las tensiones desatados por el proceso de movilización. Este stock de capital político debe consignarse exclusivamente en estado incorporado ya que casi todos fueron ex participantes o integrantes de organizaciones políticas o sindicales, es decir, juega exclusivamente en términos de *habitus* o experiencia transferible. Para ver el perfil, la composición del capital político movilizado, es muy importante el detalle que brindan los elementos cualitativos de las entrevistas.

1) El peso de la militancia "dura" de los 70 cuya presencia se extiende incluso... ¡a algunos participantes de los ahorristas! Hay una importante cantidad de referencias de los entrevistados acerca de la presencia de "viejos militantes de los 70" en las asambleas. Éstas se convirtieron en una instancia que permitió retornarlos a la participación luego de una laguna que duró décadas. El encuentro con estos viejos militantes tenía un impacto especial en los participantes más jóvenes.
2) Otra parte de la experiencia o los antecedentes de la participación están emparentados con las luchas antidictatoriales, por los derechos humanos y la democracia. Hay una cantidad de referencias a participación en marchas por los derechos humanos o contra la dictadura después de Malvinas.
3) Los desilusionados de la izquierda militante partidaria tradicional son también una categoría muy significativa. Es un tópico muy abordado por la investigación sobre las asambleas, especialmente por Ignacio Lewkowicz (2003), que hace patente el tema de la militancia bajo clivajes como "izquierda partidaria versus izquierda inorgánica o social", o bajo figuras como "militante sin partido" o "intelectual sin partido". También aparece entre varios entrevistados una suerte de reivindicación del militante espontáneo y del "construir más cotidiano".
4) Los militantes encuadrados en la izquierda y centroizquierda tradicional en casi todas sus expresiones partidarias fueron también protagonistas importantes, en este caso movilizando un capital político preexistente y plenamente activo.
5) La experiencia en las luchas sociales y sindicales de los 90 también es una vertiente mencionada como capital político previo. Es especialmente destacada la presencia de docentes y empleados públicos.
6) También se sumaron algunos participantes con experiencia en organizaciones sociales, comunales o barriales de carácter solidario.
7) Aquellos que carecían de antecedentes de participación e hicieron sus "bautismos de fuego" conformaron contingentes muy importantes. En ellos había algunas referencias a un ámbito familiar difusamente "antiperonista", y otras a cierto "radicalismo progresista" como todo antecedente de politización.
8) Por último, una categoría muy interesante que podríamos denominar "reconvertidos" que venían de puntos de vista muy reaccionarios o conservadores, que al involucrarse en la acción colectiva cambiaron las formas de percibir la propia posición ante los acontecimientos. "Antes del 19 de diciembre mi experiencia en marchas era en las marchas de Corpus Christi, jua, jua", decía una entrevistada.

Por supuesto que todo proceso de colectivización de capitales y poderes causales está atravesado por contradicciones. Entre las más evidentes se hallan las que provienen del manejo del dinero: el financiamiento predo-

minantemente voluntario y puntual indica una dependencia de los poderes causales económicos individuales, en cambio el financiamiento orgánico, es decir producto de las mismas actividades colectivas, indica inequívocamente la gestación de cierto poder organizativo, pero al mismo tiempo tensiones sobre su manejo, sospechas del imperio del interés personal, etc. En nuestra investigación de campo, la "colonización del espacio asambleario" por actividades lucrativas aparece mencionada en más de una entrevista. Los celos y conflictos, incluso económicos, entre algunos colectivos asociados a proyectos específicos estuvieron a la orden del día: desde el tironeo por el pago de la luz y el gas hasta la limpieza y los aranceles de los cursos que se dictaban en los locales de las asambleas. Éstas fueron, en buena medida, un canal de expresión y de valorización de diversos capitales educativos y culturales "excedentes", que no podían ser asimilados por las instancias institucionalizadas preexistentes ni encontraban valor en los mercados deprimidos. En Almagro y en el parque Rivadavia, las ollas populares al aire libre en las mismas plazas donde organizaban ferias artesanales llevaron a la discusión con los artesanos que decían que la olla les "espantaba a los clientes". Ni hablar de las ollas para cartoneros que hacían algunas asambleas y eran sordamente resistidas por otros vecinos.

Hasta la misma figuración ante los medios de comunicación o como oradores, "dueños del micrófono", hacía surgir la sospecha de intentar capitalizar individualmente la movilización colectiva ("figuretis", "caretones", "jetones", etc.). En el mismo sentido operaba la desconfianza sobre los militantes de partidos de izquierda: suscitaban la sospecha de "llevar agua para su molino", "manipular", "manijear", "hacer política del partido y no de la asamblea". Los intelectuales y los académicos que se acercaron a las asambleas también sufrieron denuestos o sospechas: el abuso de micrófono, la jerga abstracta "elitista", sospechas de manipulación, etcétera.

Ningún proceso de colectivización puede dejar de lado las contradicciones entre poderes clasistas individuales y colectivos. La colectivización misma es un proceso inherentemente clasista y también suele hacer estallar antagonismos internos.

En el transcurso de los procesos de colectivización no es raro que los criterios de división del trabajo en la lucha y la organización se inscriban en criterios típicamente "clasistas". Entre los ahorristas estafados, fue muy visible: los trabajos más pesados en términos de tiempo y dedicación eran destinados tendencialmente a los miembros de clases populares, lo mismo que el grueso de las movilizaciones callejeras, la obtención de recursos para los escraches, etc. En las asambleas, los jóvenes estudiantes tenían que hacerse cargo de las movilizaciones, el riesgo de represión en las marchas, tratar con la policía, etc. Se producen divisiones entre los que pretendían hacer el trabajo "intelectual" de elaboración de documentos, información,

difusión, representación y contactos, y los que "militaban" la asamblea e impulsaban proyectos sociales o culturales.

Los dilemas de la colectivización en las clases medias

¿En qué medida los intereses fundamentales de las clases medias que se basan en la competencia y la movilidad individual son incompatibles con la acción colectiva? Éste ha sido uno de los temas por los que el marxismo clásico ha opacado el papel de las clases medias.

Marx fue estableciendo la idea de un déficit constitutivo de clase para el campesinado parcelario que en los debates posteriores se fue generalizando al conjunto de la pequeña burguesía como una incapacidad integral de constituirse como clase: la clase media ofrece obstáculos insalvables a unificarse, a antagonizar y a luchar. Estas tres incapacidades remiten una a la otra dando lugar a un razonamiento circular, que incurre en la petición de principio: no se unifica porque no antagoniza, no antagoniza porque no está unificada, etc. Una y otra vez Marx afirma la incapacidad de organizarse como una característica emblemática del campesinado pequeño:

> Los pequeños propietarios arruinados se hallan siempre unidos por un interés común a los grandes terratenientes frente a la clase totalmente desposeída y frente a la burguesía industrial [...] carecen de poder para apropiarse de la gran propiedad de la tierra, ya que viven desperdigados, y toda su actividad y condición de vida les veda asociarse, lo que constituye la condición primordial de esa apropiación. (Marx y Engels, 1971: 419)

La imposibilidad de fijarse como clase independiente de los terratenientes para enfrentar a obreros e industriales y como clase con capacidad de acción frente a los terratenientes con quienes disputan la propiedad de la tierra muestra aquello de que la pequeña burguesía no puede representarse a sí misma y necesita ser representada, no puede constituirse por sí como polo en una lucha. Si la clase media no puede luchar por no estar unificada y no está unificada por su posición estructuralmente disgregada (el "saco de patatas" con que Marx comparaba al campesinado parcelario en *El 18 Brumario*), entonces no es cierto que la clase se constituye en la lucha. La fuerza de las coerciones estructurales anula de entrada la posibilidad de que las clases medias comiencen el proceso mismo de constitución de clase. Este tipo de déficit constitutivo se relaciona con la concepción de las clases intermedias como clases de transición que se disuelven al ir a contramano de la acumulación capitalista.

La clase media aparece como la depositaria natural del modo de vida

burgués en el cual "propiedad e individualidad son indisociables" (Marx y Engels, 1971: 264) y la defensa de la propiedad no puede ser una defensa colectiva: nadie va a salir a defender la propiedad de otros excepto cuando se vea amenazado el derecho de propiedad de todos. Parte sustantiva del poder causal de la propiedad económica es su autosuficiencia, su carácter monádico: la disputa competitiva en el mercado entre propietarios que se bastan a sí mismos dirime la distribución de la propiedad. El derecho de propiedad, el poder causal que reside en la libre disponibilidad y la libre contratación, es lo que garantiza la posibilidad de disputar oportunidades a expensas de la propiedad de otros. La colectivización (cartelización, oligopolización, etc.) está legalmente inhibida y simbólicamente condenada ya que el valor legitimador de la propiedad es por definición descolectivizador: el mérito individual como base del éxito individual. El individuo debe competir por los recursos disponibles exclusivamente con sus propios poderes causales enfrentando los poderes causales de los otros. En ello le va el mérito. El interés de propietario sólo puede ser legitimado simbólicamente por este mérito. El ascenso social, entendido como estricta estrategia de movilidad como logro individual, supone imposición de sus poderes causales mediante el esfuerzo, la capacidad y el mérito, que excluyen el concurso de poderes causales adicionales colectivos y la apelación a la solidaridad o cooperación de otros para este fin.[22] Como ya se dijo, este elemento opera justamente como diferenciador social fuerte: son las clases desposeídas de otros capitales y poderes las que están legitimadas para apelar a la colectivización de intereses y a organizarse en su defensa, aun cuando siempre puedan ser sospechosas de "corporativismo", es decir, de extraer ventajas indebidas de la acción colectiva o atentar contra el valor del mérito individual. Las clases medias, en tanto poseedoras de poderes causales individuales y aspirantes al mérito, justamente repelen la alternativa de la colectivización como sinónimo de debilidad individual.

En el siguiente recuadro aparecen algunos de los dilemas que trabaron los procesos de colectivización y organización de las asambleas barriales relacionados con las asimetrías internas entre capitales políticos y culturales y con la centralidad que asume la lucha interna por detentar el capital simbólico.

22. En este sentido el encubrimiento de las estrategias colectivas de maximización de poderes causales se convierte también en una estrategia permanente para las clases medias. Con excepción de las solidaridades familiares, las tácticas de *free rider* y aprovechamiento de poderes colectivos ajenos son celosamente encubiertas, ocultadas, disimuladas. Sólo la competencia y el mérito son admisibles como legitimadores de logro.

Las contradicciones del horizontalismo

Observadores y analistas tienden a considerar el horizontalismo como la gran novedad y el gran mérito de las asambleas barriales que surgieron en 2001-2002. El "horizontalismo" era entendido por los participantes como dos cosas: un rechazo a la verticalización que se plasma en el principio "todos pueden opinar, debatir y decidir"; y una celebración de la libre participación abierta, donde la información está disponible para todos. En la práctica el horizontalismo como principio organizativo supuso dos series de contradicciones.

a) *La contradicción entre deliberación y decisión*

El "horizontalismo" deviene deliberativismo. Entre los entrevistados, es universal la presencia de objeciones a la inocuidad de "hablar, hablar y hablar", dispersión, confusión, pérdida de tiempo, "vedetismo", "catarsis" y "desahogos personales". Sin embargo, por debajo de estas impresiones puede verse que las asambleas, con su caótico aluvión de palabras, la escucha atenta del otro para criticarlo y la desconfianza corrosiva, supusieron un efecto suspensivo sobre el predominio de cualquier capital simbólico anterior. Así, fueron verdaderas "trituradoras" de todos los marcos interpretativos anteriores: los "resabios noventistas y la derecha", los "dogmatismos y autoritarismos de la izquierda", las "cavilaciones infinitas del intelectual sin partido", la "superficial indignación del vecino común y su propensión a la comodidad", fueron sucesivamente incineradas por el deliberativismo asambleario. Si analizamos los reglamentos de funcionamiento que la mayoría de las asambleas elaboraron con esmero, vemos que intentan regular hasta los más nimios detalles tendiendo a neutralizar las posibles ventajas de capital cultural o político entre los participantes. Las cláusulas que fijan duraciones máximas a cada intervención y turnos únicos para cada orador intentan impedir que la mayor disponibilidad de tiempo de aquellos que se dedican al capital político (militantes de izquierda partidaria) vaya en desmedro de aquellos que tienen otras distribuciones temporales de inversión en otras formas de capital (educación, trabajo, familia). Se trata de evitar que las asimetrías en este tipo de capitales puedan tomar ventaja en el control del proceso asambleario (extendiendo sus intervenciones, no dejando espacio, valorizando más elementos retóricos en intervenciones individuales prolongadas, etc.). La asamblea funciona como espacio de desactivación de poderes políticos preexistentes y de "emparejamiento" o "nivelación" en el plano simbólico. La contradicción subyacente entre capital simbólico y capital político se transparenta con la "relativización del voto" y la preferencia por la unanimidad que se registró luego de unos meses. El voto es la mediación misma que permite iniciar la conversión entre la movilización del poder causal simbólico (puesto en juego en la deliberación) y el poder causal político, puesto en juego en la implementación de las decisiones votadas. "Si todos están convencidos, es mucho

más probable que haya más compromiso y que las cosas se hagan mejor", se escuchaba como nuevo criterio de unanimidad para las decisiones. Pero ello coloca a la extensión del debate como la vía más apta para alcanzarla, con lo que surge una paradoja: la extensión del debate reactiva el poder causal político, y los menos duchos o con menos tiempo y esfuerzo que invertir se van yendo, y volvemos al punto de partida.

b) *Contradicción entre decisión y acción*

El desbalance entre capacidades deliberativo-expresivas y capacidades militantes-ejecutivas se traducía en un problema muy inquietante para las asambleas: se decidían muchas más cosas que las que se pueden llevar a cabo. Se votaban propuestas para las que no se ofrecía una cantidad suficiente de responsables, generando sobrecargas y críticas como "aquellos que votan hacer una movilización y después no van". Los distintos colectivos intraasamblearios (comisiones, proyectos) tendían a autonomizarse de la asamblea como instancia central, produciendo tensiones y conflictos sobre quiénes eran los que debían decidir: si la asamblea plenaria o sólo los que participan decididamente en cada actividad.

La subordinación de la "acción" a la "deliberación" implícitamente propende a la desvalorización del "hacer" y de la militancia, a la que se ve con aprensión como intentando capitalizar para individuos o grupos políticos el espacio de la asamblea. La lucha y el esfuerzo tienen que pasar por el tamiz universal del desinterés para ser merecedores del reconocimiento: los que luchan y se prodigan por la asamblea deben hacerlo "anónimamente", es decir, sin sacar ninguna clase de ventaja ni de pretender usufructuar el reconocimiento colectivo. La idílica imagen de un militante sin ambiciones muestra el dominio de este criterio propio del poder causal simbólico: la no conversión ni la contaminación con otros tipos de capital. En este sentido la militancia "meritoria" queda completamente desprovista de sentido de poder. El riesgo de que una mayoría pasiva controle a una minoría activa se convierte en un escenario insoportable para los más comprometidos. Los menos comprometidos ven una "amenaza" de los grupos militantes de "apropiarse de un espacio democrático que es de todos". El horizontalismo da paso a una suerte de subrepticio intento de reintroducción de criterios meritocráticos: quién hace honor al horizontalismo y quién no, quién es verdaderamente asambleísta y quién no, quién tiene méritos militantes y quién no.

Sin embargo, a pesar de todo, la evidencia histórica indica que el individualismo refractario a la colectivización no deja de ser una fuente de movilización. Por más paradójico que parezca, existe la colectivización de la reivindicación del individualismo: resistir los obstáculos a la activación y valorización general de sus poderes causales individuales. Así, existe un ancho campo de legitimidad y propensión a la acción colectiva clasista

en defensa de todas aquellas condiciones asociadas a la libre disposición de capitales y poderes causales que permitan la movilidad a través de la competencia y el reconocimiento del mérito. La movilización de las clases medias va contra la intromisión y las regulaciones del Estado, contra los abusos de posiciones monopólicas de las corporaciones económicas, contra los poderes burocráticos y organizacionales que tienden a apropiarse y codificar la distribución de méritos, contra los poderes colectivos que tienden a cerrar oportunidades y mercados, contra la "competencia desleal", contra la libre disposición de cualquier forma de propiedad incluido el derecho a explotar libremente fuerza de trabajo, contra la libre circulación del capital cultural y simbólico, lo que supone que los sistemas de legitimación y reconocimientos no pueden subsumirse a otros poderes.

En definitiva, las clases medias pueden apelar a la acción colectiva desarrollando antagonismos hacia arriba (contra el Estado y la gran propiedad) como hacia abajo (contra los límites colectivos que las clases populares imponen a los capitales individuales) cada vez que son amenazadas las condiciones generales de su reproducción y sustentación de poderes causales individuales. Pero es claro que estas colectivizaciones no pueden ser sino defensivas ya que son reacciones ante amenazas, y transitorias, dado que su exclusivo objeto es reponer las condiciones para que la lucha colectiva no sea necesaria. La acción clasista sería entonces posible pero no como polo permanente de antagonismo con un contenido homogéneo sino dependiente de las amenazas a las condiciones generales de sustentación del recurso individual a los poderes causales, con oponentes cambiantes, y sin propósitos de estabilización y permanencia. La acción clasista en una estrategia de lucha de estos sectores sólo puede terminar en la restauración de una estrategia de movilidad que asegure la autonomía, la autosuficiencia individual de cada uno de sus poderes causales primarios: propiedad, educación, cultura y capital simbólico.[23]

Así, la colectivización tiene un carácter necesariamente flotante y discontinuo pero en cierto punto omnipresente. La posición entre polos asegura dosis altas de fricción a un lado o a otro.

Las fases de la autocolectivización

Si los poderes causales disponibles no logran encauzar el antagonismo

23. Los poderes causales secundarios o posicionales sólo pueden ser defendidos por reducción a los otros tipos de poderes. El capital burocrático es defendido de manera clasista en tanto reivindicación de su autonomía fundada en experticia técnica frente a la propiedad económica. El capital social y político de clase media es defendido de manera clasista como subordinado al capital simbólico y cultural ("ética pública", "ideas").

mediante la competencia y la movilidad individual apelando a los colectivos existentes, los procesos por los cuales se canalizan hacia la lucha tienen la característica de formar nuevos grupos, organizaciones y formatos de intervención. Es decir, la crisis de insuficiencia de poderes causales clasistas o la imposibilidad de éstos de enfrentar las acciones de los antagonistas desata un proceso de innovación social y política.

En este caso, de acuerdo con nuestro planteo, la colectivización clasista de poderes causales puede describirse en fases de complejidad creciente en la formación de movimientos sociales emergentes. A grandes trazos los podemos presentar como tres estadios.

1) *Agregados.* Son las formaciones colectivas producidas por simples sumatorias coordinadas de poderes causales movilizados individualmente. Básicamente es la aglutinación espacio-temporal de acciones individuales coordinadas o en paralelo, simultáneas o secuenciales, pero de estructura radial: aluvionalmente cada uno por sus medios converge en la acción común sin intercambios o relaciones horizontales laterales.[24] Cacerolazos, boicots convocados por la web, bocinazos, apagones, descuelgues telefónicos, etc., se prestan para este tipo de colectivización que tiene la ventaja de bajos costos transaccionales, y la simplicidad de comportamientos individuales de sumatoria. El objetivo excluyente suele ser básicamente el mayor número posible de participantes (masividad) y el éxito suele depender de la eficacia de la convocatoria y la difusión, lo atractivo del mensaje y las consignas, y el sentido de oportunidad para ajustar la demanda a un contexto y una coyuntura. Los medios de convocatoria suelen ser directos y sencillos[25] y el mensaje apela a lo que se llama alineamiento por "puente", es decir, no busca alterar el sentido común establecido sino plegarse a significados ya arraigados en los destinatarios.[26] Así, la colectivización por agregación tiende a "hacer puente" con descontentos o imputaciones de culpas "obvios" y generalizados. La esquematización del mensaje tiende a convertir en eslogan significados ya instalados en los destinatarios de la convocatoria.

24. En el campo de las luchas obreras el símil se corresponde con el ausentismo endémico, el tortuguismo e incluso el minisabotaje anónimo. La complicidad colectiva es sorda y muchas veces ni siquiera producto de alguna clase de deliberación. La misma acción individual suele convertirse en una suerte de guiño o mensaje que preanuncia un consenso tácito de confrontación.

25. Murales, volantes, altavoces, correo o teléfono en otras épocas. Ahora, la "política 2.0" y el carácter viral de costos reducidos para la propagación de información en la web benefician este tipo de iniciativas. Es claro que el efecto de propagación depende también de la capacidad de resonancia en otros medios e impacto en las agendas de opinión pública. Es decir, la web por sí misma no es generadora de nada.

26. Véanse estos conceptos operativos en la teoría del enmarcado interpretativo en Snow *et al.* (2006) y Chihu Amparán (2006).

Por ello este tipo de colectivizaciones comúnmente suele formarse a partir del rechazo o la oposición ya existente.

También ofrece ventajas en la medida del escaso y limitado compromiso de capitales individuales requeridos (tiempo y esfuerzo) y el alto grado de anonimato con bajos riesgos y costos de exposición. Muchas de estas formas de acción colectiva ni siquiera requieren contacto físico o visual con el resto de los movilizados. Los cacerolazos pueden incluso transcurrir en el ámbito privado del hogar doméstico. Los bocinazos se trasladan al ámbito público pero en un módulo del ámbito privado como el automóvil, minimizando los contactos horizontales. No hay riesgos derivados de la delegación de poder de decisión, desconfianza, traición de mandatos o desvirtuación de lazos representativos. No hay titulares o personificadores de la acción, ya que los grupos convocantes pueden ser muy reducidos y se limitan a realizar las acciones de difusión. El colectivo se convierte, por un lado, en público sin nombre que garantiza la participación y, por otro, uno o varios pequeños grupos, incluso a veces individuos, que están a cargo de la función de coordinación elemental que hace posible una acción o una serie de acciones puntuales. La continuidad temporal es incierta al no haber estructuras organizativas permanentes. Al carecer de instancias representativas, líderes o voceros y de instancias colectivas de elaboración de intereses o posiciones, terminan dependiendo completamente para su visibilidad de la capacidad de realizar acciones puntuales con impacto en la opinión pública y los medios masivos de comunicación. Eventualmente el crecimiento de la participación en los grupos puede encaminar la colectivización hacia las fases más complejas.

En este tipo de estructuración casi no hay contradicción entre la acción colectiva y el interés individual. Son formas de acción que usualmente alcanzan sólo para fines obstructivos acotados y en momentos puntuales. Muchas veces generan situaciones de debilitamiento de la legitimidad que brindan oportunidades que son aprovechadas por otros colectivos con poderes políticos y organizacionales más desarrollados.

2) *Orgánicos.* Un nivel orgánico de participación abierta da lugar a poderes colectivos que exceden la movilización de poderes individuales, pero que siguen dependiendo de las participaciones personales. La organización supone intercambio, reglas internas, gestión de recursos, toma de decisiones, y por tanto supone inversiones de tiempo, recursos y esfuerzo individuales superiores en cantidad y continuidad. El patrón de interacciones entre los participantes puede estar más o menos centralizado pero es predominantemente lateral, horizontal, reticular. Reduce el anonimato de las acciones. También ofrece mayor estabilidad, una escala de acción de temporalidad ampliada y comúnmente poderes de nuevo tipo desde la ampliación del capital social, hasta acceso a poderes burocráticos o políticos y distribuciones

de saberes, cultura y capital simbólico, que pueden reforzar o complementar los poderes causales individuales.

Aparecen los problemas del control, el consenso y la legitimidad con riesgos de conflicto interno. La cohesión interna depende fundamentalmente de la deliberación y la confianza horizontal entre los participantes. La congruencia entre el interés individual y la acción colectiva está en permanente grado de ajuste. La entrada y salida de los grupos está libre de controles o codificaciones, y por ello son orgánicas abiertas con pocos o ningún requisito de membresía o pertenencia. Puede haber o no voceros, representantes o líderes, pero existe la voluntad de fijar posiciones y darlas a conocer con cierta continuidad y capacidad de intervención. También existe la pretensión de que sea tenida en cuenta por los oponentes y terceros, es decir, de jugar algún rol en la coyuntura. En definitiva, son colectivizaciones que dependen de la voluntad individual de participación, ya que tienen débiles medios –o ningún medio– de estimular o coaccionar la cooperación y la solidaridad interna.

En general este tipo de colectivización está forzada por los bajos grados de apertura del sistema político y de oportunidades de participación institucionalizada. La autocolectivización espontánea y voluntaria se corresponde con altos grados de exclusión política, o directamente con órdenes represivos que hacen que este tipo de organizaciones puedan terminar siendo clandestinas o semiclandestinas. También se relaciona con el nivel de desafío simbólico. Si los cambios o aspiraciones que se profesan sobre un tema particular se alejan mucho de las ideas establecidas y el sentido común, y además no tienen receptores favorables en las instituciones y colectivos establecidos, entonces se plantea como necesaria una lucha continua, regular y larga en el tiempo, con un trabajo que incluye en buena medida un alineamiento de marcos más complejo que el "puente": el sentido común de los destinatarios es elaborado por extensión, por amplificación y por transformación de sus significados (Snow *et al.*, 2006). Es decir, se requiere un largo trabajo de movilización del consenso.

Si la organicidad limitada no logra desarrollarse como institucionalidad, no obstante en muchos casos tiene ventajas sobre la misma. Las "redes sumergidas", los contactos informales y la intensidad del compromiso y la participación pueden suplirla con ventajas y perdurar en su capacidad de movilización y acción. Sin embargo, es claro que este tipo de colectivización no puede aspirar a intervenir con eficiencia en el sistema político más que en coyunturas o momentos puntuales y dependiendo de la trabajosa estrategia de conquistar la opinión pública.

3) *Institucionales.* La colectivización alcanza un nivel de institucionalización cuando la participación orgánica se vuelve "cerrada" es decir, sometida a

normas y procedimientos y donde la lealtad y el compromiso identitario también se cierran en torno a regulaciones simbólicas fijas. Hay lazos representativos, jerarquías, representatividad, división del trabajo, líderes y disciplina. El colectivo no sólo es organizado sino institución y, por tanto, también puede requerir imperativamente o coercitivamente a sus miembros, además de incidir en la propia identidad individual haciendo posible cambios cognitivos, de prácticas, redefinición de intereses y demandas, proveyendo marcos interpretativos y orientaciones a la acción. En este nivel de colectivización los poderes causales individuales tienden a subordinarse al poder causal colectivo. Hay pautas de relacionamiento hacia afuera, definiendo aliados y contendientes. Los roles funcionales, la disciplina y la división del trabajo hacen que la subsistencia del colectivo se independice de la participación personal que cambia de forma y combina maneras directas y personales con indirectas y anónimas (votar, pagar la cuota). La entrada y la salida del colectivo están bien delimitadas y codificadas. Hay criterios de membresía, requisitos codificados de ingreso y de pertenencia.

La deliberación y el intercambio lateral horizontal se verticaliza y la cohesión depende del consenso y la confianza entre representantes y representados, líderes y seguidores. En este tercer nivel existe una elaboración colectiva acerca del colectivo y no una sumatoria de elaboraciones individuales convergentes: hay una definición colectiva de lo que se concibe como identidad y los ejes de disputa, un nosotros y un ellos cuya fuerza ilocutiva es decisiva sobre los individuos que participan del colectivo.

Este nivel de colectivización plantea de manera necesaria una contradicción entre interés individual e interés colectivo. Las organizaciones pueden llegar a ofrecer incentivos selectivos individuales específicos a muchos o algunos de sus miembros para resolver esta tensión que es permanente. El dilema del *free rider* y la presencia de ventajeros se hacen recurrentes y exigen estrictos mecanismos de control colectivo para evitar posibles procesos descolectivizadores.

El nivel de colectivización institucionalizado puede estar acompañado de alguna medida de reconocimiento legal o político, pero no necesariamente. Las organizaciones revolucionarias son generalmente semilegales o clandestinas y sin embargo alcanzan los estándares de colectivización orgánica cerrada.

Hay un staff, muchas veces profesionalizado, que se encarga de buena parte del trabajo organizativo y de gestión de recursos, y las convocatorias tienen un mensaje que tiende a una narrativa inscripta en identidades históricas y creencias arraigadas en los fondos culturales de la sociedad. Así, son depositarias de doctrinas, ideologías, o construcciones simbólicas muy bien definidas y que tienen puntos de contacto fuertes con los destinatarios, además de convertirse en fuentes identitarias para los miembros.

Cualquier individuo alcanzado por las insuficiencias de sus poderes causales clasistas y la necesidad de colectivizar sus intereses o aspiraciones se va a encontrar con diversas alternativas de estos tres tipos, a su vez en diferentes grados de desarrollo o maduración.

Las trayectorias que sigan los colectivos van a depender de las contingencias de la lucha. Si los conflictos o antagonismos son abiertos y permanentes, tienden al equilibrio de la relación de fuerzas, y por ello mismo los esfuerzos de cada una de las partes enfrentadas se dirigen a romper el equilibrio pugnando por desplazar todo el tiempo las fronteras de la opresión, la explotación y la subordinación, etc. En estos casos cuando los desplazamientos no alteran drásticamente las asimetrías la tendencia inevitable va a ser hacia la organicidad y la institucionalización, dependiendo del nivel de reconocimiento estatal, inserción en el orden legal vigente, etc. Si los movilizados en cambio plantean posibilidades de cambio en los ejes mismos de los antagonismos que tienen por base asimetrías muy marcadas, los colectivos tenderán a mantenerse como agregados inestables, redes sumergidas, dando lugar a alternancias entre períodos de actividad y de latencia, y cambios morfológicos y oscilaciones en la masividad y participación. Es claro que el eventual éxito en estas luchas produce mayores equilibrios y, con esto, las tendencias a la institucionalización.

Lucha y acción colectiva como prácticas clasistas

Los procesos de colectivización no pueden separarse tampoco de la generación de capacidades de cuestionamiento, confrontación y lucha, cualesquiera sean el o los terrenos elegidos para ella. Los colectivos ponen en práctica estrategias variadas para enfrentar a los antagonistas y modificar relaciones de fuerza. La movilización de sus recursos organizativos puede aplicarse al terreno político para cambiar determinadas reglas o decisiones, al campo del mercado para mejorar las capacidades de negociación de condiciones, al campo de la opinión pública para conquistar consenso, al campo organizacional para presionar sobre decisiones o implementación de decisiones, etc. Por ejemplo, las asambleas se orientaron a la opinión y la palestra política; los ahorristas estafados, en cambio, se centraron en los bancos y en el Poder Judicial; los movimientos de desocupados en el poder político y en las burocracias públicas a cargo de las políticas sociales; las fábricas recuperadas en el Poder Judicial por la tenencia de la fábrica y en el Poder Legislativo por las sanciones de leyes de expropiación.

Vamos a sostener aquí que los repertorios de protesta, las estrategias de lucha colectiva, también están atravesadas por condicionamientos asociados

a las disponibilidades de distintos tipos de poderes causales clasistas. Las estrategias, las metodologías de lucha y los formatos de acción colectiva pueden ser analizados en su correspondencia con los distintos poderes causales individuales movilizados y con el tipo de colectivización que produce cada organización y cada movimiento.

El movimiento de ahorristas estafados por el congelamiento y la pesificación de depósitos dolarizados, en su heterogeneidad interna, nos brinda un ejemplo bastante elocuente: cada grupo tendió a adaptar sus estrategias de acuerdo con las diversas composiciones de tipos de poder causal de que disponían sus miembros. Los que disponían de capital económico significativo (otras fuentes de ingresos, rentas, etc.) pudieron resistir sobre la base de esperar los fallos judiciales o un cambio político favorable (sin los costos individuales de colectivización de intereses ni del trabajo de generar poder causal político propio a través de la protesta). Los que también disponían de capital social, burocrático o experiencia política previa pudieron intentar generar capital político organizativo, de mediano y largo plazo, que patrocinara sus intereses (asociaciones, lobby legislativo, búsqueda de aliados poderosos, ensayo de opciones electorales).[27] Los que no disponían de capital económico ni de capital social y burocrático previo debieron generar poderes colectivos de pequeña escala y capacidad de presión con la protesta callejera y la resonancia mediática de los escraches a bancos y jueces.

El enfoque de los poderes causales permite captar qué reciprocidades, dependencias y asimetrías, qué conversiones, le dan cuerpo a la acción colectiva. Más allá de los contenidos reivindicativos de los intereses colectivos definidos, la misma acción colectiva tiene una textura clasista. A través de las formas de lucha se ponen de manifiesto las propiedades relacionales y estratégicas de los poderes causales colectivizados al mismo tiempo que se reflejan las debilidades de las de los poderes antagonistas.

Los quites de colaboración, el trabajo a reglamento y la huelga pasiva ponen de manifiesto la "dependencia" del capital; en cambio, el paro activo, la toma de lugares de trabajo, los sabotajes, la denuncia pública, ponen de manifiesto capacidades de reciprocidad. Los cortes de rutas de los movimientos de desocupados y las amenazas de alteración del orden público también dan cuenta de capacidades de reciprocidad sobre las autoridades políticas. El voto en blanco pone en acto la dependencia de los representantes respecto de sus representados, pero los escraches ponen en acto la capacidad de reciprocidad en el sentido de infligir daños políticos de desprestigio, pérdida de reputación, etcétera.

Los ahorristas atacaron la reputación y los nombres de los bancos, e inten-

27. El caso más conocido es el del grupo comandado por el actor cómico Nito Artaza, quien llegó a ser candidato a diputado por el radicalismo apoyado por un sector de los movimientos de ahorristas.

taron impedir su funcionamiento habitual mostrando sus poderes colectivos al servicio de efectos de reciprocidad. Sus estrategias judiciales de amparos combinadas con los bloqueos y escraches mostraron el concurso de la acción colectiva con un poder de acción en el espacio público para enfrentar los atributos de seguridad, protección legal y física del poder financiero. El poder de presión de la lucha callejera y la capacidad de bloqueo al funcionamiento cotidiano de los bancos y su desprestigio a través de los escraches en sus formatos paródicos de burla, fueron altamente efectivos combinados con la acción judicial de amparos. En el caso de los ahorristas estafados de Mar del Plata, lograron obtener éxitos resonantes: en su totalidad les fueron devueltos los depósitos en dólares confiscados.[28]

En este sentido, se puede hacer una lectura clasista de los llamados, en las teorías de la movilización de recursos, "repertorios modulares de acción colectiva", y sus cambios significan una modificación en los alcances de los poderes causales sobre todo en la dimensión de la dependencia y la reciprocidad: cómo alterar las bases de poder de los oponentes.

Para ver los atravesamientos clasistas de los distintos repertorios de acción colectiva puede partirse de la diferencia de fondo entre las clases medias y las clases populares a la hora de explicar las modalidades de acción colectiva y metodologías de lucha. La distinta configuración de poderes causales implicados en huelgas, cortes de ruta y escraches o cacerolazos es un buen punto de partida de un análisis clasista.

Para la clase obrera, la fuerza de trabajo asalariada manual, la movilización de poderes causales individuales para mejorar posiciones relativas (aumento de calificaciones o niveles educativos, movilidad geográfica u ocupacional) o para evitar empeorar en etapas adversas (bajar pretensiones salariales y de condiciones de trabajo) constituyen alternativas onerosas que compiten con las estrategias colectivas: bloquear los poderes causales económicos que explotan su fuerza de trabajo como forma de inducción a la negociación de mejores condiciones. El atributo de dependencia de los poderes causales económicos en las relaciones de explotación de la fuerza de trabajo permite el paso de una estrategia individual a una colectiva, así como el cese de la estrategia colectiva y la vuelta a la individual, apenas se satisfagan las aspiraciones y demandas o cuando la lucha sea derrotada y la colectivización no pueda ser sostenible hasta nuevas circunstancias. Las altas tasas de desempleo y la flexibilización de la relación contractual suponen pérdidas de dependencia y acentuación de asimetrías que se reflejan en una menor propensión a la estrategia de lucha colectiva.[29]

28. Sobre el caso particular de este grupo de ahorristas, véase Gómez (2009a, 2012).

29. La reducción de los conflictos gremiales, paros y medidas de fuerza sindicales (Gómez, 1997, 2009c) es, en cierta forma, compensada por una acción sindical que se politiza aceleradamente a través del recurso a la huelga general. La desocupación constituye un disciplinador

Para las clases populares excluidas del mercado de trabajo aparecen dos serios trastornos en la configuración de poderes causales clasistas: una parálisis completa de los poderes causales individuales (educación, movilidad laboral) que se vuelven inactivables y la ausencia de condiciones de reciprocidad mínima que hacen imposible una estrategia colectiva de bloqueo del poder económico, que goza de una total independencia con respecto a ellos.

Los movimientos de desocupados dan cuenta de la necesidad de ejercer la obstrucción de los poderes causales económicos a través del bloqueo de la circulación de mercancías y fuerza de trabajo, de manera combinada con la obstrucción de los poderes causales políticos e institucionales mediante la amenaza de alteración del orden y del desafío a las autoridades con los cortes de vías públicas (Pasquini y Remis, 2003; Massetti, 2004; Gómez, 2007). Los antagonismos con los poderes públicos conservan elementos de reciprocidad que no se observan en el mercado de trabajo: la preservación del orden público depende de las respuestas a las necesidades de los descontentos (planes sociales), brindando oportunidades para una estrategia colectiva de inducción a la negociación. Sólo el retorno al mercado de trabajo y consumo permite el reflotamiento de opciones de movilización de poderes causales individuales y el amparo de poderes causales institucionalizados (sindicatos).

En períodos de estabilidad, las clases medias disponen de poderes causales individuales a través de diversas formas de capital económico, educativo, social, simbólico y cultural que pueden ser activados en instituciones y mercados. Pero cuando la crisis desactiva masivamente estos poderes, la pequeña burguesía comercial, los profesionales independientes, e incluso segmentos directivos y jerárquicos de asalariados, carecen de opciones colectivas de obstrucción o desactivación de los poderes de sus eventuales antagonistas: no hay interdependencia con la gran propiedad y los bancos, ni tampoco con las instituciones políticas.[30] Además, los largos períodos de desafección por la política y la descolectivización de la vida social derivaron en ausencia de instituciones políticas o corporativas que colectivicen y defiendan sus intereses de manera estable. La parálisis masiva de sus poderes causales individuales, desatada por la recesión y el corralito financiero, dejó a las clases medias inermes, evidenciando la ausencia de poderes causales colectivos e institucionales de respaldo a los que acudir. Esta situación asume un paralelo con la de las clases populares excluidas: sólo la acción y la

---

sindical por abajo pero un radicalizador de posiciones por arriba. Véase también la relación entre huelgas generales y conflictividad laboral en Piva (2006).

30. La colusión entre los grandes partidos en torno a las políticas de ajuste y devaluación hace imposible también hacer valer el poder causal político del "voto". La independencia de la representación política de las preferencias de vastos sectores de clases medias afectados por estas políticas está en el origen de la llamada "antipolítica".

organización colectiva autogenerada podían brindar esperanzas. La buena sintonía inicial del movimiento asambleario y cacerolero con las movilizaciones piqueteras puede asociarse a esta especie de homología estratégica en los puntos de partida: estrangulamiento de opciones individuales y escaso o nulo capital organizativo y político previo.

Pero el repertorio que adoptó como preferido la clase media urbana descontenta fue el escrache. Su lugar dominante en el repertorio de aquellos días merece entonces un análisis de sus componentes clasistas.

La visión de las clases medias movilizadas acerca de la acción colectiva de las clases populares brinda numerosos elementos de diferenciación clasista y ayuda a entender la propia constitución del pequeño burgués como sujeto de acción colectiva.

El primer señalamiento que aparece en los testimonios como diferenciador respecto de la acción de las clases populares se relaciona con el capital cultural. En el piquete no hay claridad acerca de los que deben ser los blancos de la acción. En el escrache no hay confusión alguna: la acción colectiva la padecen exclusivamente los responsables, los culpables de los agravios. El escrache se autovalida como exacta identificación del responsable, como precisa determinación del blanco que evita los odiosos costos de "molestar" a terceros inocentes, o directamente no incurrir en lo que se imputa a los movimientos populares y al sindicalismo: tomar de rehenes a "ciudadanos inocentes", "hacer pagar a justos por pecadores", en vez de afectar a los verdaderos culpables. Este defecto del piquete está señalado en infinidad de testimonios y es atribuido a la "falta de conciencia", de "formación" ciudadana, de "cultura cívica", o a la "ignorancia" de las clases populares. El "déficit" educativo, cultural y simbólico hace que las clases populares, aun cuando actúen con motivos reconocidos como válidos, lo hacen de maneras "incorrectas", "contraproducentes". La combinación de "falta de educación", "necesidad extrema" y "desesperación" permite justificar los piquetes al mismo tiempo que mantener la objeción de "perjudicar al laburante". Incluso hasta en algunos testimonios de militantes juveniles que defienden al movimiento de desocupados ("piquetero") se formula una versión "política" del mismo argumento para explicar por qué no se hacen más piquetes o los que se hacen son "sólo para conseguir planes": *"No se dan cuenta de que caen en la trampa del Estado con los planes"*; *"El asistencialismo está muy fuerte ahora y los pone a dormir"*; *"Una vez que empiezan a negociar por los planes ya está... de esa no salís, ya no tenés margen para desarrollar una política propia"*, etcétera.

El piquete no está mal, pero le estaría faltando "conciencia". El contrapunto entre lucidez e ignorancia, tan extendido para marcar fronteras clasistas en términos de estilos de vida, también tiene un peso considerable en materia de lucha colectiva.

La "falta de educación" se convierte en "déficit de conciencia" y la "necesidad" en fuente de debilidad política y pérdida de autonomía frente a oportunistas y manipuladores.

Hay una persistente negativa a reconocer voluntad, conciencia ("agenciamiento") e incluso "racionalidad" en las clases populares. Aquí opera una notable paradoja: las protestas se legitiman en la necesidad y los padecimientos de quienes las realizan. Pero esa misma necesidad y padecimiento los coloca inmediatamente como sujetos no libres, no volitivos, manipulables y, por tanto, sus acciones están carcomidas por quienes las parasitan con fines espurios.[31]

> *El escrache perjudica al banco que nos robó* [...] *las huelgas de transporte o los piquetes nos perjudican a todos. A nosotros nunca se nos ocurrió cortar una ruta* [...] *nosotros queremos un país civilizado donde la gente honesta que trabaja no sea rehén de los bancos, los piqueteros o la clase política* [...] *Para mí, los piqueteros son unos vivos que se abusan de las necesidades de la gente pobre.* ("Federico", ahorrista platense)

Algunos asambleístas veían en las marchas nocturnas a la Plaza de Mayo un signo de no seguir enloqueciendo la ciudad durante el día y "no perjudicar a los laburantes". Las marchas de las clases populares de día y las de la clase media de noche asumen distintas valoraciones: la nocturnidad hace de la clase política y las instituciones "los únicos perjudicados".

La manipulación de las clases populares como contrapunto de las clases medias movilizadas se reitera, una y otra vez, de manera explícita o implícita. El papel de la conciencia en la decisión de participar en la acción colectiva es la base de su legitimidad: sólo las protestas que obedecen a rectas conciencias individuales libres ofrecen valor político.

La legitimación de la protesta reside en la decisión personal de participar: no hay obediencia, disciplina, fines espurios, dinero, "lavado de cerebro ideológico" o dejarse instrumentar. La impronta de "obligación moral" y genuina libre voluntad de sumarse a la protesta, la motivación consciente y no interesada, surgen una y otra vez como base de validación clasista de la acción colectiva.

El "cacerolazo" contra la "sordera" o el "autismo" de la clase política, el

31. Las acciones de las clases populares se representan fácilmente como producto de "sujetos de necesidad" que deben ser asistidos o "sujetos de derecho" que tienen legítimas demandas que pueden atenderse, pero nunca son percibidas como emanadas de "sujetos políticos" que pueden regirse por objetivos propios, enunciar sus preferencias respecto del orden social y adoptar estrategias aptas para luchar por ellas. Estos mismos marcos interpretativos acerca de las luchas populares son los que rigen en los medios masivos de comunicación (Gómez, 2009b).

escrache contra el ocultamiento de las responsabilidades, la invisibilización de los poderosos y la impunidad de los gobernantes, eran los dispositivos puestos en juego.

El escrache tiende a cancelar momentáneamente las intocables asimetrías de poderes; aparece como un intento de terminar con el sentido de invulnerabilidad que se escudaba en la frugal legitimidad del voto y las formalidades republicanas. De manera análoga, los escraches pueden ser tomados como un intento de perforar esta exterioridad, que en las calles del microcentro se literalizaba con los golpes de martillo contra los chapones de protección de las fachadas de los bancos. El blindaje físico de los bancos con los chapones en sus frentes era una metáfora del nivel de inexpugnabilidad de los dispositivos de la acumulación.

Los escraches personalizados, en domicilios particulares o en situaciones cotidianas, en escenarios públicos, muestran un inquietante elemento de poder colectivo: la inversión de la relación de indefensión y vulnerabilidad. En efecto, el escrache personal por sorpresa muestra la posibilidad de despojar, al menos transitoriamente, de los poderes burocráticos, económicos o políticos a los antagonistas tomados individualmente. La "calle", como escenario socialmente politizado repentinamente por la irrupción colectiva, desactiva temporalmente los capitales sociales, políticos y económicos. En la calle sólo rige la ley del número. Los poderosos que no pueden ampararse en la represión o en la fuerza quedan completamente inermes, y sus poderes causales no pueden ser jugados en esa situación. Incluso el intento de utilizar la fuerza disuasiva privada (amenazar, intimidar con armas o ejercer violencia por parte de guardaespaldas) o pública (represión policial) se revela como totalmente contraproducente.

El escrache es un modo de acción colectiva desafiante que se legitima en la imputación indubitable de una culpa, y su eficacia reside en que el acto de señalar al culpable es al mismo tiempo un castigo.[32] Es una protesta fuertemente performativa: su sentido se agota en la acción misma. Señalar esa culpa, hacerla visible, develar una verdad al evidenciar la responsabilidad, al mismo tiempo es condena y castigo. La espectacularidad del escrache aspira a lograr un desplazamiento óptico de la mirada pública, en un intento de sortear los conos de sombras y las cortinas de humo.

El objetivo más básico del escrache es la visibilización de responsables, evitando el efecto de dilución de responsabilidades y olvido. En este sentido, son repertorios que pretenden invadir fuertemente el campo de la visibilidad y de la memoria social, entrando en competencia con las agencias especiali-

32. Siguiendo la histórica consigna "Si no hay justicia, hay escrache", sostenida por la agrupación HIJOS (Hijos contra la impunidad, por la justicia, contra el olvido y el silencio) ("Escraches: 9 hipótesis de discusión", *HIJOS*, Nº 10, 2001, p. 36).

zadas en el recorte de lo visible, especialmente los medios de comunicación. Para los ahorristas y asambleístas, el escrache era una forma de poner en evidencia lo que todos los medios intentaban tapar. En este sentido, ambos movimientos colisionan y cuestionan seriamente el régimen de distribución "óptica" de las miradas públicas, estableciendo una diferencia con otros repertorios: mientras en piquetes o huelgas lo que se quiere visibilizar está puesto en los movilizados y sus reivindicaciones, en los escraches el acento está puesto en los destinatarios y sus ofensas, sus culpas. En piquetes y huelgas los destinatarios de las demandas son reconocidos como con aptitud legítima de brindar respuestas a los reclamos. En el escrache, en cambio, esa posibilidad es derogada por un acto de condena. En un punto, el escrache es una impugnación absoluta, una deslegitimación como contraparte, un puro acto de rechazo. En este sentido, el escrache también entra en correspondencia natural con el "Que se vayan todos", que define más que una demanda: los destinatarios son impugnados incluso como destinatarios legítimos de demandas.

El requerimiento fundamental del escrache es la buena individualización del blanco, el resto son aditamentos que pueden quedar a cargo de la espontaneidad y la creatividad de los descontentos. En muchas asambleas funcionaba como cacerolazo "focalizado" y visible. Una forma de *"hacer caminar la cacerola hacia algún lado"*, definía una asambleísta. La abundancia de blancos disponibles, sobre los que pesaba unanimidad de "condena" social, lo convirtió en la extensión natural del cacerolazo.

El escrache así planteado se aleja completamente de acciones orientadas por intereses o lucha por objetivos políticos. Un piquete o un paro sin demanda –puramente retaliativos o punitivos– quedarían automáticamente deslegitimados. A la inversa, un escrache en el que se solicitara alguna clase de reparación también correría serios riesgos de deslegitimación. El escrache supone un "desinterés" particular, un "ánimo genuinamente colectivo de justicia condenatoria", y no podría subalternizarse a la persecución de fines particulares de ningún tipo. El escrache es forma expresiva de la "indignación" como sentimiento que se corresponde a las clases "morales", que se diferencian necesariamente de la "desesperación" vindicativa que corresponde a las clases "necesitadas".

El escrache procura una respuesta, no tanto de los antagonistas, sino del público (que acompañe y "tome conciencia"), de los medios (que multipliquen el efecto condenatorio) y de los militantes (que experimenten nuevas formas de subjetividad).

La protesta y el compromiso fueron investidos de un significado de "autotransformación" crítica de la conciencia pequeñoburguesa. La acción colectiva no puede reflejar otra cosa que un cambio en la conciencia y se convierte fundamentalmente en un medio de cambio de conciencia.

La acción colectiva en la calle está al servicio del poder causal simbólico.[33] La participación en sí misma se ve como teniendo fuertes efectos sobre la subjetividad personal. Aquellos militantes que han pasado por situaciones de tensión y exposición en protestas callejeras son unánimes en reconocer la sorpresa de verse actuando de una manera que "nunca lo hubieran creído".

A su vez los escraches pueden ser analizados no solamente como intentos de penetrar en la invulnerabilidad simbólica (la "impunidad") sino en otros aspectos que hacen a los atributos de reciprocidad e implican movilización y disputa en término de otros poderes causales clasistas.

El escrache individualizado, "inmediato" y sorpresivo, deja en evidencia la inversión de una relación de fuerzas y la completa esterilización de los poderes causales clasistas económicos o burocráticos. Pero este tipo de escrache exprés, como lo definen los asambleístas, ofrece un elemento incipiente coercitivo y no sólo de expresión, denuncia, repudio. Ya no se trata de señalar y condenar, sino de lograr alguna clase de reacción o respuesta del destinatario: que abandone el lugar, que se mude de barrio, que se asuste, que vaya a la comisaría a hacer la denuncia, etc. El escrache incidental, al paso, en lugares públicos, sorpresivo, es una especie de ejercicio de un poder de ostracismo político, es decir, de un poder de suspensión de la actuación pública del sujeto que lo padece. Dirigentes y funcionarios, otrora encumbrados e inaccesibles, de postura soberbia y contumaz, son insultados, humillados,[34] mojados, escupidos y en algunos pocos casos, golpeados.

Pero a medida que la movilización colectiva se masificaba y mostraba su eficacia sobre la política y la opinión pública, diversos grupos de asambleístas y de ahorristas comenzaron a utilizar los escraches como herramienta de lucha por algunas de sus demandas materiales. Los bancos, los supermercados y las empresas privatizadas, verdaderos íconos intocables durante los 90, comisarías, hospitales y consejos deliberantes, fueron golpeados,

33. Los asambleístas de Almagro, por ejemplo, colocaban la olla popular, donde concurrían cartoneros y gente que vivía en la calle, a la salida del subte en plena avenida Corrientes *"para shockear a los empleados que vuelven del laburo"*.

34. En la ciudad de Mendoza, los asambleístas portaban un cartel aludiendo al poder del escrache: "Soy desocupado, no tengo qué comer. Soy político, no tengo dónde comer". Los escraches a algún gerente de Telecom en Rosario o a varios gerentes de bancos en Mar del Plata muestran esta inermidad de los poderes puramente económicos y burocráticos corporativos. No pueden lograr siquiera una adecuada protección policial, y las mismas megaempresas no atinan más que a "sacarlos de circulación" mandándolos a otras sucursales. Las crueles burlas públicas de que son objeto pueden marcar no sólo la pérdida de capital simbólico, sino una fuerte erosión de sus capitales sociales individuales. Una gerente del Banco Galicia en Mar del Plata fue escrachada ante las cámaras de televisión en su banco parodiando con ubres de vaca de utilería el cambio producido en su anatomía por una reciente cirugía estética mamaria. Los testimonios indican que tuvo que irse de la ciudad con su familia.

pintados, martillados, cubiertos de huevos. Pero estos tipos de escraches pasaron a ser definidamente estratégicos: se buscaba que bajaran tarifas, suspendieran cortes de suministros, refinanciaran deudas, devolvieran depósitos, renunciaran funcionarios, recortaran presupuestos y dietas de legisladores o ediles, esclarecieran crímenes, donaran alimentos, vacunaran a los chicos, etcétera.

Nótese que las tácticas de inmovilización bancaria, en términos de poderes causales clasistas, tienen como blanco uno de los atributos más importantes del poder causal de la corporación financiera globalizada y desregulada: la "movilidad" evasiva y misteriosa del dinero (Lewcowicz, 2002) ejercida por los bancos como "fuga" y amenaza de fuga. El escrache, entendido como asedio o bloqueo "inmovilizador" del banco, materializaba, aunque fuera de manera irrisoria y metafórica, un poder capaz de desactivar este atributo de "movilidad" irrestricta del capital financiero.[35]

La exterioridad de la política y la impunidad de la dirigencia, sus acuerdos contra natura, el permanente abandono de las promesas electorales, su cobarde atrincheramiento en las instituciones y su nula capacidad de respuesta a los reclamos también fueron vividos como una metáfora de la exterioridad y la inexpugnabilidad de la política y el Estado. En ambos casos, tanto para asambleístas como para ahorristas, el recurso a la acción colectiva beligerante aparece como estrategia frente a una situación de "desamparo", de "desprotección" o indefensión ante las fuerzas operantes en los campos de la política-Estado y del dinero-bancos. El escrache con el choque físico entre los colectivos y las instituciones del poder y el dinero se representa como un intento de quebrar esos límites, hasta ese momento infranqueables, y mostrar por fin su vulnerabilidad.

Alcances del poder colectivo de clase: poder situacional, institucional y sistémico

Salvo que creamos en la objetividad previa del mercado o la ley del valor como ordenadores suprasociales de las clases, la única forma de constatar el valor efectivo de un "capital", de un poder causal, es justamente con relación a su eficacia en una lucha. Por ello el capital económico más poderoso es el que comienza la mayor parte de las luchas: sólo devaluando capitales de la competencia, debilitando independencias de los explotados, minando autonomías burocráticas y políticas, vulnerabilizando consumido-

35. Y no tan metafórica: en Mar del Plata los ahorristas lograron cobrar algunos amparos porque acompañaban a los oficiales de Justicia con los mandamientos judiciales de pago e impedían con sus cuerpos que los camiones de caudales salieran con todos los fondos del tesoro del banco para evitar pagar el amparo.

res, conquistando nuevos territorios, etc., es como se valorizan sus tipos de capital. Porque actualizar el valor de los poderes causales implica desatar acciones conflictivas. La dialéctica del poder y la resistencia, la lucha en última instancia, es lo que reordena desde el punto de vista de la acción y la movilización el campo de diferencias y divisiones. Y esto es lo que nos introduce en la cuestión de los alcances y de las dimensiones de los poderes causales clasistas.

El proceso de colectivización - organización - lucha clasista se relaciona de manera directa con sus capacidades efectivas de intervención sobre el orden social y político, es decir, sobre las instancias que median y las reglas que estructuran los campos donde se dirimen las relaciones de poder y antagonismo. Los bajos grados de colectivización se asocian a debilidad y vulnerabilidad ante otros poderes colectivos en el campo político. La formación de clases, lejos de orientarse a estudiar cómo se forman grupos homogéneos, con identidades públicas definidas a partir de criterios "económicos", debe orientarse a cómo se adquieren, construyen o alcanzan eficacias causales crecientes sobre el orden social en su conjunto.

Vamos a desarrollar ahora una serie de conceptos que permiten captar los diversos alcances que pueden tener los "efectos de poder" derivados de los antagonismos de base clasista.

Acerca de los "efectos políticos de clase" Eric Olin Wright (1995c) ha hecho una elaboración interesante tomando como base los aportes de Robert Alford y Roger Friedland (1991) y la concepción tridimensional del poder formulada inicialmente por Steven Lukes (1985). Según Olin Wright, el poder político de clase puede ser clasificado según el tipo de efectos específicos de su accionar: situacionales, institucionales y sistémicos.

El *poder situacional* como mando y obediencia directos en interacción entre actores aún con resistencia y sin consentimiento. Logra decisiones o influencia y puede incluir no sólo consenso y autoridad legítima sino coacción y manipulación.

El *poder institucional*, que permite excluir temas, controlar agendas, canalizar por cauces institucionales previsibles, es conocido como poder negativo, el poder de descartar o no considerar, de imposibilitar. Es un poder más complejo que surge de la relación entre organizaciones formales o institucionalizadas.

El *poder sistémico* es el de imponer el sesgo mismo de las reglas que imperan haciendo innecesario controlar el comportamiento de los demás de forma directa o controlar las agendas institucionales. Proviene de la naturaleza de las reglas específicas del juego institucional y del juego que regula la interacción entre actores y entre sus poderes situacionales, dando las pautas generales o básicas que establecen sus alcances.

La lucha política suele reflejar en qué nivel de efectos de poder se plantea

la confrontación de poderes clasistas: progresista/conservadora (situacional), reformista/reaccionaria (institucional) y revolucionaria/contrarrevolucionaria (sistémico).

Es interesante observar también que estas tres formas de poder de acuerdo con sus alcances se corresponden con las fases más comúnmente reconocidas de cualquier proceso revolucionario (Skopcol, 1984; Moscoso, 1997).

La fase de la insurrección, de la soberanía múltiple, del poder dual, de la desobediencia civil, se corresponde con una disputa directa del poder situacional: ya no hay capacidad de mando directo sobre territorios, poblaciones, asuntos públicos, etc. Las autoridades y las clases dominantes ya no llegan a controlar el orden público, y las clases subalternas movilizadas con sus propias organizaciones logran bloquear, vetar, desconocer, e incluso eventualmente imponer decisiones. El "poder de la calle" y la capacidad "negativa" de la acción colectiva y la protesta[36] muestran sus cualidades situacionales no despreciables en el capitalismo democrático contemporáneo.

La fase de la transferencia y conquista del poder se corresponde con el alcance institucional. Las clases dominantes son desalojadas y el poder revolucionario reordena el campo institucional y estatal introduciendo nuevas agendas y exclusiones de temas. Pero esto no agota el alcance de los poderes causales movilizados. Solamente en la fase de transformaciones sociales y económicas se introducen nuevos sesgos sistémicos. La revolución se hace efectiva cuando altera la matriz misma de generación de poderes causales clasistas (cambia las relaciones de apropiación y de trabajo, cambia por su base las relaciones entre el tener y el hacer, inculca nuevos arbitrarios culturales y reglas de valor simbólico, etcétera).

El poder situacional de clase es el "visible" a simple vista. Las distribuciones desiguales de recursos para conseguir dominio e imponer decisiones a través de la financiación, la presencia en los medios de comunicación, del personal afín en los resortes de decisión estatal, en las candidaturas y cargos políticos, etc. Aunque usualmente las clases dominantes tienen una capacidad directa de conducción de la política que es desproporcionada, son los poderes institucionales y sistémicos los blancos privilegiados al alcance de sus poderes justamente porque tienen la especificidad del velamiento, la elusión de la fuerza sustraída al campo de visibilidad, la naturalización como rutinas, como lo dado, y por tanto son mucho más difíciles de combatir. A través del desarrollo de alcances sistémicos e institucionales las clases dominantes se ahorran la necesidad de la organización colectiva y la acción concertada dejándola para circunstancias críticas o amenazas graves. El poder es sistémico cuando logra moldear las preferencias e inclinaciones

36. En este aspecto véase el notable trabajo de Pierre Rosanvallon (2009).

de los mismos antagonistas, por lo que el poder causal simbólico es muy importante en el mismo.[37]

El carácter capitalista de la estructura institucional del Estado gira en torno a dos principios: 1) la lógica de "unificar a los dominantes" y "dividir a los dominados" (Poulantzas), y 2) los mecanismos de selección negativa (Offe) que excluyen tácitamente de toda lucha o controversia posible la gama entera de decisiones potenciales desfavorables. Con esto terminan ejerciendo "un poder sobre lo que no sucede más que sobre lo que sucede".

Hay dos grandes factores que tienden a fijar límites y sesgos dando el alcance "sistémico" a los poderes clasistas en el capitalismo.

1) Desde el momento en que el Estado depende de los impuestos a la actividad privada, tiende a excluir o limitar la toma de decisiones que afecten la acumulación y la generación privada de excedente.
2) Al omitir la organización de la ciudadanía sobre la base de intereses funcionales para acceder al poder político, la democracia electoral hace residir la representación en la atomización de las preferencias individuales demarcadas territorialmente, desagregando los intereses económicos.

El carácter sistémico del poder del capital económico fue señalado por Przeworsky: la sociedad entera depende de la actuación de los capitalistas a través del control de la inversión, de la que dependen las posibilidades de realización de los intereses materiales del resto de los grupos y del estado mismo. Los intereses universales futuros son encarnados por el interés capitalista en la acumulación. En el mismo sentido habían señalado Offe y Wiesenthal (1980) el carácter "monológico" de la definición de intereses capitalistas frente al dialógico de las demandas obreras.

Sin embargo, estos planteos todavía están bajo la égida de la objetividad de estructuras sustraídas a la lucha.

El poder situacional del capital usualmente carece de unidad, está atravesado por el particularismo y las contradicciones de sus distintas fracciones y por tanto es incapaz de generar un efecto consistente de conjunto por sí mismo. Esto dota a los altos funcionarios políticos y a las burocracias de cierta autonomía, lo que no obsta para que los poderes de clase se apliquen a la lucha por los recursos que deriven en incrementos de poder situacional pero también que haya permanentes condiciones para la redistribución de esos poderes a través de las luchas. Las clases subalternas en diversas coyunturas y etapas pueden hacer valer sus poderes causales en los campos

37. De aquí la importancia actual de la fusión de intereses económico-corporativos con medios masivos y globalizados de comunicación de masas. El gobierno de expectativas y de la imposición de "la realidad" a través del estricto control de la visibilidad (lo que se muestra y lo que se oculta) es lo que permite sostener determinados sesgos sistémicos.

políticos y culturales, imponiendo sus candidatos y muchas veces también sus políticas, por más que lo hagan de manera limitada y contradictoria. La situación del ascenso de la movilización popular y la conquista del poder político en América Latina de la última década así lo muestra. El poder situacional conquistado en las calles y en el desarrollo de formas de organización y movilización popular novedosas logró convertirse en capacidad de intervención política primero, y en poder de alcance institucional después. Es más controvertida la discusión sobre si estos gobiernos tienen alcances sistémicos, es decir, si han introducido transformaciones sobre las matrices de producción de poderes causales clasistas.

Pero también es necesario resaltar que los poderes institucionales o sistémicos no son caracterizados por sesgos unívocos sino contradictorios al igual que la compulsa de poderes situacionales. La idea de sesgo sistémico tal como la expresan Wright y los autores precitados adolece de "estructuralismo" y de la presunción de que hay cosas que están fuera del alcance de las luchas y los antagonismos, o que solamente luchas revolucionarias las pueden alcanzar. Pareciera que la lucha queda relegada a la dimensión del poder situacional en el que se personifican los adversarios. Así planteada, la idea de "sistema" niega la de lucha y estrategia.

La idea de poder sistémico es en cierto punto autocontradictoria, ya que la acumulación de sesgos monótonos en un sistema genera desequilibrio y seguramente diversos procesos contrafinalísticos. Los sesgos que introduce el poder sistémico nunca son monótonos y en un mismo sentido sino que también son contradictorios. Una misma clase puede beneficiarse o perjudicarse del mismo sesgo en diversos momentos del ciclo económico. Además, para asegurar el sesgo clasista del sistema se suelen utilizar toda clase de recursos contradictorios con ese sesgo (estatización de deudas privadas, seguros cambiarios gratuitos, emisión monetaria). Es decir, la defensa de sus intereses puede ser completamente paradójica respecto de las reglas fundantes del juego de la acumulación. Este último punto es importante: las clases dominantes juegan sin problema alguno incluso con la sacrosanta noción de propiedad privada[38] (pueden expropiar ahorros, usurpar tierras, subsuelos, etc.), con los subsidios y protecciones estatales, con las regulaciones cambiarias, etc. Los salvatajes al sector financiero privado, incluyendo estatizaciones de entidades, en este mismo momento en los capitalismos centrales, son muestras de que el poder causal de alcance sistémico nada tiene que ver con un contenido predefinido de un "sesgo", que no puede simplemente ser derivado o deducido de "estructuras" previas a la lucha y al antagonismo.

38. El apoyo a la reestatización de la petrolera Repsol en la Argentina por parte de un sector del empresariado nacional, e incluso de las patronales agropecuarias "enemigas" declaradas del gobierno kirchnerista, es una muestra de la imposibilidad de "sesgos" coherentes.

Hay que entender que las clases no son productos de sesgos sistémicos sino que son productoras de esos sesgos. Las clases con poder sistémico justamente son las que se sustraen a los efectos de los mismos: pueden alterar el derecho de propiedad de otros y la libre disponibilidad, el libre mercado, etc. El poder sistémico consiste justamente en estar más allá del sesgo impuesto, la autonomía perfecta respecto de las propias consecuencias de las acciones significa que el poder impositivo de reglas no puede atenerse a esas reglas.

Si por poder sistémico se cree en la existencia de una "regla", tácita o expresa, o principio ordenador coherente de validez universal (derecho de propiedad, libre apropiación y disponibilidad del excedente, libre mercado, etc.) para todas las prácticas y actores, esto no puede tener validez empírica. En esto Bourdieu está en lo correcto: el orden social es en sí mismo arbitrario y no puede tener ningún fundamento universal, derechos naturales, ni mucho menos "objetivado" en reglas, leyes económicas, principios de organización, etc. Las clases no son agentes de un orden, no portan "reglas estructurales", sino que en todo caso son capaces de generarlas siempre de manera inestable y conflictiva.

También podría decirse que la incertidumbre sobre el carácter verdadero del sesgo sistémico y la lucha por establecerlo es parte de la naturaleza del poder sistémico. Las clases dominantes son dominantes justamente porque pueden acceder a modificar los sesgos que ellas mismas pudieran haber establecido, no porque se someten a él. Y muchas veces están "obligadas" a intentar estos cambios porque las clases subalternas también desarrollan o pueden desarrollar capacidades de poder "sistémico".

En definitiva los poderes causales clasistas tienen que ser analizados en sus tres dimensiones cualquiera sea la coyuntura. El objeto de los poderes causales es generar estos tres tipos de efectos, de poder. La temporalidad de las luchas en sus dimensiones sistémicas, el ritmo con que se alcanzan estos efectos, dista de los que corresponden a las luchas institucionales y situacionales. Alternan procesos "revolucionarios" de agudización de antagonismos generalizados que condensan las contradicciones en coyunturas puntuales con lentos, trabados y parsimoniosos procesos de incorporación de nuevas formas de capital, de propiedad, de cultura, de organización y de valores. Todo indica que las luchas por controlar los sesgos sistémicos se desenvuelven caótica y parsimoniosamente al mismo tiempo. El papel de los movimientos sociales[39] en esta espasmódica temporalidad es central: son las formas de colectivización que se sustraen a los alcances de autoridades e instituciones las que cumplen un papel de piedra de toque sobre los sesgos

39. Con algunas reservas y prevenciones no pueden obviarse los aportes de Wallerstein *et al.* (1999) sobre los movimientos antisistémicos dentro de su concepción de capitalismo histórico y "sistema-mundo".

sistémicos sea en las coyunturas álgidas como en las luchas cotidianas, como "redes sumergidas", etcétera.

La geometría de los antagonismos supone que cuanto más desiguales son los poderes causales movilizados enfrentados más situacional se hace la lucha de los débiles y más sistémica e institucional la de los fuertes.[40] Cuanto más se equilibran las relaciones de poderes, los débiles pueden intentar dar disputa e incursionar en los planos sistémicos e institucionales y los fuertes, tener que apelar más a los situacionales.

Es claro que los recursos principales de poder causal de la burguesía se orientan a conseguir control de agendas y del juego general de condiciones favorables a la acumulación o de transferencia de costos a los más débiles sin necesidad de apelar al desgastante ejercicio del poder situacional. Por el contrario, son los damnificados por estas políticas los que deben esforzarse en la lucha ejerciendo poderes situacionales, uno de ellos es el poder derivado de la acción colectiva y sus impactos potenciales disruptivos. El recurso a la acción colectiva contenciosa supone convertir en situacional lo que para los actores poderosos es materia institucional o sistémica. Los movimientos sociales, a través de la acción colectiva, tienden a desanonimizar las causas, darles nombre y apellido, identificar culpables como forma también de desnaturalizar y poner en evidencia la relatividad de los sesgos institucionales y sistémicos. En este sentido la "lucha", en tanto reducción en acto a lo situacional del poder colectivo, asume la forma de "develamiento", de desnaturalización y desocultamiento de la invisibilidad de los modos de imposición institucionales y políticos. La acción colectiva erosiona la eficacia simbólica de la naturalización del orden. Las formas de lucha más efectivas son las que rompen la ilusión de "fuerzas" o fundamentos impersonales y suprasociales. El orden que oprime y explota deja de ser anónimo y quedan visibles e identificables sus agentes y soportes individuales o grupales.

En el mismo punto en que este develamiento se produce, también se abre la percepción a la relatividad y provisoriedad de todo orden y, de manera congruente con esa percepción, se hace posible la esperanza de cambio hacia otros criterios distributivos de poderes individuales y colectivos, de otros criterios de valoración y reconocimiento de los poderes de clase, etc. Los movimientos sociales a través de la visibilización operada por la combinación entre poder causal simbólico y acción colectiva disruptiva muestran las principales formas en que los poderes causales clasistas buscan acceder o al menos abrir a la lucha los "sesgos sistémicos".

40. En Wright (1995c) brilla por su ausencia esta dimensión. No hay casi menciones a los poderes de las clases subordinadas y sus luchas. Aparentemente sólo las clases dominantes tienen acceso a estos poderes de moldeamiento de la política. Curiosamente partidos, sindicatos y movimientos sociales, los principales vectores de poder de las clases subalternas no son contemplados en el texto sino de manera episódica.

Conclusiones

Podría decirse que este libro se ha terminado pareciendo a un diagnóstico y un tratamiento médico para un concepto moribundo. Quedará a juicio del lector si resultó una terapia quirúrgica, de desintoxicación, regenerativa, un paliativo engañoso que saca el dolor y oculta los síntomas, una resucitación de emergencia que permita ganar algo de tiempo, o simplemente una cirugía estética que le dé una mejor apariencia al enfermo. Seguramente no faltará el que piense "los muertos que vos matáis...", y también aquellos que lo consideren una autopsia o una prolongación innecesaria del funeral.

En cualquier caso, declaro bajo juramento que el intento de revivir la potencialidad analítica[1] del concepto de clase no aparecía en mis objetivos originales y fue producto de la "coerción estructural" propinada por las exigencias del material empírico que surgía del trabajo de campo sobre los movimientos sociales de 2001-2002 y que rebasaban las posibilidades analíticas del estado del arte en este campo temático.

Producto de esta circunstancia también se puede decir que se ha intentado hacer pasar la prueba ácida de someter el análisis clasista a dos de los temas (la acción colectiva, las clases medias) que más han padecido el eclipse de la categoría clase.

Al examinar críticamente los problemas conceptuales, el desarrollo y límites de la teoría de las clases y la teoría de la acción colectiva, vemos la "prescindencia" de la acción y la lucha por parte de la primera, y el desclasamiento ex profeso por parte de la segunda. La falta de espacios que dejan ambas analíticas obligaba a una reformulación teórica que los abriera. Las

1. Acá aparecen otras "metáforas médicas" menos dramáticas: ¡darle la "pastillita azul" al concepto de clase!

rémoras del estructuralismo en la teoría social, la despreocupación por el antagonismo en la TMR y la secundarización del poder y el énfasis cultural en la teoría de los NMS, encogían los alcances interpretativos a las visiones politicistas y societalistas, al decir de Emilio de Ípola.

Sin embargo, caben pocas dudas de que seguimos viviendo en sociedades clasistas, es decir, sociedades donde los procesos de diferenciación entre individuos y entre grupos no pueden separarse de antagonismos y conflictos que despliegan relaciones de fuerza y de sentido en torno a las condiciones materiales de vida.

Veamos en lo que resta del final cómo tomar el concepto de clase sin algunos lastres, qué problemas permanecen y qué perspectivas se pueden abrir en el análisis de la acción colectiva y la movilización social.

La especificidad de la perspectiva clasista: el concepto de clase recargado

Si fuera posible proponer un decálogo para esto, el primer mandamiento sería "No caer en la tentación de inventar «superficies» estructurales sobre las que dibujar distribuciones y grupos", o mejor: "No invocar la «estructura» en vano". Es decir, el pecado original de la programática clásica ínsita en el concepto de clase.

Describir posiciones dentro de un orden de inteligibilidad para explicar acciones en otro orden es como explicar lo móvil por lo inmóvil, lo variable por lo constante. No se trata sólo de "economicismo" ya que se puede considerar que el neoweberismo, muy en boga en los estudios de estructura de clases, en realidad propone nuevas superficies de inscripción "no económicas": honor social, estatus, cultura, extendiendo el campo y la naturaleza de las superficies pero preservando la lógica del análisis. El constructivismo contemporáneo o el posclasismo cercano al posestructuralismo, aun introduciendo criterios relacionales, no terminan de romper con una cierta epistemología del tener que explicar "agrupamientos" por claves que los preexisten.

La persistencia pegajosa de esta mecánica analítica se puede observar en la línea de trabajos de la CEPAL, que históricamente se ha preocupado mucho por los cambios en las estructuras de clases en América Latina, especialmente en lo atinente a las clases medias.[2] En toda su trayectoria de preocupaciones por el papel de las clases medias en los procesos de desarrollo, siempre toma al desarrollo como una completa exterioridad de tendencias económicas de cara a las cuales se analizan los procesos de cambios posicionales, distribuciones cuantitativas, cambios culturales, etc. Así,

2. Desde la década del 50 y 60 hasta la última década (Sembler, 2006: Filgueira, 2001, 2007).

lo que se ve de las clases es lo que deja entrever el filtro del enfoque económico sobre el desarrollo. El estudio de las clases parte de procesos como la globalización, la desregulación del mercado laboral, etc., que aparecen como ajenos al conflicto. El desarrollo se conceptualiza previo e independiente a las clases y luego éstas asumen relevancia frente a él. Las clases nunca se presentan como motores de conflictos o cambios.

El "interés", categoría central en la teoría de las clases tomado en préstamo de la añeja economía clásica con su fundamento utilitarista, se convierte en un comodín que hace las veces de concepto doblemente mediador espurio entre "estructura" y "agente" y entre "agente" y "acción". Los intereses eran una realidad social con fundamento presocial y explicaban el concepto de clase como explicativo, es decir, todo un concepto "mágico". Por supuesto que también le cabe la brillante objeción de Bourdieu contra las teorías de base neoutilitarista: no existe un interés material puro, todo interés está asociado a un valor. Ningún elemento de la economía o la política pueden disociarse del capital simbólico. El autómata calculador maximizador de la economía neoclásica o el marxismo analítico también depende de un juicio de valor sobre la superioridad de la racionalidad individual sobre la colectiva, la preferencia propia como siempre mejor que la de otros, etcétera.

En este sentido, "clase" termina siendo un concepto moderno que introduce largamente la reflexividad y la movilidad en la vida social pero su secularización teórica resulta trunca o incompleta ya que no remite a la "providencia" divina pero sí a "estructuras" o "leyes objetivas" que la disfrazan con ropajes "científicos".

La tirantez entre la modernidad osada de un sistema de diferencias "abierto" que permita la igualación y la libertad de desplazamientos (movilidad y lucha) y las ataduras de efectos diferenciadores "forzados objetivamente" no llega a resolverse nunca.

Tampoco el rasgo moderno de ver las clases como elementos históricos activos y de cambio se compadece con fuerzas objetivas o estructuras determinantes que están más allá, en un orden metasocial o presocial ("la ciencia", "la historia", etc.), del alcance de sus acciones.

Para un concepto moderno de clase las "estructuras" no podrían ser más que las coerciones que los individuos se representan como "objetivas" o toman en cuenta como condiciones fijas de su propia acción.

Pero una vez que abandonamos el *modus operandi* teórico que trabaja con jerarquías de realidad, con órdenes trascendentales (la acumulación, los mercados) desde el que se explican las realidades menudas (la movilización), el concepto de clase parece quedar impúdicamente desnudo, obligando a retornar a cuestiones fundamentales en una suerte de ¿pretensiosa? ontología de la clase. ¿Qué es o qué tipo de objeto designa clase? ¿Qué tipo de intelección se puede esperar de él sobre la vida social, especialmente sobre

la movilización y el conflicto? ¿Cuál sería la especificidad de un concepto moderno de clase?

El segundo mandamiento de nuestro irónico decálogo sería "No considerarás las clases como grupos". Las clases no son grupos, ni siquiera agrupamientos o agregados, formaciones sociales concretas o nominales de ninguna especie,[3] sino una perspectiva para analizar a todos ellos. La hipótesis es que, en la medida en que una sociedad es clasista, todos los grupos o colectivos concretos están bajo el influjo de su campo magnético. La clave clasista resuena en mayor o menor medida en casi todos los procesos de colectivización, agrupamiento, desagrupamiento, cohesión o fragmentación, en los que haya involucrado alguna forma de antagonismo en relación con las condiciones materiales de vida. En este sentido es un enorme error buscar la clase sólo en los grupos que se autodenominan clases o realizan invocaciones clasistas. Como veremos, la sociedad clasista es elusiva y cada vez son menos los que invocan la clase para conseguir sus objetivos clasistas.

Sin embargo, no todos los grupos concretos ni los fenómenos de colectivización tienen las mismas densidades clasistas. Son especialmente relevantes los grupos que se movilizan en torno a antagonismos, es decir, disputas por alterar propiedades relacionales de ciertos bienes cuya disposición permite dirimir luchas enmarcadas en relaciones sociales de explotación, opresión y subordinación.

La perspectiva de clase permite analizar y hacer inteligible la formación y las acciones de grupos y colectivos que se constituyen de manera específica como divisiones y antagonismo en diversas instancias: no solamente en organizaciones funcionales donde se disputa abiertamente poder y recursos materiales, sino también en grupos simbióticos de base afectiva como familias y comunidades, en grupos normativos como son diversos colectivos cívicos, religiosos o políticos, y hasta en instancias como los mercados de trabajo, de bienes o dinero que están bajo el imperio de normas y procedimientos anónimos con escasa o nula interacción. Las relaciones de antagonismo se propagan a través de hilos muchas veces invisibles entre todos estos campos, afectando agrupamientos y desagrupamientos.

Las movilidades y las luchas se esparcen también a través de todos estos campos en todas direcciones. Por ejemplo, las aspiraciones de consumo

3. Sería parte de una discusión más extensa, pero los usos sociográficos y estadísticos de categorías nominales de clase como constructos metodológicos para analizar censos, encuestas, etc., tienen un valor eminentemente descriptivo y pueden brindar elementos de juicio interesantes sobre evoluciones a largo plazo. También son contribuciones importantes los estudios sobre movilidad social. Pero en ambos casos opera de manera natural y acrítica la inscripción de distribuciones en procesos estructurales: las distribuciones poblacionales en clases es la variable dependiente que tiene que ser explicada por otras variables en las que las clases no intervienen.

y de bienestar pueden formarse en el hogar al contacto con los medios de comunicación, y manifestarse como un conflicto o una tensión entre padre y madre o entre hijos y padres por las decisiones sobre compras o gastos, o entre vecinos de una comunidad por envidias, pero condicionan las apuestas y tomas de posición en el trabajo, la predisposición a colectivizar reclamos o a abocarse a la lucha individual por un ascenso, incluso a tomar crédito bancario, votar en un determinado sentido, etcétera.

La crítica al programa clásico de "deducir" las clases y teorizar la lucha y la movilidad como resultado obliga a radicalizar los enfoques posclásicos que renuncian a las estructuras, se concentran en las prácticas pero tienen dificultades en incorporan el antagonismo y la lucha.

La perspectiva clasista de análisis supone el carácter móvil y aporético de todo emplazamiento, los agentes pugnan por salir de los lugares a los que los someten las coerciones y moverse a través de relaciones antagónicas ejerciendo los poderes de que disponen. El concepto de clase es, en esto, completamente paradójico y autoelusivo: es moderno en la medida en que los emplazamientos son objetos de lucha y movilidad, y no en la medida en que atan e inmovilizan a los agentes.

El tercer mandato teórico sería el de ser fiel al precepto marxiano "las clases se constituyen en la lucha". No hay que buscar antagonismo en las estructuras para explicar las acciones y la lucha, sino la negación de identidades que supone la lucha misma. La clase tiene la ontología de la movilidad y la lucha: negarse a ser negado. Nos enclasamos cada vez que negamos el lugar en el que nos ponen y que nos niega, o negamos el lugar en que se intentan poner otros y sentimos como amenazante. El no atarse al lugar, querer salir de él y poner a otros en determinados lugares es la esencia misma de la perspectiva clasista de la vida social.

En definitiva, hay que superar la secundarización y las dificultades de integración de la acción colectiva y el conflicto en la teorización de las clases. Es crucial recuperar el carácter dinámico del análisis de clase centrándose en los antagonismos, sacándolo de la problemática de distribuciones y estructuras, y relocalizarlo en la lucha y el conflicto.

La clase es la forma en que los agentes enfrentan individual (estrategias de acumulación y conversión de capitales, de competencia) o colectivamente (estrategias de lucha, organización, política) las coerciones que sufren por parte de otros agentes. Clase no sería la forma social (grupo) que asume una coerción estructural sino la forma misma en que los agentes enfrentan las coerciones, es decir, son prácticas de colectivización, lucha e intervención por el control de las condiciones de existencia material y simbólica frente a otros. La esencia de la clase no son las fuerzas objetivas que distribuyen determinados bienes relevantes entre agentes, sino lo que los agentes hacen con lo que tienen para incidir sobre esas distribuciones. Clase designa

el horizonte de prácticas de movilización de poderes causales individuales y colectivos sobre condiciones, circunstancias y acciones de otros agentes o los propios antagonistas, para fijar o disolver diferencias, reducirlas o ampliarlas.

Una perspectiva clasista tiene por principal intención situar las clases como elemento constitutivo de las sociedades contemporáneas y forma privilegiada de comprensión de sus características y procesos. Tal abordaje obliga a partir de manera rigurosa de su especificidad y la diferencia nítida que plantea frente a otros tipos históricos de diferenciación social. Clase es un tipo específico de organización de la diferencia y el antagonismo. Obliga también a abordar las consecuencias de esto en términos de tipos de acción y de tipos de conciencia que se pueden esperar.

El recurso a "estructuras" o "leyes de la historia" con efectos distributivos, propios del paradigma clásico de comprensión de lo social, nos desvía respecto de la especificidad del concepto de clase y lo que promete como ruptura en la intelección de lo social: las diferencias como sujetas a la lucha y no la lucha sujeta a las diferencias.

Es claro que los individuos entran al mundo social en circunstancias independientes de la voluntad, pero el concepto moderno de clase nace para abordar y entender lo que ocurre después, no para describir esas condiciones previas bajo "personificaciones" que permiten traducirlas a "acciones". Hay que evitar que la "tiranía de las circunstancias" se convierta pervertidoramente en una prescripción analítica, en un dictado ordenador.

Siempre es bueno meditar la cita de Marx como hace Bonefeld (en Holloway *et al.*, 2004: 35-68): "La historia no hace nada, no libra batallas ni posee enormes riquezas... es el hombre viviente el que sí posee y lucha [...] la historia no es más que la actividad del hombre persiguiendo sus metas". En este punto no hay ya mucho más que discutir, hasta algunos teóricos de la TMR afirman que "los movimientos y las acciones son las que «hacen» las clases que, desde ya, no vienen hechas" (Jenkins y Leicht, 1997: 370).

Lo importante del concepto de clase no reside en lo que lo aproxima a las formas premodernas de diferenciación social (estamentos, castas) sino lo que lo aleja de ellas. Si los hombres fueran clasificados por lo que tienen y se atribuye ese tener a estructuras o funciones preexistentes, se oculta lo que debe entenderse como fundamental del análisis de clase: lo que tienen o no tienen debe verse desde la perspectiva de lo que los hombres hacen con lo que tienen y también lo que hacen respecto de lo que no tienen. El hacer de clase siempre es un hacer contra las coerciones impuestas por el tener o no tener y por el hacer o no hacer de otros.

Tanto la lucha como la movilidad pueden ser encaradas como acciones estratégicas sobre las constricciones y acciones de otros individuos, grupos o clases. El principio nuevo que traen las clases es justamente la restitu-

ción de lo agonístico: la movilidad y la lucha, la no aceptación de ningún emplazamiento dado. La idea de lucha incluye la misma autonegación de la posición de clase, y por tanto la sociedad de clase es la sociedad de cambio, de secularidad, de apertura, de alternancia, de proliferación de diferencias y pluralismo.

Las clases no son grupos, ni artificios nominales para hacer inteligible algo oculto o difícil de captar, no son posiciones en un espacio definido por un patrón de distribución predeterminado, ni son agregados; tampoco son necesariamente identidades; son el horizonte real donde el hombre contemporáneo dirime sus relaciones de antagonismo, es decir, las relaciones donde se juega la negatividad del lazo social.

Diferenciación por clase no supone una jerarquía preestablecida sino que la misma jerarquía está sometida a luchas y es resultante de éstas. El criterio de clasificación clasista está sometido él mismo a las luchas de las clases. En este aspecto, la diferenciación clasista le da la razón a Furbank (2005) en el sentido pragmático de la mutua conveniencia: nunca hay diferenciaciones de clase irreversibles, irrevocables y definitivas, las fronteras siempre son materia de discusión y lucha ajenas a principios absolutos o cualidades consagradas.

Obsérvese que el papel definidor de la lucha y la movilidad en la constitución de clase obliga a revisar los supuestos naturalizados en torno a las teorías sobre la estructura social. Así como el joven Marx (1978: 36 ss.) se preguntaba por cuál es la especie que realiza mejor el principio que inspira al género, y por eso afirmaba que la democracia era la especie que daba cuenta cabal del género "forma política de Estado", es posible preguntarse qué estructura de clases realiza mejor el principio genérico de sociedad de clases, es decir de movilidad y lucha. Y ahí vemos que el esquema dicotómico básico de burguesía/proletariado es más imperfecto que el tricotómico. El esquema dicotómico justamente plantea explícitamente la supresión del rasgo de movilidad y deja solo el de lucha colectiva. El esquema dicotómico supone dos espacios sin transiciones entre ellos, o solamente de transiciones descendentes por la bancarrota de la competencia intercapitalista. Estos espacios dicotómicos suponen fuertes concentraciones asimétricas de poderes y por tanto la propensión a la agudización del antagonismo y a la negación identitaria mediante estrategias no clasistas de todo tipo. En el límite el esquema dicotómico piensa a la clase obrera no tanto como clase sino como una "contrasociedad" que está compelida a luchar colectivamente por el socialismo y la abolición del sistema de clases. El de tres clases incorpora la movilidad individual y no elimina la lucha colectiva. Sólo entre tres grandes posiciones y entre transiciones entre las mismas se puede pensar la no fijación de fronteras estables entre clases y la mejor realización del principio de clase cómo género de sistemas de diferenciación. Si aceptamos

esto, entonces las estructuras sociales tricotómicas y diferenciadas internamente son más perfectamente clasistas que las dicotómicas homogéneas internamente.

Conceptos para entender "clase" desde el antagonismo

Entender la relación entre las condiciones materiales y simbólicas de existencia con las condiciones de la movilización y las prácticas de lucha obliga a revisar y proponer un cuerpo conceptual para un análisis clasista de la acción colectiva.

Un primer punto de partida respecto del concepto de antagonismo es rechazar la solución de Laclau de circunscribir por principio teórico el antagonismo al discurso. Para nuestro enfoque el peso de los actos y la materialidad como exceso no simbolizable es tan o más importante que el discurso, en la génesis de los antagonismos. Las acciones de contenido clasista por supuesto que están necesaria e inevitablemente atravesadas por registros simbólicos mediante los que se dotan de sentido. Pero lo simbólico no es tampoco autosuficiente, nunca logra capturar lo real y reducirlo a sentido en toda su extensión. Los actos, la materialidad de los actos, no dicen nada por sí mismos (salvo para aquellos que creen en el acceso a un orden de inteligibilidad desde el que impostar "verdades científicas objetivas"), pero lo interesante de los antagonismos y la lucha es que no ponen en acto un discurso sino que ponen en discurso los actos. Las relaciones antagónicas siempre están en deuda simbólica con los actos de apropiación, negación, sometimiento, saqueo, manipulación, etc. El antagonismo podría decirse que es "real" y no discursivo en el sentido en que no puede nunca ser completamente simbolizado. Todo discurso en términos de antagonismo social se constituye también con relación a los actos o acciones no discursivas que lo validan. La negatividad social es algo que siempre está desbordando el límite de la discursividad.

El antagonismo es conceptualizado de manera completamente relacional. Son tres dimensiones relacionales las que permiten analizar el antagonismo: asimetrías, dependencias, reciprocidades. Sobre estas dimensiones abiertas ellas mismas a la lucha –y no fijadas a valores "naturalizados" como inherentes a la materialidad de bienes o derivados de estructuras– es que los antagonismos cobran dinamismo y oscilan entre tres figuras que plasman el antagonismo clasista: explotación, opresión y subordinación, que permiten acceder al campo de las relaciones sociales entre el tener y el hacer.

Las acciones de clase y sus colectivizaciones deben ser vistas como un obrar sobre esas tres dimensiones relacionales. La perspectiva analítica de la clase aparece cuando se trata de ver cómo las acciones individuales y las

colectivas de los agentes seleccionan y actúan en torno a disposiciones de bienes y a las propiedades relacionales y estratégicas (movilidad, transferibilidad, seguridad, controlabilidad, etc.) que asumen en diversos campos, a los efectos de variar asimetrías, interdependencias y reciprocidades. El blanco fundamental de toda acción clasista es introducir cambios en las relaciones tener/no tener y hacer/no hacer procurando accionar sobre los valores y los atributos estratégicos de diversos bienes, o de los criterios de asignación de valor en diversos campos e instancias mediadoras. La capacidad de afectar o modificar estas propiedades relacionales de diversos tipos de bienes (económico, educativo, cultural, social, político, burocrático, simbólico) las denominamos "capitales" o, mejor, "poderes causales clasistas".

De esta forma los bienes sobre los que gira la lucha no tienen un valor fijo o atributos predefinidos sino que, al estar sujetos a la lucha y a las relaciones sociales de antagonismo, tienen que ser analizados en su "elasticidad", no son inmanencias del objeto o recursos de poder sino un campo estratégico de disputa.

De esta manera se impone un nuevo mandamiento del análisis clasista: "Desterrar la idea de que la lucha de clases es una lucha cuantitativa por acumular algún tipo de bien valioso" o que la lucha es una disputa simple entre volúmenes de capitales.[4]

Muy lejos de esto, el concepto de conversión entre poderes causales ilumina el hecho de que las luchas clasistas buscan extender la gama de recursos con los que dirimen el antagonismo. Hay que erradicar el economicismo: la propiedad económica, cualquiera que sea, no cifra nunca su valor y su eficacia para la lucha en sí misma sino con relación a otros tipos de bienes simbólicos, sociales, políticos, educativos, etcétera.

Además atacando, neutralizando o potenciando los atributos estratégicos de los distintos tipos de bienes, la lucha clasista tiende tanto a incrementar volúmenes propios como a impedir el incremento o tratar de reducir los de los antagonistas.

Las luchas de clases no son disputas estrictamente distributivas sobre un bien cuyo valor se fija previo y externo a la lucha misma, sino luchas en torno a qué tipos de bienes y cómo fijar sus valores.

Las clases no luchan exclusivamente por las distribuciones de activos o bienes determinados, visualizados como valorables, sino también, y fundamentalmente, por el control de los contextos de activación y de valorización de esos bienes. Por tanto, debe abandonarse la idea de que determinadas

4. Ésta es una tendencia inevitable del uso sociográfico del concepto de clase: diferenciar población según volúmenes de capitales y, en el mejor de los casos en los estudios de movilidad, los cambios en estos volúmenes, donde el antagonismo y la relacionalidad desaparecen por completo.

luchas sociales, al estar lejos de ser económicas, dejan de tener bases clasistas. Poderes políticos y simbólicos generan reglas favorables a otros poderes de clase (llamamos aquí "poder" a la consideración conjunta de un distribución relativa de capitales y sus relaciones de activación con un contexto), generando para ellos capacidades causales y desactivando otros poderes causales oponentes.

Por consiguiente, en este dispositivo conceptual las condiciones clasistas de la movilización colectiva no tienen efectos necesariamente unificadores ni uniformadores en el nivel colectivo, político o cultural. Las luchas no necesariamente son llevadas a cabo por colectivos que se autoidentifican por sus posiciones económicas y pueden no organizarse en torno a identidades asociadas culturalmente a ellas, pero no por esto permanecer ajenas a una lógica clasista de dirimir asimetrías, dependencias y reciprocidades en torno al tener y al hacer.

Como corolario de lo anterior sobreviene un nuevo imperativo: "Desechar el privilegio analítico de la propiedad económica en general y de los medios de producción en particular".

No sólo que el capital económico actúa por intermedio de otros tipos de poder causal sino también que la "propiedad" misma en sus diferentes formas está sometida a una erosión-recomposición constante producto de las acciones clasistas que tienen por blanco sus principales atributos de seguridad jurídica, controlabilidad, transferibilidad, etcétera.

El planteo es firme contra el encapsulamiento teórico de las clases en la explotación, siempre asociado al antagonismo entre dos tipos de propiedad: fuerza de trabajo y medios de producción. La explotación no es una forma de antagonismo estable autoequilibrada sino que lleva todo el tiempo hacia la expropiación del hacer, bien mediante la opresión, bien mediante la subordinación, es decir, la estrategia del tener a cambio de la renuncia al control del hacer. La explotación es el centro volátil del antagonismo en las sociedades clasistas pero no puede explicarse nada sin sus deslizamientos hacia opresiones y subordinaciones.

Sin embargo, en este punto sobreviene el problema contemporáneo de la exclusión, un fenómeno social extendido con el capitalismo financiero globalizado de los últimos treinta años. Cómo conceptualizar la exclusión es una de las asignaturas pendientes en términos de análisis clasistas. ¿Es la suspensión o la derogación del juego clasista? ¿Es una expulsión de la sociedad clasista el hecho de no poder activar, movilizar poderes causales para participar del flujo del tener y el hacer? ¿Es posible caracterizar como antagónica una relación "no tener-no hacer" que es la que permitiría darle cabida conceptual al fenómeno? Hay mucho para pensar en este punto. ¿La exclusión del tener y del hacer significa puro cierre social y por tanto se sustrae a la lógica clasista y pasamos a las castas, los parias, etc.? ¿Es

una esterilización masiva de capacidades y poderes causales a través de los conocidos fenómenos de desafiliación y vulnerabilización? ¿La sociedad capitalista contemporánea puede estar dejando de ser clasista? Hay mucho para preguntarse y no por retórica.

Obsérvese que la economía ilegal, el delito, no puede leerse como subproducto de la exclusión sino como una articulación con poderes causales clasistas perfectamente integrados. En nuestra terminología hay un reingreso del "delincuente" callejero al flujo del hacer (ilegal, criminal) y el tener (apropiación) de la mano del ejercicio de poderes causales burocráticos y políticos tanto como económicos y comerciales. En todo caso podría decirse que el potencial de violencia y de propensión al riesgo que producen los procesos de exclusión es recuperado y aprovechado por poderes causales muy bien establecidos en organizaciones, mercados e instituciones.

Obsérvese también que las propuestas de "empoderamiento de la pobreza" y de movilización del capital social, que profesan desde hace años los organismos internacionales de crédito y ayuda económica, buscan en el desarrollo del capital social de los mismos excluidos las vías de retorno a la integración social.

Si los enfoques neoweberianos tienden a "societalizar" las clases como modos de vida, preferencias, orientaciones vitales y culturales, abandonando el conflicto y el poder, nuestro enfoque necesariamente tiende a rejerarquizar la politización y la cuestión de la hegemonía, plenamente de acuerdo con los planteos de Laclau.

En las sociedades democráticas, abiertas al antagonismo clasista, a la lucha y la movilidad, el poder causal político, el capital social organizado y movilizado colectivamente, es crucial en las reglas de distribución, activación, valorización de diversos tipos de poderes causales. La política es la condensación de los antagonismos y es a través de ella como se operan buena parte de los cambios en las relaciones de fuerzas. En este sentido, los postulados clásicos, sobre todo marxianos, se mantienen en pie. Es muy difícil entender la política fuera del antagonismo social y fuera de las luchas enclasadoras, reenclasadoras o desclasadoras. Por supuesto esto no significa tomar inmediatamente las clases como actores políticos, ya que rara vez hay actores políticos que de manera manifiesta y categórica se identifiquen como clases, sino utilizar la perspectiva de clases para analizar las acciones y los posicionamientos de los actores políticos concretos, es decir, interrogarse qué explotaciones, subordinaciones, opresiones se ponen en juego y qué tipos de asimetrías, dependencias y reciprocidades buscan ser alteradas a través del accionar político.

Es más difícil aún entender alguna lucha sin pasar por lo político. "Nunca olvidar lo político" podría ser un mandamiento importante también compartido por la TMR.

Pero las congratulaciones llegan hasta aquí. Hay varias cuentas pendientes.

Uno de los problemas más serios teóricamente es el atinente al conflicto político puesto que la experiencia histórica indica que los clivajes de lucha política más comunes en torno al cambio o las transformaciones sociales asumen una fisonomía polarizadora y dicotómica que no se compadece con la capilaridad de antagonismos y ejes de lucha a la que propende el esquema de análisis propuesto. ¿El conflicto político agudo que tiende a dividir la sociedad y desencadenar macrocolectivizaciones polarizadoras detrás de liderazgos o idearios puede ser explicado por algún eje de antagonismo? ¿Por qué lo político podría juntar antagonistas o separar grupos homogéneos en función de una lucha política "suprema"? Si la sociedad clasista es diversa, móvil y afecta a la proliferación de la lucha colectiva, ¿cómo puede ser que, cuando lo que está en juego son parámetros importantes del orden social de grandes implicancias clasistas, el enfrentamiento político tienda a una grosera división transclasista que afecta tanto sindicatos como movimientos sociales y elites? ¿Las macrocolectivizaciones políticas nunca tienen coherencia ni suelen estar alineadas en torno a algún antagonismo central?

Sobre el punto hay como dos respuestas extremas: el maximalismo de quienes finalmente pueden reconducir todo a la división primigenia capital/trabajo que siempre se terminaría transparentando en todo conflicto político agudo, o el minimalismo posclasista que ve a las clases con un papel contingente e incluso menor en la lucha política.

El esquema de conceptualización que proponemos se muestra solvente para trabajar sobre la trama de poderes causales movilizados y los antagonismos activados en determinada formación o colectivización política pero sería bastante inhábil para explicar el antagonismo político entre dos macrocolectivizaciones. Parecería que la dinámica de poderes causales clasistas involucrados en un macroconflicto político nunca alcanzara para explicarlo. El análisis clasista podría explicar bastante bien a los oponentes, pero no podría explicar la oposición misma.

Los temas de la hegemonía rondan la cuestión. Para el marxismo gramsciano las articulaciones de clases diferentes tienden a explicarse por un trabajo en la dirección cultural, intelectual y moral que trabaja sobre el sentido común, la tradición, las creencias y los fondos culturales de dominantes y subalternos. Pero ese trabajo seguiría siendo un trabajo simbólico "clasista". Para el marxismo revolucionario imperan las alianzas de clases, la complementariedad de intereses y la proximidad de objetivos. Mientras en Gramsci la macrocolectivización política sería "orgánica", para Lenin o Stalin sería "mecánica". Para Laclau no hay problema porque las clases no tienen un papel privilegiado en la política: los emblocamientos ponen de

manifiesto un antagonismo a través de la lógica de las equivalencias que carecen de cortes clasistas. El antagonismo es creado por el discurso del emblocamiento mismo sin que haya nada que lo preexista.

La noción de oportunidades políticas y las estructuras de movilización propia de la TMR hace que esto no sea un problema, la colectivización del consenso sobre un conflicto es el motivo excluyente de su accionar, pero esto tampoco puede explicar cuando los conflictos se condensan en dos campos tajantemente separados. ¿Es posible considerar que lo político es en un punto autónomo respecto de las clases y los antagonismos, y los puede sobredeterminar? ¿Las clases son la materia de la política? ¿La política explica más las luchas clasistas de lo que éstas explican la política? Si el conflicto político en torno a la transformación social es al menos en un punto irreductible a los antagonismos clasistas, esto significaría que las clases no son causas suficientes de explicación de los procesos de cambio social. Los procesos de cambio social que dividen las sociedades en antagonismos "políticos" se sustraen a las lógicas de la lucha clasista dándole la razón a Laclau. No hay forma de reducir la política a la lucha de clases.

Ahora bien, si las clases se forman en la lucha y el antagonismo pero no son grupos *per se*, ¿cómo concebir estrictamente la formación de clase? ¿Qué tipo de colectivización suponen las clases?

Lo primero que hay que aclarar en este punto es que la ya citada decadencia del análisis de clase por arrastre de la decadencia de ciertos tipos de colectivos "clasistas" significa no que hayan desaparecido las clases como principio operante sino que, en todo caso, se han "descolectivizado". Las opresiones, explotaciones y subordinaciones resultan en atomización, individualización, etc., que no quiere decir que no revistan significados en términos de poderes clasistas. Un "desclasamiento" de las identidades de los colectivos, en la medida en que los grupos que disputan fuerza y sentido no se revisten de simbologías y discursos clasistas, tampoco implica que se sustraigan a las relaciones de antagonismo sobre el tener y el hacer.

Lo segundo es que las colectivizaciones que emergen de cualquier antagonismo no tienen formatos predeterminados y dependen mucho del tipo de poderes causales oponentes que se enfrenten. La lucha de clases no se subordina al proceso de formación de clases sino que es al revés. El patrón de colectivización de los poderes causales involucrados en una lucha es generalmente diverso y contingente en sus resultados morfológicos y también sumamente matizado por las combinaciones necesarias de tipos de poderes causales distintos que hace falta movilizar. Las colectivizaciones también dependen de los tipos de conversiones de tipos de capital y la articulación entre ellos. Es evidente en esto la importancia del campo político en el impulso a la colectivización. Los poderes causales colectivos pueden convertirse en capital político y capital burocrático, pero también desde la acción política

y burocrática pueden impulsarse y favorecerse procesos de colectivización muy extendidos. Los partidos políticos y los sindicatos, en muchos casos tanto en Europa como en América Latina, provienen de fuertes impulsos estatales. Por ello la dimensión política también es crucial para analizar los procesos de formación de clases, es decir, los procesos de colectivización en torno a luchas y antagonismos.

Los procesos de formación de clase generalmente se han orientado a explicar el surgimiento y desarrollo de grupos u organizaciones concretas que asumen interpelaciones o posiciones de intervención pública con referencia a "clases" económicas o que pretenden encarnar directamente la representación y la voz de una clase (sindicatos, partidos, movimientos, etcétera).

Esto lleva a la tónica típicamente thompsoniana de subrayar el "active role of the working class in making itself" ("el rol activo de la clase obrera en su hacerse a sí misma"). Pero esta tesitura sin duda válida en línea con la idea de que la clase se forma utilizando patrones de acción a su vez clasistas, puede alejarnos del antagonismo y hacernos caer en la trampa de la homogeneidad y la cohesión: la clase obrera como formación social concreta con unidad interna. Este resultado no agota el alcance del análisis clasista. Las luchas colectivas pueden no terminar en identidades clasistas típicas, y sobre todo en colectivos homogéneos internamente. Incluso muchas veces las luchas son "clasisticidas", es decir, rechazan abiertamente la identidad de clase (feminismo, ecologismo o pacifismo) y no por ello están menos afectadas por las lógicas clasistas de asimetrías, dependencias y reciprocidades en torno al tener y al hacer.

La clase como categoría analítica que intenta captar fronteras, homogeneidades y diferencias estables, orden, termina encontrando movilidad y lucha. Intenta captar identidades y conciencia de clase y encuentra estamentalización, sexismo, racismo, etc. La formación de clase como clase que se forma a sí misma en torno a una identidad autorreferencial no da cuenta del conjunto de los procesos de colectivización. En nuestro enfoque "formación de clase" no equivale a explicar el advenimiento de un conjunto de formaciones colectivas homogéneas que sostienen una identidad clasista en los planos políticos y culturales. Formación de clase son los procesos de colectivización de poderes causales en torno a antagonismos alrededor de apropiaciones, interdependencias y reciprocidades.

Conciencia clasista y conciencia de clase

Los historiadores aceptan que la "conciencia clasista" no se presenta siempre en la historia. La manera clasista que los agentes tienen de entender su realidad, y la del orden social en que participan, es derivada de

luchas y procesos históricos complejos.[5] El gran historiador inglés afirmaba que "las sociedades precapitalistas no tenían una comprensión clasista de sí mismas" (Hobsbawm, 1973: 19). Pero ¿qué quiere decir esto? Es claro que estas afirmaciones apuntan a indicar algo más que las representaciones, los contenidos conscientes concretos, los nombres que les dan a los grupos o posiciones y cómo los pintan, qué criterios usan para identificarlos. Se interroga acerca de algo más básico, cuasifenomenológico: ¿qué está por debajo de cada una de estas manifestaciones concretas de la conciencia clasista? ¿Cuáles serían los invariantes generales de una representación clasista de la vida social?

Así es posible descomponer la cuestión de la conciencia en dos series de problemas conceptuales distintos: ¿qué tipo de matriz representacional, del orden de la reflexividad social, impera en las sociedades clasistas? y ¿qué significa que un grupo o series de grupos adopten una identidad y desarrollen una cultura y proyectos políticos basados en la pertenencia a una "clase"?

En el sentido de la primera pregunta, la conciencia de clase que nos interesa no es la de los grupos que la invocan sino el horizonte de prácticas y marcos cognitivos y perceptivos donde estas invocaciones son productivas. A pesar de que las prácticas, las tomas de posición, las elecciones, las luchas, los discursos, son siempre producto de grupos u organizaciones, la clase alude a individuos en tanto sus condiciones de existencia como tales están más allá de ellos mismos, es decir, como individuos que deben dar respuestas a otros a quienes "clasifican" con relación a sus condiciones de existencia.

La forma general "primordial" de la conciencia clasista es la clasificación de individuos como perteneciendo a "conjuntos" según criterios atributivos que establecen relaciones de diferencia, separación y antagonismo con el mismo clasificador. La conciencia clasista es aquella forma de percibir la vida social mediante esquemas que ponen en relación las condiciones de existencia entre clasificador y clasificado. La conciencia clasista es obligadamente relacional: ninguna posición propia o ajena tiene sentido sin trazar alguna relación con cada una de las otras. La enunciación clasista, el enclasamiento propio y ajeno, es fuertemente performativo y lo inscribe lisa y llanamente en el plano de la práctica, de la acción recíproca.

Las clasificaciones de "clase" posicionan las propias condiciones de existencia respecto de otras similares frente a otros en la totalidad del orden social, y no en una instancia particular. Clase en tanto recurso cognitivo alude a una fenomenología que tiene una espontánea inclinación "totalis-

5. Cabría preguntarse si en la sociedad del capitalismo posindustrial sigue existiendo una comprensión clasista como parece preguntarse Jan Pakulski (2007) y los partidarios del *posclass analysis*.

ta" u "holística" de poner en relación la propia posición con el conjunto del orden social.

Un punto importante es que esa relacionalidad en referencia al todo es vista como impersonal y anónima y así el sujeto puede incluirse con otros en la misma posición de la que excluye a otros y verse como excluido de posiciones junto con otros. Las coerciones, esta exterioridad respecto de la voluntad, son representadas comúnmente como acciones de otras clases pero no consideradas como de individuos-personas. El carácter impersonal de la clase es fundante de su potencia performativa: las acciones que pueden ser concebidas en este marco de intelegibilidad no tratan de cambiar individuos sino las relaciones entre ellos.

La visión clasista es entonces fenomenológicamente "objetificadora", en tanto clase nos vemos como objeto de las acciones de otros[6] y a los otros como objeto de nuestras acciones.

Vale hacer aquí una digresión. La noción de "clase" participa de la dimensión simbólica que define el papel de la construcción social de la "objetividad". Cuando un poder puede ejercerse haciéndolo pasar como "objetivo", es decir, como respondiendo a una necesidad independiente de la voluntad de los sujetos, más poderoso es. La apariencia de independencia de las acciones respecto de los demás es lo que convierte a un poder causal clasista en más poderoso e inapelable. En este sentido, la "objetividad" del poder, su aparición como inevitable, el hacerlo aparecer como abstraído de las condiciones de la lucha, es materia de una pugna simbólica. La realidad objetiva tiene que aparecer "legitimando" *per se* determinado poder. En torno a la objetivación de los poderes causales –sustrayéndolos a la lucha misma– se desata una pugna de sentidos y prácticas significantes para "usurpar" el lugar de la objetividad. El marxismo, con su búsqueda de "nuevos sujetos" que respondan a "procesos estructurales" que los justifiquen, los teóricos neoconservadores con la sociedad del conocimiento y la tecnoestructura, "la revolución managerial", muestran estos intentos de "objetivar" instancias o procesos que las legitimen como "clases ascendentes" por una imposición "natural", "inscripta en los hechos de la tecnología" o en "leyes económicas", etc. Este dispositivo no se altera en los enfoques deconstruccionistas o "posmodernos" del "pensamiento débil", en el cual la "objetividad" se desmaterializa y es remitida al plano de la cultura, el consumo o los medios masivos, en los que la figura de sujeto es imposible. No cambia mucho que en vez de "nuevos sujetos" haya "individuos" disgregados o "tribus urbanas".

Los mecanismos de cierre social suelen apoyarse en manejos de esta objetivación, de estos intentos de naturalización de "fuerzas" más allá de las contingencias del antagonismo. La idea de "coerción estructural"

6. Quien vio esto muy claramente a nivel filosófico es Jean-Paul Sartre: "La mirada del opresor que nos objetifica indiferente es la que nos hace sentir un nosotros".

(o "posestructural") también forma parte de la disputa "simbólica" entre clases. Es necesario hacer jugar a favor de la propia causa misteriosas fuerzas impersonales que exceden a individuos y grupos, como forma de encubrir los propios poderes causales y así aumentar su eficacia merced a su invisibilización.

La forma básica de una percepción clasista de la vida social presupone que esta relación entre condiciones materiales entre clasificador y clasificado es "objetiva", es decir, está más allá de las voluntades individuales y obedece a un orden que excede a ambos. Pero esto abre la lucha por establecer la "objetividad", las bases firmes desde donde los sujetos pueden afirmarse y negarse mediante su tener y su hacer. Los desafiantes ponen en cuestión las objetividades consagradas como fijas por los dominantes (llámese mercado, seguridad jurídica, moral, etc.). La disputa simbólica y práctica por la objetividad se hace en torno a las diferencias naturalizadas como "inmodificables", que pasan a ser "relativizadas" tanto en el discurso como en la acción. Los efectos de conciencia de las luchas obligan a reobjetivar, reenclasar, reclasificar y resignificar.

Las luchas clasistas, las movilizaciones de poderes clasistas, cualquiera sea su resultado final siempre suponen una disputa en la imagen de la sociedad sobre sí misma.

Hay que destacar que la forma clasista de percepción de lo social, el marco de comprensión clasista donde las diferencias y los antagonismos se arman en torno a sesgos por coerciones impersonales de efectos asimétricos, permite legitimar la lucha y la movilidad sin atarla a otras coerciones fijas (morales, religiosas, tradicionales, sexistas, etc.). Las coerciones impersonales al formar parte del dispositivo clasista se convierten en abiertos a la lucha, la movilidad y la discusión de su legitimidad. La clase abre la perspectiva de la no aceptación del intento de fijar las diferencias mediante criterios ajenos al tener y al hacer. La conciencia de clase entiende el mundo social como posiciones y relaciones exclusivamente pautadas por el tener y el hacer, repugnando cualquier interferencia. Sin embargo, en el mundo de los antagonismos los intentos de cierre social sobre criterios exteriores de cualquier tipo son moneda corriente: el sexismo y el racismo impregnan las relaciones de antagonismo y tienen importante papel en la explotación de la fuerza de trabajo y en el despojamiento de los pueblos colonizados. Pero por eso mismo las luchas contra las asimetrías sexistas y racistas son luchas típicamente enclasadoras: remover criterios ajenos al tener y al hacer que aumentan las asimetrías en la apropiación. Por eso, la conciencia clasista de lo social podría verse por definición como anticonformista e igualitarista de modo análogo a que lo es la democracia.

Por eso la problemática contemporánea de la exclusión es estrictamente desclasadora: los que están fuera están desprovistos de toda fuerza para

participar en las relaciones coercitivas, no pueden participar del juego clasista de las relaciones de fuerza, y en este sentido son supernumerarios, no-clase; frente a ellos el límite tiende a convertirse en fijo. No se trata de un criterio extraclasista para aumentar su explotación u opresión sino al revés: la exclusión se convierte en estigma o criterio extraclasista. De nuevo hay mucho para pensar en este punto.

Ahora bien, la conciencia clasista como tipo de comprensión específica de las diferencias es algo distinto a la conciencia de clase como colectividad identificadora. Es decir, hay que contestar la pregunta sobre la clase como contenido identitario de la conciencia de los agentes. ¿Cuáles podrían ser las bases simbólicas de una identidad clasista? O también utilizando la feliz terminología de Laclau, ¿qué significa un exterior discursivo clasista?

La importancia del discurso clasista en tanto constitutivo de identidad asumió una significación histórica extraordinaria y no puede separarse fácilmente de grandes procesos históricos revolucionarios, de acción y de organización colectiva. La potencia simbólica de la burguesía como identidad social y política fue completamente empalidecida por la alcanzada por la clase obrera hasta pasada la mitad del siglo XX. Pero el discurso clasista como exterior constitutivo de una identidad no se corresponde con la idealización de la "condición obrera"; la antropología no puede transponerse como política.

La fuente de identidad desde ya no es el ser víctimas de opresión y de explotación sino la solidaridad que se demuestra en la lucha para salir de ella. Obsérvese que el paso de "proletario" a "obrero" o "trabajador" supone un deslizamiento nominativo desde el mero no tener al hacer.

La potencia simbólica de un exterior discursivo que le otorga al proletariado un valor histórico, moral y político extraordinario, como la utopía socialista, puede convertirlo en bases para la identificación colectiva, en tanto que encarna la abolición de todo sistema de diferenciación y la emancipación misma de la humanidad. La odisea de la clase, la redención de clase, la convierte en capital simbólico colectivizable y dador de identidad y de proyecto político. Si todo esto se bendice por la cientificidad, las fuerzas históricas, leyes del desarrollo, etc., aún mejor. Antes había ocurrido lo mismo con la utopía liberal y la burguesía que asignaban a la libertad de la propiedad privada la esperanza de progreso y bienestar. También las religiones asociadas al poder de la Tierra ayudaron al fomento de identidades campesinas en las luchas anticolonialistas. Es decir, todas las identidades clasistas convierten a las clases en dueñas del futuro o del destino venturoso de la sociedad toda. Los exteriores discursivos clasistas tienden a universalizar el papel de la clase en la historia y a sentar las bases de una legitimidad del mando sobre la dirección del conjunto social. Las clases tienden a verse como el centro de la humanidad toda y desde allí reclamar mando político.

Pero la experiencia histórica indica que la eficacia simbólica de la clase como colectividad dadora de identidad, la conciencia revolucionaria, tiene su máximo desarrollo en las fases iniciales de nacimiento y ascenso, cuando carece de poderes colectivos políticos y culturales. La movilización de recursos simbólicos parece ser fundamental cuando no se cuenta con nada más que el descontento o la desesperación, y los procesos de colectivización son fuertemente "simbólicodependientes".

Pero los resultados mismos de la lucha llevan a la paulatina acumulación de recursos de otros tipos, especialmente los referidos a la lucha política electoral parlamentaria. En ese punto el antagonismo de clase requiere capital simbólico, exteriores discursivos, que no apelen exclusivamente a la "clase" como ocurre con la burguesía una vez que se derogan privilegios y se liberaliza el derecho de propiedad, o con la clase obrera una vez que se universaliza la organización sindical y la participación electoral, o el campesinado colonial una vez que se declara la independencia y se obtiene el acceso a la tierra. En la mayoría de los países europeos el socialismo se inclinó al multiclasismo y a no colisionar con la colectividad identificadora de la nación, ni con el imaginario democrático. El liberalismo como exterior discursivo de la burguesía intentó hacerse popular también invocando a la nación, y en Italia y Alemania, hasta el credo religioso comienza a integrar su identidad política como colectivo de referencia de la burguesía y la pequeña burguesía (democracia cristiana).

Las más potentes invocaciones identitarias enarboladas por los discursos de los colectivos de bases clasistas pasaron del proletariado a "trabajadores", "pueblo", "nación", o ideales: "socialismo", "liberalismo", "anarquismo", etc., pero no clases. En Alemania la socialdemocracia se agregó "alemana" al nombre, evitó el obrerismo, e incorporó el ideal democrático luego de la insurrección espartaquista. Los bolcheviques evitaron el nacionalismo pero interpelaron al campesinado, lo incluyeron en su simbología y, a través de la figura del soviet, esquivaron una identidad clasista pura. Durante la guerra contrarrevolucionaria en cambio agitaron sin ningún inconveniente los sentimientos nacionales que acompañaron luego la construcción del socialismo en un solo país.

El Ejército Rojo en China, el extendido nacionalismo antiimperialista latinoamericano, la Revolución Cubana, el sandinismo, etc., incorporaron a la nación como principal exterior discursivo de las bases campesinas y obreras movilizadas. El peronismo rehuyó completamente de una identidad "laborista". Las idealizaciones de clase luego de las fases iniciales de la lucha parecen no servir bien a las clases movilizadas.

Laclau (1987) mostraba brillantemente que este tipo de discurso "clasista" rompía la cadena de equivalencias y facilitaba su inscripción en la lógica diferencial de la institucionalización de reclamos parciales, causando

el posible aislamiento y la falta de proyección política de la movilización obrera.

La clase es un horizonte para la práctica política y el discurso performativo. Pero que tales prácticas y discursos tengan por contenido identitario una "clase" y una serie de organizaciones homogéneas en su composición es una posibilidad entre otras. Un espacio de lucha atravesado por diferencias móviles parece ser buen hogar para articular identidades y creencias diversas. Las clases no son nada vergonzosas a la hora de utilizar escudos simbólicos y colectividades identificadoras miméticas que, incluso, pueden ser otras clases.

* * *

Posdata

No quería dejar pasar la oportunidad de terminar señalando brevemente el atravesamiento clasista mismo del presente libro que puede ser analizado en términos de las conceptualizaciones que propone. Es resultado de estudios doctorales, impulsados por la competencia por el mérito académico, donde los títulos de posgrado son formas de cierre social que siguen a las tendencias a la devaluación de los títulos y, al mismo tiempo, constituyen una forma de financiamiento autónomo de las universidades públicas. El capital social en términos de prestigio académico, "llegada" a las editoriales con mejores alcances de distribución comercial, hace que las opciones de publicación se reduzcan en mi caso a las editoriales que trabajan a partir de la financiación de autor (generalmente capital económico proveniente de las agencias de financiamiento estatal a la investigación, como en este caso). Asimismo el libro tiene que ser entendido dentro del contexto de coerciones del poder organizacional burocrático del sistema de ciencia y tecnología con los parámetros de "productividad académica" que imperan en el mismo desde mediados de los años 90. El "programa de incentivos" que ofrecía y sigue ofreciendo un plus de ingresos a cambio de acatar las codificaciones de exigencias de productividad es un típico ejemplo de "subordinación" sobre el que ha habido escasa resistencia, en la que llegué a participar sin mayor suerte. Las investigaciones que tiene por base y sin las cuales no hubiera sido posible el libro fueron financiadas por la Agencia Nacional de Promoción de la Ciencia y la Tecnología entre 2004 y 2010 en el marco de un notable crecimiento de la inversión en ciencia y tecnología que, sin dudas, diferencia las actuales políticas gubernamentales con las que rigieron en la época de los fenómenos investigados. Estas políticas expansivas de financiamiento educativo, universitario y científico forman parte de cambios en el régimen de acumulación-distribución que no pueden ser separados de las

movilizaciones y luchas que acabaron con los gobiernos anteriores. Estas y otras medidas gubernamentales son apoyadas por una parte de las clases medias universitarias e intelectuales entre las que me incluyo, lo que ha instaurado una fuerte división de orientaciones políticas en su seno. La movilización de amplios segmentos de las capas medias profesionales en contra del gobierno también debe ser analizada como inseparable de las preocupaciones que motivaron la escritura. La división, en buena medida "clasista", del escenario político actual constituye el contexto de escritura. La elección temática sobre "clase y acción colectiva" se inscribe en disputas simbólicas en el seno de la comunidad académica de las ciencias sociales. Sin dudas las movilizaciones de desocupados, ahorristas, asambleístas, etc., y sus enormes repercusiones pusieron en las agendas de investigación los procesos de movilización no institucionalizada cuestionando los paradigmas dominantes neoinstitucionalistas en las ciencias políticas y subjetivista-culturalistas en las ciencias sociales. Pero si ello ha horadado algo el capital simbólico de las estructuras académicas que hacen de soporte (cátedras, grupos y centros de investigación, etc.), no parece haber tenido casi efectos en materia de sus poderes organizacionales y burocráticos.

Huelga decir que el libro es un capital cultural objetivado que ofrece la chance de pasar a estado de incorporado en tanto sea apropiado por ustedes, los lectores, y convertido en nuevos *habitus* y formas de pensar. Se puede soñar que en algún punto alguna idea quizá llegue a la militancia política o a los movimientos sociales, con lo que se combinaría con capital político, o quizá alguno de ustedes me escriba y al menos se convierta en capital social.

La perspectiva clasista perdió sus letras de nobleza, privada de toda reflexión teórica innovadora, pero al mismo tiempo el concepto de clases sociales aparece como una "presencia ausente" que recorre el léxico tipificador de las ciencias sociales. He ahí la paradoja que sin duda dio origen a este libro-investigación que se propone contribuir a la reelaboración teórica de una perspectiva clasista para el análisis de la movilización social.

El ciclo de movilizaciones a partir de la crisis del neoliberalismo brinda una excelente oportunidad para llevar a cabo una revisión radical de la evolución, los límites, los puntos ciegos y los problemas teóricos que viene arrastrando la teoría de las clases desde los fundamentos puestos por Marx y Weber hasta los desarrollos más recientes. El propósito de este libro es reelaborar y proponer una visión clasista en el análisis de la acción colectiva, rehaciendo un camino difícil que toma como punto de partida el "naufragio analítico" de las perspectivas clasistas. Para ello, Marcelo Gómez elabora un dispositivo categorial, fundado en un enfoque dinámico, que "no ve a las clases en posiciones sobre espacios estructurales y deducidas de categorías trascendentales («trabajo», «capital», tecnología") sino exclusivamente en el antagonismo y la lucha".

Estamos así ante un estudio capaz de aportar dispositivos teóricos y conceptos de alcance intermedio que resultan potentes y eficaces para iluminar diversas dimensiones de los procesos de movilización, y que podrán ser utilizados con provecho en otros estudios sobre acción colectiva. En suma, en *El regreso de las clases* Marcelo Gómez nos ofrece un libro inusual, sumamente logrado desde el punto de vista teórico, que ojalá pueda abrir un interesante debate sobre la necesidad reflexionar en profundidad sobre el carácter de clase de las movilizaciones colectivas contemporáneas.

(Del Prólogo de Maristella Svampa)

Marcelo Gómez es sociólogo (UBA), doctor en Ciencias Sociales (IDES-UNGS) y máster en Ciencias Sociales (FLACSO). Trabaja como investigador y docente titular en el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes y de la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires.



Editorial Biblos
PENSAMIENTO SOCIAL

